This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UNIVERSITY OF MICHIGAN

S.

RVANTES

A.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

Se vende en las Librerías de CORMON y BL.

EN { LYON, calle Sala, n.° 30.
PARIS, calle Montmartre, n.° 167.

IMPRENTA DE DURAND Y PERRIN, LYON.

NOVELAS EJEMPLARES DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA IMPRESION, CORREGIDA.

TOMO PRIMERO.

PARIS,
A DE CORMON Y BLANC.
1825.

Gift
F.N. Scott

PQ
6324
A1
1920

... quiso
sacar de la mentira
llama solo aspira
ntario hacer preciso.
cidas las memorias
, que en tan breve suma
ntos los extremos :
lad de vuestras glorias,
leba á vuestra pluma,
ndezas del de Lemos.

NANDO BERMUDEZ
ero del Duque de Sesa,
el de Cervantes.

oria clara
o ingenioso
noso,
y rara :
re alcanzara
astro cruel,

UNIVERSITY OF MICHIGAN

Cuya variedad admira
La fama veloz, que mira
En él variedades mil.

DE D. FERNANDO DE LODEÑA,
á Miguel de Cervantes.

SONETO.

Dejad, Nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma ligera mal techadas,
Si bien guarnidas de coral precioso:
Salid del sitio ameno y deleitoso,
Dríades de las selvas no tocadas:
Y vosotras, ó Musas celebradas,
Dejad las fuentes del licor copioso:
Todas juntas traed un ramo solo
Del árbol en quien Dafne convertida
Al rubio dios mostró tanta dureza:
Que cuando no lo fuera para Apolo,
Hoy se hiciera laurel por ver ceñida,
A Miguel de Cervantes la cabeza.

DE JUAN DE SOLIS MEJIA,
gentilhombre cortesano á los lectores.

SONETO.

¡O tú, que aquestas fábulas leiste!
Si lo secreto dellas contemplaste,
Verás que son de la verdad engaste
Que por tu gusto tal disfraz se viste.
Bien, Cervantes insigne, conociste
La humana inclinacion, cuando mezclaste
Lo dulce con lo honesto, y lo templaste
Tan bien, que plato al cuerpo y alma hiciste.
Rica y pomposa vas, filosofía:
Ya doctrina moral, con este trage
No habrá quien de tí burle ó te desprecie:
Si ahora te faltare compañía,
Jamas esperes del mortal linage
Que tu virtud y tus grandezas precie.

A DON PEDRO FERNANDEZ

DE CASTRO,

Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalba, etc.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obra á algun Príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle à la memoria no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos, y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su proteccion y amparo; porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atreven á morderlas y lacerarlas. Yo pues huyendo destos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y Real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes asi naturales como adquiridas, dejándolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen mármoles y bronces adonde grabarlas y esculpirlas, paraque sean émulas á la duracion

de los tiempos. Tampoco suplico á vuest
Exc. reciba en su tutela este libro, porq
sé que si él no es bueno, aunque le pon
debajo de las alas del hipógrifo de Astolf
y á la sombra de la clava de Hércule
no dejaran los Zoilos, los Cínicos, l
Aretinos, y los Bernias de darse un fi
en su vituperio, sin guardar respeto á nad
Solo suplico que advierta vuestra Exc. q
le envio, como quien no dice nada, do
cuentos, que á no haberse labrado en
oficina de mi entendimiento, presumier
ponerse al lado de los mas pintados. Tal
cuales son, allá van, y yo quedo aquí co
tentísimo por parecerme que voy mostra
do en algo el deseo que tengo de servir
vuestra Exc. como á mi verdadero señor
bienhechor mio. Guarde nuestro Señor, e
De Madrid á 13 de Julio de 1613.

Criado de vuestra Exc.

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

PRÓLOGO

AL LECTOR.

RA yo si fuera posible (lector amantísi-
isarme de escribir este prólogo, porque
é tan bien con el que puse en mi D. Qui-
: quedase con gana de segundar con es-
to tiene la culpa algun amigo de los mu-
en el discurso de mi vida he grangeado
n mi condicion, que con mi ingenio :
migo bien pudiera, como es uso y cos-
grabarme y esculpirme en la primera
ste libro, pues le diera mi retrato el fa-
Juan de Jauregui, y con esto quedara
cion satisfecha, y el deseo de algunos
rian saber que rostro y talle tiene quien
á salir con tantas invenciones en la
mundo á los ojos de las gentes, ponien-
o del retrato : este que veis aquí de ros-
eño, de cabello castaño, frente lisa y
razada, de alegres ojos, y de nariz cor-
e bien proporcionada, las barbas de pla-
o ha veinte años que fuéron de oro, los
randes, la boca pequeña, los dientes no
, porque no tiene sino seis y esos mal
onados, y peor puestos, porque no tie-
espondencia los unos con los otros, el
atre dos extremos, ni grande ni peque-

ño, la color viva antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no müy ligero de pies: este digo, que es el rostro del autor de la Galatea, y de D. Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viage del Parnaso á imitacion del de Cesar, Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que viéron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria; y cuando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios. Enfin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades que dichas por señas suelen ser entendidas. Y asi te digo (otra vez lector amable) que de estas novelas que te ofrezco, en ningun modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medi-

n la razon y discurso cristiano, que no
mover á mal pensamiento al descuidado
ıdoso que las leyere. Heles dado nombre
nplares, y si bien lo miras, no hay nin-
: quien no se pueda sacar algun ejemplo
ıoso; y si no fuera por no alargar este
quizá te mostrara el sabroso y honesto
ue se podria sacar asi de todas juntas,
e cada una de por sí. Mi intento ha sido
:n la plaza de nuestra república una mesa
os, donde cada uno pueda llegar á entre-
sin daño de barras: digo sin daño del
del cuerpo, porque los ejercicios hones-
;radables antes aprovechan que dañan. Sí,
siempre se está en los templos, no
: se ocupan los oratorios, no siempre se
ı los negocios por calificados que sean:
ıay de recreacion, donde el afligido es-
escanse: para este efecto se plantan las
as, se buscan las fuentes, se allanan las
, y se cultivan con curiosidad los jardines.
sa me atreveré á decirte, que si por al-
do alcanzara que la leciou de estas no-
ıdiera inducir á quien las leyere á algun
seo ó pensamiento, antes me cortara la
on que las escribí, que sacarlas en pú-
mi edad no está ya para burlarse con la
la, que al cincuenta y cinco de los años
ɔr nueve mas, y por la mano. A esto se
mí ingenio, por aquí me lleva mi incli-
y mas que me doy á entender (y es asi)
soy el primero, que he novelado en lengua
ına; que las muchas novelas que en ella
mpresas, todas son traducidas de lenguas
eras, y estas son mias propias, no imi-
ıi hurtadas: mi ingenio las engendró, y
ó mi pluma, y van creciendo en los bra-

zos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los Trabajos de Persiles, libro que se atreve á competir con Heliodoro, sí ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de D. Quijote, y donaires de Sancho Panza: y luego las Semanas del Jardin. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias; pero ¿quien pondrá rienda á los deseos? solo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran Conde de Lemos, algun misterio tienen escondido, que las levanta. No mas, sino que Dios te guarde, y á mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí mas de cuatro sotiles y almidonados. Vale.

NOVELA

DE

GITANILLA.

---

que los gitanos y gitanas solamente na-
el mundo para ser ladrones: nacen de
drones, críanse con ladrones, estudian
nes, y finalmente salen con ser ladro-
ntes y molientes á todo ruedo; y la gana
y el hurtar son en ellos como acciden-
arables que no se quitan sino con la
Una pues de esta nacion, gitana vieja,
a ser jubilada en la ciencia de Caco,
muchacha en nombre de nieta suya, á
o por nombre Preciosa, y á quien en-
s sus gitanerías y modos de embelecos
de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas
ladora que se hallaba en todo el gita-
la mas hermosa y discreta que pudie-
e no entre los gitanos, sino entre cuan-
osas y discretas pudiera pregonar la fa-
os soles, ni los aires, ni todas las incle-
del cielo, á quien mas que otras gentes
etos los gitanos, pudiéron deslustrar su
i curtir sus manos, y lo que es mas,
ianza tosca en que se criaba, no descu-

bria en ella sino ser nacida de mayores prenda que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada: y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas: y finalmente la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y asi se los procuró y buscó por todas las vias que pudo, y no faltó poeta que se los diese: que tambien hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no estan en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fué un dia de Santa Ana, patrona y abogada de la Villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano gran bailarin

las guiaba; y aunque todas iban limpias y aderezadas, el aseo de Preciosa era tal que á poco fué enamorando los ojos de cuantos iraban. De entre el son del tamboril y cas-as, y fuga del baile salió un rumor que en-ia la belleza y donaire de la Gitanilla, y an los muchachos á verla, y los hombres á la; pero cuando la oyéron cantar, por ser nza cantada, allí fué ello, allí sí que co-liento la fama de la Gitanilla, y de comun ntimiento de los Diputados de la fiesta des-go le señaláron el premio y joya de la me-nza, y cuando llegáron á hacerla en la igle-: Santa María delante de la imágen de la osa Santa Ana, despues de haberla bailado tomó Preciosa unas sonajas, al son de las s dando en redondo largas y ligerísimas vuel-cantó el romance siguiente.

Arbol preciosísimo,
Que tardó en dar fruto
Años que pudiéron
Cubrirle de luto,

Y hacer los deseos
Del consorte puros,
Contra su esperanza
No muy bien seguros:

De cuyo tardarse
Nació aquel disgusto,
Que lanzó del templo
Al varon mas justo:

Santa tierra estéril,
Que al cabo produjo
Toda la abundancia
Que sustenta el mundo:

Casa de moneda,
Do se forjó el cuño
Que dió á Dios la forma,
Que como hombre tuvo:

Madre de una hija,
En quien quiso, y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso:

Por vos y por ella
Sois, Ana, el refugio
Do van por remedio
Nuestros infortunios.

En cierta manera
Teneis, no lo dudo
Sobre el nieto imperio
Piadoso y justo.

A ser comunera
Del Alcázar sumo,
Fueran mil parientes
Con vos de consuno.

¡Que hija! que nieto!
Y que yerno! al punto
A ser causa justa,
Cantárades triunfos.

Pero vos humilde
Fuísteis el estudio,
Donde vuestra hija
Hizo humildes cursos.

Y agora á su lado
A Dios el mas junto
Gozais de la alteza,
Que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fué parar admirar
tos la escuchaban. Unos decian: Dios te l

ıas basto y mas modorro, vién-
igera en el baile, le dijo: á ello,
ıdad, amores, y pisad el polvito
. Y ella respondió sin dejar el bai-
yo á tan menudo. Acabáronse las
ıesta de Santa Ana, y quedó Pre-
sada, pero tan celebrada de her-
a, y de discreta, y bailadora, que
hablaba de ella en toda la corte.
ıce dias volvió á Madrid; como te-
nbre, con otras tres muchachas con
n un baile nuevo todas apercebidas
y de cantarcillos alegres, pero to-
: que no consentia Preciosa que las
ı su compañía cantasen cantaıesdes-
ni ella los cantó jamas, y muchos
llo y la tuviéron en mucho. Nunca
le ella la gitana vieja, hecha su Ar-
ɜa no se la despabilasen y traspusie-
[illegible] y ella la tenia por abue-
[illegible] la calle de

UNIVERSITY OF MICHIGAN

garita salió á misa de parida en Valladolid fué á San Llorente: dígoles que es famoso, co puesto por un poeta de los del número, co capitan del batallon. Apenas hubo dicho e cuando casi todos los que en la rueda estaba dijéron á voces: cántale, Preciosa, y ves a mis cuatro cuartos; y asi granizáron sobre e cuartos, que la vieja no se daba manos á cog los. Hecho pues su agosto y su vendimia, repi Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y quesco cantó el siguiente romance.

Salió á misa de parida
La mayor Reina de Europa,
En el valor y en el nombre
Rica y admirable joya.

Como los ojos se lleva,
Se lleva las almas todas
De cuantos miran y admiran
Su devocion y su pompa.

Y para mostrar que es parte
Del cielo en la tierra toda,
A un lado lleva el sol de Austria,
Al otro la tierna aurora.

A sus espaldas la sigue
Un lucero que á deshora
Salió la noche del dia,
Que el cielo y la tierra lloran.

Y si en el cielo hay estrellas,
Que lucientes carros forman,
En otros carros su cielo
Vivas estrellas adornan.

Aquí el anciano Saturno
La barba pule y remoza,
Y aunque tardo, va ligero:
Que el placer cura la gota.

El Dios parlero va en lenguas
Lisonjeras y amorosas,
Y Cupido en cifras varias,
Que rubies y perlas bordan.

Allí va el furioso Marte
En la persona curiosa,
Demas de un gallardo jóven
Que de su sombra se asombra.

Junto á la casa del sol
Va Júpiter; que no hay cosa
Difícil á la privanza
Fundada en prudentes obras.

Va de Luna en las mejillas
De una y otra humana Diosa,
Vénus casta en la belleza
De las que este cielo forman.

Pequeñuelos Ganimedes
Cruzan, van, vuelven y tornan
Por el cinto tachonado
De ésta esfera milagrosa.

Y para que todo admire
Y todo asombre, no hay cosa
Que de liberal no pase
Hasta el extremo de pródiga.

Milan con sus ricas telas
Allí va en vista curiosa,
Las Indias con sus diamantes,
Y Arabia con sus aromas.

Con los mal intencionados
Va la envidia mordedora,
Y la bondad en los pechos
De la lealtad Española.

La alegría universal,
Huyendo de la congoja,

Calles y plazas discurre,
Descompuesta y casi loca.

A mil mudas bendiciones
Abre el silencio la boca,
Y repiten los muchachos
Lo que los hombres entonan.

Cual dice: fecunda vid,
Crece, sube, abraza y toca
El olmo felice tuyo,
Que mil siglos te haga sombra;

Para gloria de tí misma,
Para bien de España y honra,
Para arrimo de la Iglesia,
Para asombro de Mahoma.

Otra lengua clama y dice:
Vivas, o blanca paloma,
Que nos has dado por crias
Aguilas de dos coronas,

Para ahuyentar de los aires
Las de rapiña furiosas,
Para cubrir con sus alas
A las virtudes medrosas.

Otra mas discreta y grave,
Mas aguda y mas curiosa,
Dice, vertiendo alegría
Por los ojos y la boca:

Esta perla que nos diste,
Nacar de Austria, única y sola,
¡Que de máquinas que rompe!
Que de designios que corta!

¡Que de esperanzas que infunde!
Que de deseos malogra!
Que de temores aumenta!
Que de preñados aborta!

En esto se llegó al templo
Del Fenix santo que en Roma
Fué abrasado, y siempre vivo
En la fama y en la gloria.

A la imágen de la vida,
A la del cielo señora,
A la que por ser humilde
Las estrellas pisa agora:

A la madre y vírgen junto,
A la hija y á la esposa
De Dios, hincada de hinojos
Margarita asi razona:

Lo que me has dado te doy,
Mano siempre dadivosa,
Que á do falta el favor tuyo
Siempre la miseria sobra.

Las primicias de mis frutos
Te ofrezco, vírgen hermosa;
Tales cuales son las mira,
Recibe, ampara y mejora:

A su padre te encomiendo,
Que humano Atlante se encorva
Al peso de tantos reinos
Y de climas tan remotos.

Sé que el corazon del Rey
En las manos de Dios mora,
Y sé que puedes con Dios
Cuanto pidieres piadosa.

Acabada esta oracion,
Otra semejante entonan
Himnos y voces que muestran
Que está en el suelo su gloria.

Acabados los oficios
Y reales ceremonias,

Volvió á su punto este cielo,
Y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su romance, cu
del ilustre auditorio y grave senado que la
de muchos se formó una voz sola que dijo
na á cantar, Preciosa, que no faltarán cu
como tierra. Mas de doscientas personas est
mirando el baile y escuchando el canto d
gitanas, y en la mayor fuga de él, acertó
sar por allí uno de los Tenientes de la Vil
viendo tanta gente junta, preguntó, que e
fuéle respondido que estaban escuchando
Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse e
niente, que era curioso, y escuchó un rat
por no ir contra su gravedad, no escuchó
mance hasta el fin: y habiéndole parecido pc
tremo bien la Gitanilla, mandó á un page
dijese á la gitana vieja que al anochecer fu
su casa con las gitanillas, que queria qu
oyese Doña Clara su muger. Hízolo asi el p
y la vieja dijo que sí iria. Acabáron el ba
el canto, y mudáron lugar: y en esto lleg
page muy bien aderezado á Preciosa, y dá
un papel doblado, le dijo: Preciosica, can
romance que aquí va, porque es muy buen
yo te daré otros de cuando en cuando, con
cobres fama de la mejor romancera del mu
Eso aprenderé yo de muy buena gana, res
dió Preciosa, y mire, señor, que no me de
dar los romances que dice, con tal cond
que sean honestos, y si quiere que se los pa
concertémonos por docenas, y docena cant
docena pagada; porque pensar que le teng
pagar adelantado, es pensar lo imposible.
papel siquiera que me dé la señora Precios
dijo el page, estaré contento: y mas, que e

[illegible] y otros jugando á diversos jue-
ıtretenian. ¡Quiérenme dar barato, se-
ıo Preciosa, que como gitana hablaba
y esto es artificio en ellas, que no na-
A la voz de Preciosa y á su rostro de-
que jugaban el juego, y paseo los pa-
los unos y los otros acudiéron á la reja
que ya tenian noticia della y dijéron:
ıtren las gitanillas, que aquí les daré-
o. Caro seria ello, respondió Preciosa,
lizcasen. No á fe de caballeros, res-
o, bien puedes entrar, niña, segura
te tocará á la vira de tu zapato, no
ıito que traygo en el pecho, y púsose
obre uno de Calatrava. Si tú quieres
eciosa, dijo una de las tres gitanillas
ıon ella, entra en hora buena, que yo
ıntrar donde hay tantos hombres. Mira,
respondió Preciosa, de lo que te has de
de un hombre solo y á solas, y no de
tos; porque antes el ser muchos quita

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

llero del hábito vió el papel que traia en
y llegándose á ella se lo tomó, y dijo Pr
y no me le tome, señor, que es un roman
me acaban de dar ahora, que aun no lo h
¡ Y sabes tú leer, hija ! dijo uno. Y escrib
pondió la vieja, que á mi nieta la he cria
como si fuera hija de un letrado, Abrió
ballero el papel, y vió que venia dentro
escudo de oro, y dijo : en verdad, Precios
trae esta carta el porte dentro : toma este
que en el romance viene. Basta, dijo Precio
me ha tratado de pobre el poeta; pues cie
es mas milagro darme á mí un poeta un e
que yo recibirle : si con esta añadidura han d
sus romances, traslade todo el Romancero
ral, y enviémelos uno á uno, que yo les t
el pulso, y si vinieren duros, seré yo bla
recibirlos. Admirados quedáron los que
la Gitanica, asi de su discrecion como d
naire con que hablaba. Lea, señor, dijo
lea alto, verémos si es tan discreto ese p
como es liberal. Y el caballero leyó asi :

Gitanica, que de hermosa
Te pueden dar parabienes,
Por lo que de piedra tienes
Te llama el mundo Preciosa.

De esta verdad me asegura
Esto, como en tí verás,
Que no se aparta jamas
La esquivez y la hermosura.

Si como en valor subido,
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido.

Que un basilisco se cria

En ti que mata mirando,
Y un imperio, que aunque blando,
Nos parezca tiranía.

Entre pobres, y aduares
¡Cómo nació tal belleza!
O cómo crió tal pieza
El humilde Manzanares!

Por esto será famoso
Al par del Tajo dorado,
Y por Preciosa preciado
Mas que el Gánges caudaloso.

Dices la buenaventura,
Y dasla mala contino:
Que no van por un camino
Tu intencion y tu hermosura;

Porque en el peligro fuerte
De mirarte ó contemplarte,
Tu intencion va á desculparte,
Y tu hermosura á dar muerte.

Dicen que son hechiceras
Todas las de tu nacion;
Pero tus hechizos son
De mas fuerzas y mas veras:

Pues por llevar los despojos
De todos cuantos te ven,
Haces, o niña! que esten
Los hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te adelantas,
Pues bailando nos admiras;
Y nos matas, si nos miras;
Y nos encantas, si cantas.

De cien mil modos hechizas;
Hables, calles, cantes, mires,
O te acerques, ó retires,

El fuego de amor atizas.

Sobre el mas exento pecho
Tienes mando y señorío;
De lo que es testigo el mio,
De tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escribe
El que por tí muere y vive
Pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazon Preciosa, mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios á mi parecer la pobreza es muy enemiga del amor. ¡Quien te enseña eso, rapaza? dijo uno. ¡Quien me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¡no tengo yo mi alma en mi cuerpo? no tengo ya quince años? no soy manca, ni renca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las gitanas van por otro norte, que los de las demas gentes, siempre se adelantan á sus años; no hay gitano necio, ni gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie moho en ninguna manera. ¡Ven estas muchachas mis compañeras, que estan callando y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenles las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinte y cinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habian de aprender en un año. Con esto que la Gitanilla decia, tenia suspensos á los oyentes, y los que jugaban le diéron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta rea-

mayo ella y sus doncellas, y dueñas, de otra señora vecina suya, que todas se para ver á Preciosa: y apenas hubiéron las gitanas, cuando entre las demas resió Preciosa, como la luz de una antorcha tras luces menores; y asi corriéron todas unas la abrazaban, otras la miraban, bendecian, aquellas la alababan. Doña lecia; este si que se puede decir cabello, estos sí que son ojos de esmeraldas. La su vecina la desmenuzaba toda, y hacia ia de todos sus miembros y coyunturas: ndo á alabar un pequeño hoyo que Preenia en la barba, dijo: ¡ay que hoyo! en yo han de tropezar cuantos ojos le mirató esto un escudero de brazo de la señora Clara que allí estaba, de luenga barba, y años, y dijo: ¡ese llama vuesa merced señora mia! pues yo sé poco de hoyos, ó es hoyo sino sepultura de deseos vivos: es tan linda es la gitanilla, que hecha de

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

haga la cruz, dijo la vieja, y verán que de cosas les dice, que sabe mas que un dotor de melecina. Echó mano á la faltriquera la señora Tenienta, y halló que no tenia blanca: pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual visto por Preciosa dijo: todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata, ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, por lo menos la mia: y asi tengo aficion á hacer la cruz primera con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó á lo menos de á cuatro; que soy como los sacristanes que cuando hay buena ofrenda se regocijan. Donaire tienes niña por tu vida, dijo la señora vecina, y volviéndose al escudero le dijo: ¿vos, señor Contreras, tendréis á mano algun real de á cuatro? dádmele, que en viniendo el Dotor mi marido, os le volveré. Sí tengo, respondió Contreras, pero téngole empeñado en veinte y dos maravedis que cené anoche: dénmelos, que yo iré por el en volandas. No tenemos entre todas un cuarto, dijo Doña Clara, ¿y pedis veinte y dos maravedis? andad, Contreras, que siempre fuísteis impertinente. Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa: niña ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata? antes respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos. Uno tengo yo, replicó la doncella; si este basta, hele aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura. ¡Por un dedal tantas buenasventuras! dijo la gitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche. Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora Tenienta, y dijo:

DE LA GITANILLA.

Hermosita, hermosita,
La de las manos de plata,
Mas te quiere tu marido
Que al Rey de las Alpujarras.

Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres braba
Como leona de Oran,
O como tigre de Ocaña.

Pero en un tras, en un tris
El enojo se te pasa,
Y quedas como alfeñique,
O como cordera mansa.

Riñes mucho, y comes poco;
Algo zelosita andas,
Que es jugueton el Teniente,
Y quiere arrimar la vara.

Cuando doncella te quiso
Uno de una buena cara:
Que mal hayan los terceros
Que los gustos desbaratan.

Si á dicha tú fueras monja,
Hoy tu convento mandaras,
Porque tienes de abadesa
Mas de cuatrocientas rayas.

No te lo quiero decir,
Pero poco importa, vaya:
Enviudarás otra vez,
Y otras dos serás casada.

No llores, señora mia,
Que no siempre las gitanas
Decimos el evangelio;
No llores, señora, acaba.

Como te mueras primero
Que el señor teniente, basta

Para remediar el daño
De la viudez que amenaza.

Has de heredar y muy presto
Hacienda en mucha abundancia,
Tendrás un hijo canónigo,
La iglesia no se señala,

De Toledo no es posible;
Una hija rubia y blanca
Tendrás, que si es religiosa,
Tambien vendrá á ser prelada.

Si tu esposo no se muere
Dentro de cuatro semanas,
Verásle corregidor
De Burgos ó Salamanca.

Un lunar tienes: ¡que lindo!
Ay Jesus, que luna clara!
Que sol, que allá en las Antipod
Escuros valles aclara!

Mas de dos ciegos por verle
Dieran mas de cuatro blancas:
Agora sí es la risica;
¡Ay, que bien haya esa gracia!

Guárdate de las caidas,
Principalmente de espaldas,
Que suelen ser peligrosas
En las principales damas.

Cosas hay mas que decirte,
Si para el viernes me aguardas
Las oirás, que son de gusto,
Y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, con
cendió el deseo de todas las circunsta
querer saber la suya, y asi se lo rogáro
pero ella las remitió para el viernes v

ndole que tendrian reales de plata pa
cruces. En esto vino el señor Tenien
ien contáron maravillas de la Gitanilla
zo bailar un poco, y confirmó por ver-
y bien dadas las alabanzas que á Precio-
a dado: y poniendo la mano en la fal-
, hizo señal de querer darle algo; y ha-
espulgado, y sacudido, y rascado mu-
es, al cabo sacó la mano vacía y dijo:
que no tengo blanca, dadle vos Doña
real á Preciosica, que yo os le daré
Bueno es eso, señor, por cierto; si,
el real de manifiesto: no hemos tenido
las nosotras un cuarto para hacer la se-
cruz, ¿y quiere que tengamos un real?
lle alguna valoncica vuestra, ó alguna
e otro dia nos volverá á ver Preciosa, y
rémos mejor. A lo cual dijo Doña Cla-
porque otra vez venga, no quiero dar
ra á Preciosa. Antes sino me dan nada,
iosa, nunca mas volveré acá; mas si
servir á tan principales señores: pero
gado que no me han de dar nada, y
e la fatigua del esperarlo. Coheche
ed, señor Teniente, coheche y tendrá
no haga usos nuevos, que morirá de
ire, señor; por ahí he oido decir (y
za, entiendo que no son buenos di-
de los oficios se ha de sacar dineros
las condenaciones de la residencia,
nder otros cargos. Así lo dicen y lo
salmados, replicó el Teniente, pe-
e da buena residencia, no tendrá que
nacion alguna: y el haber usado
, será el valedor para que le den
vuesa merced muy á lo santo, se-
, respondió Preciosa, ándese á eso,

y cortarémosle de los harapos para reliqu
Mucho sabes, Preciosa, dijo el Teniente:
lla que yo daré traza que sus Magestades te v
porque eres pieza de Reyes. Querránme
truhana, respondió Preciosa, yo no lo sabré
y todo irá perdido; si me quisiesen para disc
aun llevarmehan: pero en algunos palacios
medran los truhanes, que los discretos: yo
hallo bien con ser gitana y pobre, y corr
suerte por donde el cielo quisiere. Ea niña,
la gitana vieja, no hables mas, que has habl
mucho, y sabes mas de lo que yo te he ens
do, no te asotiles tanto, que te despuntarás:
bla de aquello que tus años permiten, y n
metas en altanerías, que no hay ninguna qu
amenace caida. El diablo tienen estas gitana
el cuerpo, dijo á esta sazon el Teniente. De
diéronse las gitanas, y al irse dijo la donc
del dedal: Preciosa, dime la buenaventura
vuélveme mi dedal, que no me queda con
hacer labor. Señora doncella, respondió Pre
sa, haga cuenta que se la he dicho, y prov
de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el vie
que yo volveré, y le diré mas venturas, y a
turas que las que tiene un libro de caballe
Fuéronse, y juntáronse con las muchas labra
ras que á la hora de las Ave Marías suelen s
de Madrid, para volverse á sus aldeas, y e
otras vuelven muchas, con quien siempre
acompañaban las gitanas, y volvian segur
porque la gitana vieja vivia en continuo te
no le salteasen á su Preciosa.

Sucedió pues que la mañana de un dia que v
vian á Madrid á coger la garrama con las de
gitanillas, en un valle pequeño que está obra
quinientos pasos antes que se llegue á la vil
viéron un mancebo gallardo y ricamente ade

, y hablando con la gitana mayor
la vuestra, amiga, que me hagais
y Preciosa me oyais aquí á parte
ne serán de vuestro provecho. Co-
viemos mucho, ni nos tardemos
buen hora, respondió la vieja, y
eciosa, se desviaron de las otras
pasos, y asi en pie como estaban,
dijo: yo vengo de manera rendi-
on y belleza de Preciosa, que des-
e hecho mucha fuerza para excu-
e punto, al cabo he quedado mas
s imposibilitado de excusarlo. Yo,
que siempre os he de dar este
cielo mi pretension favorece) soy
o lo puede mostrar el hábito, y
erreruelo, descubrió en el pecho
s calificados que hay en España:
mo (que por buenos respetos aquí
u nombre) estoy debajo de su tu-
soy hijo único, y el que espera

UNIVERSITY OF MICHIGAN

ámor que la tengo puede caber género de burla alguna : solo quiero servirla del modo que ella mas gustare : su voluntad es la mia : para con ella es de cera mi alma , donde podrá imprimir lo que quisiere : y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á la duracion de los tiempos : si creeis esta verdad , no admitirá ningun desmayo mi esperanza ; pero si no me creeis , siempre me tendrá temeroso vuestra duda : mi nombre es este , y díjoselo : el de mi padre ya os le he dicho : la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas : vecinos tiene , de quien podréis informaros , y aun de los que no son vecinos tambien , que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre y el mio , que no le sepan en los patios de palacio , y aun en toda la corte : cien escudos traigo aquí en oro para daros en arras y señal de la que pienso daros , porque no ha de negar la hacienda el que da el alma. En tanto que el caballero esto decia, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debiéron de parecer mal ni sus razones, ni su talle : y volviéndose á la vieja, le dijo : perdóneme abuela de que me tome licencia para responder á este tan enamorado señor. Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja , que yo sé que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dijo : señor caballero, aunque soy gitana pobre y humildemente nacida tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro que á grandes cosas me lleva : á mí ni me mueven promesas , ni me desmoronan dádivas , ni me inclinan sumisiones , ni me espantan finezas enamoradas : y aunque de quince años , que segun la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré , soy ya vieja en los pensamientos

antes, desatinadamente se arroja tras su de-
y pensando dar con la gloria de sus ojos,
n el infierno de sus pesadumbres: si alcan-
que desea, mengua el deseo con la pose-
e la cosa deseada, y quizá abriéndose en-
los ojos del entendimiento, se ve ser bien
aborrezca lo que antes se adoraba: este
engendra en mí un recato tal que ningu-
abras creo, y de muchas obras dudo: una
a tengo, que la estimo en mas que á la
ue es la de mi entereza y virginidad, y
igo de vender á precio de promesas ni
porque en fin será vendida; y si puede
rada, será de muy poca estima: ni me
llevar trazas ni embelecos, antes pien-
on ella á la sepultura, y quizá al cie-
onerla en peligro que quimeras y fan-
das la embistan ó manoseen: flor es la
nidad que á ser posible aun con la ima-
o habia de dejar ofendo-
rosal

UNIVERSITY OF MICHIGAN

nes y averiguaciones primero : primero tengo de saber si sois el que decis : luego hallando esta verdad, habeis de dejar la casa de vuestros padres y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el trage de gitano ; habeis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia : al cabo del cual, si vos os contentades de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en serviros : y habeis de considerar que en el tiempo deste noviciado podria ser que cobrásedes la vista, que ahora debeis de tener perdida, ó por lo menos turbada, y viésedes que os convenia huir de lo que ahora seguis con tanto ahinco : cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa : si con estas condiciones quereis entrará soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna de ellas, no habeis de tocar un dedo de la mia.

Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debia. Viendo lo cual Preciosa tornó á decirle : no es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo, pueda ni deba resolverse: volveos, señor, á la villa, y considerad de espacio lo que viéredes que mas os convenga, y en este mismo lugar me podeis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir, ó venir de Madrid. A lo cual respondió el gentil hombre: cuando el cielo me dispuso para quererte. Preciosa mia, determiné de hacer por tí cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habias de pedir lo

que me pides, pero pues es tu gusto, que el mio
l tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gita-
o desde luego, haz de mi todas las experien-
cias que mas quisieses, que siempre me has de
hallar el mismo que ahora te significo: mira
cuando quieres que mude el trage, que yo quer-
ria que fuese luego, que con ocasion de ir á Flán-
des engañaré á mis padres, y sacaré dineros pa-
ra gastar algunos dias, y serán hasta ocho los
que podré tardar en acomodar mi partida: á los
que fueren conmigo, yo los sabré engañar de mo-
do que salga con mi determinacion: lo que te
pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de
pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy don-
de te puedes informar de mi calidad y la de mis
padres, que no vayas mas á Madrid, porque no
querria que algunas de las demasiadas ocasiones
que allí pueden ofrecerse, me salteasen la bue-
naventura, que tanto me cuesta. Eso no señor
galan, respondió Preciosa, sepa que conmigo ha
de andar siempre la libertad desenfadada, sin que
ahogue ni turbe la pesadumbre de los zelos;
entienda que no la tomaré tan demasiada que
se eche de ver desde bien lejos, que llega mi
nestidad á mi desenvoltura; y en el primer
go en que quiero enteraros, es en el de la con-
za que habeis de hacer de mí: y mirad que
amantes que entran pidiendo zelos, ó son
les, ó confiados. Satanas tienes en tu pecho,
acha, dijo á esta sazon la gitana vieja; mi-
e dices cosas, que no las dirá un colegial
lamanca: tú sabes de amor: tú sabes de
tú de confianzas: como es esto? que me
loca, y te estoy escuchando como á una
a espiritada que habla latin sin saberlo.
abuela, respondió Preciosa, y sepa que
as cosas que me oye son nonadas, y son

de burlas para las muchas que de mas veras
quedan en el pecho. Todo cuanto Preciosa dec
y toda la discrecion que mostraba, era añad
leña al fuego que ardia en el pecho del enam
rado caballero. Finalmente quedáron en que
allí á ocho dias se verian en aquel mismo luga
donde él vendria á dar cuenta del término en q
sus negocios estaban, y ellas habrian teni
tiempo de informarse de la verdad que les hab
dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocad
donde dijo que iban cien escudos de oro, y di
selos á la vieja; pero no quiera Preciosa que l
tomas en ninguna manera, á quien la gitana dij
calla, niña, que la mejor señal que este señ
ha dado de estar rendido, es haber entregado l
armas, en señal de rendimiento; y el dar,
cualquiera ocasion que sea, siempre fué indic
de generoso pecho; y acuérdate de aquel refr
que dice: al cielo rogando y con el mazo dand
y mas que no quiero yo que por mí pierdan l
gitanas el nombre que por luengos siglos tien
adquirido de codiciosas y aprovechadas: ¿ci
escudos quieres tú que deseche, Preciosa! ¿q
pueden andar cosidos en el alforza de una sa
que no valga dos reales, y tenerlos allí con
quien tiene un juro sobre las yerbas de Estrem
dura! ¿y si alguno de nuestros hijos, nietos,
parientes cayere por alguna desgracia en man
de la justicia, habrá favor tan bueno que lleg
á la oreja del juez y del escribano, como est
escudos, si llegan á sus bolsas? tres veces p
tres delitos diferentes me he visto casi puesta
el asno, para ser azotada, y de la una me lib
un jarro de plata, y de la otra una sarta de pe
las y de la otra cuarenta reales de á ocho, q
habia trocado por cuartos, dando veinte real
mas por el cambio: mira, niña, que andam

y lleno de tropiezos y
no hay defensas que mas
corran, como las armas
ipo: no hay pasar ade-
or un doblon de dos ca-
la triste del procurador
de la muerte, que son
ores gitanas, y mas pre-
nos á nosotras, que á
: jamas por mas rotas y
, nos tienen por pobres,
o los jubones de los ga-
tos y grasientos, y lle-
a saya, abuela, que no
miuo de alegar tantas
se con el dinero, que
ores: quédese con ellos,
n y plegue á Dios que
donde jamas tornen á
i haya necesidad que la
mpañeras será forzoso
ho que nos esperan, y
ladas. Asi verán ellas,
a destas, como ven al
eñor verá si le ha que-
lata, ó cuartos, y los
con poco quedarán con-
el galan, y sacó de la
á ocho, que repartió
con que quedáron mas
s que suele quedar un
lo en competencia de
las esquinas *victor, vic-*
táron, como se ha di-
cho dias, y que se ha-
ese gitano Andres Ca-
a habia gitanos entre

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

los deste apellido. No tuvo atrevimiento An-
res, que asi le llamarémos de aquí adelante, de
razar á Preciosa, antes enviándole con la vis-
el alma, sin ella, si asi decirse puede, las
jó y se entró en Madrid, y ellas contentisi-
as hiciéron lo mismo. Preciosa algo aficionada
as con benevolencia que con amor de la gallar-
disposicion de Andres, ya deseaba informar-
si era el que habia dicho: entró en Madrid,
á pocas calles andadas encontró con el page
eta de las coplas y el escudo: y cuando el la
ó, se llegó á ella diciendo: vengas en buen
ora; ¿Preciosa, leiste por ventura las coplas
e te dí el otro dia? á lo que Preciosa respon-
ó: primero que te responda palabra, me ha
decir una verdad por vida de lo que mas quie-
. Conjuro es ese, respondió el page, que aun-
e el decirla me costase la vida, no la negaré
ninguna manera. Pues la verdad que quiero
e me diga, dijo Preciosa, es, si por ventura
poeta. A serlo, replicó el page, forzosamente
bia de ser por ventura, pero has de saber,
reciosa, que ese nombre de poeta muy pocos lo
erecen, y asi yo no lo soy, sino un aficionado
la poesía y para lo que he menester, no voy
pedir ni buscar versos agenos, los que te d
n mios, y estos que te doy ahora tambien
as no por esto soy poeta: ni Dios lo quiera
Tan malo es ser poeta? replicó Preciosa. No

as alta : es amiga de la soledad, las
entretienen, los prados la consuelan,
s la desenojan, las flores la alegran : y
deleita y enseña á cuantos con ella
n. Con todo eso, respondió Preciosa,
cir que es pobrísima, y que tiene algo
a. Antes es al reves, dijo el page, por-
y poeta que no sea rico, pues todos vi-
ntos con su estado : filosofia que al-
cos. Pero ¿ que te ha movido, Precio-
r esta pregunta? Hame movido, res-
reciosa, porque como yo tengo á to-
mas poetas por pobres, causóme ma-
el escudo de oro, que me dístes entre vues-
envuelto : mas ahora que sé que no sois
aficionado de la poesía, podria ser que
ico, aunque lo dudo á causa de que por
rte que os toca de hacer coplas, se ha de
uanta hacienda tuviéredes : que no hay
gun dicen, que sepa conservar la ha-
e tiene, ni grangear la que no tiene.
o soy desos replicó el page, versos ha-
y rico, ni pobre : y sin sentirlo ni des-
como hacen los Ginoveses en sus con-
n puedo dar un escudo, y dos á quien
e ? tomad, preciosa perla este segundo
te escudo segundo que va en él, sin que
á pensar si soy poeta, ó no : solo quie-
nseis y creais que quien os da esto,

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

no haya miedo que reciba la otra, por p
quiero, y no por dadivoso, y desta mane
drémos amistad que dure, pues mas aínas
faltar un escudo por fuerte que sea, que
chura de un romance, pues así es, rep
page, que quieres Preciosa, que yo sea
por fuerza, no deseches el alma que en e
pel te envio, y vuélveme el escudo, que
le toques con la mano, le tendré por r
mientras la vida me durare. Sacó Precios
cudo del papel, y quedóse con el papel,
quiso leer en la calle. El page se despid
fué contentísimo, creyendo que ya Precio
daba rendida, pues con tanta afabilidad l
hablado. Y como ella llevaba puesta la n
buscar la casa del padre de Andres, s.n
detenerse á bailar en ninguna parte, en p
pacio se puso en la calle do estaba, que el
bien sabia: y habiendo andado hasta la
alzó los ojos á unos balcones de hierro d
que le habian dado por señas, y vió en el
caballero de hasta edad de cincuenta año
un hábito de cruz colorada en los pech
venerable gravedad y presencia, el cual
tambien hubo visto la Gitanilla, cuand
subid, niñas, que aquí os darán limosna
ta voz acudiéron al balcon otros tres cab
y entre ellos vino el enamorado Andre
cuando vió á Preciosa perdió la color, y
á punto de perder los sentidos: tanto fu
bresalto que recibió con su vista. Subié
gitanillas todas, sino la grande que se
abajo para informarse de los criados de la
des de Andres. Al entrar las gitanillas en
estaba diciendo el caballero anciano á los
esta debe de ser sin duda la Gitanilla he
que dicen que anda por Madrid. Ella es,

Juanico su hijo, preguntó Preciosa? ese
que está á vuestro lado, respondió el ca-
. En verdad que pensé, dijo Preciosa, que
vuesa merced por algun niño de dos años:
que Don Juanico, y que brinco! A mi
que pudiera ya estar casado, y que segun
las rayas en la frente no pasarán tres años
lo esté, y muy á su gusto si es que desde
allá no se le pierde, ó se le trueca. Basta,
no de los presentes, que sabe la Gitanilla
s. En esto las tres gitanillas que iban con
a, todas tres se arrimáron á un rincon de
, y cosiéndose las bocas unas con otras,
áron por no ser oidas; dijo la Cristina:
chas, este es el caballero que nos dió esta
los tres reales de á ocho. Asi es la ver-
spondiéron ellas; pero no se lo mentemos,
gamos nada si él no nos lo mienta: ¡que
s si quiere encabrirse! En tanto que esto
s tres pasaba, respondió Preciosa á lo de

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

dará en Gamboa. A esto respondió Don Juan: en verdad, Gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento: en lo del viage largo has acertado, pues sin duda siendo Dios servido dentro de cuatro, ó cinco dias me partiré á Flándes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querria que en él me sucediese algun desman que lo estorbase. Calle, señorito, respondió Preciosa, y encomiéndese á Dios, que todo se hará bien; y sepa que yo no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres, para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flándes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya: déjate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto mas que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan en el pecho: sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios, y por quien tú eres: que en verdad que creo que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho. Otra vez te he dicho, niña, respondió el Don Juan que habia de ser Andres Caballero, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes, que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad, y á donde quiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas, ni robamos á nadie. No os enojeis, Preciosa, dijo el padre, que á lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala, que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que baileis un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblon de oro de á dos caras que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos Reyes. Apenas hubo oido esto la vieja, cuando dijo: ea niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores. Tomó las sonajas Preciosa, y diéron sus vueltas, hiciéron y deshiciéron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andres que asi se iban entre los pies de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbósela la suerte de manera que se la volvió en infierno: y fué el caso que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que le habia dado el page, y apenas hubo caido cuando le alzó el que no tenia buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto dijo: bueno, sonetico tenemos, cese el baile, y escúchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio. Pesóle á Preciosa por no saber lo que en él venia, y rogó que no le leyesen y que se le volviesen, y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que apremiaban el deseo de Andres para oirle. Finalmente el caballero le leyó en alta voz, y era este.

Cuando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce son los aires vanos,
Perlas son que derrama con las manos,
Flores son que despide de la boca:

Suspensa el alma, y la cordura loca

Queda á los dulces actos sobrehumanos,
Que de limpios, de honestos, y de sanos
Su fama al cielo levantado toca.

Colgadas del menor de sus cabellos,
Mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha:

Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
Su imperio amor por ellas le mantiene,
Y aun mas grandezas de su ser sospecha.

Por Dios, dijo el que leyó el soneto, que tiene donaire el poeta, que le escribió. No es poeta, señor, sino un page muy galan y muy hombre de bien, dijo Preciosa. Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del page, sino lanzas que traspasan el corazon de Andres que las escucha: quereislo ver, niña? pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte: no penseis doncella, que os ama tan de burlas Andres que no le hieran y sobresalten el menor de vuestros descuidos: llegaos á él enhorabuena, y decidle algunas palabras al oido que vayan derechas al corazon, y le vuelvan de su desmayo: no, sino andaos á traer sonetos cada dia en vuestra alabanza y veréis cual os le ponen. Todo esto pasó asi como se ha dicho, que Andres en oyendo el soneto, mil zelosas imaginaciones le sobresaltáron: no se desmayó, pero perdió la color de manera que viéndole su padre, le dijo: que tienes Don Juan, que parece que te vas á desmayar segun se te ha mudado el color; espérense, dijo á esta sazon Preciosa, dejénmele decir unas ciertas palabras al oido, y verán como no se desmaya: y llegándose á él le dijo casi sin mover los labios: gentil ani-

mo para gitano ; ¿ como podréis Andres s
tormento de toca , pues no podeis llevar el c
papel ! y haciéndole media docena de cruc
bre el corazon , se apartó dél y entonces A
respiró un poco y dió á entender que las pal
de Preciosa le habian aprovechado. Finaln
el doblon de dos caras se le diéron á Prec
y ella dijo á sus compañeras que le trocaria
partiria con ellas hidalgamente. El padre de
dres le dijo que le dejase por escrito las pal
que habia dicho á Don Juan , que las queri
ber en todo caso. Ella dijo que las diria de
buena gana y que entendiesen que aunque
recian cosa de burla, tenian gracia especial
preservar el mal del corazon y los vaguidos d
beza , y que las palabras eran :

Cabecita , cabecita ,
Tente en tí , no te resbales ,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita
Confiancita ,
No te inclines
A pensamientos ruines ,
Verás cosas
Que toquen en milagrosas ;
Dios delante ,
Y sah Cristoval gigante.

Con la mitad de estas palabras que le di
y con seis cruces que le hagan sobre el cor
á la persona que tuviere vaguidos de cabeza ,
Preciosa , quedará como una manzana. Cu
la gitana vieja oyó el ensalmo y el embu
quedó pasmada, y mas lo quedó Andres qu

...osa á D. Juan : Mire señor , cual-
...a de esta semana es próspero para par-
ninguno es aciago , apresure el irse lo
o que pudiere , que le aguarda una vida
bre , y muy gustosa , si quiere acomo-
a. No es tan libre la del soldado á mi
spondió Don Juan, que no tenga mas de
e de libertad : pero con todo esto haré
. Mas veréis de lo que pensais , res-
ciosa , y Dios os lleve y trayga con bien
ra buena presencia merece. Con es-
palabras quedó contento Andres , y
e fuéron contentisimas : trocáron el
artiéronle : entre todas igualmente ,
eja guardiana llevaba siempre parte
o que se juntaba , asi por la mayo-
por ser ella el aguja , por quien se
naremagno de sus bailes, donaires,
embustes.
in el dia que Andres Caballero
mañana en el

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

mo para gitano ; ¿ como podréis Andres sufrir tormento de toca , pues no podeis llevar el de un papel ? y haciéndole media docena de cruces sobre el corazon , se apartó dél y entonces Andres respiró un poco y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado. Finalmente el doblon de dos caras se le diéron á Preciosa ; y ella dijo á sus compañeras que le trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andres le dijo que le dejase por escrito las palabras que habia dicho á Don Juan , que las queria saber en todo caso. Ella dijo que las diria de muy buena gana y que entendiesen que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preservar el mal del corazon y los vaguidos de cabeza , y que las palabras eran :

Cabecita , cabecita ,
Tente en tí , no te resbales ,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita
Confiancita ,
No te inclines
A pensamientos ruines ,
Verás cosas
Que toquen en milagrosas ;
Dios delante ,
Y san Cristoval gigante.

Con la mitad de estas palabras que le digan : y con seis cruces que le hagan sobre el corazon á la persona que tuviere vaguidos de cabeza , dijo Preciosa , quedará como una manzana. Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste , quedó pasmada , y mas lo quedó Andres que vió

era invencion de su agudo ingenio.
dáronse con el soneto porque no quiso pe
Preciosa, por no dar otro tártago á Andres
ya sabia ella sin ser enseñada lo que era dar
los, y martelos, y sobresaltos zelosos á los r
didos amantes. Despidiéronse las gitanas, y
irse dijo Preciosa á D. Juan: Mire señor, cua
quiera dia de esta semana es próspero para pa
lidas, y ninguno es aciago, apresure el irse l
nas presto que pudiere, que le aguarda una vida
cha, libre, y muy gustosa, si quiere acomo-
rse á ella. No es tan libre la del soldado á mi
recer, respondió Don Juan, que no tenga mas de
cion que de libertad: pero con todo esto haré
to viere. Mas veréis de lo que pensais, res-
dió Preciosa, y Dios os lleve y trayga con bien
o vuestra buena presencia merece. Con es-
ltimas palabras quedó contento Andres, y
tanas se fuéron contentisimas: trocáron él
n, repartiéronle: entre todas igualmente,
e la vieja guardiana llevaba siempre parte
ia de lo que se juntaba, asi por la mayo-
como por ser ella el aguja, por quien se
en el maremagno de sus bailes, donaires,
e sus embustes.

e en fin el dia que Andres Caballero se
una mañana en el primer lugar de su
ento sobre una mula de alquiler, sin
uno; halló en él á Preciosa y á su abuela
les conocido, le recibiéron con mu-
El les dijo que le guiasen al rancho an-
ase el dia, y con él se descubriesen
ne llevaba, si á caso le buscasen:
mo advertidas viniéron solas, diéron
le alli á poco rato llegiron á sus bar-
An tres en una que era la mayor de l

rancho, y luego acudiéron á verle diez ó doce
tanos, todos mozos, y todos gallardos, y bien h
hos, á quien ya la vieja habia dado cuenta del nu
compañero que leshabia de venir, sin tener nec
dad de encomendarles el secreto, que como ya
ha dicho ellos le guardan con sagacidad y p
tualidad nunca vista; echáron luego ojo á la m
la, y dijo uno dellos: esta se podrá vende
jueves en Toledo. Eso no, dijo Andres, p
que no hay mula de alquiler que no sea conoci
de todos los mozos de mulas que traginan
España. Por Dios señor Andres, dijo uno de
gitanos, que aunque la mula tuviera mas se
les que las que han de preceder al dia tremen
aquí la transformarémos de manera, que no
conociera la madre que la parió, ni el dueño q
la ha criado. Con todo eso, respondió Andre
por esta vez se ha de seguir y tomar el pare
mio; á esta mula se le ha de dar muerte, y
de ser enterrada donde aun los hueso nos par
can. Pecado grande, dijo otro gitano: ¡á u
inocente se ha de quitar la vida? no diga tal
buen Andres, si no haga una cosa: mírela bi
agora, de manera que se le queden estampac
todas sus señales en la memoria, y déjenm
llevar á mí, y si de aquí á dos horas la con
ciere, que me lardeen como á un negro fugiti
En ninguna manera consentiré dijo Andres, q
la mula no muera, aunque mas me aseguren
transformacion; yo temo serdescubierto, si á e
no la cubre la tierra: y si hace por el provec
que de venderla puede seguirse, no vengo t
desnudo á esta cofradía que no pueda pagar
entrada mas de lo que valen cuatro mulas. Pu
asi lo quiere el señor Andres Caballero, di
otro gitano muera la sin culpa, y Dios sabe
me pesa asi por su mocedad, pues aun no ha ce

y alborotamiento de ramos y juncia y sentán-
ndres sobre un medio alcornoque, pusié-
n las manos un martillo y unas tenazas, y al
dos guitarras que dos gitanos tañian, le hi-
dar dos cabriolas: luego le desnudáron un
y con una cinta de seda nueva y un garrote,
n dos vueltas blandamente. A todo se halló
e Preciosa, y otras muchas gitanas viejas
s, que las unas con maravilla, otras con
miraban: tal era la gallarda disposicion
res que hasta los gitanos le quedáron afi-
simos. Hechas pues las referidas ceremo-
n gitano viejo tomó por la mano á Pre-
y puesto delante de Andres dijo: esta
cha, que es la flor y la nata de toda la
ura de las gitanas que sabemos que viven
aña, te la entregamos ya por esposa, ó
amiga, que en esto puedes hacer lo que
as de tu gusto, porque la libre y ancha
estra no está sujeta á melindres ni á mu-
remonias: mírala bien, y mira si te agra-

exentos vivimos de la amarga pestilencia de los zelos, entre nosotros aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio: y cuando le hay en la muger propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo, nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas y amigas, con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros como yo he dicho vivimos seguros; pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la muger o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros asi hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dejar la muger vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años: con estas, y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los rios; los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las hurtas hortalizas las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza, sombra las peñas, aire fresco las quiebras y casas las cuevas: para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia; músicas los truenos, y hachas los relámpagos: para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas. el cuero cutido de nuestros cuerpos nos sirve de arnes impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos ni la contrastan paredes: á nuestro ánimo no tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas

le ahogan tocas, ni le doman potros: del s
no no hacemos diferencia cuando nos con-
iene: siempre nos preciamos mas de mártires
ne de confesores; para nosotros se crian las
estias de carga en los campos, y se cortan las
aldriqueras en las ciudades: no hay águila, ni
inguna otra ave de rapiña que mas presto se aba-
ance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos
balanzamos á las ocasiones que algun interes
os señalen: finalmente tenemos muchas habili-
ades que felice fin nos prometen; porque en la
árcel cantamos, en el potro callamos, de dia
abajamos, y de noche hurtamos, ó por mejor
decir avisamos que nadie viva descuidado de mi-
ar donde pone su hacienda: no nos fatiga el te-
nor de perder la honra, ni nos desvela la ambi-
ion de acrecentarla; ni sustentamos bandos, ni
madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar
aguates, ni á solicitar favores: por dorados te-
hos y suntuosos palacios estimamos estas barra-
as y movibles ranchos: por cuadros y paises de
laudes los que nos da la naturaleza en esos le-
ntados riscos y nevadas peñas, tendidos pra-
s, y espesos bosques que á cada paso á los ojos
nos muestran: somos astrólogos rústicos, por-
como casi siempre dormimos al cielo descu-
to, á todas horas sabemos las que son del
y las que son de la noche: vemos como ar-
ona y barre la aurora las estrellas del cielo,
mo ella sale con su compañera el alba, ale-
lo el aire, enfriando el agua, y humedecien-
ierra; y luego tras ellos el sol *dorando cum-*
como dijo el otro poeta) *y rizando montes:*
emos quedar helados por su ausencia cuan-
hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar
los cuando con ellos particularmente nos
un mismo rostro hacemos al sol que al

yelo, á la esterilidad que á la abundancia: conclusion somos gente que vivimos por nue tra industria y pico, y sin entremeternos con antiguo refran: iglesia, ó mar, ó casa real: nemos lo que queremos, pues nos contenta con lo que tenemos: todo esto os he dicho, ga roso mancebo, porque no ignoreis la vida á q habeis venido, y el trato que habeis de profes el cual os he pintado aquí en borron; que oi muchas é infinitas cosas iréis descubriendo co con el tiempo no menos dignas de considera que las que habeis oido. Calló en diciendo así elocuente y viejo gitano, y el novicio dijo: se holgaba mucho de haber sabido tan lo estatutos, y que él pensaba hacer profesion aquella órden tan puesta en razon y en polít fundamentos, y que solo le pesaba no haber nido mas presto en conocimiento de tan al vida, y que desde aquel punto renunciaba la p fesion de caballero y la vanagloria de su ilus linage, y lo ponia todo debajo del yugo, ó mejor decir debajo de las leyes con que ellos vian, pues con tan alta recompensa le satisfac el deseo de servirlos, entregándole á la div Preciosa, por quien él dejaria coronas é im rios, y solo los desearia para servirla. A lo e respondió Preciosa: puesto que estos señores gisladores han hallado por sus leyes que soy tu y que por tuya te me han entregado, yo he llado por la ley de mi voluntad que es la n fuerte de todas, que no quiero serlo sino es c las condiciones que antes que aquí vinieses, en los dos concertámos: dos años has de vivir nuestra compañía primero que de la mia goce porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo q de engañada por presurosa: condiciones romp leyes, las que te he puesto sabes, si las quie

ació libre, y ha de ser libre en tanto
isiere: si te quedas, te estimaré en
te vuelves, no te tendré en menos;
ıi parecer los ímpetus amorosos corren
uelta hasta que encuentran con la ra-
ı el desengaño: y no querria yo que
ara conmigo como es el cazador que
ndo la liebre que sigue, la coge, y la
orrer tras otra que le huye: ojos hay
que á la primera vista tan bien les pa-
el como el oro, pero á poco rato bien
diferencia que hay de lo fino á lo fal-
i hermosura, que tú dices que tengo,
mas sobre el sol y la encareces sobre
sé yo si de cerca te parecerá sombra,
ıerás en que es de alquimia: dos años
iempo para que tantees y ponderes lo
en que escojas, ó que será justo que
que la prenda que una vez comprada,
ede deshacer de ella sino con la muer-
que haya tiempo y mucho para mi-

UNIVERSITY OF MICHIGAN

asi si quieres que asegure tus temores, y men
cabe tus sospechas, jurándote que no saldré
punto de las órdenes que me pusieres, mira
juramento quieres que haga, ó que otra seguri
puedo darte; que á todo me hallarás dispue
Los juramentos y promesas que hace el caut
porque le den libertad, pocas veces se cump
con ella, dijo Preciosa; y asi son segun pie
los del amante, que por conseguir su deseo p
meterá las alas de Mercurio, y los rayos de
piter como me prometió á mí un cierto poe
y juraba por la laguna Estigia: no quiero ju
mentos, señor Andres, ni quiero promesas,
quiero remitirlo todo á la experiencia deste
viciado, y á mí se me quedará el cargo de gu
darme, cuando vos le tuviéredes de ofender
Sea asi, respondió Andres: sola una cosa p
á estos señores y compañeros mios, y es que
me fuercen á que hurte ninguna cosa por tier
de un mes siquiera, porque me parece que
he de acertar á ser ladron, si antes no prece
muchas liciones. Calla hijo, dijo el gitano vi
que aquí te industriarémos de manera que sa
un águila en el oficio, y cuando le sepas, ha
gustar dél de modo que te comas las manos
él: ¡ya es cosa de burla salir de vacío po
mañana, y volver cargado á la noche al ranc
De azotes he visto yo volver algunos deseos
cíos, dijo Andres. No se toman truchas etc.,
plicó el viejo: todas las cosas desta vida e
sugetas á diversos peligros; y las acciones
ladron al de las galeras, azotes, y horca; p
no porque corra un navío tormenta ó se aneg
han de dejar los otros de navegar: bueno se
que porque la guerra come los hombres y los
ballos, dejase de haber soldados: cuanto m
que el que es azotado por justicia entre nosot

a volar, y en parte donde no vol-
a: y lo dicho dicho, que os habeis
dedos tras cada hurto. Pues para
, dijo Andres, lo que yo podia hur-
empo que se me da de venia, quiero
ientos escudos de oro entre todos
o. Apenas hubo dicho esto, cuando
á él muchos gitanos, y levantán-
brazos y sobre los hombros, le can-
r, *victor*; y el grande Andres aña-
, viva Preciosa, amada prenda suya.
iciéron lo mismo con Preciosa, no
e Cristina, y de otras gitanillas que
resentes: que la envidia tan bien se
duares de los bárbaros y en las cho-
stores, como en palacios de Princi-
le ver medrar el vecino, que me pa-
iene mas merecimiento que yo, fa-
esto, comiéron latamente, repar-
prometido con equidad y justicia,
las alabanzas de Andres, subiéron

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

[illegible] atrancaba el alma, y tal vez habia
su dinero los hurtos que sus com-
ian hecho, conmovido de las lágri-
ueños: de lo cual los gitanos se de-
liciendo que era contravenir á sus
rdenanzas que prohibian la entrada
en sus pechos, la cual en teniéndola,
jar de ser ladrones, cosa que no les
u ninguna manera. Viendo pues esto
que él queria hurtar por sí solo, sin
ía de nadie; porque para huir del
ligereza, y para acometerle no le
mo: asi que el premio, ó el castigo
tase, queria que fuese suyo. Procu-
anos disuadirle deste propósito, di-
le podrian suceder ocasiones, donde
ria la compañía asi para acometer
fenderse; y que una persona sola no
grandes presas. Pero por mas que di-
s quiso ser ladron solo y señero, con

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

bres, ó á lo menos excusarlo por todas las
que pudiese, pensando exentarse de la juris
cion de obedecerlos en las cosas injustas qu
mandasen, á costa de su dinero. Otro dia les
Andres que mudasen de sitio, y se alejase
Madrid, porque temia ser conocido si allí c
ba: ellos dijéron que ya tenian determinado
á los montes de Toledo, y desde allí corr
garramar toda la tierra circunvecina. Levant
pues el rancho, y diéronle á Andres una pol
en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á
sirviendo de lacayo á Preciosa que sobre otra
ella contentísima de ver como triunfaba de su
llardo escudero, y él ni mas ni menos de ver j
á sí á la que habia hecho señora de su albe
¡O poderosa fuerza deste que llaman dulce l
de la amargura (título que le ha dado la ocios
y el descuido nuestro) y con que veras nos
sallas! y cuan sin respeto nos tratas! cabal
es Andres y mozo, y de muy buen entendimie
criado casi toda su vida en la corte, y con e
galo de sus ricos padres: y desde ayer acá ha
cho tal mudanza, que engañó á sus criados
sus amigos, defraudó las esperanzas que sus
dres en él tenian, dejó el camino de Flandes
de habia de ejercitar el valor de su perso
acrecentar la honra de su linage, y se vino á
trar á los pies de una muchacha y á ser su lac
que puesto que hermosísima, en fin era gita
privilegio de la hermosura, que trae al redo
y por la melena á sus pies á la voluntad
exenta.

De allí á cuatro dias llegáron á una aldea d
guas de Toledo, donde asentáron su aduar, d
primero algunas prendas de plata al alcald

sangre, con cada hurto que sus maestros
, se le arrancaba el alma, y tal vez hubo
gó de su dinero los hurtos que sus com-
s habian hecho, conmovido de las lágri-
sus dueños: de lo cual los gitanos se de-
ban, diciendo que era contravenir á sus
os y ordenanzas que prohibian la entrada
ridad en sus pechos, la cual en teniéndola,
de dejar de ser ladrones, cosa que no les
bien en ninguna manera. Viendo pues esto
s, dijo que él queria hurtar por sí solo, sin
ompañía de nadie; porque para huir del
tenia ligereza, y para acometerle no le
el ánimo: asi que el premio, ó el castigo
que hurtase, queria que fuese suyo. Procu-
los gitanos disuadirle deste propósito, di-
le que le podrian suceder ocasiones, donde
necesaria la compañía asi para acometer
para defenderse; y que una persona sola no
hacer grandes presas. Pero por mas que di-
Andrés quiso ser ladron solo y señero, con

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

se holgaba Preciosa viendo á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladron : pero con todo eso estaba temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andres le hacia. Poco mas de un mes se estuviéron en los términos de Toledo, donde hiciéron su agosto aunque era por el mes de Setiembre, y desde allí se entráron en Extremadura por ser tierra rica y caliente. Pasaba Andres con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios : y ella poco á poco se iba enamorando de la discrecion y buen trato de su amante, y él del mismo modo : si pudiera crecer su amor, fuera creciendo : tal era la honestidad, discrecion y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno : jugaba á los bolos, y á la pelota extremadamente, tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza : finalmente en poco tiempo voló su fama por todo Extremadura, y no habia lugar donde no se hablase de la gallarda disposicion del gitano Andres Caballero, y de sus gracias y habilidades, y al par desta fama corria la de la hermosura de la Gitanilla ; y no habia villa, lugar, ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos : desta manera iba el aduar rico, próspero y contento ; y los amantes gozosos con solo mirarse.

Sucedió pues que teniendo el aduar entre unas encinas algo apartado del camino real, oyéron una noche casi á la mitad della ladrar sus perros con mucho ahinco y mas de lo que acostumbraban : saliéron algunos gitanos, y con ellos Andres á ver á quien ladraban, y viéron que se

defendia dellos un hombre vestido de blanco, á quien tenian dos perros asido de una pierna: llegáron, y quitáronle, y uno de los gitanos le dijo: ¿quien diablos os trujo por aquí, hombre á tales horas y tan fuera de camino? ¿venis á hurtar por ventura? porque en verdad que habeis llegado á buen puerto. No vengo á hurtar, respondió el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado: pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho? No hay lugar, ni venta, donde podamos encaminaros, respondió Andres; mas para curar vuestras heridas y alojaros esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos: venios con nosotros que aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad. Dios la use con vosotros, respondió el hombre, y llevadme donde quisiéredes, que el dolor desta pierna me fatiga mucho. Llegóse á él Andres, y otro gitano caritativo (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno) y entre los dos le lleváron. Hacia la noche clara con luna, de manera que pudiéron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle: venia vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo. Llegáron á la barraca, ó toldo de Andres, y con presteza encendiéron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habia dado cuenta: tomó algunos pelos de los perros, frióles en aceite, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite de ellas, y encima un poco de romero verde mas-

cado: liósele muy bien con paños limpios, y santiguóle las heridas, y díjole. dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada. En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacia él á ella, de modo que Andres echó de ver en la atencion con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolucion, despues de curado el mozo, le dejáron solo sobre un lecho hecho de heno seco: y por entonces no quisiéron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apenas se apartáron dél cuando Preciosa llamó á Andres á parte y le dijo ¡ acuérdaste, Andres, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que segun creo te dió un mal rato? Si acuerdo respondió Andres, y era un soneto en tu alabanza y no malo: pues has de saber, Andres, replicó Preciosa, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un romance muy bueno: allí andaba á mi parecer como page, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun príncipe: y en verdad te digo, Andres, que el mozo es discreto y bien razonado, y sobre manera honesto, y no sé que pueda imaginar de esta su venida y en tal trage. ¡ Que puedes imaginar, Preciosa? respondió Andres; ninguna otra cosa, que la misma fuerza que á mí me ha hecho gitano, le hecho á él parecer molinero, y venir á buscarte: ¡ ha Preciosa, Preciosa, y como se va descubriendo que te quières preciar de tener mas de un rendido! y si esto es asi, acábame á mí primero, y luego matarás á este otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño,

ni bondad y buen término! calla, Andres,
vida, y mañana procura sacar del pecho
tu asombro, adonde va, ó á lo que viene;
ser que estuviese engañada tu sospecha,
yo no lo estoy de que sea el que he dicho:
mas satisfacion tuya, pues ya he llegado
inos de satisfacerte, de cualquier manera
cualquiera intencion que ese mozo venga,
ele luego, y haz que se vaya, pues todos los
stra parcialidad te obedecen, y no habrá
o que contra tu voluntad le quiera dar aco-
a su rancho, y cuando esto asi no suceda,
oy mi palabra de no salir del mio, ni de-
ver de sus ojos, ni de todos aquellos que
ieres que no me vean; y prosiguiendo ade-
ijo: mira, Andres, no me pesa á mí de
eloso, pero pesarmeha mucho si te veo in-
o. Como no me veas loco, Preciosa, res-
Andres, cualquiera otra demostracion será
ninguna para dar á entender adonde lle-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son : siempre miran los zelos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades : por vida tuya y por la mia, Andres, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si asi lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo extremo. Con esto se despidió de Andres, y él se quedó esperando el dia para tomar la confesion al herido, llena de turbacion el alma de mil contrarias imaginaciones, no podia creer sino que aquel page habia venido allí atraido de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladron que todos son de su condicion: por otra parte la satisfacion que Preciosa le habia dado, le parecia ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro y á dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegó el dia (que á él le pareció haberse tardado mas que otras veces) visitó al mordido, preguntóle como se llamaba, y adonde iba, y como caminaba tan tarde, y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó como estaba, y si se sentia sin dolor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo, que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podria ponerse en camino : á lo de decir su nombre, y adonde iba, no díjo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á nuestra señora de la Pena de Francia á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada habia perdido el camino, y acaso habia dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban : le habian puesto del modo que habia visto. No le pareció á Andres legíti-

ma esta declaracion, sino muy bastarda; y de nuevo volviéron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y asi le dijo: hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caido debajo de mi jurisdicion por algun delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habeis dado, obligara á que os apretara los cordeles: yo no quiero saber quien sois: como os llamais, ó adonde vais; pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viage, mintais con mas apariencia de verdad: decis que vais á la Peña de Francia, y déjaisla á la mano derecha mas atras deste lugar donde estamos bien treinta leguas: caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apenas cuanto mas caminos: amigo, levántaos y aprended á mentir, y andad enorabuena; ¿pero por este buen aviso que os doy, no me diréis una verdad? que sí diréis, pues tan mal sabeis mentir: decidme, ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la corte entre page y caballero, que tenia fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto á una Gitanilla que los dias pasados andaba por Madrid; que era tenida por singular en la belleza? decidmelo, que yo os prometo por la fe de caballero gitano de guardaros todo el secreto que vos viéredes que os conviene: mirad que el negarme la verdad de que no sois el que yo digo, no llevaria camino porque este rostro que yo veo aqui, es el propio que vide en Madrid: sin duda alguna que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne: y asi se me quedó estampada en la memoria vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente trage en

que estais ahora del en que yo os ví entonces: no os turbeis, animaos, y no penseis que habeis llegado á un pueblo de ladrones sino á un asilo que os sabrá guardar, y defender de todo el mundo: mirad, yo imagino una cosa, y si es asi como la imagino, vos habeis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es que enamorado de Preciosa (aquella hermosa Gitanica á quien hicístes los versos) habeis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en menos sino en mucho mas: que aunque gitano, la experiencia me ha mostrado adonde se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer á los que coge debajo de su jurisdicion y mando: si esto es asi, como creo que sin duda lo es, aquí está la Gitanica. Sí, aquí está, que yo la ví anoche, dijo el mordido: razon con que Andres quedó como difunto, pareciéndole que habia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas: anoche la ví, tornó á referir el mozo; pero no me atrevia á decirle quien era, porque no me convenia. De esta manera, dijo Andres, ¿vos sois el poeta que yo he dicho? Si soy, replicó el mancebo, que no lo puedo ni lo quiero negar: quizá podria ser que donde he pensado perderme, hubiese venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes. Hayle sin duda, respondió Andres, y entre nosotros los gitanos el mayor secreto del mundo: con esta confianza podeis, señor, descubrirme vuestro pecho, porque hallaréis en el mio lo que veréis sin doblez alguna: la gitanilla es parienta mia, y está sugeta á lo que yo quisiere hacer de ella, si la quisiéredes por esposa; yo y todos sus parientes gustarémos de ello y lo tendrémos por bien: y si por amiga, no usarémos de ningun melindre con tal

lidad es esa, no hay sino descubriros y
á la labor, que la muchacha que no es
oba, verá cuan bien le está ser vuestra;
go! dijo á esta razon el mozo: quiero que
que la fuerza que me ha hecho mudar de
no es la del amor que vos decis, ni de de-
Preciosa: que hermosas tiene Madrid que
y saben robar los corazones y rendir las
an bien y mejor que las mas hermosas gi
puesto que confieso que la hermosura de
parienta á todas las que yo he visto se
a: quien me tiene en este trage, á pie, y
o de perros no es amor, sino desgracia
on estas razones que el mozo iba dicien-
a Andres cobrando los espíritus perdidos,
ndole que se encaminaban á otro parade-
que se imaginaba, y deseoso de salir de
confusion volvió á reforzarle la seguri-
a que podia descubrirse, y asi él prosiguió
lo: yo estaba en Madrid en casa de un tí-
quien servia no como á señor, sino como

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

dres que aspiraban á casarle mas altamente, pero con todo eso la servia á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos, solos los mios eran testigos de sus intentos: y una noche que debia de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle de esta señora, vímos arrimados á ella dos hombres al parecer de buen talle: quiso reconocerlos mi pariente, y apenas se encaminó hácia ellos, cuando echáron con mucha ligereza mano á las espadas y á dos broqueles, y se viniéron á nosotros que hicímos lo mismo, y con iguales armas nos acometímos: duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiáron los zelos de mi pariente y la defensa que yo le hacia, las perdiéron (caso extraño, y pocas veces visto): triunfando pues de lo que aquí no quisiéramos, volvímos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que podímos, nos fuímos á S. Gerónimo esperando el dia que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenian de los matadores; supímos que de nosotros no habia indicio alguno, y aconsejáronnos los prudentes religiosos que no volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros: y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisáron que los señores Alcaldes de corte habian preso en su casa á los padres de la doncella, y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomáron la confesion, una criada de la señora dijo como mi pariente paseaba á su señora de noche y de dia, y que con este indicio habian acudido á buscarnos, y no hallándonos sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en to-

que paraba el caso : yo quise dividir y
nuestra fortuna, y que corriese nuestra
por una misma derrota : seguí otro cami-
rente del suyo y en hábito de mozo de
i pie salí con un religioso que me dejó en
a ; desde allí aquí he venido solo y fuera de
, hasta que á noche llegué á este encinar
ue ha sucedido lo que habeis visto : y si
é por el camino de la Peña de Francia,
responder algo á lo que se me preguntaba,
verdad que no sé donde cae la Peña de
, puesto que sé que está mas arriba de Sa-
. Asi es verdad, respondió Andres, y ya
s á mano derecha casi veinte leguas de
orque veais cuan derecho camino llevába-
allá fuéredes. El que yo pensaba llevar,
el mozo, no es sino á Sevilla, que allí ten-
ballero Ginoves, grande amigo del conde
nte, que suele enviar á Génova gran can-
plata, y llevo designio que me acomode

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

quiso Andres que hiese Clemente su camarada, Clemente tuvo esta amistad por gran favor q se le hacia: andaban siempre juntos, gastab largo, llovian escudos, corrian. saltaban, ba laban, y tiraban la barra mejor que ninguno los gitanos y eran de las gitanas mas que med namente queridos, y de los gitanos en todo tremo respetados.

Dejáron pues á Extremadura, y entráron en Mancha, y poco á poco fuéron caminando reino de Murcia: en todas las aldeas y luga que pasaban, habia desafíos de pelota, de esg ma, de correr, de saltar, de tirar la barra, de otros ejercicios de fuerza, maña y ligere y de todos salian vencedores Andres y Clemer como de solo Andres queda dicho: y en todo te tiempo que fuéron mas de mes y medio, n ca tuvo Clemente ocasion, ni él la procuró hablar á Preciosa, hasta que un dia estando ju tos Andres y ella, llegó él á la conversaci porque le llamáron, y Preciosa le dijo desde vez primera que llegaste á nuestro aduar, te nocí, Clemente y se me viniéron á la memo los versos que en Madrid me diste; pero no q se decir nada por no saber con que intencion nias á nuestras estancias, y cuando supe tu d gracia me pesó en el alma, y se aseguró mi p cho que estaba sobresaltado, pensando que co habia D. Juanes en el mundo que se mudaban Andreses, asi podia haber D. Sanchos que mudasen en otros nombres: háblote desta m nera, porque Andres me ha dicho que te ha da cuenta de quien es, y de la intencion con q se ha vuelto gitano (y asi era la verdad que A dres le habia hecho sabidor de toda su histo por poder comunicar con él sus pensamientos y no pienses que te fué de poco provecho el

mi voluntad está la suya, todavia me pesaria
verle dar muestras por mínimas que fuesen
lgun arrepentimientos. A esto respondió Cle-
te: no pienses, Preciosa única, que D. Juan
ligereza de ánimo me descubrió quien era,
ero le conocí yo y primero me descubriéron
os sus intentos: primero le dije yo quien
y primero le adiviné la prision de su volun-
ue tú señalas, y él dándome el crédito que
zon que me diese, fió de mi secreto el
y él es buen testigo si alabé su determina-
escogido empleo, que no soy, ó Preciosa,
corto ingenio que no alcance hasta don-
tienden las fuerzas de la hermosura y la
ra pasar de los límites de los mayores ex-
de belleza, es disculpa bastante de ma-
rros, si es que deben llamarse yerros los
acen con tan forzozas causas: agradéz-
iora, lo que en mi crédito dijiste
agártelo en desea

UNIVERSITY OF MICHIGAN

quiso Andres que fuese Clemente su camarad
Clemente tuvo esta amistad por gran favor
se le hacia : andaban siempre juntos, gasta
largo, llovian escudos, corrian. saltaban,
laban, y tiraban la barra mejor que ningun
los gitanos y eran de las gitanas mas que u
namente queridos, y de los gitanos en tod
tremo respetados.

Dejáron pues á Extremadura, y entráron e
Mancha, y poco á poco fuéron caminand
reino de Murcia: en todas las aldeas y lug
que pasaban, habia desafíos de pelota, de e
ma, de correr, de saltar, de tirar la barra
de otros ejercicios de fuerza, maña y liger
y de todos salian vencedores Andres y Clem
como de solo Andres queda dicho: y en tod
te tiempo que fuéron mas de mes y medio,
ca tuvo Clemente ocasion, ni él la procur
hablar á Preciosa, hasta que un dia estando
tos Andres y ella, llegó él á la conversa
porque le llamáron, y Preciosa le dijo desd
vez primera que llegaste á nuestro aduar, te
nocí, Clemente y se me viniéron á la mem
los versos que en Madrid me diste; pero no
se decir nada por no saber con que intencion
nias á nuestras estancias, y cuando supe tu
gracia me pesó en el alma, y se aseguró mi
cho que estaba sobresaltado, pensando que e
habia D. Juanes en el mundo que se mudaba
Andreses, asi podia haber D. Sanchos qu
mudasen en otros nombres: háblote desta
nera, porque Andres me ha dicho que te ha d
cuenta de quien es, y de la intencion con
se ha vuelto gitano (y asi era la verdad que
dres le habia hecho sabidor de toda su hist
por poder comunicar con él sus pensamiento
y no pienses que te fué de poco provecho el

no certe, pues por mi respeto y por lo que yo de ti dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte: este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andres la bajeza de su intento, ni le pintes cuan mal le está perseverar en este estado: que puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavia me pesaria de verle dar muestras por mínimas que fuesen de algun arrepentimientos. A esto respondió Clemente: no pienses, Preciosa única, que D. Juan con ligereza de ánimo me descubrió quien era, primero le conocí yo y primero me descubriéron sus ojos sus intentos: primero le dije yo quien era, y primero le adiviné la prision de su voluntad que tú señalas, y él dándome el crédito que era razon que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinacion y escogido empleo, que no soy, ó Preciosa, de tan corto ingenio que no alcance hasta donde se extienden las fuerzas de la hermosura y la tuya para pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzozas causas: agradézcote, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andres, y Andres de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los mas bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza: esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andres, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos. Con tales afectos dijo las razones pasadas Cle-

mente, que estuvo en duda Andres si las habia dicho como enamorado, ó como comedido, que la infernal enfermedad zelosa es tan delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el amante y se desespera; pero con todo esto no tuvo zelos confirmados, mas fiado de la bondad de Preciosa, que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo qué desean. En fin Andres y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intencion de Clemente, y el recato y prudencia de preciosa que jamas dió ocasion á que Andres tuviese de ella zelos.

Tenia Clemente sus puntas de poeta como lo mostró en los versos que dió á Preciosa, y Andres se picaba un poco, y entrámbos eran aficionados á la música. Sucedió pues que estando el adnar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche por entretenerse, sentados los dos Andres al pie de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andres y respondiendo Clemente, cantáron estos versos:

And. Mira, Clemente, el estrellado velo
Con que esta noche fria
Compite con el dia,
De luces bellas adornado el cielo:
Y en esta semejanza,
Si tanto tu divino ingenio alcanza,
Aquel rostro figura
Donde asiste el extremo de hermosura.

Cle. Donde asiste el extremo de hermosura,

Y adonde la preciosa
Honestidad hermosa.
Con todo extremo de bondad se ap
En un sugeto cabe,
Que no hay humano ingenio que le ala
Si no toca en divino,
En alto, en raro, en grave y peregrin

And. En alto, en raro, en grave y peregri
Estilo nunca usado,
Al cielo levantado,
Por dulce al mundo y sin igual camio
Tu nombre, ó Gitanilla!
Causando asombro, espanto y maravilla
La fama yo quisiera
Que llevara hasta la octava esfera.

Cle. Que le llevara hasta la octava esfera:
Fuera decente y justo,
Dando á los cielos gusto
Cuando el son de su nombre allá se oyera
Y en la tierra causara
Por donde el dulce nombre resonara.
Música en los oidos,
Paz en las almas, gloria en los sentidos.

And. Paz en las almas, gloria en los sentidos
Se siente cuando canta
La sirena que encanta,
Y adormece á los mas apercebidos:
Y tal es mi Preciosa
Que es lo menos que tiene ser hermosa:
Dulce regalo mio,
Corona del donaire, honor del brio.

e. Corona del donaire, honor del brio
Eres, bella Gitana,
Frescor de la mañana,
Zéfiro blando en el ardiente estío:

Rayo con que amor ciego
Convierte el pecho mas de nieve en fuego :
Fuerza, que ansí la hace
Que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, sino sonaraà sus espaldas la voz de Preciosa que las suyas habia escuchado : suspendiólos el oirla, y sin moverse, prestándola maravillosa atencion, la escucháron : ella (ó no sé si de improviso, ó si en algun tiempo los versos que cantaba le compusiéron) con extremada gracia como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes t

En esta empresa amorosa
Donde al amor entretengo,
Por mayor ventura tengo
Ser honesta, que hermosa.

La que es mas humilde planta,
Si la subida endereza
Por gracia ó naturaleza,
A los cielos se levanta.

En este mi bajo cobre,
Siendo honestidad su esmalte,
No hay buen deseo que falte,
Ni riqueza que no sobre.

No me causa alguna pena
No quererme ó no estimarme ;
Que yo pienso fabricarme
Mi suerte y ventura buena.

Haga yo lo que en mí es
Que á ser bueua me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere despues.

Quiero ver si la belleza

Tiene tal prerogativa,
Que me encumbre tan arriba
Que aspire á mayor alteza.

Si las almas son iguales,
Podrá la de un labrador
Igualarse por valor
Con las que son imperiales.

De la mia lo que siento
Me sube al grado mayor,
Porque magestad y amor
No tienen un mismo asiento.

Aqui dió fin Preciosa á su canto, y Andres y
emente se levantáron á recibirla; pasáron en-
los tres discretas razones, y Preciosa descu-
ió en las suyas su discrecion, su honestidad y
agudeza, de tal manera que en Clemente ha-
disculpa la intencion de Andres que aun has-
entonces no la habia hallado, juzgando mas
mocedad que á cordura su arrojada determi-
cion.

Aquella mañana se levantó el aduar, y se fué-
á alojar en un lugar de la juridiscion de
rcia tres leguas de la ciudad, donde la suce-
á Andres una desgracia que le puso en pun-
de perder la vida: y fué que despues de haber
lo en aquel lugar algunos vasos y prendas de
ta en fianzas como tenian de costumbre, Pre-
sa, y su abuela, y Cristina con otras dos gi-
illas, y los dos Clemente y Andres se alojá-
en un meson de una viuda rica, la cual te-
una hija de edad de diez y siete ó diez y
ho años, algo mas desenvuelta que hermosa;
or mas señas se llamaba Juana Carducha:
a habiendo visto bailar á las gitanas y gita-
s, la tomó el diablo y se enamoró de Andres

tan fuertemente que propuso de decírselo y t
marle por marido, si él quisiese, aunque á t
dos sus parientes les pesase; y asi buscó coyu
tura para decírselo, y hallóla en un corral do
de Andres habia entrado á requerir dos pollin
llegóse á el, y con priesa por no ser vista le dij
Andres (que ya sabia su nombre) yo soy do
cella y rica, que mi madre no tiene otro h
sino á mí, y este meson es suyo, y amen de
tiene muchos majuelos, y otros dos pares de
sas; hasme parecido bien, si me quieres por
posa, á tí está, respóndeme presto, y si e
discreto quédate, y verás que vida nos dam
Admirado quedó Andres de la resolucion de
Carducha, y con la presteza que ella pedia
respondió; señora doncella, yo estoy apalab
do para casarme, y los gitanos no nos casan
sino con gitanas: guárdela Dios por la merc
que me queria hacer, de quien yo no soy dig
No estuvo en dos dedos de caerse muerta la C
ducha con la aceda respuesta de Andres, á qu
replicara, sino viera que entraban en el cor
otras gitanas: salióse corrida y asendereada,
de buena gana se vengara si pudiera. Andres
mo discreto determinó de poner tierra en med
y desviarse de aquella ocasion que el diablo
ofrecia; que bien leyó en los ojos de la Car
cha que sin los lazos matrimoniales se le ent
vara á toda su voluntad, y no quiso verse pie
pie y solo en aquella estacada: y asi pidió á
dos los gitanos que aquella noche se partiesen
aquel lugar. Ellos que siempre le obedecian,
pusiéron luego por obra, y cobrando sus fian
aquella tarde, se fuéron. La Carducha que
que en irse Andres, se le iba la mitad de su
ma y que no le quedaba tiempo para solici
el cumplimiento de sus deseos, ordenó de ha

quedar á Andres por fuerza ya que de grado no podia : y asi con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andres que ella conoció por suyas, unos ricos corales, y dos patenas de plata con otros brincos suyos; y apenas habian salido del meson, cuando dió voces diciendo que aquellos gitanos le llevaban robadas sus joyas : á cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo. Los gitanos hiciéron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada, y que ellos harian patentes todos los sacos y repuesto de su aduar : desto se congojó mucho la gitana vieja, temiendo que en aquel escrutinio no se manifestasen los diges de la Preciosa y los vestidos de Andres que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miráron, dijo : que preguntasen cual era el de aquel gitano gran bailador que ella habia visto entrar en su aposento dos veces, y que podria ser que aquel las llevase. Entendió Andres que por él lo decia, y riéndose dijo : señora doncella, esta es mi recámara, y este es mi pollino; si vos halláredes en ella, ni en él lo que os falta, yo os los pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da á los ladrones. Acudiéron luego los ministros de la justicia á desvalijar el pollino, y à pocas vueltas diéron con el hurto, de que quedó tan espantado Andres y tan absorto, que no pareció sino estatua sin voz de piedra dura. ¡No sospeché yo bien ! dijo á esta sazon la Carducha : mirad con que buena cara se encubre un ladron tan grande. El Alcalde que estaba presente, comenzó á decrir mil injurias á Andres y á todos los gitanos

ındolos de públicos ladrones y salteadores
ıminos. A todo callaba Andres, suspenso é
;inativo, y no acababa de caer en la traicion
a Carducha. En esto se llegó á él un soldado
arro, sobrino del Alcalde diciendo: ¿no veis
l se ha quedado el gitanico podrido de hur-
? apostaré yo que hace melindres, y que nie-
el hurto con habérsele cogido en las manos:
e bien haya quien no os echa en galeras á to-
ıs: mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas,
rviendo á su Magestad, que no andarse bailan-
o de lugar en lugar, y hurtando de venta en mon-
e: á fe de soldado, que estoy por darle una bofe
.adá que le derribe á mis pies, y diciendo esto sin
mas ni mas alzó la mano, y le dió un bofeton
tal que le hizo volver de su embelesamiento, y le
hizo acordar que no era Andres Caballero, sino
D. Juan, y caballero, y arremetiendo al soldado
con mucha presteza y mas cólera le arrancó su
misma espada de la vaina, y se la envainó en el cuer-
po, dando con él muerto en tierra. Aquí fué el grita
del pueblo: aquí el amohinarse el tio Alcalde:
aqui el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andres
de verla desmayada: aquí el acudir todos á las ar-
mas. y dar tras el homicida: creció la confusion
creció la grita: y por acudir Andres al desmay
de Preciosa, dejó de acudir á su defensa: y qui
so la suerte que Clemente no se hallase al desa
trado suceso, que con los bagages habia ya sal
do del pueblo: finalmente tantos cargáron sob
Andres, que le prendiéron y le aherrojáron c
dos muy gruesas cadenas: bien quisiera el Alc
de ahorcarle luego, si estuviera en su mano;
ro hubo de remitirle á Murcia por ser de su
risdicion: no le lleváron hasta otro dia, y e
que allí estuvo pasó Andres muchos martiri
vituperios, que el indignado Alcalde y sus

s y todos los del lugar le hiciéron. Prendió
calde todos los was gitanos y gitanas que
, porque los mas huyéron, y entre ellos
nente que temió ser cogido y descubierto.
almente con la sumaria del caso, y con una
n cáfila de gitanos entráron el Alcalde y sus
nistros con otra mucha gente armada en Mur-
, entre los cuales iba Preciosa, y el pobre
ndres ceñido de cadenas sobre un macho y con
esposas, y pie de amigo. Salió toda Murcia á ver
los presos que ya se tenia noticia de la muerte
del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel
dia fué tanta que ninguno la miraba que no la
bendecia, y llegó la nueva de su belleza á los
oidos de la señora Corregidora que por curiosi-
dad de verla, hizo que el Corregidor su marido
mandase que aquella Gitanica no entrase eu la
cárcel, y todos los demas sí, y á Andres le pu-
siérou en un estrecho calabozo, cuya escuridad,
y la falta de la luz de Preciosa le tratáron de ma-
nera, qne bien pensó no salir de allí sino para
la sepultura. Lleváron á Preciosa con su abuela
á que la Corregidora la viese; y asi como la vió,
dijo: con razon la alaban de hermosa, y llegán-
dola á sí la abrazó tiernamente, y no se hartaba
de mirarla; y preguntó á su abuela que que edad
tendria aquella niña. Quince años, respondió la
gitana, dos meses mas ó menos. Esos tuviera
ahora la desdichada de mi Constanza; ! ay amig-
gas! qne esta niña me ha renovado mi desventu-
ra, dijo la Corregidora. Tomó en esto Preciosa
las manos de la Corregidora, y besándoselas mu-
chas veces se las bañaba con lágrimas, y le decia;
señora mia, el gitano que está preso no tiene cul-
pa, porque fué provocado: llamáronle ladron, y
no lo es: diéronle un bofeton en su rostro que
es tal que en él se descubre la bondad de su ani-

mò : por Dios y por quien vos sois, señora, le hagais guardar su justicia, y que el señor (regidor no se dé priesa á ejecutar en él el tigo con que las leyes le amenazan: y si a agrado os ha dado mi hermosura, entreten con entretener el preso, por que en el fin d vida está el de la mia: él ha de ser mi esp y justos y honestos impedimentos han estorl que aun hasta ahora no nos habemos dad manos; si dineros fueren menester para al zar perdon de la parte, todo nuestro adu venderá en pública almoneda, y se dará aun de lo que pidieren: señora mia; si sabeis es amor, y algun tiempo le tuvístes, y aho tencis á vuestro esposo, dolcos de mí, que tierna y honestamente al mio. En todo el ti que esto decia, nunca la dejó las manos ni tó los ojos de mirarla atentísimamente, mando amargas y piadosas lágrimas en m abundancia: asi mismo la Corregidora la te ella asida de las suyas, mirándola ni mas ni nos con no menor ahinco, y con no mas p lágrimas. Estando en esto entró el Corregi y hallando á su muger y á Preciosa tan lloro tan encadenadas, quedó suspenso asi de su to como de su hermosura: preguntó la cau aquel sentimiento; y la respuesta que dió ciósa, fué soltar las manos de la Corregid y asirse de los pies del Corregidor, diciéndo señor, misericordia, misericordia: si mi e muere, yo soy muerta: él no tiene culpa; si la tiene, déseme á mí la pena: y si est puede ser á lomenos entreténgase el pleito en to que se procuran y buscan los medios pos para su remedio, que podrá ser que al que n có de malicia le inviase el cielo la salud de cia. Con nueva suspension quedó el Corre

unque á mí me cueste la vida; y asi con
paso se salió de donde ertaba, dejando á
sentes confusos con lo que dicho habia. En-
pues que ella volvia, nunca dejó Preciosa
rimas ni los ruegos de que se entretuviese
a de su esposo, con intencion de avisar á
re que veniese á entender en ella. Volvió
na con un pequeño cofre debajo del brazo,
al Corregidor que con su muger y ella se
en en un aposento, que tenia grandes co-
e decirles en secreto. El Corregidor creyen-
: algunos hurtos de los gitanos queria des-
le por tenerle propicio en el pleito del pre-
l momento se retiró con ella y con su
en su recámara, adonde la gitana hincán-
e rodillas ante los dos les dijo: si las bue-
ievas que os quiero dar, señores, no me-
en alcanzar eu albricias el perdon de un
ecado mio, aqui estoy para recibir el cas-
que quisiéredes darme; pero antes que le
se, quiero que me digais, señores, prime-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

mò : por Dios y por quien vos sois, señora
le hagais guardar su justicia, y que el señor
regidor no se dé priesa á ejecutar en él el
tigo con que las leyes le amenazan: y si a
agrado os ha dado mi hermosura, entrete
con entretener el preso, por que en el fin
vida está el de la mia: él ha de ser mi esp
y justos y honestos impedimentos han estor
que aun hasta ahora no nos habemos dad
manos; si dineros fueren menester para a
zar perdon de la parte, todo nuestro adu
venderá en pública almoneda, y se dará au
de lo que pidieren: señora mia; si sabeis
es amor, y algun tiempo le tuvístes, y ah
tencis á vuestro esposo, dolcos de mí, que
tierna y honestamente al mio. En todo el ti
que esto decia, nunca la dejó las manos ni
tó los ojos de mirarla atentísimamente,
mando amargas y piadosas lágrimas en n
abundancia: asi mismo la Corregidora la t
ella asida de las suyas, mirándola ni mas n
nos con no menor ahinco, y con no mas
lágrimas. Estando en esto entró el Correg
y hallando á su muger y á Preciosa tan llor
tan encadenadas, quedó suspenso asi de su
to como de su hermosura: preguntó la cau
aquel sentimiento; y la respuesta que dió
ciósa, fué soltar las manos de la Corregi
y asirse de los pies del Corregidor, dicién
señor, misericordia, misericordia: si mi e
muere, yo soy muerta: él no tiene culpa;
si la tiene, déseme á mí la pena: y si es
puede ser á lomenos entreténgase el pleito e
to que se procuran y buscan los medios po
para su remedio, que podrá ser que al que r
có de malicia le inviase el cielo la salud d
cia. Con nueva suspension quedó el Corre

de oir las discretas razones de la Gitanilla, y que ya sino fuera por no dar indicios de flaqueza le acompañara en sus lágrimas. Entanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas. y al cabo de toda esta suspension é imaginacion, dijo: espéreume vuesas mercedes, señores mios, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida; y asi con ligero paso se salió de donde ertaba, dejando á los presentes confusos con lo que dicho habia. Entanto pues que ella volvia. nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que veniese á entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al Corregidor que con su muger y ella se entrasen en un aposento, que tenia grandes cosas que decirles en secreto. El Corregidor creyendo que algunos hurtos de los gitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su muger en su recámara, adonde la gitana hincándose de rodillas ante los dos les dijo: si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no me hieren alcanzar eu albricias el perdon de un mi pecado mio, aqui estoy para recibir el castigo que quisiéredes darme; pero antes que le diese, quiero que me digais, señores, primero si conoceis estas joyas, y descubriendo un cofrecico donde venian las de Preciosa, se le puso en manos al Corregidor, y en abriéndole vió los dijes pueriles: pero no cayó en lo que ellos significar: mirólos tambien la Corregidora, pero tampoco dió en la cuenta, solo dijo: son adornos de alguna pequeña criatura. Asi es verdad, dijo la gitana, y de que criatura

sean lo dice este escrito que está en ese papel
bladu. Abriólo con priesa el Corregidor, y l
que decia: « Llamábase la niña Doña Const
za de Acevedo y de Meneses, su madre D
Guiomar de Meneses, y su padre Don Fernar
de Acevedo, caballero del hábito de Calatra
desparecíla dia de la Ascension del Señor á
ocho de la mañana del año de mil y quiniento
noventa y cinco: traia la niña puestos estos br
cos que en este cofre estan guardados. »

Apenas hubo oido la Corregidora las razo
del papel, cuando reconoció los brincos, se
puso a la boca y dándoles infinitos besos, se
yó desmayada; acudió el Corregidor á ella an
que á preguntar á la gitana por su hija, y ha
endo vuelto en sí, dijo: muger buena, antes
gel que gitana, ¿ adonde está el dueño, dig
criatura cuyos eran estos dijes? adonde, seño
respondió la gitana: en vuestra casa la tene
aquella Gitanica que os sacó las lágrimas de
ojos es su dueño, y es sin duda alguna vue
bija que yo la hurté en Madrid de vues
casa el dia, y hora que ese papel dice. Oye
esto la turbada señora, soltó los chapines, y
salada y corriendo salió á la sala, adonde ha
dejado á Preciosa, y hallóla rodeada de sns d
cellas y criadas todavia llorando; arremetió á
y sin decirle nada con gran priesa le desab
chó el pecho, y miró si tenia debajo de la t
izquierda una señal pequeña á modo de lu
blanco con que habia nacido, y hallóla ya gr
de, que con el tiempo se habia dilatado: lu
con la misma celeridad la descalzó, y descul
un pie de nieve y de marfil hecho á torno
vió en él lo que buscaba, que era que los dos
dos últimos del pie derecho se trababan el
con el otro por medio con un poquito de car

y la gitana estaban. Iba Preciosa con-
o sabia á que efecto se habian hecho
quellas diligencias, y mas viéndose
azos de la corregidora y que le daba
asta ciento. Llegó en fin con la pre-
Doña Guiomar á la presencia de su
trasladándola de sus brazos á los del
le dijo: recibid, señor, á vuestra
nza, que esta es sin duda, no lo du-
, en ningun modo, que la señal de
ntos y la del pecho he visto; y mas
e lo está diciendo el alma desde el
mis ojos la viéron. No lo dudo, res-
orregidor, teniendo en sus brazos á
ue los mismos efectos han pasado por
por la vuestra; y mas que tantas par-
s juntas¿ como podian suceder sino fuc-
igro? Toda la gente de casa andaba
eguntando unos á otros que seria a-
odos daban bien lejos del blanco: que¿

y homicida. Ay! dijo á esto Preciosa, señor
que ni es gitano, ni ladron, puesto que es
tador: pero fué del que le quitó la honra,
pudo hacer menos de mostrar quien era y
tarle. Como! ¿que no es gitano, hija mia?
Doña Guiomar. Entonces la gitana vieja c
brevemente la historia de Andres Caballer
que era hijo de Don Francisco de Carcamo
ballero del hábito de Santiago, y que se llar
Don Juan de Carcamo, asi mismo del m
hábito cuyos vestidos ella tenia cuando los
dó en los de gitano. Contó tambien el conc
que entre Preciosa y Don Juan estaba hecl
guardar dos años de probacion para despos
ó no: puso en su punto la honestidad de ent
bos, y la agradable, condicion de Don J
Tanto se admiráron desto como del hallaz
su hija, y mandó el Corregidor á la gitan
fuese por lor vestidos de Don Juan; ella lo
asi, y volvió con otro gitano que los trujo.
tanto que ella iba y volvia, hiciéron sus p
á Preciosa cien mil preguntas, á quienes re
dió con tanta discrecion y gracia, que au
no la hubieran reconocido por hija, los en
rara: preguntáronle ¿si tenia alguna aficion á
Juan? respondió que no mas de aquella q
obligaba á ser agradecida á quien se habia
rido humillar á ser gitano por ella; pero qu
no se extendería á mas el agradecimiento
quello que sus señores padres quisiesen. G
hija Preciosa, dijo su padre; que este nomb
Preciosa quiero que se te quede en memor
tu pérdida y de tu hallazgo; que yo como t
dre tomo á cargo el ponerte en estado qu
desdiga de quien eres. Suspiró oyendo esto
ciosa, y su madre como era discreta ent

que suspiraba de enamorada de Don Juan, y dijo, á su marido: señor, siendo tan principal DonJuan de Carcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal dársela por esposa y él respondió; ¡ aun hoy la habemos hallado, y ya quereis que la perdamos! gocémosla algun tiempo, que en casándola no será vuestra, sino de su marido. Razon teneis, señor, respondió ella; pero dad órden de sacar á Don Juan que debe de estar en algun calabozo. Si estará, dijo Preciosa, que á un ladron matador y sobre todo gitano no le habrán dado mejor estancia. Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesion, respondió el Corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera: y abrazando á Preciosa, fué luego á la cárcel y entró en el calabozo donde Don Juan estaba, y no quiso que nadie entrase con él. Hallóle con entrambos pies en un cepo, y con las esposas á las manos, y que aun no le habian quitado el pie de amigo. Era la estancia oscura; pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz aunque muy escasa; y asi como le vió le dijo: como está la buena pieza, que asi tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España para acabar con ellos en un dia, como Neron quisiera con Roma, sin dar mas de un golpe: sabed, ladron puntoso, que yo soy el Corregidor desta ciudad, y vengo á saber de mí á vos, si es verdad que es vuestra esposa una gitanilla que viene con vosotros. Oyendo esto Andres imaginó que el Corregidor se debia de haber enamorado de Preciosa; que los zelos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos, ni dividirlos; pero con todo esto respondió: si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad: y si ha di-

cho que no lo soy tambien ha dicho verdad; p
que no es posible que Preciosa diga menti
Tan verdadera es! respondió el Corregidor;
es poco serlo para ser gitana: ahora bien, m
cebo, ella ha dicho que es vuestra esposa; p
que nunca os ha dado la mano: ha sabido que
gun es vuestra culpa habeis de morir por ella
hame pedido que antes de vuestra muerte la d
pose con vos porque se quiere honrar con que
viuda de un tan gran ladron como vos. Pues
galo vuesa merced, señor Corregidor, co
ella lo suplica, que como yo me despose con
iré contento á la otra vida como parta desta
nombre de ser suyo. ¡ Mucho la debeis de q
rer! dijo el Corregidor. Tanto, respondió el p
so, que á poderlo decir no fuera nada. En el
to, señor Corregidor, mi causa se conclu
yo maté al que me quiso quitar la honra:
adoro á esa gitana, moriré contento si muer
su gracia, y se que no nos ha de faltar
de Dios pues, entrambos habrémos guard
honestamente y con puntualidad lo que nos
metimos. Pues esta noche enviaré por vos dij
Corregidor, y en mi casa os deposaréis con
ciosa, y mañana á mediodia estaréis en la
ca, con lo que yo habré cumplido con lo
pide la justicia y con el deseo de entrambos. A
decióselo Andres: y el Corregidor volvió á
casa y dió cuenta á su muger de lo que con
Juan habia pasado, y de otras cosas que pen
ba hacer. En el tiempo que él faltó dió cue
Preciosa á su madre de todo el discurso de
vida, y de como siempre habia creido ser g
na y ser nieta de aquella vieja, pero que si
pre se habia estimado en mucho mas de lo
de ser gitana se esperaba. Preguntóle su m
que le dijese la verdad, ¿ si queria bien á

Juan de Carcamo! Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado gitana, y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como Don Juan de Carcamo, y por haber visto por experiencia su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionados, pero que en resolucion ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llégose la noche, y siendo casi las diez sacáron á Andres de la cárcel sin las esposas y el pie de amigo, pero no sin una gran cadena que desde los pies todo el cuerpo le ceñia. Llegó deste modo sin ser visto de nadie sino de los que le traian en casa del Corregidor, y con silencio y recato le entráron en aposento donde le dejáron solo: de allí á un rato entró un clérigo y le dijo que se confesase, porque habia de morir otro dia. A lo cual respondió Andres de muy buena gana me confesaré; pero ¿como no me desposan primero? y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera. Doña Guiomar que todo esto sabia, dijo á su marido que eran demasiados los sustos que á Don Juan daba, que los moderase, porque podria ser perdiese la vida con ellos. Parecióle buen consejo al Corregidor, y asi entró á llamar al que le confesaba, y díjole que primero habian de desposar al gitano con Preciosa la gitana, y que despues se confesaria, que se encomendase á Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo, que estan mas secas las esperanzas. En efecto Andres salió á una sala donde estaban solamente Doña Guiomar, el Corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando

Preciosa vió á D. Juan cenido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro, y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazon, y se arrimó al brazo de su madre que junto á ella estaba, la cual abrazándola consigo le dijo: vuelve en tí, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho. Ella que estaba ignorante de aquello, no sabia como consolarse, y la gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El Corregidor dijo: señor Tenientecura, este gitano, y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar. Eso no podré yo hacer, sino preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren: ¡donde se han hecho las amonestaciones? ¡adonde está la licencia de mi superior para que con ellas se haga el desposorio? La inadvertencia ha sido mia, respondió el Corregidor; pero yo haré que el Vicario la dé. Pues hasta que la vea, respondió el Tenientecura, estos señores perdonen; y sin replicar mas palabra, porque no sucediese algun escándalo, se salió de casa, y los dejó á todos confusos. El padre ha hecho muy bien, dijo á esta sazon el Corregidor, y podria ser fuese providencia del cielo esta para que el suplicio de Andres se dilate; porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de predecer primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo que suele dar dulce salida á muchas y amargas dificultades: y con todo esto querria saber de Andres, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendria por dichoso ya siendo Andres Caballero, ó ya don Juan de Carcamo? Asi como oyó Andres nombrarse por su nombre dijo: pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites

ora os la doy y entrego en es-
mas rica joya de mi casa, y de
mi alma, y estimadla en lo que
en ella os doy á Doña Constanza
única hija, la cual si os iguala en
desdice nada en linage. Atónito
iendo el amor que le mostraban,
ones Doña Guiomar contó la pér-
y su hallazgo con la certísimas se-
a vieja habia dado de su hurto,
Don Juan de quedar atónito y sus-
egre sobre todo encarecimiento
egros, llamólos padres y señores
manos á Preciosa que con lágri-
s suyas

secreto, salió la nueva del caso
los criados que habian estado pre-
abido por el Alcalde tío del muer-
los caminos de su venganza: pues
er lugar el rigor de la justicia para

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

habian partido. Dijo el Cor
ue tenia por nueva cierta que su padre Don Fran-
cisco de Carcamo estaba proveido por Corregi-
dor de aquella ciudad, y que seria bien esperarle
para que con su beneplácito y consentimiento se
hiciesen las bodas, Don Juan dijo que no saldria
de lo que él ordenase, pero que ante todas co-
sas se habia de desposar con Preciosa. Concedió
licencia el Arzobispo para que con sola una amo-
nestacion se hiciese. Hizo fiestas la ciudad por ser
muy bien quisto el Corregidor, con luminarias,
toros, y cañas el dia del desposorio: quedóse la
gitana vieja en casa que no se quiso apartar de
su nieta Preciosa. Llegáron las nuevas á la corte
del caso y casamiento de la Gitanilla: supo Don
Francisco de Carcamo ser su hijo el gitano, y
ser la Preciosa la Gitanilla que él habia visto;
cuya hermosura disculpó con él la liviandad de
su hijo que ya le tenia por perdido, por saber
que no habia ido á Flándes; y mas porque vió
bien le estaba el casarse con hija de tan
tan rico como era Don Fer-

glos duraren. Olvidábaseme de dec
amorada mesonera descubrió á la
r verdad lo del hurto de Andres el
fesó su amor, y su culpa á quien no
na alguna, porque en la alegría c
de los desposados se enterró la ve
itó la clemencia.

NOVELA

DEL

AMANTE LIBERAL.

¡O lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! si como careceis de sentido, le tuviérades ahora en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviaria nuestro tormento: esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa, como la en que os derribáron, os podeis ver levantados: mas yo desdichado ¿que bien podré esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba antes deste en que me veo? tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.

Estas razones decia un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y asi hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas como si ellas fueran capaces de entenderle (pro-

; llevados de sus
ɔsas agenas de to-
. esto salió de un
a estaban en aque-
, mancebo de muy
., y llegándose al
o , Ricardo amigo ,
tus contiuuos pensa-
ó Ricardo (que este
: mas ! que aprovecha
y hallo tregua ni des-
los han acrecentado
se descubren ! Por las
turco. Pues ¡por cua-
repitió Ricardo , sino
por aquí se ofrezcan !
, replicó el turco , si en
ıtras ; porque los que vié-
sta nombrada y rica isla
ıilidad y sosiego , gozan-
lla todo aquello que la fe-
conceder á los hombres ;
ıtempla ó desterrados della,
miserables , ¡como podrá
le su calamidad y desventu-
tas cosas, pues no llevan re-
á las tuyas , que quiero ver
: ruego por lo que debes á la
: te he mostrado, y por lo que
ntrambos de una misma pa-
ıriado en nuestra niñez juntos ,
: es la causa que te trae tan de-
ste! que puesto caso que sola la
, bastante para entristecer el co
ıegre del mundo , todavia imag
ıtras traen la corriente tus desgr
s generosos ánimos como el tu

elen rendirse á las comunes desdicha
ue den muestras de extraordinarios
tos : y háceme creer esto , el saber yo que
es tan pobre que te falte para dar cuanto
en por tu rescate : ni estás en las torres
ar Negro, como cautivo de consideracion
rde ó nunca alcanza la deseada libertad :
e no habiéndote quitado la mala suerte las
nzas de verte libre, y con todo esto verte
lo á dar miserables muestras de tu desven-
no es mucho que imagine que tu pena pro-
le otra causa, que de la libertad que per-
la cual causa te suplico me digas, ofre-
te cuanto puedo y valgo; quizá para que yo
a ha traido la fortuna este rodeo de haber-
cho vestir deste hábito , que aborrezco.
abes, Ricardo, que es mi amo el Cadi desta
l (que es lo mismo que ser su Obispo) ;
tambien lo mucho que vale , y lo mucho que
puedo : juntamente con esto no ignoras el de-
endido que tengo de no morir en este estado
rece que profeso, pues cuando mas no pue-
go de confesar y publicar á voces la fe de
risto , de quien me apartó mi poca edad
os entendimiento , puesto que sé que tal
ion me ha de costar la vida , que á trueno
perder la del alma daré por bien em-
perder la del cuerpo : de todo lo dicho
que infieras y que consideres que te puede
algun provecho mi amistad , y que para
que remedios ó alivios puede tener tu des-
es menester que me la cuentes como ha me-
el médico la relacion del infermo , asegu-
e que la depositaré en lo mas escondido del
o. A todas estas razones estuvo callando
o , y viéndose obligado dellas y de la ne-
l le respondió con estas : si así como has

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

acertado, ó amigo Mahamut (que asi se llamaba el turco), en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuviera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera; mas yo sé que ella es tal que todo el mundo podrá saber bien la causa de donde procede, mas no habrá en él persona que se atreva no solo á hallarle remedio pero ni aun alivio: y para que quedes satisfecho desta verdad, te la contaré en las menos razones que pudiere; pero antes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas ¿que es la causa que Azam Bajá mi amo ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas y pavellones antes de entrar en Nicosia, donde viene proveido por virey, ó por Bajá como los turcos llaman á los vireyes? Yo te satisfaré brevemente, respondió Mahamut; y asi has de saber que es costumbre entre los turcos que los que van por vireyes de alguna provincia no entran en la ciudad donde su antecesor habita, hasta que él salga della y deje hacer libremente al que viene la residencia, y entanto que el Bajá nuevo la hace, el antigo se está en la campaña esperando lo que resulta de sus cargos, los cuales se le hacen sin que él pueda intervenir á valerse de sobornos y amistades, si ya primero no lo ha hecho: hecha pues la residencia se la dan al que deja el cargo en un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la Puerta del Gran señor que es como decir en la corte ante el gran conséjo del Turco: la cual vista por el Visir Bajá, y por los otros cuatro Bajáes menores (como si dijésemos ante el Presidente del Real consejo y Oidores), ó le premian ó le castigan segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con di-

:suellan : deste oficio comprado sale la
a para comprar otro que mas ganancia
: todo va como digo, todo este imperio
nto, señal que prometia no ser durable;
) que yo creo, y asi debe de ser verdad,
n sobre sus hombros nuestros pecados,
ecir los de aquellos que descaradamente
la suelta ofenden á Dios como yo ha-
se acuerde de mí por quien es él. Por la
ie he dicho pues, tu amo Hazan Bajá ha
n esta campaña cuatro dias, y si el de
no ha salido como debia, ha sido por
tado muy malo, pero ya está mejor y
oy ó mañana sin duda alguna, y se ha
r en unas tiendas que estan, detras de es-
sto que tú no has visto, y tu amo entra-
en la ciudad: y esto es lo que hay que
lo que me preguntaste.
ha pues, dijo Ricardo; mas no sé si po-
plir lo que antes dije que en breves ra-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

mosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir; una por quien los poetas cantaban que tenia los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas: sus dientes perlas, y sus labios rubíes, su garganta alabastro: y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes hacian una maravillosa y concertada armonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamas pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha. ¡Que es posible, Mahamut, que ya no me has dicho quien es y como se llama? sin duda creo ó que no me oyes, ó que cuando en Trápana estabas carecias de sentido. En verdad, Ricardo, respondió Mahamut, que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura, no es Leonisa, la hija de Rodolfo Florencío, no sé quien sea, que esta sola tenia la fama que dices. Esa es, ó Mahamut, respondió Ricardo, esa es, amigo, la causa principal de todo mi bien y de toda mi desventura: esa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman y derramaran lágrimas sin cuento, y la por quien mis suspiros encienden el aire cerca y lejos, y la por quien mis razones causan al cielo que las escucha, y á los cidos que las oyen; esa es, por quien tu me has juzgado por loco, ó por lo menos por de poco valor y menos ánimo: esta Leonisa, para mi leona, y mansa cordera para otro es la que me tiene en este miserable estado; porque has de saber que desde mis tiernos años, ó á lo menos desde que tuve uso de razon no solo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud como sino tuviera en la tierra, ni en el cielo otra deidad á quien sirviese ni adorase: sabian sus deudos, y sus pa-

dres mis deseos, y jamas diéron muestras de que les pesase, considerando que iban encaminados á fin honesto y virtuoso; y asi muchas veces sé yo que se lo dijéron á Leonisa, para disponerle la voluntad á que por su esposo me recibiese, conociendo mi calidad y nobleza; mas ella que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rótulo que tu bien conoces (mancebo galan, atildado, de blandas manos, y rizos cabellos, de voz melíflua, y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados), no quiso ponerlos en mi rostro no tan delicado como el de Cornelio, no quiso agradecer siquiera mis muchos y continuos servicios, pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme; y á tanto llegó el extremo de amarla, que tomara por partido dichoso que me acabara á pura fuerza de desdenes y desagradecimientos, con que no diera descubiertos, annque honestos favores á Cornelio; mira pues, si llegándose á la angustia del desden y aborrecimiento la mayor y mas cruel rabia de los zelos, cuan estaria mi alma de dos tan mortales pestes combatida: disimulaban los padres de Leonisa los favores que á Cornelio hacia, creyendo, como estaba en razon que creyesen, que atraido el mozo de su incomparable y bellisima hermosura, la escogeria pnr su esposa, y en ello graugearian yerno mas rico que conmigo: y bien pudiera ser, si asi fuera; pero no le alcanzaran, sin arrogancia sea dicho, de mejor condicion que la mia, ni de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor que el mio. Sucedió pues que en el discurso de mi pretension alcancé á saber que un dia del mes pasado de Mayo, que este de hoy hace un año tres

dias y cinco horas, Leonisa y sus padres, y Cornelio, y los suyos se iban á solazar con toda su parentela y criados al jardin de Ascanio, que está cercano á la marina en el camino de las salinas. Bien lo sé, dijo Mahamut, pasa adelante, Ricardo, que mas de cuatro dias tuve en él, cuando Dios quiso, mas de cuatro buenos ratos. Súpelo, replicó Ricardo, y al mismo instante que lo supe, me ocupó el alma una furia, una rabia y un infierno de celos con tanta vehemencia y rigor, que me sacó de mis sentidos como lo verás por lo que luego hice, que fué irme al jardin donde me dijéron que estaban, y hallé á la mas de la gente solazándose; y debajo de un nogal sentados á Cornelio y á Leonisa aunque desviados un poco: cual ellos quedáron de mi vista no lo sé, de mí se decir que quedé tal con la suya, que perdí la de mis ojos, y me quedé como estatua sin voz, ni movimiento alguno; pero no tardó mucho en despertar el enojo á la cólera, y la cólera á la sangre del corazon, y la sangre á la ira, y la ira á las manos, y la lengua: puesto que las manos se atáron con el respeto á mi parecer debido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompió el silencio con estas razones: contenta estarás, ó enemiga mortal de mi descanso, en tener con tanto sosiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios vivan en perpetuo y doloroso llanto: llégate, llégate cruel un poco mas, y enrede tu yedra á ese inútil tronco que te busca: peina ó ensortija aquellos cabellos de ese tu nuevo Ganimédes que tibiamente te solicita: acaba ya de entregarte á los banderizos años dese mozo que contemplas: porque perdiendo yo la esperanza de alcanzarte, acabe con ella la vida que aborrezco: ¡piensas por ventura, soberbia y mal considerada doncella, que contigo sola se han de romper y

faltar las leyes y fueros que en semejantes casos en el mundo se usan! ¿ piensas; quiero decir, que ese mozo altivo por sus riquezas, arrogante por su gallardía, inexperto por su edad poca, confiado por su linage, ha de querer, ni poder ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados año, ! no lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engañe nadie sino por su propia ignorancia: en los pocos años está la inconstancia mucha, en los ricos la soberbia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen, la necedad que es madre de todo mal suceso: y tu, ó mozo, que tan á tu salvo piensas llevar el premio mas debido á mis buenos deseos que á los ociosos tuyos, ¡ porque no te leventas dese estrado de flores donde yaces, y vienes á sacarme el alma que tanto la tuya aborrece! y no porque me ofendas en lo que haces, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede: y véese claro que le tienes en poco en que no quieres moverte á defenderle por no ponerte á riesgo de descomponer la afeitada compostura de tu galan vestido: si esa tu reposada condicion tuviera Aquiles, bien seguro estuviera Ulises de no salir con su empresa, aunque mas le mostrara resplandecientes armas y acerados alfanjes: vete, vete, y recréate entre las doncellas de tu madre, y allí ten cuidado de tus cabellos y de tus manos, mas despiertas á devanar blando sirgo, que á empuñar la dura espada. A todas estas razones jamas se levantó Cornelio del lugar donde le había sentado; antes se estuvo quedo, mirándome como embelesado sin moverse: y á las levanta-

das voces con que le dije lo que has oido, se fué llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusiéron á escuchar otros mas inproperios que á Cornelio le dije, el cual tomando ánimo con la gente que acudió, porque todos ó los mas eran sus parientes, criados, ó allegados, dió muestras de levatarse; mas antes que se pusiese en pie puse mano á mi espada y acometíle no solo á él, sino á todos cuantos allí estaban; pero apenas vió Leonisa relucir mi espada cuando le tomó un recio desmayo, cosa que me puso en mayor corage y mayor despecho: y no te sabré decir, si los muchos que me acometiéron, atendian no mas de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fué mi buena suerte y diligencia, ó el cielo que para mayores males queria guardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé mas á mano: á Cornelio le valió su buena diligencia, pues fué tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapó de mis manos: estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un remedio, que fuera mejor haber dejado allí la vida, que no restaurándola por tan no pensado camino, venir á perderla cada hora mil y mil veces: y fué que de improviso diéron en el jardin mucha cantidad de turcos de dos galeotas de corsarios de Viserta, que en una cala que allí cerca estaba, habian desembarcado sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores, ó atajadores de la costa: cuando mis contrarios los viéron, dejándome solo, con presta celeridad se pusiéron en cobro: de cuantos en el jardin estaban, no pudiéron los turcos cautivar mas de á tres personas, y á Leonisa que aun se estaba desmayada: á mí me

faltaba, y viendo que los muertos eran
ldados de aquellos que ellos llaman Le-
/ de los mejores y mas estimados que
iisiéron tomar en mí la venganza, y asi
Arracz de la capitana bajar la entena
carme. Todo esto estaba mirando Leo-
ya habia vuelto en sí, y viéndose en
los corsarios derramaba abundancia de
lágrimas, y torciendo sus manos deli-
ı hablar palabra estaba atenta á ver si
o que los turcos decian; mas uno de
nos del remo le dijo en italiano como
mandaba ahorcar aquel cristiano, se-
e á mí, porque habia muerto en su de-
atro de los mejores soldados de las ga-
cual oido y entendido por Leonisa, la
ra que se mostró para mí piadosa, di-
ivo que dijese á los turcos que no me
, porque perderian un gran rescate, y
gaba volviesen á Trápana, que luego

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

das voces con que le dije lo que has oido, se fué llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusiéron á escuchar otros mas inproperios que á Cornelio le dije, el cual tomando ánimo con la gente que acudió, porque todos ó los mas eran sus parientes, criados, ó allegados, dió muestras de levatarse; mas antes que se pusiese en pie puse mano á mi espada y acometíle no solo á él, sino á todos cuantos allí estaban; pero apenas vió Leonisa relucir mi espada cuando le tomó un recio desmayo, cosa que me puso en mayor corage y mayor despecho: y no te sabré decir, si los muchos que me acometiéron, atendian no mas de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fué mi buena suerte y diligencia, ó el cielo que para mayores males queria guardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé mas á mano: á Cornelio le valió su buena diligencia, pues fué tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapó de mis manos: estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un remedio, que fuera mejor haber dejado allí la vida, que no restaurándola por tan no pensado camino, venir á perderla cada hora mil y mil veces: y fué que de improviso diéron en el jardin mucha cantidad de turcos de dos galeotas de corsarios de Viserta, que en una cala que allí cerca estaba, habian desembarcado sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores, ó atajadores de la costa: cuando mis contrarios los viéron, dejándome solo, con presta celeridad se pusiéron en cobro: de cuantos en el jardin estaban, no pudiéron los turcos cautivar mas de á tres personas, y á Leonisa que aun se estaba desmayada: á mí me

...ban. Miraron rostra por ver que
'altaba, y viendo que los muertos eran
dados de aquellos que ellos llaman Le-
de los mejores y mas estimados que
isiéron tomar en mí la venganza, y asi
Arracz de la capitana bajar la entena
arme. Todo esto estaba mirando Leo-
a habia vuelto en sí, y viéndose en
os corsarios derramaba abundancia de
ágrimas, y torciendo sus manos deli-
hablar palabra estaba atenta á ver si
que los turcos decian; mas uno de
ios del remo le dijo en italiano como
nandaba ahorcar aquel cristiano, se-
á mí, porque habia muerto en su de-
ıtro de los mejores soldados de las ga-
cual oido y entendido por Leonisa, la
a que se mostró para mí piadosa, di-
o que dijese á los turcos que no me
porque perderian un gran rescate, y
aba volviesen á Trápana, que luego

UNIVERSITY OF MICHIGAN

to por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos bárbaros estaba. Llegados pues como digo á la ciudad, entró en el puerto la una galeota, y la otra se quedó fuera: coronóse luego todo el puerto y la ribera toda de cristianos y el lindo de Cornelio desde lejos estaba mirando lo que en la galeota pasaba: acudió luégo un mayordomo mio á tratar de mi rescate, al cual dije que en ninguna manera tratase de mi libertad sino de la de Leonisa, y que diese por ella todo cuanto valia mi hacienda, y mas le ordené que volviese á tierra, y dijese á sus padres de Leonisa que le dejasen á él tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiesen en trabajo por ella. Hecho esto, el Arraez principal que era un renegado griego llamado Ysuf, pidió por Leonisa seis mil escudos, y por mí cuatro mil, añadiendo que no daria el uno sin el otro: pidió esta gran suma segun despues supe, porque estaba enamorado de Leonisa, y no quisiera él rescatarla sino darle al Arraez de la otra galeota, con quien habia de partir las presas que se hiciesen por mitad, á mí en precio de cuatro mil escudos, y mil en dinero que hacian cinco mil, y quedarse con Leonisa por otros cinco mil: y esta fué la causa porque nos apreció á los dos en diez mil escudos. Los padres de Leonisa no ofreciéron de su parte nada, atenidos á la promesa que de mi parte mi mayordomo les habia hecho: ni Cornelio movió los labios en su provecho; y asi despues de muchas demandas y respuestas, concluyó mi mayordomo en dar por Leonisa cinco mil, y por mí tres mil escudos. Aceptó Yzuf este partido forzado de las persuasiones de su compañero y de lo que todos sus soldados le decian; mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dine-

ros pidió tres dias de término para juntarlos, c
intencion de malbaratar mi hacienda hasta cu
plir el rescate. Holgóse desto Ysuf, pensan
hallar en este tiempo ocasion para que el co
cierto no pasase adelante; y volviéndose, á
isla de la Fabiana, dijo que llegando el término
de los tres dias volveria por el dinero. Pero l
ingrata fortuna, no cansada de maltratarme, or
denó que estando desde lo mas alto de la isl
puesta á la guarda una centinela de los turcos,
bien dentro á la mar descubrió seis velas Latinas,
y entendió, como fué verdad, que debian ser
ó la escuadra de Malta, ó algunas de las de Sici-
lia: bajó corriendo á dar la nueva, y en un pen-
samiento se embarcáron los turcos que estaban
en tierra, cual guisando de comer, cual lavando
su ropa; y zarpando con no vista presteza dié-
ron al agua los remos y al viento las velas, y
puestas las proas en Berbería, en menos de dos
horas perdiéron de vista las galeras: y así cubier-
tos con la isla y con la noche que venia cerca,
se asegurárón del miedo que habian cobrado. Á
tu buena consideracion dejo, ó Mahamut amigo,
que consideres cual iria mi ánimo en aquel via-
ge tan contrario del que yo esperaba; y mas cu-
ando otro dia habiendo llegado las dos galeotas
á la ísla de la Pantanalea por la parte del Medio-
ía, los turcos saltaron en tierra á hacer leña y
arue, como ellos dicen; y mas cuando vi que
s Arraeces saltáron en tierra, y se pusiéron á
cer las partes de todas las presas que habian
cho; cada accion destas fué para mí una dila-
la muerte: viniendo pues á la particion mia y
Leonisa, Yzuf dió á Fetala (que así se llama-
el Arraez de la otra galeota) seis cristianos,
cuatro para el remo, y dos muchachos her-
ísimos de nacion corzos, y á mí con ellos,

no y
a oido trat
o que hiciese de m
cristiana, que le daria por
il escudos de oro en oro. Respo
posible; pero que haria que Yzuf supiese
n suma que le ofrecia por la cristiana,
llevado del interes, mudaria de intencion
rescataria. Hizolo así, y mandó que todos
de su galeota se embarcasen luego, porque
queria ir á Trípol de Berberia, de donde él
a. Yzuf así mismo determinó irse á Viserta:
así se embarcáron con la misma priesa que
suelen cuando descubren ó galeras de quien te-
mer, ó bajeles á quien robar: movióles á darse
priesa, por parecerles que el tiempo mudaba
con muestras de borrasca. Estaba Leonisa en
tierra, pero no en parte que yo la pudiese ver,
sino fué que al tiempo de embarcarnos llegámos
juntos á la marina. Llevábala de la mano su
nuevo amo y su mas nuevo amante, y al entrar
por la escala que estaba puesta desde tierra á la
galeota, volvió los ojos á mirarme, y los mios
no se quitaban della, la miráron con tan

o y dolor, que sin saber como,
ube ante ellos que me quitó la
y sin sentido alguno di con-
Lo mismo me dijéron despues
ido á Leonisa, porque la vié-
cala á la mar, y que Yzuf se
s della y la sacó en brazos;
dentro de la galeota de mi
habian puesto sin que yo lo
ndo volví de mi desmayo, y
aleota, y que la otra tomando
partaba de nosotros, llevándose
mi alma ó por mejor decir toda
l corazon de nuevo, y de nuevo
a y llamé á la muerte á voces;
ntimientos que hacia, que mi
birme, con un grueso palo me
callaba me maltrataria. Re-
, recogí los suspiros, creyendo
que les hacia reventarían por
puerta al alma que tanto de-
este miserable cuerpo; mas la
ntenta de haberme puesto en
cho ordenó de acabar con todo,
eranzas de todo mi remedio,
nstante se declaró la borrasca
el viento que de la parte del
y nos embestia por la proa,
r con tanto brio, que fué for-
opa y dejar correr el bajel por
ieria llevarle, con harto riesgo
evaban puesta la confianza de
aba designio el Arracz de des-
omar abrigo en ella por la ban-
sucedióle al reves su pensa-
viento cargó con tanta furia,
hiamos navegado en dos dias,

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

en poco mas de catorce horas nos vímos á
millas ó siete de la propia isla de donde hab
mos partido, y sin remedio alguno íbamos á e
bestir en ella, y no en alguna playa, sino
unas muy leventadas peñas que á la vista se
ofrecian, amenazando de inevitable muerte n
tras vidas: vímos á nuestro lado la galeota
nuestra conserva, donde estaba Leonisa, y á
dos sus turcos y cautivos remeros haciendo fue
con los remos para entretenerse y no dar en
peñas: lo mismo hiciéron los de la nuestra
mas ventaja y esfuerzo, á lo que pareció, que
de la otra, los cuales cansados del trabajo
vencidos del teson del viento y de la tormen
soltando los remos se abandonnáron y se de
ron ir á vista de nuestros ojos á embestir en
peñas, donde dió la galeota tan grande gol
que toda se hizo pedazos. Comenzaba á cer
la noche, y fué tamaña la grita de los que
perdian y el sobresalto de los que en nues
bajel temian perderse, que ninguna cosa de
que nuestro Arraez mandaba, se entendia ni
hacia, solo se atendia á no dejar los remos
las manos, tomando por remedio volver la p
al viento y echar dos áncoras á la mar para
tretener con esto algun tiempo la muerte que
cierta tenian; y aunque el miedo de morir
general en todos; en mí era muy al contrar
porque con la esperanza engañosa de ver en
otro mundo á la que habia tan poco que de
se habia apartado, cada punto que la gale
tardaba en anegarse ó en embestir en las pei
era para mí un siglo de mas penosa muerte:
levantadas olas que por encima del bajel y de
cabeza pasaban, me hacian estar atento á ve
en ellas venia el cuerpo de la desdichada L
nisa. No quiero detenerme ahora, ó Maham

en contarte por menudo los sobresaltos, los t
mores, las ansias, los pensamientos que e
aquella luenga y amarga noche tuve y pasé, po
no ir contra lo que primero propuse de contart
brevemente mi desventura; basta decirte que
fuéron tantos y tales que si la muerte viniera en
aquel tiempo, tuviera bien poco que hacer en
quitarme la vida. Vino el dia con muestras de
mayor tormenta que la pasada, y hallámos que
el bajel había virado un gran trecho, habiéndose
desviado de las peñas un buen trecho, y llegá-
dose á una punta de la isla; y viéndese tan á
pique de doblarla turcos y cristianos, con nueva
esperanza y fuerzas nuevas al cabo de seis horas
doblámos la punta, y hallámos mas blando el
mar y mas sosegado, de modo que mas fácil-
mente nos aprovechámos de los remos, y abri-
gados con la isla tuviéron lugar los turcos de sal-
tar en tierra para ir á ver, si habia quedado al-
guna reliquia de la galeota que la noche antes
dió en las peñas; mas aun no quiso el cielo con-
cederme el alivio que esperaba tener de ver en
mis brazos el cuerpo de Leonisa, que aunque
muerto y despedezado holgara de verle por rom-
per aquel imposible que mi estrella me puso, de
unir me con él como mis buenos deseos mere-
an, y asi rogué á un renegado que queria desem-
recarse, que le buscase y viese si [illegible]mar le habia
ojado a la orilla; pero como ya he dicho to-
esto me negó el cielo, pues al mismo ins-
te tornó á embravecerse el viento de manera
el amparo de la isla no fué de algun prove-
: viendo esto Fetula, no quiso contrastar con-
a fortuna que tanto le perseguia; y asi mandó
r el trinquete al árbol y hacer un poco de
v lvio la proa á la mar y la popa al viento;
uando él mismo el cargo del timon, se dejó

correr por el ancho mar seguro que ningun impedimento le estorbaria su camino : iban los remos igualados en la crujia, y toda la gente sentada por los bancos y ballesteras, sin que en toda la galeota se descubriese otra persona que la del comitre que por mas seguridad suya se hizo atar fuermente al estanterol : volaba el bajel con tanta ligereza que en tres dias y tres noches, pasando á la vista de Trápana, de Melazo, y de Palermo, embocó por el Faro de Mesina con maravilloso espanto de los que iban dentro, y de aquellos que desde la tierra los miraban. En fin por no ser tan prolijo en contar la tormenta como ella lo fué en su porfía, digo que cansados, hambrientos y fatigados con tan largo rodeo, como fué bajar casi toda la isla de Sicilia, llegámos á Trípol de Berberia, adonde á mi amo (antes de haber hecho con sus Levantes la cuenta del despojo, y dádoles lo que les tocaba, y su quinto al Rey como es costumbre) le dió un dolor de costado tal, que dentro de tres dias dió con él en el infierno : púsose luego el Rey de Trípol en toda su hacienda, y el Alcaide de los muertos que allí tiene el gran Turco (que como sabes es heredero de los que no le dejan en su muerte) estos dos tomáron toda la hacienda de Fetala mi amo, y yo cupe á este que entonces era virey de Trípol; y de allí á quince dias le vino la patente de virey de Chipre, con el cual he venido hasta aquí sin intento de rescatarme, porque aunque él me ha dicho muchas veces que me rescate, pues soy hombre principal como se lo dijéron los soldados de Fetala, jamas he acudido á ello, antes le he dicho que le engañaron los que le dijéron grandezas de de mi posibilidad : y si quieres, Mahamut, que te diga todo mi sentimiento, has de saber que no quiero volver á

parte donde por alguna vía pueda tener cos
me consuele, y cuero que juntándose á la
del cautiverio los pensamientos y memoria
jamas me dejan de la muerte de Leonisa,
gan á ser parte para que yo no la tenga jama
gusto alguno: y si es verdad que los contin
dolores forzosamente se han de acabar ó a
dejar de hacerlo, porque pienso darles ric
da de manera que á pocos dias den alcance á
miserable vida que tan contra mi voluntad sos
tengo. Este es, ó Mahamut hermano, el trist
suceso mio: esta es la causa de mis suspiros y
de mis lágrimas, mira tú ahora y considera si
es bastante para sacarlos de lo profundo de mis
entrañas, y para engendrarlos en la sequedad
de mi lastimado pecho. Leonisa murió, y con ella
mi esperanza. que puesto que la que tenia, ella vi-
viendo, se sustentaba de un delgado cabello, to-
davía, todavía: y en esto todavía se le pegó la
tenga al paladar de manera, que no pudo ha-
ar mas palabra ni detener las lágrimas que,
no suele decirse, hilo á hilo le corrian por el
tro en tanta abundancia que llegáron á hu-
decer el suelo. Acompañóle en ellas Maha-
; pero pasándose aquel parasismo causado de
emoria renovada en el amargo cuento, qui-
ahamut consolar á Ricardo con las mejores
es que supo, mas él se las atajó, dicién-
lo que has de hacer, amigo, es aconse-
que haré yo para caer en desgracia de mi
de todos aquellos con quien yo comuni-
para que siendo aborrecido dél y dellos,
; y los otros me maltraten y persigan de
ue añadiendo dolor á dolor y pena á pena,
con brevedad lo que deseo que es acabar
ahora he hallado ser verdadero, dijo Ma-

hamut, lo que suele decirse, que lo que se sab
sentir se sabe decir, puesto que algunas vece
el sentimiento enmudece la lengua; pero com
quiera que ello sea, Ricardo ora llegue tu dolor
tus palabras, ora ellas se le aventagen), siempr
has de hallar en mí un verdadero amigo ó para ayu
da ó para consejo que aunque mis pocos años y e
desatino que he hecho en vestirme este hábito
estan dando voces que de ninguna destas do
cosas que te ofrezco se puede fiar ni esperar al
guna, yo procuraré que no salga verdadera est
sospecha, ni pueda tenerse por cierta tal opi
nion; y puesto que tú no quieras ni ser aconse
jado, ni favorecido, no por eso dejaré de hacer l
que te conviniere, como suele hacerse con el en
fermo que pide lo que no le dan y le dan lo qu
le conviene: no hay en toda esta ciudad quie
pueda, ni valga mas que el Cadí mi amo, n
aun el tuyo que viene por visorey de ella h
de poder tanto: y siendo esto asi, com
lo es, yo puedo decir que soy el que mas pued
en la ciudad, pues puedo con mi patron todo l
que quiero: digo esto, porque podria ser da
traza con él para que vinieses á ser suyo, y es
tando en mi compañía, el tiempo nos dirá lo qu
habemos de hacer, á tí para consolarte si quie
res ó pudieres tener consuelo, y á mí para sali
desta á mejor vida ó á lo menos á parte dond
la tenga mas segura cuando la deje Yo te agra
dezco respondió Ricardo, Mahamut, la amistad
que me ofreces, aunque estoy cierto que con
cuanto hicieres, no has de poder cosa que en m
provecho resulte: pero dejemos ahora esto, y va
mos á las tiendas, porque á lo que veo, sale de
la ciudad mucha gente, y sin duda es el antigu
virey que sale á estarse en la campaña por dar
lugar á mi amo, que entre en la ciudad á hace

a. Asi es, dijo Mahamut; ven pues,
verás las ceremonias con que se re-
sé que gustarás de verlas. Vamos en-
dijo Ricardo, quizá te habré menes-
el guardian de cautivos de mi amo
do menos, que es un renegado corzo
y de no muy piadosas entrañas. Con
la plática y llegáron á las tiendas
e llegaba el antiguo Bajá, y el nuevo
ecibir á la puerta de la tienda.
ompañado Alí Bajá (que asi se lla-
dejaba el gobierno), de todos los
que de ordinario estan de presidio en
pues que los turcos la ganáron, que
quinientos: venian en dos alas ó hi-
os con escopetas, y los otros con alfan-
s. Llegáron á la puerta del nuevo Bajá
deáron todos, y Ali Bajá inclinando
izo reverencia á Hazan; y él con me-
ion le saludó: luego se entró Alí en
de Hazan, y los turcos le subiéron
eroso caballo ricamente aderezado, y
la redonda de las tiendas y por todo
acio de la campaña daban voces y
ndo en su lengua: viva, viva Soli-
y Hazan Bajá en su nombre: repi-
muchas veces, reforzando las voces
os y luego le volviéron á la tienda,
quedado Alí Bajá: el cual con el
m, se encerráron en ella por espacio
solos. Dijo Mahamut á Ricardo,
m encerrado á tratar de lo que con-
en la ciudad cerca de las obras que
omenzadas. De allí á poco tiempo
á la puerta de la tienda y dijo á
gua turquesca, arábiga y griega, que
e quisiesen entrar á pedir justicai,

á otra cosa contra Ali Bajá, podrian entrar libremente, que alli estaba Hazan Bajá, á quien el gran Señor enviaba por virey de Chipre, que les guardaria toda razon y justicia. Con esta licencia los genizaros dejáron desocupada la puerta de la tienda, y diéron lugar á que entrasen los que quisiesen. Mahamut hizo que entrase con él Ricardo que por ser esclavo de Hazan, no se le impidió la entrada. Entráron á pedir justicia, asi griegos cristianos, como algunos turcos, y todos de cosas de tan poca importancia que las mas despachó el Cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas, ni respuestas, que todas las causas (si no son las matrimoniales), se despachan en pie, y en un punto, mas á juicio de buen varon, que por ley alguna: y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el Cadi es el jucz competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencia en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro tribunal. En esto entró un chauz, que es como alguacil, y dijo que estaba á la puerta de la tienda un judío que traia á vender una hermosísima cristiana: mandó el Cadí que le hiciese entrar: salió el chauz, y volvió á entrar luego, y con él un venerable judío que traia de la mano á una muger vestida en hábito berberisco, tan bien aderezada y compuesta, que no lo pudiera estar tan bien la mas rica mora de Fez, ni de Marruecos que en aderezarse llevan la ventaja á todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas. Venia cubierto el rostro con un tafetan carmesí; por las gargantas de los pies que se descubrian, parecian dos carajes (que asi se llaman las manillas en arábigo) al parecer de puro oro; y en los brazos que asi mismo por una camisa

de cendal delgado se descubrian ó traslucian, traia otros carcajes de oro, sembrados de muchas perlas : en resolucion, en cuanto el trage, ella venia rica y gallardamente aderezada. Admirados desta primera vista el Cadí y los demas Bajáes, antes que otra cosa dijesen ni preguntasen, mandáron al judío que hiciese que se quitase el antifaz la cristiana : hizolo asi, y descubrió un rostro que asi deslumbró los ojos y alegró los corazones de los circunstantes, como el sol que por entre cerradas nubes despues de mucha oscuridad se ofrece á jos ojos de los que le desean : tal era la belleza de la cautiva cristiana, y tal su brio y su gallardía : pero en quien con mas efecto hizo impresion la maravillosa luz que habia descubierto, fué en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel, y amada Leonisa, que tantas veces y con tantas lágrimas por él habia sido tenida y llorada por muerta. Quedó á la improvisa vista de la singular belleza de la cristiana, traspasado y rendido el corazon de Alí, y en el mismo grado y con la misma herida se halló el de Hazan, sin quedarse exento de la amorosa llaga el del Cadí que mas suspenso que todos no sabia quitar los ojos de los hermosos de Leonisa. Y para encarecer las poderosas fuerzas de amor, se ha de saber que en aquel mismo punto nació en los corazones de los tres, una á su parecer firme esperanza de alcanzarla y de gozarla : y asi, sin querer saber el como, ni el donde, ni el cuando habia venido á poder del judío, le preguntáron el precio que por ella queria : el codicioso judío respondió que cuatro mil doblas, que vienen á ser dos mil escudos ; mas apenas hubo declarado el precio cuando Alí Bajá dijo que él los daba por ella, y que fuese lue-

á contar el dinero á su tienda: empero Hazan
ná que estaba de parecer de no dejarla, aun-
ne aventurase en ello la vida, dijo: yo asimis-
mo doy por ella las cuatro mil doblas que el
ádio pide, y no las diera ni me pusiera á ser
contrario de lo que Alí ha dicho, sino me for-
zara lo que el mismo dirá que es razon que me
obligue y fuerce, y es que esta gentil esclava no
pertenece para ninguno de nosotros, sino para el
gran Señor solamente; y asi digo que en su nom-
bre la compro, veamos ahora ¿quien será el a-
trevido que me la quite! Yo seré, replicó Alí,
porque para el mismo efecto la compro, y está-
me á mi mas á cuento hacer al gran Señor esto
presente por la comodidad de llevarla luego á
Constantinopla, grangeando con él la voluntad
del gran Señor, que como hombre que queda
(Hazan como tú ves) sin cargo alguno, he me-
nester buscar medios de tenerle, de lo que tú
estás seguro por tres años, pues hoy comienza
á mandar y á gobernar este riquísimo reino
Chipre: asi que por estas razones y por haber
sido yo el primero que ofrecí el precio por la
cautiva, está puesto en razon, ó Hazan, que
la dejes. Tanto mas es de agradecerme á mí
pondió Hazan, el procurarla y enviarla al
Señor, cuanto lo hago sin moverme á ello
res alguno; y en lo de la comodidad de llev
una galeota armaré con sola mi chusma y
esclavos, que la lleve. Azoróse con estas
nes Alí y levantándose en pie empuñó el
ge diciendo: siendo ó Hazan, mis intentos
que es presentar y llevar esta cristiana al gran
y habiendo sido yo el comprador primero
puesto en razon y en justicia, que me la
mi cuando otra cosa pensares, este alfange
puño, defenderá mi derecho, y castigará

l Cadí que á todo estaba atento, y
los que los los ardia, temeroso de
a cristiana, imaginó como poder ata-
uego que se habia encendido, y jun-
darse con la cautiva sin dar alguna
su dañada intencion y traidoras en-
i levantándose en pie, se puso entre
ya tambien lo estaban, y dijo, sosié-
, y tú, Alí estate quedo; que yo es-
sabré y podré componervnestras di-
e manera que los dos consigais vues-
s, y el gran Señor como deseais sea
uede juntamente agradecido y oblí-
bos. A las palabras del Cadí obe-
ego; y aun si otra cosa mas difi-
mandara hicieran lo mismo (tan-
peto que tienen á sus canas los de
ida secta); prosiguió pues el Cadí,
ú dices, Alí que quieres esta cristia-
ran Señor, y Hazan dice lo mismo:
ne por ser el primero en ofrecer el
le ser tuya: Hazan te lo contradice,
no sabe fundar su razon, yo hallo
misma que tú tienes, y es la inten-
a duda debió de nacer á un mismo
la tuya, en querer comprar la escla-
mismo afecto, solo le llavaste tá la
aberte declarado primero, y esto no
arte para que de todo en todo quede
su buen deseo, y así me parece ser
rtaros en esta forma: que la esclava
ambos, y pues el uso de ella ha de
voluntad del gran señor para quien
á él toca disponer della; y en tanto
Hazan, dos mil doblas y Alí otras
quédese la cautiva en poder mio para
bre de emtrambos yo la envie á Cons-

tantinopla, porque no quede sin algun premio; siquiera por haberme hallado presente: y asi me ofrezco de enviarla á mi costa, con la autoridad y decencia que se debe á quien se envia, escribiendo al gran Señor todo lo que aquí ha pasado, y la voluntad que los dos habeis mostrado á su servicio. No supiéron, ni pudiéron, ni quisiéron contradecir los dos enamorados turcos; y aunque viéron que por aquel camino no conseguian su deseo, hubiéron de pasar por el parecer del Cadí, formando y criando cada uno allá en su ánima una esperanza que aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos. Hazan que se quedaba por virey de Chipre, pensaba dar tantas dádivas al Cadí, que vencido y obligado le diese la cautiva. Alí imaginó de hacer un hecho que le aseguró salir con lo que deseaba, y teniendo por cierto cada cual su designio, viniéron con facilidad en lo que el Cadí quiso, y de consentimiento y voluntad de los dos, se la entregáron luego y pagáron al judío cada uno dos mil doblas: dijo el judío que no la habia de dar con los vestidos que tenia, porque valian otras dos mil doblas, y asi era la verdad, á causa que en los cabellos (que parte por la espaldas sueltos traia, y parte atados y enlazados por la frente), se parecian algunas hileras de perlas que con extremada gracia se enredaban con ellos: las manillas de los pies y manos mismos asi venian llenas de gruesas perlas, el vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro: en fin les pareciò á todos que el judío anduvo corto en el precio que pidió por el vestido, y el Cadí por no mostrarse menos liberal que los dos Bajáes, dijo que él queria pagarle, porque de aquella manera se presentase al gran Señor la cristiana: tuviéronle

por bien los dos competidores, creyendo cad
uno que todo habia de venir á su poder. Falt
ahora por decir lo que sintió Ricardo de ver an
dar en almoneda su alma, y los pensamiento
que en aquel punto le vinieron y los temores
que le sobresaltáron, viendo que el haber halla-
do á su querida prenda, era para mas perderla:
no sabia darse á entender, si estaba dormido ó
despierto, no dando crédito á sus mismos ojos
de lo que veian; porque le parecia cosa imposi-
ble ver tan impensadamente delante dellos á la
que pensaba que para siempre los habia cerrado:
llegóse en esto á su amigo Mahamut, y díjole:
no la conoces, amigo? no la conozco, dijo
Mahamut: pues has de saber, replicó Ricardo,
que es Leonisa: ¿que es lo que dices Ricardo?
dijo Mahamut: lo que has oido, dijo Ricardo:
pues calla y no la descubras, dijo Mahamut;
que la ventura va ordenando que la tengas buena
y próspera, porque ella va á poder de mi amo:
retírate, dijo Ricardo, que será bien ponerme
donde pueda ser visto? no, dijo Maha-
mut, porque no la sobresaltes ó te sobresaltes,
no vengas á dar indicio de que la conoces, ni
que la has visto; que podria ser que redundase
en perjuicio de mi designio: seguiré tu parecer,
respondió Ricardo; y asi anduvo huyendo de
los ojos se encontrasen con los de Leonisa,
que tenia los suyos entanto que esto pasaba
puestos en el suelo, derramando algunas lágri-
mas de tan grande valor pudiera competir con las orien-
tales perlas. Llegóse el Cadí á ella, y asiéndola
de la mano, se la entregó á Mahamut; mandóle
que la llevase á la ciudad y se la entregase á su
muger Halima y le dijese la tratase como á es-
clava del gran Señor: hizolo asi Mahamut, y
volvióse á Ricardo que con los ojos fué siguien-

de Pantanalea la nave ...
allí habian dado al traves: y queriendo ...
adelante, lo estorbó el venirle á llamar de parte
de los Bajáes que querian preguntarle lo que Ri-
cardo deseaba saber; y con esto se despidió dél.

En el camino que habia desde las tiendas á la
ciudad tuvo lugar Mahamut de preguntar á Leo-
nisa en lengua italiana que ¿de que lugar era? La
cual le respondió que de la ciudad de Trápana.
preguntóle asi mismo Mahamut, si conocia en
aquella ciudad á un caballero rico y noble que se
llamaba Ricardo. Oyendo lo cual Leonisa, dió
un gran suspiro, y dijo: sí conozco por mi mal.
¿Como por vuestro mal? dijo Mahamut. Por que
él me conoció á mí por el suyo, y por mi des-
ventura respondió Leonisa. ¿Y por ventura, pre-
guntó Mahamut, conocísteis tambien en la mis-
ma ciudad á otro caballero de gentil disposicion
hijo de padres muy ricos, y él por su persona
muy valiente muy liberal y muy discreto, que
se llamaba Cornelio? Tambien le conozco, res-
pondió Leonisa, y podré decir mas por mi mal
que no á Ricardo; mas ¿quieu sois vos, señor
que los conoceis y por ellos me preguntais? Soy
dijo, Mahamut, natural de Palermo, que por va-
rios accidentes estoy en este trage y vestido di-
ferente del que yo solía traer, y conózcolos
porque no ha muchos dias que entrambos estu-
viéron en mi poder, que á Cornelio le cautivár
unos moros de Trípol de Berbería, y le vendi-
ron á un turco que le trujo á esta isla, donde va
con mercancías, porque es mercader de Roda.

› toda su hacienda. Bien
dijo Leonisa, porque
en la suya; pero decid-
con quien vino Ricardo
›ondió Mahamut, con un
estando en un jardin de
y con él dijo que habian
a que nunca me quiso decir
i algunos dias con su amo
ilchro de Mahoma que es-
.edina, y al tiempo de la
iuy enfermo é indispues-
lejó por ser de mi tierra,
viese cargo dél hasta su
uí no volviese, se le cu-
que él me avisaria cuan-
el cielo lo ordenó de otra
ntura Ricardo sin tener
cos dias se acabáron los
orrecia, siempre llaman-
sa, á quien él me habia
ne á su vida, y á su al-
: dijo que en una galeota
s en la isla de la Panta-
, cuya muerte siempre
ı hasta que le trujo á tér-
, que yo no le sentí en-
sino muestras de dolor
señor, replicó Leonisa,
n las pláticas que trató
una patria debiéron ser
a vez á esa Leonisa, con
ella y á Ricardo cauti-
› Mahamut, y me pre-
› por esta isla una cris-
es y tales señas, á la cual
rescatarla, si es que su

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

mo se habia ya desengañado de que
ica como él pensaba, aunque podria ser que por
haberla gozado, la tuviese en menos, que como
no pasasen de trecientos, ó quatrocientos
escudos, él los daria de muy buena gana por
ella, porque un tiempo la habia tenido alguna
aficion. Bien poca debia de ser, dijo Leonisa,
pues no pasaba de cuatrocientos escudos: mas
liberal es Ricardo y mas valiente y comedido:
Dios perdone á quien fué causa de su muerte,
que fuí yo, que yo soy la sin ventura que él lloró
por muerta; y sabe Dios, si holgara de que
él fuera vivo para pagarle con el sentimiento que
viera que tenia de su desgracia, el que él mostró
de la mia: yo, señor, como ya os he dicho,
soy la poco querida de Cornelio, y la bien llorada
de Ricardo, que por muy muchos y varios
casos he venido á este miserable estado en que
me veo; y aunque es tan peligroso, siempre por
favor del cielo he conservado en él la entereza
de mi honor, con la cual vivo contenta en mi miseria:
ahora ni sé donde estoy, ni quien es mi
dueño, ni adonde han de dar conmigo mis con
trarios hados, por lo cual os ruego, señor; s
quiera por la sangre que de cristiano teneis, v
aconsejeis en mis trabajos, que puesto que
ser muchos me han hecho algo advertida, sob
vienen cada momento tantos y tales, que no
como me he de avenir con ellos. A lo cual
pondió Mahamut, que él haria lo que pudies
servirla, aconsejando y ayudándola con su i
nio y con sus fuerzas; advirtiéndola de la
rencia que por su causa habian tenido los
Bajáes, y como quedaba en poder del Ca
amo, para llevarla presentada al gran Tur
lin á Constantinopla; pero que antes qu
tuviese efecto tenia esperanza en el ver

él creia, aunque mal cristiano,
e disponer de otra manera, y que
se hubiese bien con Halima la mu-
su amo, en cuyo poder habia de
e la enviase á Constantinopla, ad-
la condicion de Halima; y con
otras cosas de su provecho, hasta
su casa, y en poder de Halima,
el recado de su amo. Recibióla
or verla tan bien aderezada y tan
amut se volvió á las tiendas á con-
lo que con Leonisa le habia pasa-
ole, se lo contó todo punto por
ndo llegó al del sentimiento que
a hecho cuando le dijo que era
se le viniéron las lágrimas á los
omo habia fingido el cuento del
Cornelio por ver lo que ella sentia:
ibieza y malicia con que de Cor-
: todo lo cual fué pictima para el
on de Ricardo, el cual dijo á Ma-
rdome, amigo Mahamut, de un
e contó mi padre que ya sabes
fué, y oiste cuanta honra le hizo
r Carlos Quinto, á quien siempre
rosos cargos de la guerra. Digo que
cuando el Emperador estuvo sobre
tomó con la fuerza de la Goleta, es-
en la campaña y en su tienda,
presentar una mora por cosa sin-
za, y que al tiempo que se la pre-
aban algunos rayos del sol por unas
tienda y daban en los cabellos de la
n los mismos del sol en ser rubios
cosa nueva en las moras que siempre
tenerlos negros: contaba qne en
ion se halláron en la tienda, entre

otros muchos, dos caballeros Españoles, el uno era andaluz, y el otro era catalan, ambos muy discretos y ambos poetas; y habiéndola visto el andaluz, comenzó con admiracion á decir unos versos que ellos llaman coplas, con unas consonancias ó consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuvo sin darle fin ni á la copla, ni á la sentencia, por no ofrecérsele tan de improviso los consonantes necesarios para acabarla; mas el otro caballero que estaba á su lado y habia oido los versos, viéndole suspenoo, como si le hurtara, la media copla de la boca, la prosiguió y acabó con las mismas consonancias, de que el Emperador recibió particular contento: y esto mismo se me vino á la memoria, cuando vi entrar á la hermosísima Leonisa por la tienda del Bajá, no solamente oscureciendo los rayos del sol si la tocaran, sino á todo el cielo con sus luces y estrellas. Paso, no mas, dijo Mahamut, detente amigo Ricardo, que á cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella y hermosa Leonisa, que dejando de parecer cristiano, parezcas gentil: dime si quieres esos versos, ó coplas, ó como tú los llamas, que despues de oirlos hablarémos en otras cosas que sean de mas gusto, y aun quizá de mas provecho. Enbuen hora, dijo Ricardo, y vuélvote á advertir, que los cinco versos dijo el uno, y los otros cinco el otro, todos de improviso, y son estos:

Como cuando el sol asoma
Por una montaña baja,
Y de súbito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vista y la relaja:
Como la piedra Balaja

ondió Ricardo, llorar endechas, co-
imuos, y todo es decir versos: pero
o á esta parte, dime ¿que piensas
stro negocio? que puesto que no en-
: los Bajáes tratáron en la tienda,
tú llevaste á Leonisa me lo contó un
mi amo veneciano que se halló pre-
iende bien la lengua turquesca: y
ecester ante todas cosas es, buscar
Leonisa no vaya á manos del gran
rimero que se ha de hacer, respon-
it, es que tú vengas á poder de mi
to hecho despues nos aconsejarémos
as nos conviniere: en esto vino el
los cautivos cristianos de Hasan, y
) á Ricardo: el Cadí volvió á la ciu-
an, que en breves dias hizo la resi-
lí, y se la dió cerrada, y sellada,
uese á Constantinopla: él se fué luo-
muy encargado al Cadí, que con
riase la cautiva escribiendo al gran

THE UNIVERSITY OF MICH

en mostrarse [illegible] los cr[illegible]nos [illegible] de sus [illegible]
de mal; quizá [illegible] de ser que por ser cautivos no los tienen por hombres cabales. Avino pues que un dia la señora Halima vió á su esclavo Mario, y tan visto y tan mirado fué, que se le quedó grabado en el corazon y fijo en la memoria: y quizá poco contenta de los abrazos flojos de su anciano marido, con facilidad dió lugar á un mal deseo y con la misma dió cuenta dél á Leonisa, á quien ya queria mucho por su agradable condicion y proceder discreto: y tratábala con mucho respeto, por ser prenda del gran Señor: díjole como el Cadí habia traido á casa un cautivo cristiano, de tan gentil donaire, y parecer que á sus ojos no habia visto mas lindo hombre en toda su vida, y que decian que era chilibí, que quiere decir caballero, y de la misma tierra de Mahamut su renegado, y que no sabia como darle á entender su voluntad sin que el cristiano la tuviese en poco por hallársela declarado. Preguntóle Leonisa, como se [illegible] cautivo, y díjole Halima que se l[illegible] á

ir mil veces que entregarla una al gran
Con tales afectos decia su pasion el re-
moro, que la puso en los corazones de
esclavos que todo lo contrario de lo que
aba, pensaban. Quedó puesto entre ellos,
rio como hombre de su tierra, aunque
licho que no la conocia, tomase la mano
itarla y en declararle la voluntad suya, y
por este modo no se pudiese alcanzar,
aria él de la fuerza, pues estaba en su
y esto hecho, con decir que era muerta
sarian de enviarla á Constantinopla. Con-
no quedó el Cadí con el parecer de sus
s, y con la imaginada alegría ofreció
nego libertad á Mahamut mandándole la
de su hacienda despues de sus dias:
uo prometió á Mario, si alcanzaba lo
, libertad y dineros con que volviese
rico, honrado y contento: si él fué
en prometer, sus cautivos fuéron pródi-
reciéndole de alcanzar la luna del cielo,

y diré á Leonisa que bien podrá hablar con
paisano cuando le diere gusto. Desta man
comenzó á volver el viento de la ventura de
cardo, soplando en su favor sin saber lo
hacian sus mismos amos. Tomando pues en
los tres este apuntamento, quien primero
puso en planta fué Halima, bien asi como
ger cuya naturaleza es fácil y arrojadiza p
todo aquello que es de su gusto. Aquel mis
dia dijo el Cadí á Halima que cuando quisi
podria irse á casa de sus padres á holgarse
ellos los dias que gustase; pero como ella est
alborozada con las esperanzas que Leonisa le
bia dado, no solo no se fuera á casa de sus padr
sino al fingido paraiso de Mahoma no quisi
irse, y así le respondió que por entonces no te
tal voluntad, y que cuando ella la tuviese lo di
mas que habia de llevar consigo á la cautiva c
tiana. Eso no, replicó el Cadí, que no es b
que la prenda del gran Señor sea vista de na
y mas que se le ha de quitar que converse
cristianos, pues sabeis que en llegando á po
del gran Señor la han de encerrar en el Se
llo, y volverla turca quiera ó no quiera. Co
ella ande conmigo, replicó Halima, no imp
ta que esté en casa de mis padres, ni que con
níque con ellos, que mas comunico yo, y no
jo por eso de ser buena turca; y mas que lo
que pienso estar en su casa serán hasta cua
ó cinco dias, porque el amor que os tengo
dará licencia para estar tanto ausente, y sin
ros. No le quiso replicar el Cadí, por no da
ocasion de engendrar alguna sospecha de su
tencion. Llegóse en esto el viernes, y él se fu
la mezquita, de la cual no podia salir en c
cuatro horas; y apenas le vió Halima aparta
de los umbrales de casa, cuando mandó llam

á Mario: mas no le dejara entrar un cr
corzo que servia de portero en la puerta
tio si Halima no le diera voces que le deja
asi entró confuso y temblando como si fu
pelear con un ejército de enemigos.

Estaba Leonisa del mismo modo y trage
cuando entró en la tienda del Bajá, sentad
pie de una escalera grande de mármol que
corredores subia: tenia la cabeza inclinada
bre la palma de la mano derecha y el brazo
bre las rodillas, los ojos á la parte contraria
la puerta por donde entró Mario, de manera q
aunque él iba hácia la parte donde ella estaba
ella no le veia. Así como entró Ricardo, pa
seó toda la casa con los ojos, y no vió en to
da ella sino un mudo y sósegado silencio, has
la que paró la vista donde Leonisa estaba: en
un instante al enamorado Ricardo le sobrevi-
niéron tantos pensamientos que le suspendiéron
y alegráron, considerándose veinte pasos, á su
parecer, ó poco mas, desviado de su felicidad y
contento, considerábase cautivo, y á su gloria
en poder ageno: estas cosas revolviendo entre sí
mismo, se movia poco á poco, y con temor y
sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado
se iba llegando al centro donde estaba el de su
alegría, cuando á deshora volvió el rostro Leo-
nisa, y puso los ojos en los de Ricardo por mu
tamente la miraba: mas cuando la vista de los
los se encontráron, con diferentes afectos diéron
ró, y no pudo echar pie adelante. Leonisa que por
relacion de Mahamut tenia á Ricardo por muerto
el verle vivo tan no esperadamente la llenó de
nor y espanto: sin quitar dél los ojos ni vol-
las espaldas volvió atrás cuatro ó cinco esca-
s, y sacando una pequeña cruz del seno, la

besaba muchas veces, y se santiguó n
mo si alguna fantasma ú otra cosa del otro mundo
estuviera mirando. Volvió Ricardo de su embe-
lesamiento y conoció por lo que Leonisa hacia,
la verdadera causa de su temor, y asi le dijo:
á mí me pesa, ó hermosa Leonisa, que no ha-
yan sido verdad las nuevas que de mi muerte te
dió Mahamut, porque con ella excusara los te-
mores que ahora tengo de pensar si todavía está
en su ser y entereza el rigor, que continuo has
usado conmigo. Sosiégate, señora, y baja, y si
te atreves á hacer lo que nunca hiciste que es
llegar á mí, llega y verás que no soy cuerpo fan-
tástico: Ricardo soy, Leonisa, Ricardo, el de
tanta ventura, cuanta tú quisieres que tenga.
Púsose en esto Leonisa el dedo en la boca, por
lo cual entendió Ricardo que era señal de que
callase ó hablase mas quedo; y tomando algun po-
co de ánimo, se fué llegando á ella en distan-
cia que pudo oir estas razones: habla paso, Ma-
rio, que asi me parece que te llamas ahora, y
no trates de otra cosa de la que yo te trataré;
y advierte que podria ser, que el habernos
oido fuese parte para que nunca nos volviésemos
á ver; Halima nuestra ama creo que nos escu-
cha, la cual me ha dicho que te adora: hame
por intercesora de su deseo: si á él quisieres cor-
responder, aprovecharte ha mas para el cuerpo
que para el alma: y cuando no quieras es forzo
so que lo finjas, si quiera porque yo te lo rueg
y por lo que merecen deseos de muger declara
dos. A esto respondió Ricardo: jamas pensé n
pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa q
me pidieras, trujera consigo imposible de cu
plirla; pero la que me pides me ha desengañad
es por ventura la voluntad tan ligera, que se p
da mover y llevar donde quisiere llevarla! ¡ó

ser obedecida, yo perderé del derecho
ser quien soy, y satisfaré tu deseo y
ima fingidamente como dices, si es
de grangear con esto el bien de verte;
tú las respuestas á tu gusto, que des-
s firma y confirma mi fingida voluntad:
desto que por tí hago, que es lo mas
parecer podré hacer, aunque de nuevo
ma que tantas veces te he dado, te rue-
evemente me digas como escapaste de
de los cosarios, y como veniste á la
que te vendió. Mas espacio, respondió
pide el cuento de mis desgracias, pero
so te quiero satisfacer en algo: sabrás
á cabo de un dia que nos apartámos,
bajel de Ysuf con un recio viento á la
de la Pantanalea donde tambien vi-
tra galeota; pero la nuestra sin poder-
r embistió en las peñas: viendo pues
n á los ojos su perdicion, vació con
eza dos barriles que estaban llenos de

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

r
onde ac
iéron que tirano
erra casi ahogada: sota-
páron de la destichada galeota: o
mos en la isla guardándome los turc
mo respeto que si fuera su hermana y an
as: estábamos escondidos en una cueva, teme-
sos ellos que no bajasen de una fuerza de
ristianos que está en la isla, y los cautiva-
sen: sustentáronse con el bizcocho mojado que
la mar echó á la orilla de lo que llevaban en la
galeota, lo cual salian á coger de noche. Ordenó la suerte para mayor mal mio que la fuerza estoviese sin capitan que pocos dias habia sino veinte soldados: esto se supo de un muchacho que era muerto y en la fuerza no habia sino ven-
los turcos cautivaron, que bajó de la fuerza á coger conchas á la marina á los ocho dias llegó á aquella costa un bajel de moros que ellos llamau caramuzales viéronle los turcos, y salieron de donde estaban, haciendo señas al bajel que estaba cerca de tierra tanto que conoció ser turcos los que llamaban: ellos contaron sus desgracias, y los moros los recibieron en su bajel, en el cual venia un judio, riquísimo mercader, que toda la mercancía del bajel ó la mas era suya era de barraganes y alquiceles, y de otras cosas que de Berbería se llevaban á Levante, en que dinariamente tratan los judios: en el mismo iel los turcos se fueron á Trípol y en el

conocerla, sino porque habias acabado con la tragedia de tu vida. No dices mal, señora, respondió Ricardo, si la muerte no me hubiera estorbado el bien de volver á verte; que ahora en mas estimo este instante de gloria que gozo en mirarte, que otra ventura, como no fuera la eterna, que en la vida ó en la muerte pudiera asegurarme mi deseo: el que tiene mi amo el Cadi, á cuyo poder he venido por no menos varios accidentes que los tuyos, es el mismo para contigo que para conmigo lo es el de Halima: hame *puesto* á mí por intérprete de sus pensa*mientos;* acepté la empresa no por darle gusto, *sino por* el que grangeaba en la comodidad de *hablarte* = por que veas, Leonisa, el término á

caí sin ningun sentido, ni volví en mí hasta que me hallé en tierra en brazos de dos turcos que vuelta la boca al suelo me tenian, derramando gran cantidad de agua que habia bebido: abrí los ojos atónita y espantada, y ví á Yzuf junto á mí, hecha la cabeza pedazos, que segun despues supe al llegar á tierra dió con ella en las peñas, donde acabó la vida: los turcos asi mismo me dijéron que tirando de la cuerda, me sacáron á tierra casi ahogada: solas ocho personas se escapáron de la desdichada galeota: ocho dias estuvimos en la isla, guardándome los turcos el mismo respeto que si fuera su hermana, y aun mas: estábamos escondidos en una cueva, temerosos ellos que no bajasen de una fuerza de cristianos que está en la isla, y los cautivasen: sustentáronse con el bizcocho mojado que la mar echó á la orilla, de lo que llevaban en la galeota, lo cual salian á coger de noche. Ordenó la suerte para mayor mal mio que la fuerza estuviese sin capitan que pocos dias habia que era muerto, y en la fuerza no habia sino veinte soldados: esto se supo de un muchacho que los turcos cautiváron, que bajó de la fuerza á coger conchas á la marina; á los ocho dias llegó á aquella costa un bajel de moros que ellos llamau caramuzales, viéronle los turcos, y saliéron de donde estaban, haciendo señas al bajel que estaba cerca de tierra, tanto que conoció ser turcos los que llamaban: ellos contáron sus desgracias, y los moros los recibiéron en su bajel, en el cual venia un judío, riquísimo mercader, que toda la mercancía del bajel ó la mas era suya; era de barraganes y alquiceles, y de otras cosas que de Berbería se llevaban á Levante, en que ordinariamente tratan los judios: en el mismo bajel los turcos se fuéron á Tripol, y en el cami-

se le ofreciese; y sabiendo que
y Hazan, estaban en aquella
nder su mercaduría tan bien como en
ien pensaba venderla, se vino aquí
on de venderme á alguno de los Be-
eso me vistió de la manera que aho-
por aficionarles la voluntad á que me
he sabido que me ha comprado este
llevarme á presentar al gran Turco,
y no poco temerosa: aquí he sabido
a muerte, y séte decir, si lo quieres,
me pesó en el alma, y que tuve mas
lástima, y no por quererte mal, que
desamorada, no soy ingrata ni des-
sino porque habias acabado con la
tu vida. No dices mal, señora, res-
ardo, si la muerte no me hubiera
el bien de volver á verte; que ahora
mo este instante de gloria que gozo
, que otra ventura, como no fuera la

THE UNIVERSITY OF MICH

de nuestras desgracias nos han traido, ...
ser medianera de un imposible que en lo que me
pides conoces: á mí á serlo tambien de la cosa
que menos pensé, y de la que daré por no al-
canzarla la vida, que ahora estimo en lo que
vale la alta ventura de verte. No sé que te diga,
Ricardo, replicó Leonisa, ni que salida se tome
al laberinto donde como dices nuestra corta ven-
tura nos tiene puestos: solo sé decir que es me-
nester usar en esto lo que de nuestra condicion
no se puede esperar, que es el fingimiento y en-
gaño, y asi digo que de tí daré á Halima algu-
nas razones que ante la entretengan, que desesperen
tú de mí podrás decir al Cadi lo que para segu-
ridad de mi honor y de su engaño vieres que
mas convenga; y pues yo pongo mi honor en tus
manos, bien puedes creer dél que le tengo con
la entereza y verdad que podiau poner en duda
tantos caminos como he andado, y tantos com-
bates como he sufrido: el hablarnos será fácil,
y á mí será de grandísimo gusto el hacerlo, con
presupuesto qua jamas me has de tratar cosa que
á tu declarada pretension pertenezca, que en la
hora que tal hicieres, en la misma me despediré
de verte, porque no quiero que pienses que es
de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer
con él la cautividad, lo que la libertad no pudo:
como el oro tengo de ser con el favor del cielo,
que mientras mas se acrisola, queda con mas pu-
reza y mas limpio: conténtate con que he dicho
que te hago saber, Ricardo, que siempre te tu-
ve por desabrido y arrogante, y que presumias
de tí algo mas de lo que debias: confieso tambi
en que me engañaba, y que podria ser que hace
ahora la experiencia, me pusiese la verdad delan
te de los ojos el desengaño, y estando desenga

da, fuese con ser honesta, mas humana: vete con Dios, que temo no nos haya escuchado Halima, la cual entiende algo de la lengua cristiana, ó á lo menos de aquella mezcla de lenguas que se usa, con que todos nos entendemos. Dices muy bien, señora, respondió Ricardo, y agradézcote infinito el desengaño que me has dado, que le estimo en tanto como la merced que me haces en dejarme verte, y como tú dices quizá la experiencia te dara á entender cuan llana es mi condicion y cuan humilde, especialmente para adorarte, y sin que tú pusieras término ni raya á mi trato, fuera él tan honesto para contigo, que no acertaras á desearle mejor: en lo que toca á entretener al Cadí vive descuidada, haz tú lo mismo con Halima, y entiende, señora, que despues que te he visto, ha nacido en mí una esperanza tal, que me asegura que presto hemos de alcanzar la libertad deseada: y con esto quédate á Dios, que otra vez te contaré los rodeos por donde la fortuna me trujo á este estado despues que de tí me aparté, ó por mejor decir me apartáron. Con esto se despidiéron; y quedó Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo, y él contentísimo de haber oido una palabra de la boca de Leonisa sin aspereza.

Estaba Halima cerrada en su aposento, rogando á Mahoma trujese Leonisa buen despacho de lo que le habia encomendado: el Cadí estaba en la mezquita, recompensando con los suyos los deseos de su muger, teniéndolos solícitos y colgado de la respuesta que esperaba oir de su esclavo, á quien habia dejado encargado hablase á Leonisa, pues para poderlo hacer le daria cocomodidad Mahamut, aunque Halima estuviese en casa. Leonisa acrecentó en Halima el torpe deseo y el amor, dándole muy buenas esperan-

zas que Mario haria todo lo que pidiese, pero que habia de dejar pasar primero dos lunas, antes que concediese con lo que deseaba el mucho mas que ella; y este tiempo y término pedia á causa que hacia una plegaria y oracion á Dios para que le diese libertad. Contentóse Halima de la disculpa y de la relacion de su querido Mario, á quien ella diera libertad antes del término devoto, como él condescendiera con su deseo: y asi rogó á Leonisa le rogase dispensase con el tiempo, y acortase la dilacion, que ella le ofrecia cuanto el Cadí pidiese por su rescate. Antes que Ricardo respondiese á su amo, se aconsejó con Mahamut de que le responderia: y acordáron entre los dos que le desesperase, y le aconsejase que lo mas presto que pudiese la llevase á Constantinopla, y que en el camino ó por grado ó por fuerza alcanzaria su deseo; y que para el inconveniente que se podia ofrecer de cumplir con el gran Señor, seria bueno comprar otra esclava, y en el viage fingir ó hacer de modo como Leonisa cayese enferma, y que una noche echarian la cristiana comprada á la mar, diciendo que era Leonisa la cautiva del gran Señor que se habia muerto; y que esto se podia hacer y se haria en modo que jamas la verdad fuese descubierta, y él quedase sin culpa con el gran Señor, y con el cumplimiento de su voluntad; y que para la duracion de su gusto despues se daria traza conveniente y mas provechosa. Estaba tan ciego el mísero y anciano Cadí, que si otros mil disparates le dijeran, como fueran encaminados á cumplir sus esperanzas, todos los creyera, cuanto mas que le pareció que todo lo que le decian llevaba buen camino y prometia próspero suceso: y asi era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera levantarse con

nan de comprar para que muriese por Leo-
erviria Halima de quien deseaba librarse
e de la muerte. Con la misma facilidad
lo pensó, con la misma se lo concedié-
hamut y Ricardo; y quedando firmes en
quel mismo dia dió cuenta el Cadi á Ha-
l viage que pensaba hacer á Constanti-
llevar la cristiana al gran Señor, de cu-
ralidad esperaba que le hiciese gran Cadí
ro, ó de Constantinopla. Halima le dijo
parecia muy bien su determination, cre-
que se dejaria á Mario en casa; mas cuan-
adi la certiñcó que le habia de llevar con-
á Mahamut tambien, tornó á mudar de
, y á desaconsejarle lo que primero le ha-
nsejado, con las mas eficaces razones que
o le supo enseñar: en resolucion conclu-
si no la llevaba consigo, no pensaba de-
en ninguna manera. Contentóse el Cadí
r lo que ella queria, porque pensaba sa-
resto de su cuello aquella para él tan pe-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

ponerle en la voluntad que abreviase su partida; y asi solicitado de su deseo y de las importunaciones de Hazan, y aun de las de Halima, que tambien fabricaba en el aire vanas esperanzas, dentro de veinte dias aderezó un bergantin de quince bancos, y le armó de buenas boyas moros, y algunos cristianos griegos; embarcó en él toda su riqueza, y Halima no dejó en su casa cosa de momento, y rogó á su marido que la dejase llevar consigo á sus padres para que viesen Constantinopla: era la intencion de Halima la misma que la de Mahamut, hacer con él y con Ricardo que en el camino se alzasen con el bergantin; pero no les quiso declarar su pensamiento hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse á tierra de cristianos, y volverse á lo que primero habia sido y casarse con Ricardo, pues era de creer que llevando tantas riquezas consigo, y volviéndose cristiana, no dejaria de tomarla por muger. En este tiempo habló otra vez Ricardo con Leonisa, y le declaró toda su intencion, y ella le dijo la que tenia Halima que con ella la habia comunicado: encomendáronse los dos el secreto, y encomendándose á Dios, esperaban el dia de la partida; el cual llegado, salió Hazan acompañándolos hasta la marina con todos sus soldados, y no los dejó hasta que se hiciéron á la vela, ni aun quitó los ojos del bergantin hasta perderle de vista; y parece que el aire de los suspiros que el enamorado moro arrojaba, impelia con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma; mas como aquel á quien el amor habia tanto tiempo que sosegar no le dejaba, pensando en lo que habia de hacer para no morir á manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo discurso y resoluta determinacion tenia pensado: y asi en un

do á los muchos haberes que el bergantin
ordenóles tambien que le echasen á fon-
nanera que ninguna cosa quedase que pu-
indicio de su perdicion. La codicia del
uso alas en los pies y esfuerzo en el cora-
que bien viéron cuan poca defensa habian
en los del bergantin, segun iban desarma-
sospecha de semejante acontecimiento.
as habia ya que el bergantin caminaba,
adí se le hiciéron dos siglos, porque lue-
primero quisiera poner en efecto su de-
ion; mas aconsejáronle sus esclavos que
primero hacer de suerte que Leonisa
nala para dar color á su muerte, y que
a de ser con algunos dias de enferme-
no quisiera sino decir que habia muerto
te, y acabar presto con todo, y despa-
muger, y aplacar el fuego que las en-
co á poco le iba consumiendo; pero en
bo de conceder con el parecer de los dos.
esto, habia Halima declarado su intento

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

. de Leonisa, importuno
o dia concluyesen con Halima, y la arroj-
mar amortajada, diciendo ser la cautiva del
an Señor. Amaneciendo pues el dia en que se-
un la intencion de Mahamut y de Ricardo habia
e ser el cumplimiento de sus deseos, ó del fin
le sus dias, descubriéron un bajel que á vela y
remo las venia dando caza: temiéron fuese de
corsarios cristianos, de los cuales ni los unos
ni los otros podian esperar buen suceso; porque
de serlo, se temia ser los moros cautivos, y los
cristianos, aunque quedasen con libertad, quedarian desnudos y robados: pero Mahamut
y Ricardo con la libertad de Leoñisa y de
la de entrambos se contentaran: con todo esto
que se imaginaban, temian la insolencia de la
gente cosaria, pues jamas la que se da á tales
ejercicios de cualquiera ley ó nacion que sea,
deja de tener un ánimo cruel, y una condicion insolente. Pusiéronse en defensa, sin dejar los remos de las manos y hacer todo cuanto pudiesen; pero pocas horas tardáron que viéron que les
iban entrando de modo que en menos de dos se
les pusiéron á tiro de cañon: viendo esto, amainaron, soltáron los remos, tomáron las armas,
y los esperáron; aunque el Cadí dijo que no temiesen, porque el bajel era turquesco y que no
les haria daño alguno: mandó poner luego una
bandera blanca de paz en el peñol de la popa,
porque le viesen los que ya ciegos y codiciosos
venian con gran furia á embestir el mal defendido bergantin. Volvió en esto la cabeza Mahamut,
y vió que de la parte de Poniente venia una galeota á su parecer de veinte bancos, y díjoselo
al Cadí, y algunos cristianos que iban al remo
dijéron, que el bajel que se descubria era de cristianos: todo lo cual les dobló la confusion y el

...ctor con
, que estuvo poco en
onoció el Cadí los que
soldados de Nicosia,
er, y dióse por per-
era que los soldados
que á matar, ningu-
; cuando ellos anda-
atentos en su robo,
o: arma, soldados,
os embiste; y asi era
ne descubrió el ber-
insignias y banderas
on toda furia á em-
o antes que llegase,
u lengua turquesca,
pondiéronle que era
. Pues ¿como, repli-
oselimanes, embes-
otros sabemos que
A lo cual respon-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

s hubiéron puesto los pies en...
conoció que el que le embestia no era...
, sino Alí Bajá, el enamorado de Leonisa;
ual con el mismo intento que Hazan habia
do esperando su venida, y por no ser cono-
o habia hecho vestidos á sus soldados como
stianos, para que con esta industria fuese mas
bierto su hurto. El Cadí que conoció las inten-
ones de los amantes y traidores, comenzó á
randes voces á decir su maldad, diciendo: ¡que
s esto traidor Alí Bajá! ¡como siendo tú Moso-
iman (que quiere decir turco) me salteas como
cristiano! ¡y vosotros, traidores soldados de Ha-
zan, que demonio os ha movido á cometer tan
grande insulto! ¡como por acumplir el apetito
lascivo del que aquí os envia, quereis ir contra
vuestro natural señor? A estas palabras suspen-
diéron todos las armas, y unos á otros se mirá-
ron y se conociéron, porque todos habian sido
soldados de un mismo capitan y militado debajo
de una bandera, y confundiéndose con las razo-
nes del Cadí y con su mismo maleficio, se les
embotáron los filos de los alfanges y se les des-
mayáron los ánimos: solo Alí cerró los ojos y
los oidos á todo, y arremetiendo al Cadí, le dió
una tal cuchillada en la cabeza, que si no fuera
por la defensa que hiciéron sien varas de toca
con que venia ceñida, sin duda se la partiera por
medio; con todo le derribó entre los bancos del
bajel, y al caer dijo el Cadí: ó cruel renegado,
enemigo de mi divino profeta, ¡y es posible que
no ha de haber quien castigue tu crueldad, y tu
grande insolencia! ¡como, maldito, has osado
poner las manos y las armas en tu Cadí, y en un
ministro de Mahoma! Estas palabras añadiéron
fuerza á la fuerza de las primeras, las cuales oida
de los soldados de Hazan, y movidos de tem

la
ron
o, y
Alí
es-
hos
pe-
ron
zan
los.
que
l es-
que
vi-
tos,
e se
y á
em-
ar el
fan-
elli-
que-
ad y
pa-
a es-
a cu-
en-
bajo,
a cu-
o de
ecio
: Alí
quier
, los
con
odos,
aun

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

ita al cabo del mundo, =

Mahamut y Ricardo llenos de gusto por el buen ceso, se fuéron á la mora Halima, y le dijéron que si queria volverse á Chipre, que con las llenas bovas le armarian su mismo bajel, y le darian la mitad de las riquesas que habia embarcado; mas ella, que en tanta calamidad aun no habia perdido el cariño y amor que á Ricardo tenia, dijo que queria irse con ellos á tierra de cristianos, de lo cual sus padres se holgáron en extremo. El cadí volvió en su acuerdo, y le curáron como la ocasion les dió lugar, á quien tambien dijéron que escogiese una de dos: ó que se dejase llevar á tierra de cristianos, ó volverse en su mismo bajel á Nicosia. El respondió que ya que la fortuna le habia traido á tales términos, les agradeeia la libertad que le daban, y que queria ir á Constantinopla á quejarse al gran Señor del agravio que de Hazan y de Alí habia recibido; mas cuando supo que Halima le dejaba y se queria volver cristiana, estuvo en poco de perder el juicio. En resolucion le armáron su mismo bajel, y le proveyéron de todas las cosas necesarias para su viage, y aun le diéron algunos cequies de los que habian sido suyos, y despidiéndose de todos con determinacion de volverse á Nicosia, pidió antes que se hiciese á la vela, que Leonisa le abrazase, que aquella merced y favor seria bastante para poner en olvido toda su desventura. Todos suplicáron á Leonisa diese aquel favor á quien tanto la queria, pues en ello no iria contra el decoro de su honestidad: hizo Leonisa lo que le rogáron, y el Cadí le pidió le pusiese las manos sobre la cabeza, porque él llevase esperanzas de sanar de su herida: en todo le contentó Leonisa. Hecho esto, y habiendo dado un barreno al bajel de Hazan, favoreciéndo-

resco que parecia que llamaba
regarse en ellas, se las diéron,
as perdiéron de vista el bajel
l con lágrimas en los ojos esta-
o se llevaban los vientos su ha-
, su muger, y su alma. Con di-
ientos de los del Cadí navega-
lahamut; y asi sin querer tocar
una parte, pasáron á la vista de
lfo lanzado, y sin amainar ve-
necesidad de aprovecharse de los
á la fuerte isla de Corfú, donde
luego sin detenerse pasáron por
cos Acroceraunos; y desde lejos
scubriéron á Paquino, promon-
sima Tinacria, á vista de la cu-
isla de Malta voláron, que no
ta navegaba el dichoso leño: en
ido la isla, de allí á cuatro dias
ampadosa, y luego la isla don-
con cuya vista se estremeció
lole á la memoria el peligro en
ia visto: otro dia viéron delan-
a y amada patria. Renovóse la
azones, alborotáronse sus espi-
o contento, que es uno de los
esta vida se puede tener, llegar
o cautiverio, salvo y sano á su
á este se le puede igualar, es
le la victoria alcanzada de los
e hallado en la galeota una caja
as, y flámulas de diversos colo-
las cuales hizo Ricardo ador-
co despues de amanecer seria,
á menos de una legua de la
á cuarteles, y alzando de cu-
tres voces y gritos, se iban

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

llegando al puerto en el cual en un instante pareció infinita gente del pueblo, que habiendo visto como aquel bien adornado bajel tan de espacio se llegaba á tierra, no quedó gente en toda la ciudad, que dejase de salir á la marina.

En este entretanto habia Ricardo pedido y suplicado á Leonisa, que se adornase y vistiese de la misma manera que cuando entró en la tienda de los Bajáes; porque queria hacer una graciosa burla á sus padres. Hízolo asi, y añadiendo galas á galas, perlas á perlas, y belleza á belleza, que suele acrecentarse con el contento, se vistió de modo que de nuevo causó admiracion y maravilla: vistióse asi mismo Ricardo á la turquesca, y lo mismo hizo Mahamut, y todos los cristianos del remo, que para todos hubo en los vestidos de los turcos muertos: cuando llegáron al puerto serian las ocho de la mañana, que tan serena y clara se mostraba, que perecia que estaba atenta mirando aquella alegre entrada. Antes de entrar en el puerto, hizo Ricardo disparar las piezas de la galeota que era un cañon de crujía y dos falconetes: respondió la ciudad con otras tantas. Estaba toda la gente confusa, esperando llegase el bizarro bajel; pero cuando viéron de cerca que era turquesco, porque se divisaban los blancos turbantes de los que moros parecian, temerosos y con sospecha de algun engaño, tomáron las armas y acudiéron al puerto todos los que en la ciudad son de milicia, y la gente de á caballo se tendió por todo la marina: de todo lo cual recibiéron gran contento los que poco á poco se fuéron llegando hasta entrar en el puerto, dando fondo junto á tierra, y arrojando en ella la plancha, soltando á una los remos, todos, uno á uno como en procesion, saliéron á tierra, la cual con lágrimas de alegría

mnchas veces, señal clara que dió
cristianos que con aquel bajel se
: á la postre de todos saliéron el
: de Halima, y sus dos sobrinos
tá dicho vestidos á la turquesca :
ate la hermosa Leonisa, cubierto
n tafetan carmesí: traianla en me-
Mahamut, cuyo espectáculo llevó
de toda áquella infinita multitud
a. En llegando á tierra, hiciéron
as, besándola postrados en el sue-
egò á ellos el Capitan y Goberna-
ad, que bien conoció que eran los
todos; mas apenas hubo llegado,
ó á Ricardo, y corrió con los bra-
con señales de grandísimo conten-
Llegáron con el Gobernador, Cor-
lre, y los de Leonisa con todos
y los de Ricardo, que todos eran
pales de la ciudad: abrazó Ricar-
dor, y respondió á todos los pa-
e daban: trabó de la mano á Cor-
l como le conoció y se vió asido
color del rostro y casi comenzó
miedo) y teniendo asi mismo de
onisa, dijo: por cortesía os ruego
ntes que entremos en la ciudad, y
i dar las debidas gracias á nuestro
grandes mercedes que en nuestra
ha hecho, me escucheis ciertas ra-
tros quiero. A lo cual el Goberna-
que dijese lo que quisiese, que to-
rian con gusto y con silencio. Ro-
o todos los mas de los principa-
ndo un poco la voz, dijo desta

debe acordar, señores, de la des-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

e algunos meses
e sucedió con la pero
no se os habrá caido de la me
ia que yo puse en procurar su libertad
vidándome del mio ofrecí por su rescate
mi hacienda (aunque esta que al parecer
peralidad, no puede ni debe redundar en mi
nza, pues la daba por el rescate de mi al-
): lo que despues acá á los dos ha sucedido
piere para mas tiempo otra sazon y coyuntu-
, y otra lengua no tan turbada como la mia
sta deciros por ahora que despues de varios y
traños acaecimientos, y despues de mil perdi-
as esperanzas de alcanzar remedio de nuestras
desdichas, el piadoso cielo sin ningun merecimi-
ento nuestro nos ha vuelto á la deseada patria,
cuanto llenos de contento, colmados de riquezas:
y no nace dellas ni de la libertad alcanzada el
sin igual gusto que tengo, sino del que imagino
que tiene esta en paz y en guerra dulce enemiga
mia, así por verse libre, como por ver como ve
el retrato de su alma: todavía me alegro de la
general alegría que tienen los que me han sido
compañeros en la miseria; y aunque las desven-
turas y tristes acontecimientos suelen mudar las
condiciones y aniquilar los ánimos valerosos, no
ha sido así con el verdugo de mis buenas espe-
ranzas; porque con mas valor y entereza que
buenamente decirse puede, ha pasado el naufra-
gio de sus desdichas y los encuentros de mis ar-
entes cuanto honestas importunaciones: en
cual se verifica que mudan el cielo y no las
tumbres los que en ellas tal vez hicieron asi
De todo esto que he dicho, quiero inferir
le ofrecí mi hacienda en rescate, y le di
n mis deseos: di traza en su libertad
ella, mas que por la mia, la

que en otro sugeto mas agradecido
r cargos de algun momento, no quie-
lo sean, solo quiero lo sea este en que
ahora, y diciendo esto alzó la mano
nesto comedimiento quitó el antifaz del
le Leonisa, que fué como quitarse la nube
l vez cubre la hermosa claridad del sol, y
guió diciendo: ves aquí, ó Cornelio, te en-
la prenda que tú debes de estimar sobre las
que son dignas de estimarse; y ves aquí
hermosa Leonisa, te doy al que tu siempre
tenido en la memoria: esta sí quiero que se
ga por liberalidad, en cuya comparacion dar
hacienda, la vida, y la honra no es nada:
recíbela, ó venturoso mancebo, recibila,
y si llega tu conocimiento á tanto, que llegue
á conocer valor tan grande, estimate por el
mas venturoso de la tierra: con ella te dará
así mismo todo cuanto me tocare de parte en lo
que á todos el cielo nos ha dado, que bien creo
que pasará de treinta mil escudos: de todo pue-
des gozar á tu sabor con libertad, y quietud y
descanso; y plega al cielo que sea por luengos y
felices años: yo sin ventura, pues quedo sin
Leonisa, gusto de quedar pobre, que á quien Leo-
nisa la falta, le vida le sobra: y en diciendo es-
to calló como si al paladar se hubiera pegado
la lengua; pero desde allí á un poco, antes que
ninguno hablase, dijo: ¡ válame Dios, y como
los apretados trabajos turban los entendimientos!
yo, señores, con el deseo que tengo de hacer bi-
en, no he mirado lo que he dicho; porque no es
posible que nadie pueda mostrarse liberal de lo
ageno: ¿ que jurisdicion tengo yo en Leonisa
para darla á otro? ó como puedo ofrecer lo que
está tan lejos de ser mio! Leonisa es suya, y tan
suya, que á faltarle sus padres, que felices años

vivan, ningun opósito tuviera su voluntad; y si se pudieran poner las obligaciones que como discreta debe de pensar que me tiene, desde aquí las borro, las cancelo, y doy por ningunas; y así de lo dicho me desdigo, y no doy á Cornelio nada, pues no puedo; solo confirmo la manda de mi hacienda hecha á Leonisa, sin querer otra recompensa sino que tenga por verdaderos mil honestos pensamientos, y que crea dellos que nunca se encaminárون ni miráron á otro punto, que el que pide su incomparable honestidad, su gran valor é infinita hermosura. Calló Ricardo en diciendo esto; á lo cual Leonisa respondió en esta manera: si algunos favores, ó Ricardo, imaginas que yo hice á Cornelio en el tiempo que tú andabas de mi enamorado y zeloso, imagina que fuéron tan honestos, como guiados por la voluntad y órden de mis padres que atentos á que le moviesen á ser mi esposo, permitian que se los diese: si quedas desto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mí te ha mostrado la experencia cerca de mi honestidad y recato: esto digo por darte á entender, Ricardo, que siempre fuí mia sin estar sugeta á otro queá mis padres, á quien ahora humildemente como es razon suplico me den licencia y libertad para disponer la que tu mucha valentía y liberalidad me ha dado. Sus padres dijéron que se la daban, porque fiaban de su mucha discrecion que usaria della de modo que siempre redundase en su honra y en su provecho. Pues con esa licencia, prosiguió la discreta Leonisa, quiero que no se me haga de mal mostrarme desenvuelta á trueque de no mostrarme desagradecida: y asi, ó valiente Ricardo, mi voluntad hasta aquí recatada, perpleja y dudosa se declara en favor tuyo; porque sepan los hombres que no todas las mugeres son ingratas, mostrándome yo

siquiera agradecida: tuya soy, Ricardo, y tuya seré hasta la muerte, si otro mejor conocimiento no te mueve á negar la mano, que de mi esposo te pido. Quedó como fuera de sí á estas razones Ricardo, y no supo ni pudo responder con otras á Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella y besarle las manos que le tomó por fuerza muchas veces, bañándoselas en tiernas y amorosas lágrimas: derramólas Cornelio de pesar, y de alegría los padres de Leonisa, y de admiracion y de contento todos los circunstantes: hallóse presente el Obispo ó Arzobispo de la ciudad, y con su bendicion y licencia los llevó al templo, y dispensando en el tiempo los desposó en el mismo punto. Derramóse la alegría por toda la ciudad, de la cual diéron muestra aquella noche infinitas luminarias, y otro muchos dias la diéron muchos juegos y regocijos que hiciéron los parientes de Ricardo y de Leonisa. Reconciliáronse con la Iglesia Mahamut y Halima, la cual imposibilitada de cumplir el deseo de verse esposa de Ricardo, se contentó con serlo de Mahamut. A sus padres y á los sobrinos de Halima dió la liberalidad de Ricardo de las partes que le cupiéron del despojo, suficientemente con que viviesen. Todos en fin quedáron contentos, libres y satisfechos, y la fama de Ricardo saliéndose de los terminos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia y de otras muchas partes, debajo del nombre del amante liberal, y aun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa que fué ejemplo raro de discrecion, honestidad, recato y hermosura.

N

RIN

COP

ñida por los pechos traia el uno una camisa
color de camuza, encerrada y recogida toda
una manga: el otro venia escueto y sin alforja
puesto que en el seno se le parecia un gran b
to, que á lo que despues parec ó, era un cue
de los que llaman balonas almidonadas, al
donado con grasa y tan deshilado de roto, q
todo parecia hilachas: venian en él envueltos
guardados unos naipes de figura ovada, porq
de ejercitarlos, se les habien gastado las punt
y porque durasen mas, se las cercenárony los
járon de aquel alle: estaban los dos quemad
del sol, las uñas caireladas, y las manos no m
limpias: el uno tenia una media espada y el o
un cuchillo de cachas amarillas que los sue
mar vaqueros: saliéronse los dos á sestear en
portal, ó cobertizo que delante de la venta
hace, y sentándose frontero el uno del otro,
que parecia de mas edad dijo al mas pequeño
De que tierra es vuesa merced, señor gentil-ho
bre, y para donde bueno camina? Mi tierra,
ñor caballero, respondió el preguntado, no la
ni paradonde camino tampoco. Pues en verd
dijo el mayor, que no parece vuesa merced
cielo, y que este no es lugar para hacer su a
ento en él, que por fuerza se ha de pasar adel
te. Asi es, respondió el mediano; pero yo he
cho verdad en lo que he dicho, porque mi tie
no es mia, pues no tengo en ella masde un pa
que no me tiene por hijo, y una madrastra que
trata como alnado: el camino que llevo es á
ventura, y allí le daria fin donde hallase quien
diese lo necesario para pasar esta miserable
da. ¿Y sabe vuesa merced algun oficio? pregu
el grande; y el menor respondió: no sé otro
no que corro como una liebre, y salto como
gamo, y corto de tijera muy delicadamente. T

do eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande porque habrá sacristan que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos santos, porque para el Juéves santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi corte desa manera, respondió el menor, sino que mi padre por la misericordia del cielo es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avanpies, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos respondió el grande, y sien[illegible] he oido decir que las buenas habilidades son [illegible]s mas perdidas; pero aun edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura: mas si yo no me engaño y el ojo no miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar. Si tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público como vuesa merced ha muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande: pues yo le sé decir que soy uno de los mas secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser deste hasta el último dia de nuestra vida verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasageros que por él de continuo pasan: mi nombre es Pedro del Rincon, mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la santa Cruzada, quiero decir que es bulero ó buldero como los llama el vulgo: algunos dias le acompañé en el oficio, y le res-

pondí de manera, que no daria ventaja en echar las bulas al que mas presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado mas al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con mas dobleces que pañizuelo de desposado: vino el que tenia á cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentáron con que me arrimasen al aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que pude y las que me pareciéron mas necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traia) con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo, y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuanta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as la primera carta, que le puede servir de un punto, y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa; fuera desto aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien tambien llaman el andaboba: que asi como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, asi puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con es-

to voy , porque
aunque quiera pa-
sar tiempo jugando un [illegible], y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos : armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia. Sea enbuenhora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola mas breve, es esta: yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas : enfadóme la vida estrecha del aldea, y el desamorado trato de mi madrasta : dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas ; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida, que mis deseos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le esten guardando con los ojos de Argos : y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes ni soplado de ningun cañuto: bien es verdad que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes quisiera verme ; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y asi salí de la ciudad con tanta priesa que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo menos de un carro. Eso se borre, dijo Rincon, y pues ya nos conocemos no

hay para que aquesas grandezas, ni allí [illegible]eces: confesemos llanamente que no tenemos b[illegible]anca, ni aun zapatos. Sea asi, respondió Dieg[illegible]o Cortado (que asi dijo el menor que se llam[illegible]ba) y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias, y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusiéron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia: y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro. Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que queria hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganáron doce reales y veinte y dos maravedis, que fué darle doce lanzadas, y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le diéron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. A esta sazon pasáron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo que iban á sestear á la venta del Alcalde que está media legua mas adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguáron y les dijéron que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos. Allá vamos, dijo Rincon, y servirémos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren: y sin mas detenerse saltáron delante de las mulas, y se fuéron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habia estado oyendo su

...o tan
...os se detuviéron y
... fuese, siquiera por no pu-
dad y simpleza. En fin tales ra-
que aunque no le consoláron,
darse.
o y Rincon se diéron tan buena
los caminantes, que lo mas del
an á las ancas; y aunque se les
ocasiones de tentar las balijas
os, no las admitiéron por no
tan buena del viage de Sevilla,
grande deseo de verse: con
ada de la ciudad, que fué á
puerta de la Aduana á cau-
nojarifazgo que se paga, no
ortado de no cortar la balija
ncas traia un frances de la
el de sus cachas le dió tan
da, que se parecian paten-
y sutilmente sacó dos ca-
x de sol, y un libro d

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

troies la grandeza y suntuosidad de su
iglesia, el gran concurso de gente del rio,
era en tiempo de cargazon de flota, y
:n él seis galeras, cuya vista les hizo sus-
aun temer el dia que sus culpas les ha-
: traer á morar en ellas de por vida: echá-
ver los muchos muchachos de la espor-
ıe por allí andaban: informáronse de uno
que oficio era aquel, y si era de mucho
y de que ganancia. Un muchacho astu-
que fué á quien hiciéron la pregunta, res-
que el oficio era descansado, y de que
agaba alcabala, y que algunos dias salia
ıco y con seis reales de ganancia, con que
, y bebia, y triunfaba como cuerpo de
bre de buscar amo á quien dar fianzas,
o de comer á la hora que quisiese, pues
; la hallaba en el mas mínimo bodegon
ı la ciudad en la cual habia tantos y
:nos. No les pareció mal á los dos ami-
relacion del asturianillo, ni les des-
ó el oficio, por parecerles que venia como
de para poder usar el suyo con cubierta
idad, por la comodidad que ofrecia de
n todas las casas; y luego determináron
ıprar los instrumentos necesarios para
pues lo podian usar sin examen: y pre-
lole al asturiano ¡que habian de comprar!
pondió que sendos costales pequeños,
, ó nuevos, y cada uno tres espuertas de
dos grandes, y una pequeña, en las cua-
epartia la carne, pescado y fruta, en el
:l pan, y él los guió donde lo vendian,

...as tardes al

...on tomáron bien de memoria,
...mañana se plantáron en la
...ador, y apenas hubiéron lle-
...odeáron otros mozos del oficio
...e de los costales y espuertas
...en la plaza; hiciéronles mil
...los respondian con discrecion
... llegáron un medio estudian-
...convidados de la limpieza
...los dos novatos, el que pare-
...á Cortado, y el soldado á
...sea de Dios, dijéron am-
...mience el oficio, dijo Rin-
...ed me estrena, señor mio.
...l soldado: la estrena no se-
...de ganancia, y soy ena-
...acer hoy banquete á unas
...Pues cargue vuesa merced
tengo y fuerzas para lle-

UNIVERSITY OF MICHIGAN

servirle á él, antes que á un canónigo: r[illegible]se el soldado, cargóle muy bien, mostróle la [illegible]asa de su dama para que la supiese de allí adelan[illegible]te, y él no tuviese necesidad cuando otra vez l[illegible]e enviase, de acompañarle: Rincon prometió fi[illegible]delidad, y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque tambien desta diligencia le advirtió el asturiano, y de cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber albures, ó sardinas, ó acedias, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, por que no se perdiese el crédito que era lo que mas importaba en aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que ¿como le habia ido? Rincon abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ambar en los pasados tiempos; venia algo hinchada, y dijo: con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos mas, tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder: y habiéndosela ya dado secretamante; veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedis en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese; si la habia tomado en el entretanto que con él habia andado comprando? A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado: lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que

os, un dia viene tras otro
an las toman, y podria ser
l que llevó la bolsa se vinie-
: la volviese á vuesa merced
nerio le perdonaríamos, res-
: , y Cortado prosiguió di-
que cartas de descomunion
ena diligencia, que es ma-
tura; aunque á la verdad no
dor de la bolsa, porque si
d tiene alguna órden sacra,
ni que habia cometido algun
icrilegio. Y como ¿que ha
! dijo á esto el adolorido es-
caso que yo no soy sacerdo-
unas monjas, el dinero de la
le una capellanía que me dió á
migo mio, y es dinero sagrado
an se lo coma, dijo Rincon á
ndo la ganancia, dia de juicio
lrá como dicen en la colada,
uien fué Callejas, y el atre-
omar, hurtar, y menoscabar el
¿y cuantorenta cada año, díga-
por su vida? Renta la puta que
ahora para decirlo que renta?
n con algun tanto de dema-
, hermano, si sabeis algo,
que yo la quiero hacer pre-
bá remedio ese, dijo Cor-

UNIVERSITY OF MICHIGAN

ndose ido el sacristan, [illegible]
anzó en las gradas, donde le llam[illegible]
á una parte, y allí le comenzó á decir tanto
sparates al modo de lo que llaman bernardinas,
erca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole
uenas esperanzas sin concluir jamas razon que
comenzase, que el pobre sacristan estaba embe-
lesado escuchándole; y como no acababa de en-
tender lo que le decia, hacia que le repitiese la
razon dos y tres veces. Estábale mirando Corta-
do á la cara atentamente, y no quitaba los ojos
de sus ojos: el sacristan le miraba de la misma
manera, estando colgado de sus palabras: este
tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado
que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el
pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le
dijo que á la tarde procurase de verle en aquel
mismo lugar, porque él traia entre ojos que un
muchacho de su mismo oficio y de su mismo ta-
maño, que era algo ladroncillo, le habia tomado
la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro
de pocos ó de muchos dias. Con esto se consoló
algo el sacristan, y se despidió de Cortado; el
cual se vino donde estaba Rincon que todo lo ha-
bia visto un poco apartado dél, y mas abajo es-
taba otro mozo de la esportilla que vió todo lo
que habia pasado, y como Cortado daba el pa-

... yo se lo daré á en-
...on una cuchara de plata: quie-
¡ si son vuesas mercedes ladro-
...ra que les pregunto esto, pues
mas díganme, ¿ como no han
el señor Monipodio ? ¡ Págase
...ojarifazgo de ladrones, señor
...1. Si no se paga, respondió el
regístranse ante el señor Moni-
...dre, su maestro y su amparo;
que vengan conmigo á darle la
...o se atrevan á hurtar sin su se-
...aro. Yo pensé, dijo Cortado,
cio libre, borro de pecho y
e paga es por junto, dando
anta y á las espaldas; pero
a tierra hay su uso, guarde-
que por ser la mas princi-
mas acertado de todo él,
ed guiarnos donde está ese
e ya yo tengo barr...

UNIVERSITY OF MICHIGAN

volar. Comen[illegible]emos á andar, que yo l[illegible] iré de-
clarando por el camino, respondió el [illegible]ozo, con
otros algunos que asi les conviene el [illegible]saberlos,
como el pan de la boca: y asi les fué [illegible] diciendo
y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincon á su guia: ¿Es vuesa merced por ventura ladron? Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado: cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo cual respondió el mozo: señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios y mas con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios. Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hurtarémos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imágen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados diéron tres ansias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, asi las sufrió sin cantar como si fuera nada, y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo; y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten: sepan vosotros que cuatrero es ladron

cia que nos ofrece el concurso de la mucha gente. ¡Y con solo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena! ¿Pues que tiene de malo, replicó el mozo? peor ser herege, ó renegado, ó matar á padre, y madre, ó ser solomico! Sodomita decir vuesa merced, respondió Rincon. o, dijo el mozo. Todo es malo, replicó ; pero pues nuestra suerte ha querido mos en esta cofradía, vuesa merced paso que muero por verme con el sepodio, de quien tantas virtudes se cuen- cumplirá su deseo, dijo el mo- aquí se descubre su casa: vue- queden á la puerta, que yo en- desocupado, porque estas son

las horas cuando el suele dar audi[illegible]ia. En buena sea, dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena; sino de muy mala apariencia, y los dos se quedáron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entráron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de lo mas fino: al un lado estaba un banco de tres piès, y al otro un cántaro desbocado con un jarrillo encima no menos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima, y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada á la pared una imágen de nuestra Señora destas de mala estampa, y mas abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofía blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofía de tener agua bendita; y asi era la verdad. Estando en esto entráron en la casa dos mozos de hasta veinte años cado uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzáron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entráron dos viejos de bayeta con antojos que los hacian graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos: tras ellos entró una vieja

y sin decir nada se fué á la sala, y ha-
o tomado agua bendita con grandísima de-
n, se puso de rodillas ante la imágen, y
o de una buena pieza, habiendo primero
o tres veces el suelo, y levantado los bra-
los ojos al cielo otras tantas, se levantó y
su limosna en la esportilla, y se salió con
mas al patio. En resolucion en poco espa-
juntáron en el patio hasta catorce perso-
diferentes trages y oficios: llegáron tam-
le los postreros dos bravos y bizarros mo-
e bigotes largos, sombrero de grande falda,
s á la valona, medias de color, ligas de
balumba, espadas de mas de marca, sendos
etes cada uno en lugar de dagas, y sus bro-
pendientes de la pretina: los cuales asi
entráron, pusiéron los ojos de través en
n y Cortado á modo de que los extraña-
no conocian, y llegándose á ellos les pre-
ron ¿si eran de la cofradía! Rincon respon-
ue sí, y muy servidores de sus mercedes.
góse en esto la sazon y punto, en que ba-
señor Monipodio, tan esperado, como bien
de toda aquella virtuosa compañía: pare-
edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis
alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijun-
rbinegro y muy espeso, los ojos hundidos:
en camisa, y por la abertura de delante

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

las del [illegible] y pelosas, los dedos gordos, y las unas hemb[illegible]as y remachadas: las piernas no se le parecian, pero pies eran descomunales de anchos, y juanetudos. En efecto él representaba el mas rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guia de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole: estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio, vuesa merced los desamine, y verá como son dignos de entrar en nuestra congregacion. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidábaseme de decir que asi como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardando le estaban, le hiciéron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, se quitáron los capelos; y luego volviéron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincon respondió: el ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced: la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recibir algun hábito honroso. A lo cual respondió Monipodio: vos, hijo mio, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encu-[illegible] eso que decis, porque si la suerte no cor-[illegible] como debe, no es bien que quede asentado bajo de signo de escribano ni en el libro de [illegible]s entradas: fulano hijo de fulano vecino de tal parte, tal dia le ahorcáron, ó le azotáron, ú otra cosa semejante; que por lo menos suena mal á los buenos oidos: y asi tornó á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres, y mudar los proprios nombres; aun-

pa :r nada en
ert r los nombres
os dos. Rincon dijo el suyo, y Cortado tam-
n. Pues de aquí adelante, respondió Monipo-
o, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon,
s llameis Rinconete; y vos, Cortado, Corta-
dillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades; porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por via de naufragio: y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detras le van dando voces: al ladron, ladron, deténganle, deténganle, uno se pone en medio y se pone al raudal de los que le siguen, diciendo: déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva allá se lo haya, castíguele su pecado: son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren así en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena: y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor pompa y soledad que podemos. Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre) que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesa merced,

señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aun gozan de la vida, si en ella les alcanzarémos, darémos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como tambien apuntó vuesa merced en sus razones. Asi se hará, ó no quedará de mí pedazo, replicó Monipodio, y llamando á la guia, le dijo: ¡ven acá Ganchuelo, estan puestas las postas! Sí, dijo la guia, ¡que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo pues á nuestro propósito, dijo Monipodio: querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio; y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano: entiéndeseme el reten: tengo buena vista para el humillo: juego bien de la sola, de las cuatro, y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, berrugueta, y el colmillo: éntrome por la boca del lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al mas pintado mejor que dos reales prestados. Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso viejas y tan usadas que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo; pero andar el tiempo y vernoshemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso y aun quizá maestro. Todo será para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cor-

[illegible] o. [illegible]
[illegible] ciencia [illegible]
[illegible] faldriqu[illegible]
[illegible] y destreza. ¡Sabe[illegible]
[illegible] dijo Monipodio: no por mis grandes pec[illegible]
dos, respondió Cortadillo. No os aflijais, hijo, re[illegible]
plicó Monipodio, que á puerto y á escuela ha[illegible]
beis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréi[illegible]
de salir muy bien aprovechado en todo aquello
que mas os conviniere: y en esto del ánimo co-
mo os va, hijos! ¡Como nos ha de ir, respondió
Rinconete, sino muy bien! Animo tenemos para
acometer cualquiera empresa de las que tocaren
á nuestro arte y ejercicio. Está bien, replicó
Monipodio; pero querria yo que tambien le tu-
viésedes para sufrir si fuese menester media do-
cena de ansias, sin desplegar los labios, y sin de-
cir esta boca es mia. Ya sabemos aquí, dijo Cor-
tadillo, señor Monipodio, que quiere decir ansi-
as, y para todo tenemos ánimo; porque no
somos tan ignorantes que no se nos alcance que
lo que dice la lengua paga la gorja, y harta mer-
ced le hace el cielo al hombre atrevido, por no
darle otro título, que le deja en su lueng a su vida
ó su muerte, como si tuviese mas letras un no,
que un sí. Alto, no es menester mas, dijo á esta
sazon Monipodio: digo que sola esa razon me con-
vence, me obliga, me persuade, y me fuerza á
que desde luego asenteis por cofrades mayores,
y que se os sobrelleve el año de noviciado. Yo
oy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una
oz lo confirmáron todos los presentes que toda
plática habian estado escuchando, y pidiéron
Monipodio que desde luego les concediese y
ermitiese gozar de las inmunidades de su cofra-
a, porque su presencia agradable y su buena
ática lo merecia todo: él respondió que por

:contento á todos desde aquel punto se las
ia, advirtiéndoles que las estimasen en
, porque era no pagar media anata del pri-
urto que hiciesen: no hacer oficios meno-
1 todo aquel año, conviene á saber, no lle-
ecaudo de ningun hermano mayor á la cár-
ni á la casa de parte de sus contribuyentes:
el turco puro; hacer banquete cuando, como
.onde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral:
rar á la parte desde luego con lo que entruja-
1 los hermanos mayores como uno dellos, y
ras cosas que ellos tuviéron por merced señala-
sima y los demas con palabras muy comedi-
as las agradeciéron mucho. Estando en esto,
ntró un muchacho corriendo y desalentado, y
lijo: el alguacil de los vagamundos viene enca-
minado á esta casa; pero no trae consigo gurulla-
da. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es
amigo y nunca viene por nuestro daño: sosiégue-
ense, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegá-
ron, que ya estaban algo sobresaltados, y Mo-
nipodio salió á la puerta, donde halló al algua-
cil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego
volvió á entrar Monipodio, y preguntó: ¿
quien le cupo hoy la plaza de San Salvador?
mí. dijo el de la guia. Pues¿ como, dijo Monip
dio, no se ha manifestado una bolsilla de á
bar, que esta mañana en aquel mismo parage
al traste con quince escudos de oro y dos re
de á dos, y no sé cuantos cuartos? Verdad es
jo la guia, que hoy faltó esa bolsa: pero y
la he tomado, ni puedo imaginar quien la t
se. No hay leyas conmigo, replicó Monip
la bolsa ha de parecer, porque la pide el
acil que es amigo y nos hace mil placeres:
tornó á jurar el mozo que no sabia della: c
zóse á encolerizarse Monipodio de maner

fuego vivo lanzaba por los ojos, de-
ie se burle con quebrantar la mas mí-
le nuestra órden, que le costará la
éstese la cica, y si se encubre por
derechos, yo le daré enteramente
:a, y pondré :o de mas de mi casa,
das maneras ha de ir contento el al-
ó de nuevo á jurar el mozo, y á mal-
iendo que él no habia tomado tal
tola de sus ojos: todo lo cual fué po-
;o á la cólera de Monipodio, y dar
: toda la junta se alborotase, viendo
an sus estatutos y buenas ordenanzas.
onete pues tanta disension y alboro-
: que seria bien sosegarle y dar con-
ayor que reventaba de rabia, y acon-
n su amigo Cortadillo, con parecer
s sacó la bolsa del sacristan, y dijo:
estion, mis señores, que esta es la
ltarle nada de lo que el alguacil ma-
hoy mi caramada Cortadillo le dió
un pañuelo que al mismo dueño se
añadidura: luego sacó Cortadillo el
o puso de manifiesto. Viendo lo
lio, dijo: Cortadillo el bueno (que
lo y renombre ha de quedar de aquí
quede con el pañuelo, y á mi cu-
: la satisfacion deste servicio, y la
de llevar el alguacil, que es de un
iente suyo, y conviene que se cum-
an que dice; no es mucho que á qui-
allina entera, tú des una pierna de-
imula este buen alguacil en un dia,
le podemos ni solemos dar en cien-
n consentimiento aprobáron todos la
los dos modernos, y la sentencia y
mayoral el cual salió á dar la bolsa

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

al [illegible] confirmado c
el renombre de bueno, bien como si fuera D
Alonso Perez de Gusman el bueno, que arrojó
cuchillo por los muros de Tarifa para degoll
á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entráron c
él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de c
lor los labios, y de albayalde los pechos, cub
ertas con medios mantos de anascote, llenas
desenfado y desvergüenza, señales claras por do
de en viéndolas Rinconete y Cortadillo conoci
ron que eran de la casa llana, y no se engañár
en nada; y asi como entráron se fuéron con l
brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la ot
á Maniferro, que estos eran los nombres de l
dos bravos; y el de Maniferro era porque tra
una mano de hierro en lugar de otra, que le h
bian cortado por justicia: ellos las abrazáron c
grande regocijo, y les preguntáron si traian al
con que mojar la canal maestra. Pues habia
faltar, diestro mio! respondió la una que se ll
maba la Gananciosa, no tardará mucho á ven
Silvatillo tu trainel con la canasta de colar ate
tada de lo que Dios ha sido servido; y asi f
verdad, porque al instante entró un muchacl
con una canasta de colar cubierta con una s
bana. Alegráronse todos con la entrada de Silv
to, y al momento mandó, sacar Monipodio u
de las esteras de enea que estaban en el apose
to, y tenderla en medio del patio: y ordenó a
mismo que todos se sentasen á la redonda po
que en cortando la cólera se trataria de lo q
mas conviniese. A esto dijo la vieja que habia r
zado á la imágen: hijo Monipodio, yo no est
para fiestas, porque tengo un vaguido de cabe
dos dias ha que me trae loca, y mas que ant
que sea mediodia tengo de ir á cumplir mis d

voeion[illegible] ·uestra se-
ñora d[illegible] de santo
Agustin, que no lo dejaria de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es que á noche el Renegado y Centopies lleváron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debiéron de tener lugar de quitarla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar hijadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angélicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería; por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastáron ni contáron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y asi me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado á la canasta, y que se está tan entera como cuando nació. Todo se lo cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése asi la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare bien y fielmente como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estómago que tan desmayado anda de continuo. ¡Y que tal lo beberéis, madre mia! dijo á esta sazon la Escalanta que asi se llamaba la compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta se manifestó una bota á modo de cuero con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual

tomándose dole soplado un poco de espuma, dijo: mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: de Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que asi me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado: no hará, madre, respondió Monipodio, porque es trasañejo: asi lo espero yo en la Vírgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venirá traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela: yo sí tengo, señora Pipota, que este era el nombre de la buena vieja, respondió la Ganauciosa, tome, ahí le doy dos cuartos, del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor san Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucia (que por lo de los ojos tambien la tengo devocion) pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todos. Muy bien harás, hija, mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Bien dice la madre Pipota, dijo la escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen, que eran de los mas aprovechados, y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: holgaos, hijos, agora que teneis tiempo, que ven-

drá la [illegible] per-
distes e[illegible]o, y enco-
mendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mi y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué. Ida la vieja, se sentáron todos al rededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta, fué un grande haz de rábanos, y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimiento, y tres ahogazas blanquísimas de Gandul: serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacarsu cuchillo de cachas amarillas, sino fué Rinconete que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que diéron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: cuien llama? respondiéron de fuera: yo soy, que no es nadie, señor Monipodio, Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que vi-

ese con [illegible] que así lo haria. Entró la Cariharta [illegible] era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y asi como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudiéron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la halláron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: la justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso que le he quitado mas veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quien he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso, é incorregible. Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que mas estarás tú en contarle, que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto, que si asi es, y quieres venganza, no has menester mas que boquear. Que respeto! respondió Juliana: respetada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres. ¡con aquel habia yo de comer mas pan á manteles, ni yacer en uno! primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis; y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco mas, las descubrió llenas de cardenales. Desta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome mas que á la madre que le parió, ¡y porque pensais que lo ha hecho? montas que le dí yo ocasion para ello, no por cierto, no lo hizo mas sino porque estando jugando y perdiendo, me en-

vió á p[illegible] treinta reales, y [illegible] e y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacó al campo detras de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó y con la pretrina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban Gananciosa tomó la mano á consolarla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido, porque quiero, dijo, que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entonces nos adoran: sino, confiésame una verdad por tu vida, ¿ despues que te hubo Repolido castigado y brumado, no te hizo alguna caricia? Como una? respondió la llorosa, [illegible] en mil me hizo, y diera él un dedo de la ma[illegible], porque me fuera con él á su posada, y aun [illegible] parece que casi se le saltaron las lágrimas de [illegible] os despues de haberme molido. No hay du[illegible] eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de [illegible] de ver cual te habia puesto, que en estos ta[illegible]res y en tales casos no han cometido la [illegible] Cuando les viene el arrepentimiento: y [illegible] hermana, sino viene á buscarle antes

que de aquí nos vamos, y á pedirle p...
todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.
En verdad, respondió Monipodio, que no ha de
entrar por estas puertas el cobarde embesado, si
primero no hace una manifiesta penitencia del co-
metido delito: ¿las manos habia él de ser osado
ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus
carnes, siendo persona que puede competir
en limpieza y ganancia con la misma Ganancio-
sa que está delante, que no lo puedo mas enca-
recer! Ay! dijo á está sazon la Juliana, no diga
vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel
maldito, que con cuan malo es, le quiero mas
que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto
el alma al cuerpo las razones que en su abono
me ha dicho mi amiga la Gananciosa y en verdad
que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por
mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se es-
tenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en
cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de
mucho le verás venir tan arrepentido como he di-
cho, y si no viniere, escribirémosle un papel
en coplas que le amargue. Eso sí, dijo la Cari-
harta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo se-
ré el secretario cuando sea menester, dijo Mo-
nipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía,
si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer
dos millares de coplas en daca las pajas, y cuan
do no salieren como deben, yo tengo un barbe
ro amigo, gran poeta, que nos hinchirá las me
didas á todas horas, y en la de ahora acabemo
lo que teníamos comenzado del almuerzo, q
despues todo se andará. Fué contenta la Julia
de obedecer á su mayor; y asi todos volviéron
su gaudeamus, y en poco espacio viéron el fo
do de la canasta y las heces del cuero: los vie
bebiéron *sine fine*, los mozos adunia, las seño

para
sel :s vini
ar l ... que todo a
que ... conveniente á la co
ad : ... diéron que ellos se lo tenian b
cuidado, y fuéronse. Rinconete que de su
curioso, pidiendo primero perdon y licenc
guntó á Monipodio que ¿ de que servian en
radía dos personages tan canos, tan graves,
rsonados? á lo cual respondió Monipodio qu
ellos en su germania y manera de hablar s
naban abispones, y que servian de andar de di
toda la ciudad, abispando en que casa se po-
dar tiento de noche, y en seguir los que sa-
au dinero de la contratacion ó casa de la mo-
la, para ver donde lo llevaban, y aun donde
onian; y en sabiéndolo, tanteaban la grose-
lel muro de la tal casa, y diseñaban el lugar
s conveniente para hacer los guzpataros (que
agujeros) para facilitar la entrada: en re-
cion dijo que era la gente de mas ó de tan-
rovecho, que habia de su hermandad, y que
odo aquello que por su industria se hurtaba
ban el quinto, como su Magestad de los te-
, y que con todo esto eran hombres de mu-
erdad, y muy honrados, y de buena vida
a, temerosos de Dios y de sus conciencias,
da dia oian misa con extraña devocion: y
ellos tan comedidos, especialmente estos
e de aquí se van ahora, que se contentan
cho menos de lo que por nuestros arance-
: otros dos hay, que son palanquines,
como por momentos mudan casas, sa-
tradas y salidas de todas las de la ciu-
ales pueden ser de provecho, y cuales
parece de perlas, dijo Rinconete,
de algun provecho á tan famosa co-

fradía. Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamáron á la puerta, salió Monipodio á ver quien era, y preguntándolo respondiéron: abra voace sor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta vos Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo: no le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: quítenmele de delante á ese gesto de pordemas, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que en todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decia desde afuera: no haya mas, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, ansí te veas casada. ¿Casada yo, maligno? respondió la Cariharta: mira en que tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo seria yo con una notomía de muerte, que contigo: ea boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo: y aun de cenar le daria yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca mas mis ojos te viesen. No os digo yo? dijo Repolido; por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. A esto dijo Monipodio: en mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá no por amenazas

ıio, y todo se hará bien, que
os que bien se quieren, son cau-
to cuando se hacen las paces:
niña, ah Cariharta mia, sal acá
or, que yo haré que el Repolido
le rodillas. Como él eso haga,
a, todas serémos en su favor y
na salga acá fuera. Si esto ha de
ıdimiento que guela á menosca-
, dijo el Repolido, no me ren-
o formado de Esguizarros, mas
que la Cariharta gusta dello, no
de rodillas, pero un clavo me hin-
e en su servicio. Riéronse desto
Maniferro de lo cual se enojó
o pensando que hacian burla dél
ıestras de infinita cólera: cual-
re ó se pensare reir de lo que la
tra mí, ó yo contra ella hemos
os, digo que miente y mentirá
que se riere ó lo pensare, como
lirárouse Chiquiznaque y Ma-
nal garbo y talle, que advirtió
oararia en un gran mal, sino lo
si poniéndose luego en medio
pasen mas adelante, caballeros,
ras mayores, y deshágansе entre
oues las que se han dicho no
ıra, nadie las tome por sí Bien
, respondió Chiquiznaque, que
dirán semejantes monitorios por
se hubiera imaginado que se de-
estaba el pandero que lo supiera
bien tenemos acá pandero, sor
replicó el Repolido, y tambien
r sabrémos tocar los cascabeles,
ue el que se huelga, miente, y

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

en o... un palmo de espada menos para el hombre que sea lo dicho dicho : y diciendo esto, se iba á salir por la puerta á fuera. Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo : ténganle, no se vaya, que hará de las suyas : ¡ no ven que va enojado y es un Judas Macarelo en esto de la valentía ? vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos, y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio le detuviéron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haria; el cual viéndose rogar de la Cariharta, y de Monipodio volvió diciendo : nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas cuando ven que se enojan los amigos. No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo, y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dijo Monipodio : todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos. Diéronselas luego: y la Escalanta quitándose un chapin comenzó á tañer en el como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que aunque ronco y áspero se concertaba con el del chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos coletas que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba. Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entonces nunca la habian visto. Conocíolo Maniferro, y díjoles : ¡admíranse de la escoba! pues bien hacen; pues música mas presta y mas sin pesadumbre, ni mas barata no se

ha inve[illegible] uad que oí decir el [illegible] dia á un escudiante, que ni el Negro feo que sacó á la Arauz del infierno ni el Marion que subió sobre el delfin, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventáron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas, ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun voto á tal, que dicen que la inventó un galan desta ciudad que se pica en ser un Héctor en la música. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quieren cantar: y asi era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas siguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un Sevillano, rufo a lo valon,
Tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
Cual es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silen-

cio, porque tom[illegible] se metió en danza, y acompaño á las demas diciendo:

Detente enojado, no me azotes mas,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cántese á lo llano, dijo á esta sazon Repolido, y no se toquen estorias pasadas, que no hay paraque: lo pasado sea pasado y tómese otra vereda, y basta. Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, sino sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quien era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle habia asomado el Alcalde de la Justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzáron sus chapines al reves: dejó la escoba la Gananciosa: Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos cual por una, y cual por otra parte desapareciéron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle. Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó asi banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del Alcalde de la Justicia: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabian que hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en que paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el Alcalde se habia pasado de largo sin dar muestras ni resabio de mala sospecha algu-

[redacted]

ıà. Y estai , -
ɡó un cabı ...ıdo como
ıe suele decir de ba ... ...ompodio le entró
:onsigo y mandó llamar Chiquiznaque, á Ma-
ıiferro, y al Repolido, y que de los demas no
ɔajase alguno: como se habian quedado en el pa-
ıio Rinconete y Cortadillo, pudiéron oir toda la
ɔlática que pasó Monipodio con el caballero re-
ien venido, el cual dijo á Monipodio, que
ɔorque se habia hecho tan mal lo que habia
ncomendado! Monipodio respondió que aun no
abia lo que se habia hecho, pero que allí estaba
l oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él
aria muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chi-
uiznaque, y preguntóle Monipodio si habia
umplido con la obra que se le encomendó de
ı cuchillada de á catorce! cual! respondió
Chiquiznaque ¿es la de aquel mercader de la en-
rucijada? esa es, dijo el caballero, pues lo que
n eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que
o le aguardé anoche á la puerta de su casa; y
l vino antes de la oracion: lleguéme cerca dél,
narquéle el rostro con la vista, y ví que le
enia tan pequeño que era imposible de toda
mposibilidad caber en él cuchillada de ca-
orce puntos, y hallándome imposibilitado de po-
er cumplir lo prometido y de hacer lo que lle-
aba en mi destruicion: instruccion, querrá
uesa merced decir, dijo el caballero, que no
estruicion: eso quise decir, respondió Chi-
uiznaque: digo que viendo que en la estrecheza
poca cantidad de aquel rostro no cabian los
untos propuestos; porque no fuese mi ida en-
ıalde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á
v en seguro que la pueden poner por mayor de
ırca. Mas quisiera, dijo el caballero, que se
hubiera dado á al amo una de siete, que al cria-

do la de cato... [illegible] conmigo no se ha cumplido como era razon; pero no importa, poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos, y diciendo esto se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traia puesta, diciéndole: voace se detenga y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja; veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voace sin darlos, ó prendas que lo valgan. ¡Pues á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo? Que bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: quien bien quiere á Beltran, quiere á su can. ¡Pues en que modo puede venir aquí á propósito este refran? replicó el caballero. ¡Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can! y asi Beltran es el mercader, voace le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercibimiento de remate. Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y asi voace, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dijo

ristiano, que Chi-
da, de manera que
Pues con esa segu-
caballero, reciba-
los veinte ducados
ofrezco por la ve-
eales, y podria ser
rque traigo entre
os catorce puntos
esto una cadena de
diósela á Monipo-
n vió que no era de
ió con mucho con-
en extremo bien
cargo de Chiquiz-
de aquella noche.
iballero, y luego
ausentes y azora-
lose Monipodio en
memoria que traia
ósele á Rinconete
leer. Abrióio Rin-
vió que decia :

as que se han de
na.

a encrucijada : va-
recibidos treinta á
znaque.

), dijo Monipodio,
le dice ; *Memoria*
onete, y vió que en
'e palos. Y mas aba-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

Al boxeo de mayor cuantia, a escudo cada uno: estan dados á buena cuenta ocho: el término seis dias. Secutor Maniferro.

Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della. Hay mas, hijo, dijo Monipodio. Sí, otra respondió Rinconete, que dice asi:

Al sastre corcobado que por mal nombre se llama el Silguero, seispalos de mayor cuantia á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor el Desmochado.

Maravillado estoy, dijo Monipodio, como todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcobado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que sino fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¡Hay mas mocito! No señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *memorial de agravios comunes.* Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes: conviene á saber, redomazos, untos de miera, clavazon de sanbenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos, y cuchilladas fingidas, publicacion de nibelos etc.

Que). Dice, dijo R *casa...* No se lea la [illegible], que y[illegible] que es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y ejecutor de esa niñería, y estan dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho. Asi es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun mas abajo dice: *clavazon de cuernos.* Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni adonde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo menos mas querria yo clavar cien cuernos, y otros tantos sanbenitos como se me pagase mi trabajo, que decirlo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El ejecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer mas de lo que quisiéremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza: cuanto mas, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Asi, es dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde y va entrando el calor mas que de paso. Lo que se

io, es que to-
ie se mude has-
nos en este mis-
que hubiere cai-
conete el bueno,
strito hasta el do-
por de fuera de la
zar, donde se puede
s flores: que yo he
lidad que ellos salir
reales en menudos,
baraja sola, y esa con
distrito os enseñará
xtendais hasta San Se-
orta poco, puesto que
que nadie se entre en
esáronle la mano los dos
les hacia, y ofreciéronse
y fielmente, con toda di-
en esto Monipodio un pa-
la de la capa, donde estaba
es, y dijo á Rinconete que
re y el de Cortadillo; mas
ero le dió el papel para que
rimer boticario lo escribiese,
te y Cortadillo cofrades: no-
Rinconete floreo: Cortadillo
mes, y año, callando padres y
en esto entró uno de los viejos
o: vengo á decir á vuesas mer-
ra topé en Gradas á Lobillo el de
me que viene mejorado en su arte
que con naipe limpio quitará el
no Satanas, y que por venir mal-
ene luego á registrarse, y á dar
diencia; pero que el domingo será
a. Siempre se me asentó á mí, dijo

que este Lobillo habia de ser único
porque tiene las mejores y mas aco-
mos para ello que se pueden desear,
uno buen oficial en su oficio tanto
los buenos instrumentos con que le
mo el ingenio con que le aprende.
pé, dijo el viejo, en una casa de po-
calle de Tintores al judío en hábito
ue se ha ido á posar allí, por tener
dos peruleros viven en la misma ca-
ver si pudiese trabar juego con ellos,
e de poca cantidad, que de allí po-
mucha: dice tambien que el do-
ltará de la junta y dará cuenta de su
judío tambien, dijo Monipodio, es
y tiene gran conocimiento, dias ha
visto, y no lo hace bien, pues á fe
enmienda, que yo le deshaga la co-
o tiene mas órdenes el ladron, que
el Turco, ni sabe mas latin que mi
mas de nuevo! No, dijo el viejo, á
e yo sepa. Pues sea enhuenora, dijo
voacedes tomen esta miseria, y re-
todos hasta cuarenta reales, y el de-
lte nadie, que no faltará nada de lo
dos le volviéron las gracias: torná-
zar Repolido y la Caribarta: la Es-
Maniferro, y la Gananciosa con
ie, concertando que aquella noche
aber alzado de obra en la casa, se
de la Pipota donde tambien dijo que
dio al registro de la canasta de colar,
habia de ir á cumplir y borrar la
a miera: abrazó á Rinconete y á
y echándoles su bendicion los des-
gándoles que no tuviesen jamas po-
ni de asiento, porque asi convenia

á la salida de [illegible] inchuelo hasta enseñarles sus puestos, acordandoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creia y pensaba, Monipodio habia de leer una licion de oposicion á cerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto. Era Rinconete aunque muchacho de muy buen entendimiento, y tenia un buen natural y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguage, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio, y á los demas de su compañía y bendita comunidad; y mas cuando por decir per modum sufragii, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya, y un tigre de Ocaña, por decir de Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados: y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y reíanse de la otra buena vieja de la Pipota que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no menos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico, y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente exa-

idada justicia habia en aquella
de Sevilla, pues casi al des-
ella gente tan perniciosa, y tan
sma naturaleza; y propuso en
su compañero no durasen mu-
da tan perdida y tan mala,
an libre y disoluta, pero con
o de sus pocos años y de su
pasó con ella adelante algunos
les le sucediéron cosas que pi-
ritura, y asi se deja para otra
vida y milagros con los de su
o, y otros sucesos de aquellos
ademia, que todos serán de
ion y que podrán servir de
los que los leyeren.

NOVELA

DE LA

OLA INGLESA.

---

pojos que los ingleses lleváron de
adiz, Clotaldo un caballero in-
e una escuadra de navíos, llevó á
niña de edad de siete años poco
y esto contra la voluntad y sa-
ıde de Essex, que con gran dili-
ıcar la niña para volvérsela á sus
: él se quejáron de la falta de su
le que pues se contentaba con las
jaba libres las personas, no fue-
sdichados, que ya que quedaban
en sin su hija que era la lumbre
ı mas hermosa criatura que habia
ad. Mandó el conde echar bando
nada que so pena de la vida vol-
ıalquiera que la tuviese, mas nin-
temores fuéron bastantes á que
deciese, que la tenia escondida en
ıado, aunque cristianamente, á la
ıermosura de Isabela, que asi se
ıa. Finalmente sus padres se que-
, tristes y desconsolados, y Clo-
bre modo llegó á Londres, y en-
simo despojo á su muger á la her-

sa [illegible] dos los de la casa de Clotaldo eran [illegible] licos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinion de su Reina. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo de edad de doce años enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la Fé católica. Catalina la muger de Clotaldo, noble, cristiana, y prudente señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba, é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo cuanto le enseñaban: con el tiempo y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho, pero no tanto, que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdia la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente españoles que hablasen con ella; desta manera, sin olvidar la suya como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres: despues de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñáron á leer y escribir mas que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que á una muger son licitos, y esto con toda perfeccion de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba. Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fuéron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella como á hijo de su señor queria y servia: al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la sin igual belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias,

[illegible] . sin que
sus des [illegible] ados y
virtuosos. Pero co[illegible] Isabela, que
ya cuando Ricaredo [illegible] tenia doce años,
aquella benevolencia primera, y aquella complacencia, y agrado de mirarla se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla: no porque aspirase á esto por otros medios, que por los de ser su esposo; pues de la incomparable honestidad de Isabela (que asi la llamaban ellos) no se podia esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera; porque la noble condicion suya y la estimacion en que á Isabela tenia, no consentian que ningun mal pensamiento echase raices en su alma: mil veces determinó manifestar su voluntad á sus padres, y otras tantas no aprobó su determinacion, porque él sabia que le tenian dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella, Escocesa, asi mismo secreta cristiana como ellos; y estaba claro segun él decia que no habian de querer dar á una esclava (si este nombre se podia dar á Isabela) lo que ya tenian concertado de dar á una señora: y asi perplejo y pensativo, sin saber que camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso á punto de perderla; pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algun género de remedio á su dolencia, se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela. Andaban todos los de casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, asi por no tener otro, como porque lo merecia su mucha virtud, y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni queria descubrírsela. En fin puesto en romper por

las dificultades que el se imag ba, n dia que entró Isabela á servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada le dijo: hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud, y grande hermosura me tienen como me ves, si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que puedenimaginarse, responda el tuyo á mi buen deseo, que no es otro que el de recibirte por mi esposa á hurto de mis padres, de los cuales temo que por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego como verdadero y cristiano de ser tuyo: que puesto que no llegue á gozarte, como no llegaré hasta que con bendicion de la iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mia, será bastante á darme salud y á mantenerme alegre y contento hasta que llegue el felice punto que deseo. Entanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura, y á su mucha discrecion su recato; y asi viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta le respondió desta suerte: despues que quiso el rigor ó la clemencia del cielo (que no sé á cual de estos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres, señor Ricaredo, y darme á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho determiné que jamas mi voluntad saliese de la suya, y asi sin ella tendria no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que quereis hacerme, si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y entanto que esto se dilatare, ó no fuere, entretenga vuestros deseos saber que

los mios serán eternos y limpios en desearos el bien que el cielo puede daros. Aquí puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzáron á revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. Despidiéronse los dos cortesmente: él con lágrimas en los ojos, ella con admiracion en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo; el cual levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos: y asi un dia se los manifestó á su madre, diciéndole en el fin de su plática que fué larga, que sino le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa: con tales razones, con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella tambien venia; y asi fué, que diciendo á su marido las mismas razones que á ella habia dicho su hijo, con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento, que casi tenia concertado con la doncella de Escocia. A esta sazon tenia Isabela catorce y Ricaredo veinte años, y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discrecion y conocida prudencia los hacia ancianos.

Cuatro dias faltaban para llegarse aquel en el cual sus padres de Ricaredo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la Escocesa se les ofrecia: las galas es-

taban ya á punto, los parientes y los amigos convidados. y no faltaba otra cosa sino hacer á la Reina sabidora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento entre los de ilustre sangre no se efectua casamiento alguno; pero no dudáron de la licencia, y asi se detuviéron en pedirla. Digo pues que estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro dias hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la Reina que dió un recaudo á Clotaldo, que su Magestad mandaba que otro dia por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la española de Cadiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haria lo que su Magestad le mandaba. *Fuése* el ministro, y dejó llenos los pechos de todos de turbacion, de sobresalto, y miedo. Ay, decia la señora Catalina, si sabe la Reina, que yo he criado á esta niña á la católica, y de aquí viene á inferir que todos los desta casa somos cristianos! ¡pues si la Reina le pregunta que es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es prisionera, que ha de responder la cuitada que no nos condene, por mas discrecion que tenga? Oyendo lo cual Isabela, le dijo: no le dé pena alguna, señora mia ese temor, que yo confio en el cielo que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina misericordia, que no solo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro. Temblaba Ricaredo casi como adivino de algun mal suceso. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo á su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenia y en la prudencia de Isabela, á quien encomendó mucho que por todas las vias que pudiese excusase el condenarlos por católicos, que puesto que estaban prontos con el espíritu á recibir martirio, todavia la car-

a su amarga carrera. Una y
eguró Isabela estuviesen se-
sa no sucederia lo que temian
que aunque ella entonces no
e responder á las preguntas
ciesen, tenia viva y cierta
de responder de modo, que
dicho, sus respuestas les sir-
scurriéron aquella noche en
ialmente en que si la Reina
tólicos, no les enviaria re-
or donde se podia inferir que
bela, cuya sin igual hermo-
brian llegado á sus oidos co-
ı ciudad; pero ya en no ha-
e hallaban culpados, de la
seria bien disculparse con
unto que entró en su poder,
láron para esposa de su hijo
bien en esto se culpaban, por
miento sin licencia de la
ulpa no les pareció digna de
to se consoláron, y acordá-
fuese vestida humildemente
no como esposa, pues ya lo
esposo como su hijo. Resu-
dia vistiéron á Isabela á la
ıya entera de raso verde acu-
n rica tela de oro, tomadas
unas eses de perlas, y toda
simas perlas: collar y cintu-
con abanico á modo de las
ıolas: sus mismos cabellos
ıbios y largos, entretejidos
ıantes y perlas le servian de
orno riquisimo, y con su ga-
milagrosa belleza, se mos-

tró aquel dia á Lonores sobre [illegible] he [illegible]nosa carroza, llevando colgados de su vista las armas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo, y su muger, y Ricaredo en la carroza, y á caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera por obligar á la Reina la tratase como á esposa de su hijo. Llegados pues á palacio y á una gran sala dando la Reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la mas hermosa muestra, que pudo caber en humana imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y á dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalacion que por la region del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, ó bien ansí como rayo del sol que al salir del dia, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de mas de un alma de los que allí estaban á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela. La cual llena de humildad y cortesía se fué á poner de hinojos ante la Reina y en lengua inglesa le dijo: dé V. M. las manos á esta su sierva que desde hoy mas se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado á ver la grandeza vuestra. Estúvola la Reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como despues dijo á su camarera, que tenia delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traia, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la Reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela: cual alababa la viveza de sus ojos, cual el color del rostro, cual

es la espan , pero contenta el
pues que paso algun tanto la suspension
na, haciendo levantar á Isabela le dij
me en español, doncella, que yo le enti
y gustaré dello; y volviéndose á Clot
Clotaldo, agravio me habeis hecho
este tesoro tantos años ha encubierto,
tal que os habrá movido á codicia: ol
tais á restituírmele, porque de derec
Señora, respondió Clotaldo: mucha
lo que V. M. dice: confieso mi culpa
haber guardado este tesoro á que estu
perfeccion que convenia para parece
ojos de V. M. y ahora que lo está, pe
erle mejorado, pidiendo licencia á V. M
Isabela fuese esposa de mi hijo Ricare
ros, alta Magestad, en los dos todo
do daros. Hasta el nombre me content
dió la Reina, no le faltaba mas sino lla
bela la española, para que no me que
de perfeccion que desear en ella, pero
Clotaldo, que sé que sin mi licencia
prometida á vuestro hijo. Asi es verd
respondió Clotaldo; pero fué en con
los muchos y relevados servicios que
pasados tenemos hechos á esta corona
rian de V. M. otras mercedes mas dific
las esta licencia: cuanto mas que a
desposado mi hijo. Ni lo estará, dijo
con Isabela hasta que por sí mismo l
quiero decir, que no quiero que para e
recha vuestros servicios, ni de sus p
por sí mismo se ha de disponer á ser
merecer por sí esta prenda, que yo
o si fuese mi hija. Apenas oyó e

palabra Isabela cuando se volvió á hincar de rodillas ante la Reina, diciéndole en lengua castellana: las desgracias que tales descuentos traen, Serenísima señora, antes se han de tener por dichas, que por desventuras: V. M me ha dado nombre de hija! sobre tal prenda que males podré temer, ó que bienes no podré esperar! Con tanta gracia y donaire decia cuanto decia Isabela, que la Reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó á una gran señora su camarera mayor, para que le enseñase el modo de vivir suyo. Ricaredo que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela, estuvo á pique de perder el juicio; y asi temblando y con sobresalto se fué á poner de rodillas ante la Reina, á quien dijo: para servir yo á V. M. no es menester incitarme con otros premios, que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus Reyes; pero pues V. M. gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querria saber en que modo, en que ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligacion en que V. M. me pone. Dos navíos, respondió la Reina, estan para partirse en corso, de los cuales he hecho general al baron de Lansac, del uno dellos os hago á vos capitan; porque la sangre de do venis me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años, y advertid á la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella á que correspondiendo á quien sois, sirviendo á vuestra Reina, mostreis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcanzeis el mejor premio, que á mi parecer vos mismo podeis acertar á desearos: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su mas verdadera guarda: id con Dios, que pues vais enamorado, como ima-

de vuestras ha
amador que tuvi
dos amantes, que
p[illegible] de sus victorias habia de s
gozar de sus amadas! levántaos Ricaredo, y m
rad, si teneis, ó quereis decir algo á Isabela, po
que mañana ha de ser vuestra partida. Besó la
manos Ricaredo á la Reina, estimando en mu
cho la merced que le hacia, y luego se fué á
hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndole ha-
blar no pudo, porque se le puso un nudo en la
garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas
acudiéron á los ojos, y él acudió á disimularlas
lo mas que le fué posible; pero con todo eso no
se pudiéron encubrir á los ojos de la Reina, pues
dijo: no os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os
tengais en menos por haber dado en este trance
tan tiernas muestras de vuestro corazon, que una
cosa es pelear con los enemigos, y otra despedir-
se de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, á
Ricaredo, y dadle vuestra bendicion, que bien
lo merece su sentimiento. Isabela que estaba sus-
pensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ri-
caredo que como á su esposo le amaba, no en-
tendió lo que la Reina le mandaba, antes comen-
zó á derramar lágrimas tan sin pensar lo que ha-
cia, y tan sesga, y tan sin movimiento alguno,
que no parecia sino que lloraba una estatua de
alabastro. Estos afectos de los dos amantes tan
tiernos y tan enamorados hiciéron verter lágri-
mas á muchos de los circunstantes, y sin hablar
mas palabra Ricaredo y sin le haber hablado
alguna á Isabela, haciendo Clotaldo y los que
con él venian reverencia á la Reina, se sa-
liéron de la sala, llenos de compasion, de despe-
cho, y de lágrimas. Quedó Isabela como huér-
fana que acaba de enterrar sus padres, y con te-

mor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la habia criado. En fin se quedó, y de allí á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido entre otros muchos de dos pensamientos que le tenian fuera de sí: era el uno considerar que le convenia hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela: y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su católico intento que le impedia no desenvainar la espada contra católicos, y sino la desenvainaba, habia de ser notado de cristiano, ó de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretension. Pero en fin determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenia de ser católico, y en su corazon pedia al cielo le deparase ocasiones, donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando á su Reina satisfecha y á Isabela merecida. Seis dias navegáron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, parage donde nunca faltan ó naves portuguesas de las indias Orientales, ó algunas derrotadas de las Occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió de costado un recísimo viento que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodia, el cual viento fué tan durable y tan recio, que sin dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr á España, y junto á su costa á la boca del estrecho de Gibraltar descubriéron tres navíos, uno poderoso y grande, y los demas pequeños: arribó la nave de Ricaredo á su capitana para saber de su general, si queria embestir á los tres navíos que se descubrian: y antes que á ella llegase, vió poner sobre la gabia mayor un estandarte negro, llegándose mas cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas, se-

guna o [illegible] de la nave. Con este sobresalto llegáron [illegible] poderse hablar, que no lo habia hecho despues que saliéron del puerto; diéron voces de la nave capitana, diciendo que el capitan Ricaredo pasase á ella, porque el General la noche antes habia muerto de una apoplegía. Todos se entristeciéron, sino fué Ricaredo que se alegró no por el daño de su General, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos; que asi fué la órden de la Reina, que faltando el General, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó á la capitana, donde halló que unos lloraban por el General muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente los unos y los otros le diéron luego la obediencia, y le aclamáron por su General con breves ceremonias, no dando lugar á otra cosa dos de los tres navíos que habian descubierto, los cuales desviándose del grande, á las dos naves se venian. Luegó conociéron ser galeras, y turquescas por las medias lunas que en las banderas traian de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, seria de consideracion; sin haber ofendido á ningun católico. Las dos galeras turquescas llegáron á reconocer los navíos ingleses, los cuales no traian insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir á quien llegase á reconocerlos, y no los tuviese por navíos de cosarios. Creyéron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fuéronse entrando poco á poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artillería, la cual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda, dió

luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra galera viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó á poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y ligeros, que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta asi como llegáron á la nave la desamparáron, y con priesa y celeridad procuraban acogerse á la nave. Lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecháron ansí mismo del refugio de acogerse á la nave no para defenderse en ella, sino para escapar las vidas por entonces. Los cristianos de quien venian armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, tambien se acogiéron á la nave y como iban subiendo por su costado con la arcabucería de los navíos los iban tirando como al blanco: á los turcos no mas, que á los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase. Desta manera casi todos los mas turcos fuéron muertos, y los que en la nave entráron, por los cristianos que con ellos se mezcláron, aprovechándose de sus mismas armas, fuéron hechos pedazos: que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan: y asi con el calor que les daba á los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hiciéron por su libertad maravillas. Finalmente habiendo muerto casi todos los turcos algunos españoles se pusiéron á bordo del navío y á grandes voces llamáron á los que pensaban se

español vencimiento. P[illegible]or, que navío era aquel? Res[illegible]onde que una nave que venia de la india de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valia mas de un millon de oro, y que con tormenta habia arribado á quella parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado á la mar la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del cosario Arnaute Mamí, el dia antes la habian rendido, sin haberse puesto en defensa, y que á lo que habian oido decir, por no poder pasar tanta riqueza á sus dos bajeles la llevaban á jorro para meterla en el rio de Larache que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora Reina de Inglaterra cuya nueva dió que pensar y que temer á los que la oyéron, pensando como era razon que pensasen que de un lazo habian caido en otro. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ni es posible ponernos en ella, respondiéron, porque como se ha dicho, este navío no tiene artillería, ni nosotros armas: así que nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, le adelante tan gran merced y beneficio, pues podrá hacer famoso en todas las partes, que infinitas, donde llegare la nueva desta merced y vitoria y de su liberalidad, mas de no esperada que temida. No le parecieron á Ricaredo las razones del español, y llamó á consejo los de su navío, les pregun-

como haria para enviar todos los cristianos á España, sin ponerse en peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse? Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su navío, y asi como fuesen entrando debajo de cubierta, matarle, y desta manera matarlos á todos, y llevar la gran nave á Londres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y asi soy de parecer que ningun cristiano católico muera no porque los quiero bien, sino porque me quiero á mi muy bien, y querria que esta hazaña de hoy ni á mi ni á vosotros que en ella me habeis sido compañeros, nos diese mezclado con el nombre de valientes el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navío destos se ha de pasar á la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas; ni otra cosa mas del bastimento, y no lijando la nave de nuestra gente, la llevarémos á Inglaterra, y los españoles se irán á España. Nadie osó contradecir lo que Ricaredo habia propuesto, y algunos le tuviéron por valiente, y magnánimo y de buen entendimiento: otros le juzgáron en sus corazones por mas católico que debia. Resuelto pues en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros á la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trescientas personas, de las que habian escapado de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le habia tomado el cosario de los ba-

; que con
iso el tornc
ajel á la gr
con fuerza
a artillería del pequeño bajel á la mayor na-
iego haciendo una breve plática á los cristia-
es mandó pasar al bajel desembarazado, donde
ron bastimentos en abundancia para mas
; y asi como se iban embarcando, dió á ca-
no cuatro escudos de oro españoles que hizo
de su navío, para remediar en parte su ne-
sidad cuando llegasen á tierra, que estaba
erca que las altas montañas de Abila, y Cal-
sde allí se parecian. Todos le diéron infini-
racias por la merced que les hacia; y el úl-
que se iba á embarcar, fué aquel que por los
as habia hablado, el cual le dijo: por mas ven-
tuviera, valeroso caballero, que me llevaras
igo á Inglaterra, que no que me enviaras á
aña, porque aunque es mi patria, y no habrá
seis dias que della partí, no he de hallar en
otra cosa que no sea de ocasiones de triste-
y soledades mias: sabrás, señor, que en la
ida de Cadiz que sucedió habrá quince años,
í una hija que los ingleses debiéron de llevar
glaterra, y con ella perdí el descanso de mi
y la luz de mis ojos, que despues que no
éron, nunca han visto cosa que de gusto sea:
ave descontento en que me dejó su pérdida
de la hacienda que tambien me faltó, me
éron de manera, que ni mas quise ni mas pu-
ercitar la mercancía, cuyo trato me habia
o en opinion de ser el mas rico mercader
da la ciudad: y asi era la verdad, pues fuera
cito que pasaba de muchos centenares de
s de escudos, valia mi hacienda dentro
uertas de mi casa mas de cincuenta mil

ducados: todo lo perdí; y no hubiera nada, como no hubiera perdido á mi hija: tras esta general desgracia y tan particular mia, acudió la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir mi muger y yo, que es aquella triste que allí está sentada determinámos, irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos, y habiéndonos embarcado en un navio de aviso seis dias ha, á la salida de Cadiz diéron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautiváron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura: y fuera mayor, si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él habia visto. Preguntóle Ricaredo como se llamaba su hija? Respondióle que Isabel. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya habia sospechado, que era que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas de ella, le dijo que de muy buena gana llevaria á él y á su muger á Londres, donde podria ser hallasen nuevas de la que deseaban: hízolos pasar luego á su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nave portuguesa. Aquella noche alzáron velas, y se diéron priesa á apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres (entre los cuales tambien iban hasta veinte turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad por mostrar que mas por su buena condicion y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle amor que á los Católicos tuviese) rogó á los Españoles que en la primera ocasion que se ofreciese, diesen entera libertad á los turcos, que ansí mismo se le mostráron agradecidos. El viento que daba señales de ser próspero y largo, comenzó á calmar un tanto, cuya cal-

ma lev [illegible] os ingle-
ses qu[illegible] v[illegible] su [illegible] ralidad,
diciéndole que los [illegible] n dar a[illegible] o en Es-
paña de aquel suceso, y que si acaso habia gale-
ones de armada en el puerto, podian salir en su
busca, y ponerlos en aprieto, y en término de
perderse. Bien conocia Ricaredo que tenian ra-
zon, pero venciéndolos á todos con buenas ra-
zones, los sosegó; pero mas los quietó el viento
que volvió á refrescar de modo, que dándole en
todas las velas, sin tener necesidad de amainar-
las ni aun de templarlas, dentro de nueve dias
se halláron á la vista de Londres, y cuando en él
victoriosos volviéron, habria treinta que dél fal-
taban. No quiso Ricaredo entrar en el puerto con
muestras de alegría por la muerte de su general,
y asi mezcló las señales alegres con las tristes:
unas veces sonaban clarines regocijados, otras
trompetas roncas: unas tocaban los atambores
alegres y sobresaltadas armas, á quien con señas
tristes y lamentables respondian los pifanos: de
una gávia colgaba puesta al reves una bandera de
medias lunas sembrada: en otra se veia un luen-
go estandarte de tafetan negro cuyas puntas be-
saban el agua. Finalmente con estos tan contra-
rios extremos entró en el rio de Londres con su
navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la
sufriese; y asi se quedó en la mar á lo largo. Es-
tas tan contrarias muestras y señales tenian sus-
penso el infinito pueblo que desde la ribera les
miraba: bien conociéron por algunas insignias
que aquel navío menor era la capitana del baron
de Lansac, mas no podian alcanzar como el otro
navío se hubiese cambiado con aquella poderosa
nave, que en la mar se quedaba; pero sacólos
desta duda haber saltado en el esquife, armado
de todas armas, ricas y resplandecientes el va-

leroso Ricaredo, que á pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguia, se fué á palacio donde ya la Reina puesta á unos corredores estaba esperando le trujesen la nueva de los navíos: estaba con la Reina y con las otras damas Isabela vestida á la inglesa y parecia tan bien como á la castellana, antes que Ricaredo llegase. Llegó otro que dió las nuevas á la Reina de como Ricaredo venia. Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida. Era Ricaredo alto de cuerpo, gentilhombre, y bien proporcionado; y como venia armado de peto, espaldar, gola, y brazaletes, y escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas, y doradas, parecia en extremo bien á cuantos le miraban: no le cubria la cabeza morrion alguno, sino un sombrero de gran falda de color leonado; con mucha diversidad de plumas, terciadas á la valona: la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguizara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon á Marte, Dios de las batallas, y otros llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon á Vénus, que para hacer alguna burla á Marte de aquel modo se habia disfrazado. En fin él llegó ante la Reina. Puesto de rodillas le dijo: Alta Magestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecucion de mi deseo despues de haber muerto de una apoplegía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban remolcando aquella gran nave que allí se parece: acometila, peleáron vuestros soldados como siempre: echáronse á fondo los bajeles de los cosarios: en el uno de los nuestros,

[illegible] , es-
[illegible]noles, q [illegible] a ver
grandez[illegible] que
[illegible]enen de la India de P[illegible] , la cual por tor-
[illegible]enta vino á dar en poder de los turcos que con
[illegible]oco trabajo, ó por mejor decir sin ninguno la
[illegible]ndiéron , y segun dijéron algunos portugueses
[illegible] los que en ella venian , pasa de un millon de
[illegible]o el valor de la especería, y otras mercancías
[illegible] perlas y diamantes que en ella vienen: á nin-
[illegible]ma cosa se ha tocado , ni los turcos habian lle-
[illegible]do á ella ; porque todo lo dedicó el cielo, y lo
[illegible]andé guardar para V. M. , que con una joya so-
[illegible] que se me dé , quedaré en deuda de otras diez
[illegible]ves ; la cual joya ya V. M. me la tiene prome-
[illegible]a , que es á mi buena Isabela: con ella queda-
[illegible]rico y premiado no solo deste servicio , cual
[illegible]e sea , que á V. M. he hecho , sino de otros
[illegible]chos que pienso hacer por pagar alguna parte
[illegible]odo casi infinito que en esta joya V. M. me ofre-
Levántaos, Ricaredo, respondió la Reina y
[illegible]lme que si por precio os hubiera de dar á
[illegible]la , segun yo la estimo no la pudiérades pa-
[illegible]i con lo que trae esa nave , ni con lo que
[illegible] en las Indias : dóyosla , porque os lo
[illegible] y porque ella es digna

es vuestra s s podeis
tomar su entera posesion, y creo con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le haceis, que no la quiero llamar merced, sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes: idos á descansar, y venidme á ver mañana, que quiero mas particularmente oir vuestras hazañas, y traedme esos dos que decis que de su voluntad han querido venir á verme, que se lo quiero agradecer. Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia. Entróse la Reina en una sala, y las damas rodeáron á Ricaredo, y una dellas que habia tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la mas discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo á Ricaredo: que es esto, señor Ricaredo, que armas son estas! pensábades por ventura que veníades á pelear convuestros enemigos! pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, sino es la señora Isabela, que como española está obligada á no teneros buena voluntad. Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria; dijo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor, y entendimiento, y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida. A lo cual respondió Isabela: señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, á vos está tomar de mí toda la satisfacion que quisiéredes para recompensaros de las alabanzas que me habeis dado, y de las mercedes que pensais hacerme. Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela, y con las damas, entre las cuales habia una doncella de pequeña edad la cual no hizo sino mirar á Ricaredo mientras allí estuvo; alzábale las escarcelas, por ver que

viesen de espejo, neg[illegible] ose á m
en ellas, y cuando se hubo id
las damas, dijo: ahora, señ
que debe de ser cosa hermosísim
aun entre mugeres parecen bie
mados. Y como sí parecen! re
Tansi, sino mirad á Ricaredo
sino que el sol se ha bajado
aquel hábito va caminando po
todas del dicho de la doncella
tada semejanza de Tansi; y no
radores que tuviéron por impe
venido armado Ricaredo á pal
halló disculpa en otros que dijé
dado lo pudo hacer para mosti
zarría. Fué Ricaredo de sus pa
rientes, y conocidos con mues
amor recibido. Aquella noche
rales alegrías en Londres por s
los padres de Isabela estaban e
do, á quien Ricaredo habia d
pero que no les diesen nueva r
hasta que él mismo se la dies
la señora Catalina su madre, y
y criadas de su casa. Aquella n
muchos bajeles, lanchas, y bar
nos ojos que lo miraban, se con
la gran nave, que en ocho dia
la mucha pimienta y otras riqui
que en su vientre encerradas te
El dia que siguió á esta noc
palacio, llevando consigo al
Isabela, vestidos de nuevo á la
dolcesque la Reina queria verlo
donde la Reina estaba en mec

espe [illegible] njear y favorecer con tener junto á sí á Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera; mostrándose no menos hermosa ahora que entonces. Los padres de Isabela quedáron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. Pusiéron los ojos en Isabela, y no la conociéron, aunque el corazon, présago del bien que tan cerca tenian, les comenzó á saltar en el pecho no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé que de gusto, que ellos no acertaban á entenderle. No consintió la Reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella: antes le hizo levantar y sentar en una silla rasa que para solo esto allí puesta tenian, inusitada merced para la altiva condicion de la Reina, y alguno dijo á otro: Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo. Otro acudió, y dijo: ahora se verifica lo que comunmente se dice, que dádivas quebrantan peñas: pues las que ha traido Ricaredo, han ablandado el duro corazon de nuestra Reina. Otro acudió, y dijo: ahora que está tan bien ensillado, mas de dos se atreverán á correrle. En efecto de aquella nueva honra que la Reina hizo á Ricaredo, tomó ocasion la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándolo estaban; porque no hay merced que el Principe haga á su privado, que no sea una lanza que atraviese el corazon del envidioso: Quiso la Reina saber de Ricaredo menudamente como habia pasado la batalla con los bajeles de los cosarios: él la contó de nuevo atribuyendo la vitoria á Dios y á los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndolos á todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos, que mas que los otros se habian señalado, con que obligó á la Reina á hacer

ɔidiéron lc de
iz, y de lc que de
ıe en ellos he visto y n nte
cipal y de valor. Mannoies que se
sen cerca : alzó los ojos Isabela a mirar los
decian ser españoles y mas de Cadiz, con
o de saber si por ventura conocian á sus pa-
tAnsí como Isabela alzó los ojos, los puso
lla su madre y detuvo el paso para mirarla
atentamente, y en la memoria de Isabela se
enzáron á despertar unas confusas noticias
le querian dar á entender que en otro tiempo
habia visto aquella muger, que delante te-
Su padre estaba en la misma confusion, sin
determinarse á dar crédito á la verdad que
ɔjos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo
· los afectos y movimientos que hacian las
dudosas y perplejas almas, que tan confusas
ɔan entre el sí y el no de conocerse. Conoció
ɛina la suspension de entrambos, y aun el
osiego de Isabela, porque la vió trasudar, y

la gente de razon, mas aun de los animales que carecen della. Todo esto preguntó Isabela á su madre, la cual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó á Isabela, y sin mirar á respeto, temores, ni miramientos cortesanos alzó la mano á la oreja derecha de Isabela y descubrió un lunar negro que allí tenia, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella dió una gran voz, diciendo: ó hija de mi corazon! ó prenda cara del alma mia! y sin poder pasar adelante se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre no menos tierno que prudente dió muestras de su sentimiento no con otras palabras, que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró, que le dió á entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenia. La Reina admirada de tal suceso, dijo á Ricaredo: yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no se os diga que han sido acertadas, pues sabemos que asi suele matar una súbita alegría como mata una tristeza: y diciendo esto se volvió á Isabela y la apartó de su madre, la cual habiéndole echado agua en el rostro, volvió en sí, y estando un poco mas en su acuerdo, puesto de rodillas delante de la Reina, le dijo: perdone V. M. mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda. Respondióle la Reina que tenia razon, sirviéndole de intérprete para que lo entendiese Isabela, la cual de la manera que se ha contado conoció á sus padres, y sus padres á ella, á los cuales mandó la Reina quedar en palacio, para

go mucho, y de nuevo pidió á la
pliese la palabra que le habia dac
si es que acaso la merecia; y de
le suplicaba desde luego le mand
cosas que le hiciesen digno de a
deseaba. Bien entendió la Reina q
redo satisfecho de sí mismo y de
lor, que no habia necesidad de r
para calificarle; y asi le dijo que d
dias le entregaria á Isabela, haci
la honra que á ella fuese posible. C
pidió Ricaredo contentísimo con
propincua que llevaba de tener en
bela, sin sobresalto de perderla, q
deseo de los amantes. Corrió el
con la ligereza que él quisiera: qu
con esperanzas de promesas venid
imaginan que no vuela el tiempo,
sobre los pies de la pereza mism
llegó el dia, no donde pensó Rica
á sus deseos, sino de hallar en l
nuevas que le moviesen á quererla
pudiese. Mas en aquel breve tien
pensaba que la nave de su buena f
con próspero viento hácia el desea
contraria suerte levantó en su mar
que mil veces temió anegarse.

Es pues el caso que la camarera
Reina, á cuyo cargo estaba Isabela
de edad de veinte y dos años, llan
Arnesto. Hacíanle la grandeza de
alteza de su sangre, el mucho favo
la Reina tenia: hacíanle, c
las manas de lo justo arrogante, altiv
de Arnesto pues se enamoró de I

cendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo habia estado ausente, con algunas señales le habia descubierto su deseo, nunca de Isabela fué admitido; y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa á los enamorados, en Arnesto obráron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dió Isabela, porque con sus zelos ardia, y con su honestidad se abrasaba: y como vió que Ricaredo segun el parecer de la Reina tenia merecida á Isabela, y que en tan poco tiempo se le habia de entregar por muger, quiso desesperarse, pero antes que llegase á tan infame y tan cobarde remedio, habló á su madre, diciéndole pidiese á la Reina le diese á Isabela por esposa, donde no, que pensase que la muerte estaba llamando á las puertas de su vida Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion y la tenacidad con que se pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habian de parar en algun infelice suceso. Con todo eso, como madre á quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar á la Reina no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar como no salir desahuciada de los últimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por órden de la Reina tan ricamente que no se a reve la pluma á contarlo; y habiéndole echado la misma Reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traia la nave, que las apreciáron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo de un diamante que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las demas por la fiesta que esperaban del cercano

desposorio; entró la camarera mayo
y de rodillas le suplicó suspendiese e
de Isabela por otros dos dias, que c
ced sola que su Magestad le hiciese
por satisfecha y pagada de todas las n
por sus servicios merecia y esperaba.
la Reina primero porque le pedis
ahinco aquella suspension, que t
mente iba contra la palabra que teni
caredo: pero no se la quiso dar la ca
que le hubo otorgado que haria lo q
tanto deseo tenia la Reina de saber
aquella demanda. Y asi despues que
alcanzó lo que por entonces deseaba
Reina los amores de su hijo, y com
sino le daban por muger á Isabela, ó
desesperar, ó hacer algun hecho esc
que si habia pedido aquellos dos d
dar lugar á su Magestad pensase que
á propósito y conveniente para dar
medio. La Reina respondió que si s
bra no estuviera de por medio, que
salida á tan cerrado laberinto; pe
quebrantaria ni defraudaria las espe
caredo por todo el interes del mun
puesta dió la camarera á su hijo, el
tenerse un punto ardiendo en amor
se armó de todas armas, y sobre
hermoso caballo se presentó ante
Cotaldo, y á grandes voces pidió qu
Ricaredo á la ventana, el cual á a
estaba vestido de galas de desposad
Para ir á palacio con el acompañam
acto requeria; mas habiendo oido
sido dole dicho quien las daba, y d
venia, con algun sobresalto se asom
na, y como le vió Arnesto dijo: I

táme atento á lo que decirte quiero : la Reina mi señora te mandó fueses á servirla, y á hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela : tú fuíste, y volvíste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido á Isabela; y aunque la Reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su corte, que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca á Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado : y asi llegándome á esta opinion que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer á Isabela, ni ninguna podrás hacer, que á tanto bien te levanten; y en razon de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafio á todo trance de muerte. Calló el conde, y desta manera le respondió Ricaredo: en ninguna manera me toca salir á vuestro desafio, señor conde, porque yo confieso no solo que no merezco á Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo; asi que confesando yo lo que vos decis, otra vez digo que no me toca vuestro desafio; pero yo le acepto por el atrevimiento que habeis tenido en desafiarme. Con esto se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas. Alborotáronse sus parientes y todos aquellos que para ir á palacio habian venido á acompañarle. De la mucha gente que habia visto al conde Arnesto armado, y le habia oido las voces del desafio, no faltó quien lo fué á contar á la Reina, la cual mandó al capitan de su guarda que fuese á prender al conde. El capitan se dió tanta priesa, que llegó á tiempo que ya Ricaredo salia de su casa, armado con las armas con que se habia desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo. Cuando el conde vió

al capit[illegible] y de-
termin[illegible] o la voz
contra Ricaredo, [illegible] ves, Ricaredo, el impedimiento que nos viene, si tuvieres gana de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, tambien te buscaré; y pues dos que se buscan fácilmente se hallan, dejemos para entonces la ejecucion de nuestros deseos. Soy contento, respondió Ricaredo. En esto llegó el capitan con toda su guarda, y dijo al conde que fuese preso en nombre de su Magestad. Respondió el conde, que sí quedaba; pero no para que le llevasen á otra parte que á la presencia de la Reina. Contentóse con esto el capitan, y cogiéndole en medio de la guarda le llevó á palacio ante la Reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenia á Isabela, y con lágrimas habia suplicado á la Reina perdonase al conde, que como mozo y enamorado á mayores yerros estaba sugeto. Llegó Arnesto ante la Reina, la cual sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y llevar preso á una torre. Todas estas cosas atormentaban el corazon de Isabela, y de sus padres que tan presto veian turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera á la Reina que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola á España, y asi cesarian los efectos que debian de temerse: añadiendo á estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana, que ninguna de sus persuaciones que habian sido muchas, le habian podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la Reina que por eso la estimaba en mas, pues tambien guardar la ley que sus padres le habian en-

señado, y que [illegible] no tratase, porque su hermosa presencia, y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto, y que sin duda, sino aquel dia, otro se la habia de dar por esposa á Ricaredo como se lo tenia prometido. Con esta resolucion de la Reina, quedó la camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le habia parecido, que si no era quitando á Isabela de por medio, no habia de haber medio alguno que la rigurosa condicion de su hijo ablandase ni redujese á tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamas en pensamiento de muger principal, y tanto como ella lo era; y fué su determinacion matar con tósigo á Isabela: y como por la mayor parte sea la condicion de las mugeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó á Isabela en una conserva que le dió, forzándola que la tomase por ser buena contra las ansias de corazon que sentia. Poco espacio pasó despues de haberla tomado, cuando á Isabela se le comenzó á hinchar la lengua y la garganta, y á ponérsele denegridos los labios, y á enronquecérsele la voz, turbársele los ojos, y apretársele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudiéron las damas á la Reina, contándole lo que pasaba, y certificándole que la camarera habia hecho aquel mal recaudo. No fué menester mucho para que la Reina lo creyese, y asi fué á ver á Isabela que ya casi estaba expirando. Mandó llamar la Reina con priesa á sus médicos, y entanto que tardaban, le hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes Príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Viniéron los médicos, y esforzáron los remedios, y pidiéron á la Rei-

a. Mandó [illegible]
errarla en un a[illegible]
intencion de castigar su -
a, puesto que ella se disculpaba diciendo que
natar á Isabela hacia sacrificio al cielo qui-
lo de la tierra á una católica, y con ella la
sion de las pendencias de su hijo. Estas tris-
nuevas oidas de Ricaredo, le pusiéron en tér-
ios de perder el juicio: tales eran las cosas
hacia y las lastimeras razones con que se
jaba. Finalmente Isabela no perdió la vida,
el quedar con ella la naturaleza lo comutó
lejarla sin cejas, pestañas y sin cabello, el
ro hinchado, la tez perdida, los cueros le-
tados, y los ojos lagrimosos. Finalmente que-
tan fea, que como hasta allí habia parecido
milagro de hermosura, entonces parecia un
istruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian
que la conocian haber quedado de aquella
iera, que si la hubiera muerto el veneno.
i todo esto Ricaredo se la pidió á la Reina,

disculpas que daba eran bastantes para [illegible] mayores insultos. Finalmente le entregáron á Isabela y á sus padres, y Ricaredo los llevó á su casa, digo á la de sus padres: á las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la Reina y otros vestidos tales que descubriéron el mucho amor, que á Isabela tenia, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse á su primera hermosura; pero al cabo deste tiempo comenzó á caérsele el cuero, y á descubrírsele su hermosa tez.

En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determináron de enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela, tenian concertado de casar á Ricaredo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela: á la cual pensaban enviar á España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas, que recompensasen sus pasadas pérdidas. No pasó mes y medio

esde el punto que te quise, fué con otro
e aquel que tiene su fin y paradero en el
miento del sensual apetito, que puesto
corporal hermosura me cautivó los senti-
ıs infinitas virtudes me aprisionáron el al-
e manera que si hermosa te quise, fea te
y para confirmar esta verdad, dame esa
y dándole ella la derecha, y asiéndola él
suya, prosiguió diciendo: por la fe cató-
ue mis cristianos padres me enseñáron, la
no está en la entereza que se requiere,
ıella juro que guarda el Pontífice Roma-
e es la que yo en mi corazon confieso,
tengo: y por el verdadero Dios que nos
endo, te prometo ó Isabela, mitad de
a!) de ser tu esposo, y lo soy desde lue-
tú quieres levantarme á la alteza de ser
)uedó suspensa Isabela con las razones de
lo, y sus padres atónitos y pasmados. Ella
) que decir ni hacer otra cosa, que besar
; veces la mano de Ricaredo, y decirle
z mezclada con lágrimas que ella le acep-
ır suyo y se entregaba por su esclava. Be-
caredo en el rostro feo no habiendo teni-
as atrevimiento de llegarse á él cuando
o: los padres de Isabela solenizáron con
y m uchas lágrimas las fiestas del despo-
ica redo les dijo que él dilataria el casa-
'e la Escocesa que ya estaba en casa,
que despues verian, y cuando su pa-

e los quisiese enviar á España á todos ...
lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguar-
sen en Cadiz ó en Sevilla dos años, dentro
e los cuales les daba su palabra de ser con
llos, si el cielo tanto tiempo le concedia de vida,
que si deste término pasase, tuviesen por cosa
ertísima que algun grande impedimento, ó la
muerte, que era lo mas cierto, se habia opuesto
á su camino. Isabela le respondió que no solo
dos años le aguardaria, sino todos aquellos de
su vida hasta estar enterada que él no la tenia;
porque en el punto que esto supiese, seria el
mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras
se renováron las lágrimas en todos, y Ricaredo
salió á decir á sus padres como en ninguna ma-
nera se casaria, ni daria la mano á su esposa la
Escocesa, sin haber primero ido á Roma á ase-
gurar su conciencia. Tales razones supo decir á
ellos y á los parientes que habian venido con
Clisterna, que asi se llamaba la Escocesa, que
como todos eran católicos, fácilmente las creyé-
ron, y Clisterna se contentó de quedar en casa
de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual
pidió de término un año. Esto ansí puesto y con-
certado, Clotaldo dijo á Ricaredo como deter-
minaba enviar á España á Isabela y á sus padres
si la Reina le daba licencia: quizá los aires de
la patria apresurarian y facilitarian la salud que
ya commenzaba á tener. Ricaredo por no dar
indicio de sus designios, respondió tibiamente
á su padre que hiciese lo que mejor le pareciese,
solo le suplicó que no quitase á Isabela ninguna
cosa de las riquezas que la Reina le habia dado.
Prometióselo Clotaldo, y aquel mismo dia fué á
pedir licencia á la Reina asi para casar á su hijo
con Clisterna, como para enviar á Isabela y á
sus padres á España. De todo se contentó la

Reina: y tuvo por acertada
Clotaldo: y aquel mismo di
trados y sin poner á su cam
cio, la condenó en que no si
y en diez mil escudos de or
conde Arnesto por el desafío
años de Inglaterra. No pasár
ando ya Arnesto se puso á pu
plir su destierro, y los dinero
La Reina llamó á un mercad
en Londres, y era frances,
pondencia en Francia, Italia
entregó los diez mil escudos
para que se los entregasen al
Sevilla, ó en otra plaza de E
descontados sus intereses y
Reina que las daria ciertas y
sobre otro mercader frances
en esta forma: que él escri
que allí se hiciesen las cédu
pondiente suyo, á causa que
de Francia, y no de Inglate
bando de la comunicacion d
bastaba llevar una letra de
con sus contraseñas, para qu
nero el mercader de Sevilla
sado del de Paris. En resolu
tales seguridades del mercad
no ser cierta la partida; y no
mandó llamar á un patron de
que estaba para partirse otro
mar en algun puerto della
entrar en España á titulo
no de Inglaterra, al cual pid
se en su nave á Isabela

llegase. El patron que deseaba contentar á la Reina, dijo que sí haria, y que los pondria en Lisboa, Cadiz, ó Sevilla. Tomados pues los recaudos del mercader, envió la Reina á decir á Clotaldo no quitase á Isabela todo lo que ella le habia dado asi de joyas, como de vestidos. Otro dia vino Isabela, y sus padres á despedirse de la Reina, que los recibió con mucho amor. Dióles la Reina la carta del mercader, y otras muchas dádivas asi de dineros, como de otras cosas de regalo para el viage. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada á la Reina para hacerle siempre mercedes; despidióse de las damas, las cuales como ya estaba fea, no quisieran que se partiera, viéndose libres de la envidia que á su hermosura tenian, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la Reina á los tres, y encomendándolos á la buena ventura y al patron de la nave, y pidiendo á Isabela la avisase de su buena llegada á España, y siempre de su salud por la via del mercader frances, se despidió de Isabela, y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcáron no sin lágrimas de Clotaldo, y de su muger, y de todos los de su casa, de quien era en todo extremo bien querida. No se halló á esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos, aquel dia hizo con unos amigos suyos le llevasen á caza. Los regalos que la señora Catalina dió á Isabela para el viage, fuéron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que le escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondiéron á todo; de suerte que aunque llorando, los dejáron satisfechos.

Aquella noche se hizo el bajel á la vela y habiendo

con próspero viento tocado en Fr
en ella los recados necesarios para
España, de allí á treinta dias entr
Cadiz, donde se desembarcáron l
dres, y siendo conocidos de tod
dad, los recibiéron con mues
contento. Recibiéron mil parabie
de Isabela, y de la libertad que
do ansí de los moros que los h
(habiendo sabido todo su sucesc
á que dió libertad la liberalidad d
mo de la que habian alcanzado
Ya Isabela en este tiempo comen
des esperanzas de volver á cobrar
mosura. Poco mas de un mes es
diz, restaurando los trabajos de
y luego se fuéron á Sevilla por
ta la paga de los diez mil escudc
sobre el mercader frances traian
pues de llegar á Sevilla le buscá
ron, y le diéron la carta del mer
la ciudad de Londres: él la recon
hasta que de Paris le viniesen l
de aviso, no podia dar el diner
momentos aguardaba el aviso. L
bela alquiláron una casa princi
Santa Paula por ocasion que e
aquel santo monasterio una sobr
y extremada en la voz; y asi pc
como por haber dicho Isabela á
vi niese á buscarla la hallaria en
a su casa su prima la monja d
que para conocerla no habia r
untar por la monja que tenia
onasterio, porque estas seña
lar. Otros cuarenta dias tard
os de Paris; y á dos que llegá

frances [illegible] abela; y ella á sus padres, y con ellos, y con [illegible] nos mas que hiciéron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre á ejercitar su oficio de mercadér no sin admiracion de los que sabian sus grandes pérdidas, En fin en pocos meses fué restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió á su ser primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todas daban el lauro á la Española Inglesa, que tanto por este nombre como por su hermosura era de toda la ciudad conocida. Por la órden del mercader frances de Sevilla escribiéron Isabela y sus padres á la Reina de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones, que requerian las muchas mercedes della recibidas: asi mismo escribiéron á Clotaldo y á su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres, señores. De la Reina no tuviéron respuesta; pero de Clotaldo y de su muger sí, donde les daban el parabien de la llegada á salvo, y los avisaban como su hijo Ricaredo otro dia despues que ellos se hiciéron á lavela, se habia partido á Francia, y de allí á otras partes donde le convenia ir para seguridad de su conciencia, añadiendo á estas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos, A la cual carta respondiéron con otra no menos cortes y amorosa, que agradecida. Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo á Inglaterra, seria para venirla á buscar á España; y alentada con esta esperanza vivia la mas contenta del mundo, y procuraba vivir de manera, que cuando Ricaredo llegase á Sevilla, antes le diese en los oidos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas ó ninguna vez salia de su casa sino para el monasterio: no ganaba otros jubileos, que aquellos que en el mo-

su a y desde su
recogimiento los viernes de cuaresma la santísima estacion de la cruz, y los siete venideros del Espíritu Santo: jamas visitó el rio ni pasó á Triana, ni vió el comun regocijo en el campo de tablada y puerta de Jerez el dia, si le hace claro, de S. Sebastian, celebrado de tanta gente que apenas se puede reducir á número: finalmente no vió regocijo público, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento, y en sus oraciones, y buenos deseos, esperando á Ricaredo. Este su grande retraimiento tenia abrasados y encendidos los deseos no solo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aquí naciéron músicas de noche en su calle y carreras de dia. Deste no dejar verse y desearlo muchos, creciéron las alhajas de las terceras, que prometiéron mostrarse primas y únicas en solicitar á Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero á todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos, comenzó con mas ahinco que hasta allí á fatigar el corazon de Isabela; y cuando ya le parecia que su esposo llegaba, y que le tenia ante los ojos y le preguntaba que impedimentos le habian detenido tanto; cuando ya llegaban á sus oidos las disculpas de su esposo; y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como á mitad de su alma le recibia, llegó á sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Londres cincuenta dias habia: venia en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que asi decia:

Hija de mi alma, bien conociste á Guillarte el page de Ricaredo: este se fué con él al viage que por otra te avisé que Ricaredo á Francia y á otras partes habia hecho el segundo dia de tu partida; pues este mismo Guillarte á cabo de diez y seis meses que no habíamos sabido de mi hijo, entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Arnesto habia muerto á traicion en Francia á Ricaredo. Considera hija, cual que daríamos su padre y yo, y su esposa con tales nuevas: tales digo, que aun no nos dejáron poner en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de veras á Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso como tú sabes: tambien pedirás á N. Señor nos dé á nosotros paciencia y buena morte, á quien nosotros tambien pedirémos y suplicarémos te dé á tí y á tus padres largos años de vida.

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar á Isabela para no creer la muerte de su esposo: conocia muy bien al page Guillarte, y sabia que era verdadero, y que de suyo no habria querido ni tenia para que fingir aquella muerte, ni menos su madre la señora Catalina la habria fingido por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza: finalmente ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho se levantó de un estrado donde estaba, y se entró en un oratorio, é hincándose de rodillas ante la imágen de un devoto crucifijo hizo voto de ser monja,

[illegible] ie-
que les h [illegible] poder
solará Isa [illegible] la cual
como satisfecha de [illegible] lor, complándole
la santa y cristiana resolucion que habia to-
lo, ella consolaba á sus padres, á los cuales
cubrió su intento, y ellos le aconsejáron que
e pusiese en ejecucion hasta que pasasen los
años que Ricaredo habia puesto por término
venida, que con esto se confirmaria la ver-
de la muerte de Ricaredo, y ella con mas se-
lad podia mudar de estado. Ansí lo hizo Isa-
, y los seis meses y medio que quedaban
cumplirse los dos años, los pasó en ejerci-
de religiosa, y en concertar la entrada del
sterio, habiendo elegido el de Santa Paula
estaba su prima. Pasóse el término de los
ños; y llegóse el dia de tomar el hábito cu-
va se extendió por la ciudad, y de los que
an de vista á Isabela, y de aquellos que
a su fama, se llenó el monasterio y la po-
ancia que dél á la casa de Isabela habia;
dando su padre á sus amigos, y aquellos
hicieron á Isabela uno de los mas hon-
mpañamientos que

ble; y asi se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué á ver la Reina de Inglaterra: que ya se ha dicho cuan rico y cuan vistoso era, saliéron á luz las perlas, y el famoso diamante con el collar, y cintura que asi mismo era de mucho valor. Con este adorno y con su gallardía, dando ocasion para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pie, que el estar tan cerca el monasterio excusó los coches y carrozas: el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches que no les daban lugar de llegar al monasterio: unos bendecian á sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la habia dotado: unos se empinaban por verla, otros habiéndola visto una vez, corrian adelante por verla otra: y el que mas solícito se mostró en esto, y tanto que muchos echáron de ver en ello, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus Redemptores. Este cautivo pues al tiempo que ya Isabela tenia un pie dentro de la portería del convento donde habian salido á recibirla como es uso la Priora y las monjas con la cruz, á grandes voces dijo: detente Isabela detente, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa. A estas voces Isabela y sus padres volviéron los ojos, y viéron que hendiendo por toda la gente hácia ellos venia aquel cautivo, que habiéndosele caido un bonete azul redondo que en la cabeza traia, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmin y como la nieve colorado y blanco, señales que luego le hiciéron conocer y juzgar por extrangero de todos. En efecto cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba y asién-

dola d , Isabela ?
mira q si conozco
dijo Isabela, si ya no eres fantasma que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asiéron y atentamente le miráron, y en resolucion conociéron ser Ricaredo el cautivo: el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela le suplicó que no impidiese la extrañeza de trage en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baja fortuna, que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habia dado. Isabela á pesar de la impresion que en su memoria habia hecho la carta de su madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar mas crédito á sus ojos y á la verdad que presente tenia; y asi abrazándose con el cautivo, le dijo: vos sin duda, señor mio, sois aquel que solo podria impedir mi cristiana determinacion: vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo, estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitáron la vida, me hiciéron escoger la de la religion, que en este punto queria entrar á vivir en ella, mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida; venid, señor, á la casa de mis padres que es vuestra, y allí os entregaré mi posesion por los términos que pide nuestra santa fe católica. Todas estas razones oyéron los circunstantes, y el Asistente, y Vicario, y Provisor del Arzobispo, y de oirlas se admiráron y suspendiéron, y quisiéron que luego se les dijese que historia era aquella, que extrangero aquel, y de que casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que

aquella historia pedia otro lugar y algun término para decirse; y asi suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla diesen la vuelta á su casa pues estaba tan cerca, que allí se la contarian de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados. En esto uno de los presentes alzó la voz, diciendo; señores, este mancebo es un gran cosario ingles, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco mas de dos años tomó á los cosarios de Argel la nave de Portugal que venia de las indias: no hay duda sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venirme á España, y no solo á mí, sino á otros trecientos cautivos. Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenian de saber y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente la gente mas principal con el Asistente y aquellos dos señores eclesiásticos volviéron á acompañar á Isabela á su casa, dejando á las moujas tristes, confusas, y llorando por lo que perdian en no tener en su compañía á la hermosa Isabela: la cual estando en su casa en una gran sala de ella, hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana. Calláron todos los presentes y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella asi comenzó su cuento: el cual le reduzco yo á que dijo todo aquello que desde el dia que Clotaldo la robó de Cadiz hasta que entró y volvió á él le habia sucedido, contando asi mismo la batalla que Ricaredo habia tenido con los turcos: la liberalidad que habia usado con los cristianos: la palabra

entrambo ma-
y muger s : las
vas que habia tenido de su muerte tan ciertas
parecer que la pusiéron en el término que
ian visto de ser religiosa : engrandeció la libe-
lad de la Reina, la cristiandad de Ricaredo,
sus padres : y acabó con decir que dijese Ri-
do lo que le habia sucedido despues que sa-
le Londres hasta el punto presente, donde le ve-
con hábito de cautivo, y con una señal de
er sido rescatado por limosna. Asi es, Rica-
, y en breves razones sumaré los inmensos
ajos mios.

Despues que me partí de Londres por excusar
asamiento que no podia hacer con Clisterna,
ella doncella Escocesa católica con quien ha
o Isabela que mis padres me querian casar,
ando en mi compañía á Guillarte, aquel page
mi madre escribe que llevó á Londres las
vas de mi muerte, atravesando por Francia
ué á Roma, donde se alegró mi alma y se
leció mi fe : besé los pies al Sumo Pontífice,
fesé mis pecados con el mayor Penitenciero,
olvióme dellos, y dióme los recaudos necesa-
que diesen fe de mi confesion, y penitencia,
la reducion que habia hecho á nuestra uni-
al madre la Iglesia. Hecho esto, visité los
res tan santos como innumerables que hay
aquella ciudad santa, y de dos mil escudos
tenia en oro, dí los mil y seiscientos á un
bio, que me los libró en esta ciudad sobre
l Roqui, florentino : con los cuatrocientos
ne quedáron, con intencion de venir á Es-
me partí para Génova, donde habia tenido
s que estaban dos galeras de aquella señoría
da para España. Llegué con Guillarte mi
á un lugar que se llama Aquapendente,

que veniendo de Roma á Florencia es el último que tiene el Papa, y en una hostería ó posada donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazado y encubierto; mas por ser curioso que por ser católico entendí yo iba á Roma: creí sin duda que no me habia conocido, encerréme en un aposento con mi criado y estuve con cuidado y con determinacion de mudarme á otra posada en cerrando la noche: no lo hice ansí, porque el descuido grande que noté que tenian el conde y sus criados, me aseguró que no me habian conocido; cené en mi aposento, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme á Dios, y no quise acostarme; durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido, mas poco despues de la media noche me despertáron para hacerme dormir el eterno sueño cuatro pistoletes que como despues supe disparáron contra mí el conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya apunto los caballos se fuéron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal. Mi criado, segun dijo despues el huésped, despertó al ruido y con el miedo se arrojó por una ventana que caia á un patio, y diciendo: desventurado de mí, que han muerto á mi señor! se salió del meson, y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Londres, pues él fué el que llevó las nuevas de mi muerte. Subiéron los de la hostería, y halláronme atravesado con cuatro balas, y con muchos perdigones; pero todas por partes, que de ninguna fué mortal la herida. Pedí confesion, y todos los sacramentos como católico cristiano, diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine á Génova, donde no hallé otro pa-

[illegible] s yo y otro
do [illegible] una para que fues
del [illegible] la otra donde nosotro.
fuéemos: con esta seguridad nos embarcámos navegando tierra á tierra con intencion de no engolfarnos; pero llegando á un parage, que llaman las tres Marías que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, á deshora saliéron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar, y la otra la tierra, cuando íbamos á embestir en ella nos cortáron el camino, y nos cautiváron: en entrando en la galeota nos desnudáron hasta dejarnos en carnes: despojáron las falucas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas á fondo, diciendo que aquellas les servirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos á los despojos que de los cristianos toman: bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traia; con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese á manos de un cristiano cautivo español, que las guardó, que si vinieran á poder de los turcos, por lo menos habia de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguáran cuya era. Trujéronnos á Argel, donde [illegible]lé que estaban rescatando los padres de la [illegible] Trinidad: habléles, díjeles quien era, y [illegible]vi[illegible]dos de caridad, aunque yo era extrangero [illegible]rescatáron en esta forma: que diéron por mí [illegible]entos ducados, los ciento luego, y los do[illegible]os cuando volviese el bajel de la lismona á [illegible]ta[illegible] al padre de la Redempcion que se que[illegible]el [illegible] Argel empeñado en cuatro mil ducados, [illegible]ia gastado mas de los que traia; porque á

toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos padres, que dan su libertad por la agena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caja perdida con los recaudos y la cédula: mostrése la al bendito padre que me habia rescatado y ofrecile quinientos ducados mas de los de mi rescate para ayuda de su empeño. Casi un año se tardó en volver la nueva de la limosna; y lo que en este año me pasò, á poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia, solo diré que fuí conocido de uno de los veinte turcos, á que dí libertad con los demas cristianos ya referidos, y fué tan agradecido y tan hombre de bien que no quiso descubrirme; porque á conocerme los turcos por aquel que habia echado á fondo sus dos bajeles; y quitàdoles de las manos la gran nave de la India, ó me presentaran al gran Turco, ó me quitaran la vida; y de presentarme al gran Señor redundare no tener libertad en mi vida. Finalmente el padre Redemptor vino á España conmigo, y con otros cincuenta cristianos rescatados, En Valencia hicimos la procesion general, y desde allí cada uno se partió donde mas le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos hábitos: hoy llegué á esta ciudad con tanto deseo de ver á Isabela mi esposa, que sin detenerme á otra cosa, pregunté por este monasterio donde me habian de dar nuevas de mi esposa: lo que en él me ha sucedido ya se ha visto: lo que queda por ver, son estos recaudos para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera: y luego en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decia, y se los puso en manos del Provisor que los vió junto con el señor Asistente, no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de l

lula, y mostrár [illegible] aceptó
a luego, porq [illegible] ia que
nia aviso desta [illegible] añadir
miracion á admiracion, y espanto á espanto,
caredo dijo que de nuevo ofrecia los quinientos
cados, que habia prometido. Abrazó el Asis-
ite á Ricaredo y á sus padres de Isabela, y á
a, ofreciéndoseles á todos con corteses razo-
s. Lo mismo hiciéron los dos señores eclesiás-
os, y rogáron á Isabela que pusiese toda aquella
toria por escrito, para que la leyese su señor
Arzobispo, y ella lo prometió. El grande silen-
o que todos los circunstantes habian tenido,
cuchando el extraño caso, se rompió en dar
banzas á Dios por sus grandes maravillas, y
ndo desde el mayor hasta el mas pequeño el
rabien á Isabela, á Ricaredo, y á sus padres,
dejáron: y ellos suplicáron al Asistente hon-
e sus bodas que de allí á ocho dias pensaban
cerlas. Holgó de hacerlo asi el Asistente, y de
í á ocho dias acompañado de los mas princi-
les de la ciudad se halló en ellas. Por estos
leos, y por estas circunstancias los padres de
bela cobráron su hija, y restauráron su ha-
enda, y ella favorecida del cielo y ayudada de
s muchas virtudes, á despecho de tantos incon-
nientes halló marido tan principal como Rica-
do en cuya compañia se piensa que aun hoy
e en las casas que alquiláron frontero de Santa
ula, que despues las compráron de los here-
os de un hidalgo burgales, que se llamaba
rnando de Cifuentes.

ADO VIDRIERA

aballeros estudiantes por las halláron en ellas debajo de un muchacho de hasta edad como labrador : mandáron spertase : despertó , y pre- era , y que hacia durmiendo lo cual el muchacho res- e de su tierra se le habia la ciudad de Salamanca ien servir , por solo que áronle si sabia leer ? res- os , no es por falta de tambien. Desa manera, do el nombre de tu pa

Esta Novela nos podria enseñar cuanto puede la virtud, y cuanto la hermosura, pues son bastantes juntas, y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de como sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras nuestros mayores provechos.

DEL

LICENCIADO VIDRIERA

PASEANDOSE dos caballeros estudiantes por las riberas del Tórmes, halláron en ellas debajo de un árbol durmiendo á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandáron á un criado que le despertase: despertó, y preguntáronle de adonde era, y que hacia durmiendo en aquella soledad? A lo cual el muchacho respondió: que el nombre de su tierra se le habia olvidado, y que iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabia leer? respondió que sí, y escribir tambien. Desa manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria? sea por lo que fuere, respondió el muchacho, que ni el della, ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos, y á ella. Pues de que suerte los piensas honrar? preguntó el otro caballero. Con mis estudios, respondió el much acho, siendo famoso por ellos; porque yo he oido decir que de los hombres se hacen los obispos. Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recibiesen y llevasen consigo como lo hiciéron, dándole estudio de la

ovela nos podria enseñar cuanto puede
y cuanto la hermosura, pues son bas-
tas, y cada una de por sí á enamorar
los mismos enemigos, y de como sabe
acar de las mayores adversidades nues-
ros mayores provechos.

...VELA

DEL

LICENCIADO VIL

PASEANDOSE dos caballeros estudi
riberas del Tórmes, halláron en ella
un árbol durmiendo á un muchacho de
de once años, vestido como labrador
á un criado que le despertase : desper
guntáronle de adonde era, y que hacia
en aquella soledad ? A lo cual el much
pondió : que el nombre de su tierra s
olvidado, y que iba á la ciudad de S
á buscar un amo á quien servir, por
le diese estudio. Preguntáronle si sabia
pondió que sí, y escribir tambien. Desa
dijo uno de los caballeros, no es por
memoria habérsete olvidado el nombre
tria ? sea por lo que fuere, respondió e
cho, que ni el della, ni el de mis pad
ninguno hasta que yo pueda honrarlos
á ella. Pues de que suerte los piensas
reguntó el otro caballero. Con mis
spondió el much acho, siendo fa
los; porque yo he oido decir que de los
hacen los obispos. Esta respuesta mo
caballeros á que le recibiesen y lleva
como lo hiciéron, dándole estu

manera que se usa dar en aquella universidad á los estados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomas Rodaja, de donde infiriéron sus amos por el nombre y por el vestido, que debia de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos dias le vistiéron de negro, y á pocas semanas dió Tomas muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia que con no faltar un punto á sus estudios, parecia que solo se ocupaba en servirlos: y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomas no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fué de leyes; pero en lo que mas se mostraba, era en letras humanas; y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella. Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabáron sus estudios: y se fuéron á su lugar que era una de las mejores ciudades de la Andalucía: lleváronse consigo á Tomas, y estuvo con ellos algunos dias; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado) pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos corteses y liberales se la diéron, acomodándole de suerte que con lo que le diéron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que esta era la patria de sus señores) y al bajar de la cuesta de la Zambra camino de Antequera se to-

ɔ ec vestid
ırra os tam
ɛab y supo como lle
ı mit ... ron camarada, depa
n de diversas cosas, y á pocos lances dió
as muestras de su raro ingenio, y el caball
s dió de su bizarría y cortesano trato: y d
ıe era capitan de infantería por su Magesta
que su alferez estaba haciendo la compañía
erra de Salamanca: alabó la vida de la sold
ɛsca, pintóle muy al vivo la belleza de la ci
ıd de Nápoles, las holguras de Palermo, l
ɔundancia de Milan, los festines de Lombardía
s espléndidas comidas de las hosterías, dibu-
le dulce y puntualmente el *aconcha patron*,
sa acá manigoldo, *venga la macarela*, *li po-*
stri, *é li macarroni*: puso las alabanzas en el
elo de la vida libre del soldado, y de la liber-
d de Italia; pero no le dijo nada del frio de
centinelas, del peligro de los asaltos, del es-
ıto de las batallas, de la hambre de los cercos,
la ruina de las minas, con otras cosas deste
, que algunos las toman y tienen por añadi-
ıs del peso de la soldadesca, y son la carga
cipal della. En resolucion tantas cosas le
y tan bien dichas, que la discrecion de
ro Tomas Rodaja comenzó á titubear, y
ɔluntad á aficionarse á aquella vida que
erca tiene la muerte. El capitan, que D.
de Valdivia se llamaba, contentísime
buena presencia, ingenio, y desenvoltura
ɔas, le rogó que se fuese con él á Italia,
a por curiosidad de verla, que él le ofrecia
ı, y aun si fuese necesario su bandera,
su alferez la habia de dejar presto. Poco
ester para que Tomas tuviese el embite,
ɔ consigo en un instante un breve discur-

so, de que seria bueno ver á Italia, y Flándes, y otras diversas tierras y paises; pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos; y que en esto á lo mas largo podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos, que impidiesen volver á sus estudios: y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia; pero habia de ser con condicion que no se habia de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado por no obligarse á seguir su bandera. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansí gozaria de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese. Eso seria, dijo Tomas, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitan y asi mas quiero ir suelto que obligado. Conciencia tan escrupulosa, dijo D. Diego, mas es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas. Llegáron aquella noche á Antequera, y en pocos dias y grandes jornadas se pusiéron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alejado ella, y otras cuatro por los lugares que le venian á mano. Allí notó Tomas la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagages mas de los necesarios; y finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba, y mal le parecia. Habíase vestido Tomas de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose á

lo de [illegible] decir. Los muchos [illegible] s Horas de N. Señora, y á un [illegible] sin comento que en las dos faldriqueras llevaba. Llegáron mas presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcáron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó tambien Tomas Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo mas tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones, y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuviéron dos: que la una los echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolon en Francia. En fin trasnochados, mojados, y con ojeras llegáron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova y desembarcándose en su recogido mandrache, despues de haber visitado una iglesia, dió el capitan con todos sus camaradas en una hostería, donde pusiéron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente gaudeamus. Allí conociéron la suavidad del Treviano, el valor del Monte frascon, la ninerca del asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las cinco viñas la dulzura y apacibilidad de la señora guarnacha, la rusticidad de la chentola sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca, Alacjos, y á la imperial mas que Real ciudad, recámara del dios de la risa: ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, á Guadalcanal y la Membrilla,

sin que se olvidase de Ribadavia, y de Descargamaria. Finalmente mas vinos nombró el huésped, y mas les dió que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiráronle tambien al buen Tomas los rubios cabellos de las Genovesas, y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcáron todas las compañías que habian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomas hacer este viage, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto á Milan y al Piamonte donde dijo D. Diego de valdivia que le hallaria, si ya no los hubiesen llevado á Flándes segun se decia. Despidióse Tomas del capitan de allí á dos dias, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien visto y agasajados los españoles. Contentóle Florencia en extremo asi por su agradable asiento, como por su limpieza, sumptuosos edificios, fresco rio y apacibles calles: estuvo en ella cuatro dias y luego se partió á Roma reina de las ciudades, y señora del mundo, Visitó sus templos, adoró sus reliquias, y admiró su grandeza; y asi como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, asi él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magnificos pórticos, y anfiteatros grandes, por sus famoso y santo rio que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuviéron sepultura: por

sus pue[illegible] irando unas
á otras [illegible] el nombre
cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez Pues no le admiraba menos la division de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros cuatro cuyos nombres manifiestan la grandeza y magestad romana. Notó tambien la autoridad del colegio de los Cardenales, la magestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estacion de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciario y besado el pie á su Santidad, lleno de agnusdeis y cuentas, determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutacion, malo y dañoso para todos que en él entran ó salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles. donde á la admiracion que traia de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad á su perecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa. y aun de todo el mundo. Desde allí se fué á Sicilia y vió á Palermo, y despues á Mecina: de Palermo le pareció bien el asiento y belleza: y de Mecina el puerto: y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Nápoles y á Roma, y de allí fué á N. Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y retablos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes, que muchos habian recibido de la mano de Dios por intercesion

de su divina Madre, que aquella sacrosanta imágen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros en recompensa de la devocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la mas alta embajada y de mas importancia, que viéron y no entendiéron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde allí embarcándose en Ancona, fué á Venecia, ciudad, que á no haber nacido Colon en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernando Cortes, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles que son todas de agua: la de Europa admiracion del mundo antiguo: la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí y en sus partes digna de la fama, que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar mas esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viagero en Venecia, pues casi le hacian olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milan, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya, y de su templo, y su maravillosa abundancia de

todas l[illegible] necesarias. Desde a[illegible] mpo que otro dia [illegible]. Fué muy bien recibido de su amigo el capitan, y en su compañía y camarada pasó á Flándes, y llegó á Ambéres, ciudad no menos para maravillar, que las que habia visto en Italia. Vió á Gante y á Bruselas, y vió que todo el pais se disponia á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente: y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que habia visto, determinó volverse á España y á Salamanca á acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra con pesar grandísimo de su camarada que le rogó al tiempo del despedirse, le avisase de su salud, llegada, y suceso. Prometióselo ansí como lo pedia, y por Francia volvió á España sin haber visto á Paris por estar puesta en armas. En fin llegó á Salamanca, donde fué bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hiciéron prosiguió sus estudios hasta graduarse de Licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudiéron luego á la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar vademecum que no la visitase. Dijéronle á Tomas que aquella dama decia que habia estado en Italia y en Flándes, y por ver si la conocia fué á visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomas: y él sin echar de ver en ello, sino era por fuerza y llevado de otros, no queria entrar en su casa. Finalmente ella le descubrió su voluntad, y le ofreció su hacienda. Pero como él atendia mas á sus libros, que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la señora, la cual viéndose desdeñada y á su parecer aborre-

cida y [illegible] unes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomas, acordó de buscar otros modos á su parecer mas eficaces, y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y asi aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomas unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo hierbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y asi los que dan estas bebidas, ó comidas amatorias, se llaman veneficios, porque no es otra cosa lo que hacen, sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones. Comió en tan mal punto Tomas el membrillo que al momento comenzó á herir de pie y de mano como si tuviera alferecía y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que habia comido le habia muerto, y declaró quien se lo habia dado. La justicia que tuvo noticia del caso fué á buscar la malechora; pero ya ella viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro y no pareció jamas. Seis meses estuvo en la cama Tomas, en los cuales se secó y se puso como suele decirse en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hiciéron los remedios posibles, solo le sanáron la enfermedad del cuerpo, pero no de lo del entendimiento; porque quedó sano, y loco de la mas extraña locura que entre las locuras hasta entonces se habia visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion cuando alguno llegaba á él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones

conc [illegible] ...asen, porque la
queb [illegible] ...amente él no era
comc [illegible] ...res, que todo era de vidrio de pies á cabeza. Para sacarle desta extraña imaginacion, muchos sin atender á sus voces y rogativas arremetiéron á él y le abrazáron, diciéndole que advirtiese y mirase como no se quebraba. Pero lo que se grangeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvia en sí en cuatro horas y cuando volvia era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decia que le hablasen desde lejos, y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con mas entendimiento por ser hombre de vidrio y no de carne que el vidrio por ser de materia sutil y delicada obra por ella el alma con mas prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo pesada y terrestre. Quisiéron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y asi le preguntáron muchas, y dificiles cosas, á las cuales respondió espontaneamente con grandísima agudeza de ingenio: cosa que causó admiracion á los mas letrados de la universidad y á los profesores de la Medicina y Filosofía, viendo que en un sugeto, donde se contenia tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomas le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, que al vestirse algun vestido estrecho no le quebrase; y asi le diéron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con ho tiento, y se ciñó con una cuerda de lon: no quiso zapatos en ninguna mane-

ra, y el órden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen; fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal en la cual le ponian alguna cosa de fruta, de las que la sazon del tiempo ofrecia: carne ni pescado no lo queria, no bebia sino en fuente ó en rio, y esto con las manos: cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados temeroso no le cayese alguna teja encima, y le quebrase: los veranos dormia en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganta; diciendo que aquella era la mas propia y mas segura cama que podian tener los hombres de vidrio: cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salia al campo, y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad: tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determináron de condecender con lo que él les pedia que era le dejasen andar libre, y asi le dejáron, y él salió por la ciudad, causando admiracion y lástima á todos los que le conocian. Cercáronle luego los muchachos: pero él con la vara los detenia, y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la mas traviesa generacion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzáron á tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio como él decia; pero él daba tantas voces, y hacia tales extremos que movia á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos, porque no le tirasen. Mas un dia, que le fatigáron mucho, se volvió á ellos, diciendo: ¿que me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como

pulgas? [illegible] estacho
de Rom[illegible]sos y tejas?
Por oirle reir, y r[illegible], le seguian
siempre muchos, y los muchachos tomáron y
tuviéron por mejor partido, antes oirle que tirar-
le. Pasando pues una vez por la ropería de Sa-
lomanta, le dijo una ropera: en mi ánima, señor
Lic.do que me pesa de su desgracia; pero ¿ que
haré, que no puedo llorar? El se volvió á ella,
y muy mesurado le dijo: *Filiæ Hierusalem, plo-
rate super vos, et super filios vestros.* Entendió el
marido de la ropera la malicia del dicho, y dí-
jole: hermano Lic.do Vidriera (que asi decia él
que se llamaba) mas teneis de bellaco, que de
loco. No se me da un ardite, respondió él, co-
mo no tenga nada de necio. Pasando un dia por
la casa llana y venta comun, vió que estaban á
la puerta della muchas de sus moradoras, y di-
jo que eran bagages del ejército de Satanas, que
estaban alojados en el meson del infierno. Pre-
guntóle uno? que que consejo, ó consuelo daria
á un amigo suyo que estaba muy triste, porque
su muger se le habia ido con otro? A lo cual res-
pondió: dile que dé gracias á Dios, por haber
permitido le llevasen de casa á su enemigo. Lu-
ego no iré ábuscarla? dijo el otro. Ni por pien-
so, replicó Vidriera, porque seria el hallarla, ha-
llar un perpetuo y verdadero testigo de su des-
honra. Ya que eso sea asi, dijo el mismo, que
haré yo para tener paz con mi muger? Respon-
dióle: dale lo que hubiere menester: déjala que
mande á todos los de tu casa; pero no sufras que
ella te mande á tí. Díjole un muchacho: señor
Lic.do Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi
padre, porque me azota muchas veces. Y respon-
dióle: advierte, niño, que los azotes que los pa-
dres dan á los hijos, honran, y los del verdu

go afrentan. Estando á la puerta de una iglesia vió que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detras venia uno que no estaba en tan buena opinion como el primero, y el Lic.do dió grandes voces al labrador diciendo: esperad, Domingo, á que pase el sábado. De los maestros de escuela decia que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó, que que le parecia de las alcahuetas! Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

La nueva de su locura, y de sus respuestas y dichos se extendió por toda Castilla, y llegando á noticia de un príncipe, ó señor que estaba en la corte, quiso enviar por él, y encargóselo á un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca que se le enviase, y topándole el caballero un dia, le dijo: sepa el señor Lic.do Vidriera, que un gran personage de la corte envia por él. A lo cual respondió: vuesa merced me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza, y no sé lisonjear. Con todo esto el caballero le envió ála corte, y para traerle usáron con él desta invencion: pusiéronle en unas argenas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó á Valladolid: entró de noche, y desembanastáronle en la casa del señor que habia enviado por él, de quien fué muy bien recibido, diciéndole: sea muy bien venido el señor Lic.do Vidriera: como ha ido en el camino! como va de salud! A lo cual respondió: ningun camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca: de salud estoy neutral, porque es.

tan enc[illegible] oro. Otro
dia, ha[illegible] aguaras mu-
chos nebles y ot[illegible] pájaros de [illegible]atería, dijo
que la caza de altanería era digna de príncipes
y de grandes señores; pero que advirtiesen, que
con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á mas de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era mas gustosa, y mas cuando se cazaba con galgos prestados. El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la corte fué conocido en seis dias, y á cada paso en cada calle, y en cualquiera esquina respondia á todas las preguntas que le hacian. Entre las cuales le preguntó un estudiante, si era poeta? porque le parecia que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió: hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso. No entiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante; y respondió Vidriera: no he sido tan necio, que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno. Preguntóle otro estudiante que en que estimacion tenia á los poetas? Respondió que á la ciencia en mucha; pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle, que porque decia aquello? Respondió que del infinito número de poetas que habia, era tan pocos los buenos, que casi no hacian número; y asi como si no hubiese poetas no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite, y de maravilla. Añadió mas: yo bien sé en lo que se debe estimar

un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen.

Cura ducum fuerunt olim Regumque poetæ:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.

Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.

Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, et divûm cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas: que de los malos, de los churrulleros ¿que se ha de decir sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo? y añadió mas: ¿que es ver á un poeta destos de la primera impresion, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: vuesas mercedes escuchen un sonetillo que á noche á cierta ocasion hice, que á mi parecer aunque no vale nada tiene un noseque de bonito? y en este tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfeñicado? si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuesas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he sabido decir, y asi sera bien recitarle otra vez y que vuesas mercedes le presten mas atencion, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve co-

mio | ..demanes
nuev ... ver... censurar l
unos ... del ladrar que hac
los ca...ros y ...ermos á los mastinazos ant
guos y graves! y q ... de los que murmuran d
algunos ilustres y excelentes sugetos, donde res
plandece la verdadera luz de la poesía, que to
mándola por alivio y entretenimiento de sus
muchas y graves ocupaciones, muestran la divi-
nidad de sus ingenios y la alteza de sus concep-
tos, á despecho y pesar del circunspecto igno-
rante que juzga de lo que no sabe, y aborrece lo
que no entiende! y del que quiere que se sienta
y tenga en precio la necedad que se encierra de-
bajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á
los sitiales Otra vez le preguntáron que era la
causa de que los poetas por la mayor parte eran
pobres! respondió que porque ellos querian, pues
estaba en su mano ser ricos, si se sabian apro-
vechar de la ocasion que por momentos traian en-
tre las manos, que eran las de sus damas que to-
das eran riquísimas en extremo, pues tenian los
cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los
ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil
los labios de coral, y la garganta de cristal trans-
arente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas;
mas que lo que sus plantas pisaban, por dura
estéril tierra que fuese, al momento producia
zmines y rosas, que su aliento era de puro ámar,
almizcle, y algalia; y que todas estas cosas
an señales y muestras de su mucha riqueza. Es-
, y otras cosas decia de los malos poetas; que
los buenos siempre dijo bien, y los levantó so-
el cuerno de la luna. Vió un dia en la hace-
de S. Francisco unas figuras pintadas de ma-
nano, y dijo que los buenos pintores imita-
la naturaleza, pero que los malos la vomita-

ban. Arrimóse un dia, con grandísimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole: este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene. Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle: los melindres que hacen, cuando compran un privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los agenos. Acaeció este mismo dia, que pasáron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregon: al primero por ladron; dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros: y cuando el pregonero llegó á decir: al trasero; dijo: aquel por ventura debe de ser el fiador de los muchachos. Un muchacho le dijo: hermano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta. Respondióle: si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacabán á azotar á un coche. Halló-se allí uno destos que llevan silla de manos, y díjole: de nosotros, Licenciado, no teneis que decir? No, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros mas pecados que un confesor; mas es con esta diferencia, que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas. Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole: de nosotros, señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república. A lo cual respondió Vidriera: la honra del amo descubre la del criado, segun esto mira á quien sirves y verás cuan honrado eres: mozos sois vosotros de la mas ruin canalla que susten-

ta la ti idrio, ca-
miné i iquiler, tal
que le conté cient[illegible] y una tachas, todas
capitales y enemi[illegible]s del género humano: todos
los mozos de mula[illegible] tienen su punta de rufianes,
su punta de Cacos, y su es no es de truhanes:
si sus amos (que asi llaman ellos á los que llevan
en sus mulas) son boquimuelles, hacen mas suer-
tes en ellos, que las que echáron en esta ciudad
los años pasados: si son extrangeros, los roban:
si estudiantes los maldicen: y si religiosos los
reniegan: y si soldados los tiemblan: estos, y
los marineros, y carreteros, y arrieros tienen un
modo de vivir extraordinario, y solo para ellos;
el carretero pasa lo mas de la vida en espacio de
vara y media de lugar, que poco mas debe de
haber del yugo de las mulas á la boca del carro;
canta la mitad del tiempo, y la otra mitad re-
niega; y en decir: háganse á zaga, se les pasa
otra parte: y si acaso les queda por sacar algu-
na rueda de algun atolladero, mas se ayudan de
dos pésetes, que de tres mulas. Los marineros
son gente gentil, é inurbana, que no sabe otro
lenguage, que el que se usa en los navíos: en
la bonanza son diligentes, y en la borrasca
perezosos: en la tormenta mandan muchos,
y obedecen pocos: su Dios es su arca y su ran-
cho, y su pasatiempo ver mareados á los pa-
sageros. Los arrieros son gente que ha hecho
divorcio con las sábanas y se ha casado con las
enjalmas: son tan diligentes y presurosos, que
á trueco de no perder la jornada, perderán el
alma: su música es la del mortero, su salsa la
hambre, sus maitines levantarse á dar sus pien-
sos, y sus misas no oir ninguna. Cuando esto
decia estaba á la puerta de un boticario, y vol-
viéndose al dueño, le dijo vuesa merced tiene un

saludable oficio, si no fuese tan [illegible] igo de los candiles. ¿En que modo soy enemigo de mis candiles? preguntó el boticario; y respondió Vidriera: esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, lo suple el del candil que está mas á mano, y aun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el crédito al mas acertado médico del mundo. Preguntándole porque ? respondió que habi boticario que por no atreverse ni osar decir qu faltaba en su botica lo que recetaba el médic por las cosas que le faltaban ponia otras que á su parecer tenian la misma virtud y c lidad, no siendo asi: y con esto la medicin mal compuesta obraba al reves de lo que hab de obrar la bien ordenada. Preguntóle entonc que que sentia de los médicos, y respondió est *honora medicum propter necessitatem eteni creavit eum Altissimus: à Deo enim est omn medela, et à Rege accipiet donationem: discipi na medici exaltavit caput illius, et in conspe tu magnatum collaudabitur. Altissimus de ter creavit medicinam et vir prudens non abhorr bit illam.* Esto dice, dijo el Eclesiástico, de medicina y de los buenos médicos, y de los mal se podria dedir todo al reves; porque no hay ge te mas dañosa á la república, que ellos. El ju no puede torcer, ó dilatar la justicia: el letra sustentar por su interes nuestra injusta dema da: el mercader chuparnos la hacienda: fina mente todas las personas con quien de necesid tratamos, nos pueden hacer algun daño; pe quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor d castigo, ninguno: solo los médicos nos pued matar, y nos matan sin temor y á pie quedo, s desenvainar otra espada que la de un récipe; no hay descubrirse sus delitos, porque al momé to los meten debajo de la tierra: acuérdasen

no de
destos
segi por cura
se c cuatro di
acer botica, donde recetab
el segundo, y preguntó al boticario que como l
iba al enfermo que él habia dejado, y que
si le habia recetado alguna purga el otro
médico? El boticario le respondió que allí
tenia una receta de purga, que el dia siguiente habia de tomar el enfermo; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della estaba escrito: *sumat diluculo*, y dijo: todo lo que lleva esta purga, me contenta, sino es este *diluculo* porque es húmido demasiadamente. Por estas y otras cosas que decia de todos los oficios se andaban tras él sin hacerle mal, y sin dejarle sosegar; pero con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno que haria para no tener envidia á nadie? Respondióle: duerme, que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias. Otro le preguntó? que remedio tendria para salir con una comision, que habia dos años que la pretendia? Y díjole; parte á caballo y á la mira de quien la lleva y acompáñale hasta salir de la ciudad, y asi saldrás con ella. Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de omision, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo, y dos alguaciles, preguntó quien era? y como se lo dijéron, dijo: yo apostaré que lleva aquel juez víboras el seno, pistoletes en la tinta, y rayos en las manos para destruir todo lo que alcanzare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo, que en una comision criminal que tuvo, dió una sentencia tan exorbitante, que excedia en mu-

en su punto y debida proporcion. Yo le r
dí que mejor fuera haberla dado de mane
les quitara de aquel trabajo, pues con e
tuvieran á él por juez recto y acertado.
rueda de la mucha gente que como se ha
siempre le estaba oyendo, estaba un co
suyo en hábito de letrado, al cual otro le
señor licenciado, y sabiendo Vidriera que
á quien llamáron licenciado, no tenia ni
tulo de bachiller, le dijo: guardaos, com
no encuentren con vuestro título los fraile
Redempcion de cautivos que os le llevar
mostrenco. A lo cual dijo el amigo: tratér
bien, señor Vidriera, pues ya sabeis vos qu
hombre de altas y de profundas letras. Re
dióle Vidriera: ya yo sé que sois un Tánt
ellas porque se os van por altas, y no las
zais de profundas. Estando una vez arrim
la tienda de un sastre, vióle que estaba mar
bre mano y díjole: sin duda, señor maesc
estais en camino de salvacion. En que lo vei
guntó el sastre; en que lo veo, respondió
era! véolo en que pues no teneis que hace
tendréis ocasion de mentir; y añadió: desd
do del sastre que no miente, y cose las fi
cosa maravillosa es, que casi en todos los
oficio apenas se hallará uno que haga un v
justo, habiendo tantos que los hagan pe
res. De los zapateros decia que jamas h
conforme á su parecer zapato malo: por

escri-
a mu-
cho con [illegible] nuevas
le lo que [illegible] ciuda[illegible] por[illegible] ore to-
lo discantaba, y á to[illegible] respondia. Este le dijo
una vez: Vidriera, esta noche se murió en la
cárcel un banco, que estaba condenado ahorcar.
A lo cual respondió: él hizo bien á darse priesa
á morir, antes que el verdugo se sentase sobre él.
En la hacera de S. Francisco estaba un corro de
genoveses, y pasando por allí, uno dellos le lla-
mó, diciéndole: lléguese acá el señor Vidriera, y
cuéntenos un cuento. El respondió; no quiero,
porque no me le paseis á Génova. Topó una vez
una tendera que llevaba delante de sí una hija
muy muy fea, pero muy llena de dijes, de ga-
, y de perlas, y díjole á la madre: muy bien
beis hecho en empedrarla porque se pueda pa-
r. De los pasteleros dijo que habia muchos
s que jugaban á la dobladilla, sin que les lle-
n la pena, porque habian hecho el pastel
s de á cuatro, el de á [illegible]

ıtrado el rostro, y vestido un zamarro de fre-
s; y con todo esto á cada paso fuera del tablado
ra á fe de hijodalgo. Débelo de ser, respondió
ıo, por que hay muchos comediantes, que son
uy bien nacidos y hijosdalgo. Asi será verdad
plicó Vidriera, pero lo que menos ha menes-
r la farsa es personas bien nacidas; galanes
gentiles hombres, y de expeditas lenguas: tam-
en sé decir dellos que en el sudor de su cara
nan su pan con inllevable trabajo, tomando
ıntino de memoria, hechos perpetuos gi-
nos de lugar en lugar, y de meson en ven-
, desvelándose en contentar á otros, porque
el gusto ageno consiste su bien propio; tie-
ın mas, que con su oficio no engañan á na-
e, pues por momentos sacan su mercaduría á
ıblica plaza, al juicio, y á la vista de todos:
trabajo de los autores es increible, y su cui-
do extraordinario, y han de ganar mucho para
ıe á cabo del año no salgan tan empeñados,
.e les sea forzoso hacer pleito de acreedores;
con todo esto son necesarios en la república,
mo lo son las florestas, las alamedas, y las
ıstas de recreacion, y como lo son las cosas que
nestamente recrean: decia que habia sido opi-
on de un amigo suyo, que el que servia
una comedianta, en sola una servia á mu-
ıas damas juntas, como era á una reina, á una
ıofa, á una diosa, á una fregona, á una pastora,
muchas veces caia la suerte en que sirviese
ella á un page y á un lacayo, que todas es-
ı y mas figuras suele hacer una farsanta. Pre-

...en pre-
...querian reducir á demos-
s matemáticas que son infalibles, los
ntos y pensamientos coléricos de sus
os. Con los que se teñian las barbas
rticular enemistad; y riñendo una
nte dél dos hombres, que el uno era
s, este dijo al castellano, asiéndose
arbas que tenia muy teñidas: por istas
que teño no rosto: á lo cual acudió
: olhay, homen, naon digais teño, sino
ro traia las barbas jaspeadas y de mu-
ores, culpa de la mala tinta, á quien
iera, que tenia las barbas de muladar
tro que traia las barbas por mitad blan-
as por haberse descuidado, y los ca-
cidos, le dijo que procurase de no
reñir con nadie, porque estaba apare-
le dijesen, que mentia por la mitad
. Una vez contó que una doncella dis-
a entendida, por acudir á la voluntad
s, dió el sí de casarse con

dijéron que [illegible] el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos como el que sus padres le diéron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba á engaño: atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízose el casamiento. Con las dueñas tenia la misma ojeriza, que con los escabechados, decia maravillas de su permafoy, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos, y de su extraordinaria miseria: amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con mas repulgos que sus tocas; y finalmente su inutilidad y sus vainillas. Uno le dijo: que es esto, señor Licenciado ¿ que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamas lo habeis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir? A lo cual respondió: aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las mas veces engañado. Paréceme á mí que la gramática de los murmuradores, y el, la, la, la, de los que cantan, son los escribanos; porque asi como no se puede pasar á otras ciencias, sino es por la puerta de la Gramática, y como el músico primero murmura que canta, asi los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaria la verdad por el mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y asi dice el Eclesiástico: *in manu Dei potestas hominis est, et super faciem scribæ imponet honorem.* Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y

no esclavos, ni hijos de esclavos, legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran de secreto fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad, ni enemistad, provecho, ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, por que se ha de pensar que de mas de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? no lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo que es la gente mas necesaria, que habia en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, tambien hacian demasiados tuertos y que destos dos extremos podia resultar un medio, que les hiciese mirar por el.... De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, ó tenerte en la suya en guarda, y comer á tu costa. Tachaba la negligencia, é ignorancia de los procuradores y solicitadores comparándolos á los medicos, los cuales, que sane, ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina: y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan, ó no salgan con el pleito que ayudan. Preguntóle uno cual era la mejor tierra? Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro no pregunto eso, sino que cual es mejor lugar? Valladolid, ó Madrid? Y respondió: de Madrid los extremos; de Valladolid los medios. No lo entiendo, repitio el que se lo preguntaba; y dijo: de Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que así como habia entrado en Valladolid habia caido su muger muy enferma, porque la habia probado la

tierra. A lo cual [illegible] mejor fuera
se la hubiera comido, si acaso es zelosa. De
músicos y de los correos de á pie decia que
nian las esperanzas y las suertes limitadas;
que los unos la acaban con llegar á serlo d
caballo, y los otros con alcanzar á ser músi
del Rey. De las damas que llaman cortesanas
cia que todas, ó las mas tenian mas de corte
que de sauas. Estando un dia en una iglesia vió
traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niñ
á velar á una muger, todo á un mismo tiem
y dijo: que los templos eran campos de bat
donde los viejos acaban, los niños vencen, y
mugeres triunfan. Picábale una vez una abi
en el cuello, y no se la osaba sacudir por
quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preg
tóle uno, que como sentia aquella abispa
era su cuerpo de vidrio? Y respondió que aqu
abispa debia de ser murmuradora, y que las
guas y picos de los murmuradores eran
tautes y desmoronar cuerpos de bronce, no
de vidrio. Pasando acaso un religioso muy go
por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes:
hético no se puede mover el padre. Enojóse
driera, y dijo: nadie se olvide de lo que dic
Espíritu Santo: *nolite tangere christos meos*
subiéndose mas en cólera, dijo: que mirase
ello, y verian que de muchos santos, que po
años á esta parte habia canonizado la Iglesi
puesto en el número de los bienaventurados,
guno se llamaba el capitan don fulano, ni el
cretario don tal de don tales, ni el conde,
ques, ó duque de tal parte; sino fray Diego,
Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religio
porque las Religiones son los Aranjueces del ci
cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa
Dios. Decia que las lenguas de los murmurad

eran co roen y
menosc es, que á
ellas se juntan. De eros y res decia
milagros: decia que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosia la boca, y sufria lo que un mártir de Barrabas. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos, que polla y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas barato, que los que consentian los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares como queda dicho; con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los mas cuerdos del mundo. Dos años ó poco mas duró en esta enfermedad, porque un religioso de la órden de S. Gerónimo que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento, y discurso; y asi como le

uerra. A lo cu [redacted] era que se la hubiera comido, si acaso es zelosa. De los músicos y de los correos de á pie decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del Rey. De las damas que llaman cortesanas decia que todas, ó las mas tenian mas de corteses, que de sanas. Estando un dia en una iglesia vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una muger, todo á un mismo tiempo: y dijo: que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mugeres triunfan. Picábale una vez una abispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno, que como sentia aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio? Y respondió que aquella abispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: de hético no se puede mover el padre. Enojóse Vidriera, y dijo: nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *nolite tangere christos meos*, y subiéndose mas en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verian que de muchos santos, que pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitan don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marques, ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las Religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores

eran cc roen y
menosc es, que á
ellas se [illegible] s os y ures decia
milagros: decia que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosia la boca, y sufria lo que un mártir de Barrabas. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos, que polla y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas barato, que los que consentian los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares como queda dicho; con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los mas cuerdos del mundo. Dos años ó poco mas duró en esta enfermedad, porque un religioso de la órden de S. Gerónimo que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento, y discurso; y asi como le

tierra. A [illegible] uera que se la hubiera c[illegible]ido, si acaso es zelo[illegible]. De los músicos y de los correos de á pie decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del Rey. De las damas que llaman cortesanas decia que todas, ó las mas tenian mas de corteses, que de sanas. Estando un dia en una iglesia vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una muger, todo á un mismo tiempo: y dijo: que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mugeres triunfan. Picábale una vez una abispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno, que como sentia aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio? Y respondió que aquella abispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: de hético no se puede mover el padre. Enojóse Vidriera, y dijo: nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *nolite tangere christos meos*, y subiéndose mas en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verian que de muchos santos, que pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitan don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marques, ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las Religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores

eran que roen
men aves, que á
ellas de los gar ros y tahures decia
milagros: decia que los eros eran públicos
prevaricadores, porque en sacando el barato del
que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese
y pasase el naipe adelante, porque el contrario
las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa
mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda
una noche jugando y perdiendo; y con ser de
condicion colérico y endemoniado, á trueco de
que su contrario no se alzase, no descosia la
boca, y sufria lo que un mártir de Barrabas. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados
gariteros, que ni por imaginacion consentian
que en su casa se jugase otros juegos, que polla
y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor
y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas
barato, que los que consentian los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en
la del punto. En resolucion él decia tales cosas,
que si no fuera por los grandes gritos que daba
cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el
hábito que traia, por la estrecheza de su comida,
por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares como queda dicho; con que
laba tan claras señales de su locura, ninguno
udiera creer sino que era uno de los mas cuerdos
el mundo. Dos años ó poco mas duró en esta
nfermedad, porque un religioso de la órden de
Gerónimo que tenia gracia y ciencia particu-
r en hacer que los mudos entendiesen y en
rta manera hablasen, y en curar locos, tomó
u cargo de curar á Vidriera, movido de cari-
t, y le curó y sanó, y volvió á su primer jui-
, entendimiento, y discurso; y asi como le

vió sano, le vistió como á letrado y le hizo volver á la corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las habia dado de loco, podia usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hízolo asi, y llamándose el Lic.do Rueda, no Rodaja, volvió á la corte, donde apenas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; mas cuando le viéron en tan diferente hábito del que solia, no le osáron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decian unos á otros: este no es el loco Vidriera? á fe que es él: ya viene cuerdo; pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto oia el Licenciado, y callaba, y iba mas confuso y mas corrido que cuando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y antes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí mas de docientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que de un catedrático, llegó al patio, donde le acabáron de circundar cuantos en él estaban. El viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz, y dijo: señores, yo soy el Lic.do Vidriera, pero no el que solia: soy ahora el Lic.do Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permision del cielo, me quitáron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré cuando cuerdo: yo soy graduado en Leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que mas la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejais, habré

venido á [illegible] por amor de Dios que no [illegible] seguir [illegible] sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondia bien de improviso, os responderá mejor de pensado. Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco menos acompañamiento que habia llevado. Salió otro dia, y fué lo mismo: hizo otro sermon, y no sirvió de nada. Perdia mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte, y volverse á Flándes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la corte: ó corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos! sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dijo, y se fué á Flándes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitan Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

DE LA

FUERZA DE LA SANGRE.

Una noche de las calorosas del verano volvian de recrearse del rio en Toledo un anciano hidalgo con su muger, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el rio ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venia el buen hidalgo con su honrada familia lejos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las mas de las desdichas que vienen, no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dió que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria un caballero de aquella ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañías libres le hacian hacer cosas y tener atrevimientos que desdecian de su calidad y le daban renombre de atrevido. Este caballero pues (que por ahora por buenos respetos encubriendo su nombre le llamarémos con el de Rodolfo) con otro cuatro amigos suyos, todos mozos, todos

alegres, y todos insolentes, bajaba por la n
ma cuesta que el hidalgo subia. Encontráro
los dos escuadrones, el de las ovejas con el
los lobos; y con deshonesta desenvoltura Rod
y sus camaradas, cubiertos los rostros, mirá
los de la madre, y de la hija, y de la cria
Alborotóse el viejo, y reprocholes, y afeóle
atrevimiento: ellos le respondiéron con mue
y burla, y sin desmandarse á mas pasáron a
lante. Pero la mucha hermosura del rostro
habia visto Rodolfo, que era de Leocadia,
asi quieren que se llamase la hija del hidal
comenzó de tal manera á imprimírsele e
memoria, que llevó tras sí la voluntad, y
pertó en él un deseo de gozarla á pesar de t
los inconvenientes que sucederle pudiesen:
un instante comunicó su pensamiento con
camaradas, y en otro instante se resolviéro
volver y robarla por dar gusto á Rodolfo,
siempre los ricos que dan en liberales, h
quien canonice sus desafueros y califique
buenos sus malos gustos; y asi el nacer el
propósito, el comunicarle, y el aprobarl
el determinarse de robar á Leocadia, y el ro
casi todo fué en un punto. Pusiéronse los
zuelos en los rostros, y desenvainadas las
das, volviéron, y á pocos pasos alcanzáron
que no habian acabado de dar gracias á I
que de las manos de aquellos atrevidos les l
librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia,
giéndola en brazos, dió á huir con ella, la
no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobre
le quitó la voz para quejarse, y aun la l
los ojos, pues desmayada y sin sentido n
quien la llevaba, ni adonde la llevaban. Di
ces su padre, gritó su madre, lloró su he
nico, arañóse la criada; pero ni las voces fi

oidas, [illegible] ió á compasion [illegible] de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malechores. Finalmente alegres se fuéron los unos, y tristes se quedáron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegáron á la suya lastimados, affligidos, y desesperados: ciegos sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos: solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía: confusos sin saber si seria bien dar noticia de su desgracia á la justicia: temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres: no sabian de quien quejarse, sino de su corta ventura. Rodolfo entanto sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposento donde estaba, en el cual sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un cuarto á parte en la casa de su padre que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos) antes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo: que los ímpetus no castos de la mocedad pocas veces, ó ninguna reparen en comodidades y requisitos, que mas los inciten y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escuras robó la mejor prenda de Leocadia, y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá la barra del término del cumplimiento dellos, quisiera luego

DE LA

FUERZA DE LA

UNA noche de las calorosas
vian de recrearse del rio en Tol
hidalgo con su muger, un niñ
hija de edad de diez y seis años
La noche era clara, la hora las o
solo, y el paso tardo, por no pag
cio la pension que traen consigo l
en el rio ó en la vega se toman en
la seguridad que promete la mu
bien inclinada gente de aquella ciu
buen hidalgo con su honrada fam
pensar en desastre que sucederles p
como las mas de las desdichas que
piensan, contra todo su pensamient
una que les turbó la holgura, y les di
muchos años. Hasta veinte y dos ten
ballero de aquella ciudad, á quien l
la sangre ilustre, la inclinacion tore
ertad demasiada, y las compañías
acian hacer cosas y tener atrevimi
esdecian de su calidad y le daban
atrevido. Este caballero pues (
a por buenos respetos encubri
bre le llamarémos con el de Rode
cuatro amigos suyos, todos mozos

alegres, y todos insolentes, bajaba por la r
ma cuesta que el hidalgo subia. Encontráro
los dos escuadrones, el de las ovejas con el
los lobos; y con deshonesta desenvoltura Rod o
y sus camaradas, cubiertos los rostros, miré
los de la madre, y de la hija, y de la cri
Alborotóse el viejo, y reprochóles, y afeóle
atrevimiento: ellos le respondiéron con mue
y burla, y sin desmandarse á mas pasáron
lante. Pero la mucha hermosura del rostro
habia visto Rodolfo, que era de Leocadia,
asi quieren que se llamase la hija del hida
comenzó de tal manera á imprimírsele e
memoria, que llevó tras si la voluntad, y
pertó en él un deseo de gozarla á pesar de t
los inconvenientes que sucederle pudiesen:
un instante comunicó su pensamiento con
camaradas, y en otro instante se resolviéro
volver y robarla por dar gusto á Rodolfo,
siempre los ricos que dan en liberales, h
quien canonice sus desafueros y califique
buenos sus malos gustos; y asi el nacer el
propósito, el comunicarle, y el aprobarl
el determinarse de robar á Leocadia, y el ro
casi todo fué en un punto. Pusiéronse los
zuelos en los rostros, y desenvainadas las
das, volviéron, y á pocos pasos alcanzáron
que no habian acabado de dar gracias á
que de las manos de aquellos atrevidos les
librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia,
giéndola en brazos, dió á huir con ella, la
no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobre
le quitó la voz para quejarse, y aun la
los ojos, pues desmayada y sin sentido n
quien la llevaba, ni adonde la llevaban. Di
ces su padre, gritó su madre, lloró su he
nico, arañóse la criada; pero ni las voces f

das, [illegible] ió á com-
pasion [illegible] le prove-
cho alguno, porque [illegible] cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malechores. Finalmente alegres se fuéron los unos, y tristes se quedáron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegáron á la suya lastimados, affligidos, y desesperados: ciegos sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos: solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía: confusos sin saber si seria bien dar noticia de su desgracia á la justicia: temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres: no sabian de quien quejarse, sino de su corta ventura. Rodolfo entanto sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposento donde estaba, en el cual sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un cuarto á parte en la casa de su padre que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos) antes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo: que los ímpetus no castos de la mocedad pocas veces, ó ninguna reparen en comodidades y requisitos, que mas los inciten y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escuras robó la mejor prenda de Leocadia, y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá la barra del término del cumplimiento dellos, quisiera luego

Rodolfo, que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponerla en la calle asi desmayada como estaba, y yéndolo á poner en obra, sintió que volvia en sí, diciendo: adonde estoy desdichada! que escuridad es esta! que tinieblas me rodean, estoy en el limbo de mi inocencia, ó en el infierno de mis culpas! Jesus, quien me toca! yo en cama! yo lastimada! escúchasme, madre y señora mia! óyesme, querido padre! ay sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan: venturosa seria yo si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen á ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que el se fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes: ya me acuerdo, que nunca yo me acordara! que ha poco que venia en la compañía de mis padres; ya me acuerdo que me salteáron: ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes: ó tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo) si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida: quítamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra; mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme se templará con la piedad que usarás en matarme; y asi en un mismo punto vendrás á ser cruel, y piadoso.

Confuso dejáron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo poco experimentado ni sabia que decir, ni que hacer, cuyo silencio admiraba mas á Leocadia, la cual con las manos

procu ó sombra
el qu ba cuerpo
y se l za, que se le habia
hecho viniendo con sus padres, caia en la verdad del cuento de su desgracia: y con este pensamiento torn á añudar las razones que los muchos sollozos y s piros habian interrumpido, diciendo: atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures que como la has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla á nadie: poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte ni tú querrás darme: advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle, porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imágen del autor de mi daño: entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oyga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se asienta en la estimacion: no sé como te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los mios á diez y siete, pero no me doy á entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido: unas veces exagerando su mal para que le oyan: otras veces no diciéndole porque no se le remedien: de cualquier manera que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me crea, que me remedies; pues el no creerme será ignorancia; y el remediarme imposible de tener por alivio: no quiero desesperarme, porque te será poco el dármele, y es este: mira, no pidas ni confies que el discurso del tiempo

temple la justa saña que contra tí tengo, ni quieras amontonar los agravios mientras menos me gozares, y habiéndome ya gozado, menos se encenderán tus malos deseos: haz cuenta que me ofendiste por accidente sin dar lugar á ningun buen discurso, yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací, fué para ser desdichada: ponme luego en la calle, ó á lo menos junto á la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme á mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes, que á ser tan ricos como nobles, no fueran en mi tan desdichados: respóndeme á esto, y si temes que te pueda conocer con la habla, hágote saber, que fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocos he oido hablar en tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla. La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fué otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo cual visto por Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometian se defendió con los pies, con las manos, con los dientes, y con la lengua, diciéndole: haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado, son los que pudiste tomar de un tronco ó de una coluna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes, no le has de alcanzar, sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora que tengo brios, antes podrás matarme, que vencerme: que si hora despier-

cuando te
tan gallard
dia, que las f
laqueciéron,
dia habia usado, no tuv. otro principio
e un ímpetu lascivo, del cual nunca nace
dadero amor que permanece, en lugar del
u que se pasa, queda sino el arrepentimien-
o menos una tibia voluntad de segundarle.
ues y cansado Rodolfo, sin hablar pala-
guna, dejó á Leocadia en su cama en su
y cerrando el aposento, se fué á buscar á
maradas para aconsejarse con ellos de lo
acer debia. Sintió Leocadia que quedaba
encerrada, y levantándose del lecho, an-
todo el aposento, tentando las paredes
s manos por ver si hallaba puerta por do
ó ventana por do arrojarse: halló la puer-
ro bien cerrada, y topó una ventana que
abrir, por donde entró el resplandor de la
an clara que pudo distinguir Leocadia las
s de unos damascos que el aposento ador-
: vió que era dorada la cama, y tan rica-
compuesta, que mas parecia lecho de prin-
que de algun particular caballero: contó
llas y los escritorios, notó la parte donde
rta estaba, y aunque vió pendientes de las
es algunas tablas, no pudo alcanzar á ver
nturas que contenian: la ventana era gran-
arnecida y guardada de una gruesa reja; la
caia á un jardin que tambien se cerraba
aredes altas: dificultades que se opusiéron
ntencion, que de arrojarse á la calle tenia;
lo que vió y notó de la capacidad y ricos
os de aquélla estancia, le dió á entender

que el dueño della denia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio que estaba junto á la ventana, vió un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó y se le puso en la manga de la ropa no por devocion ni por hurto, sino llevada de un discreto designio sayo: hecho esto, cerró la ventana como antes estaba, y volvióse al lecho, esperando que fin tendria el mal principio de su suceso.

No habria pasado á su parecer media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablar palabra con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvia á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarlos, pareciéndole que no le estaba bien hacer testigos de lo que con aquella doncella habia pasado, antes se resolvió en decirles que arrepentido del mal hecho, y movido de sus lágrimas la habia dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan presto á poner á Leocadia junto á la iglesia mayor, como ella se lo habia pedido, antes que amaneciese y el dia le estorbase de echarla, y le forzase á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla pues hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana le dijo que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie seria seguida, y antes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se habia puesto en parte donde no pudiese ser visto. Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lu-

gar don [illegible] es, no
vió á p[illegible] de lejos
la siguiesen, á cada p[illegible] cama, mandolos há-
cia su casa que no muy [illegible]s de allí estaba : y
por desmentir las espías, si acaso la seguian, se
entró en una casa que halló abierta, y de allí á
poco se fué á la suya, donde halló á sus padres
atónitos, y sin desnudarse, y aun sin tener pen-
samiento de tomar descanso alguno. Cuando la
viéron, corriéron á ella con los brazos abiertos,
y con lágrimas en los ojos la recibiéron. Leoca-
dia llena de sobresalto y alboroto, hizo á sus pa-
dres que se retirasen con ella á parte, como lo
hiciéron, y allí en breves palabras les dió cuen-
ta de todo su desastrado suceso, con todas las
circunstancias dél, y de la ninguna noticia que
traia del salteador, y robador de su honra: díjo-
les lo que habia visto en el teatro donde se re-
presentó la tragedia de su desventura : la ventana
el jardin, la reja, los escritorios, la cama, los
damascos, y á lo último les mostró el crucifijo
que habia traido: ante cuya imágen se renováron
las lágrimas, se hiciéron deprecaciones, se pidié-
ron venganzas, y deseáron milagrosos castigos :
dijo ansí mismo que aunque ella no deseaba ve-
nir en conocimiento de su ofensor, que si á sus
padres les parecia ser bien conocerle, que por
medio de aquella imágen podrian, haciendo que
los sacristanes dijesen en los púlpitos de todas
las parroquias de la ciudad, que el que hubiese
perdido tal imágen, la hallária en poder del re-
ligioso que ellos señalasen, y que ansí sabiendo
el dueño de la imágen, se sabria la casa y aun la
persona de su enemigo. A esto replicó el padre;
bien habias dicho, hija, si la malicia ordinaria
no se opusiera á tu discreto discurso, pues está
claro que esta imágen hoy en este dia se ha de

echar menos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó, y de llegar á su noticia que la tiene algun religioso, antes ha de servir de conocer quien se la dió al tal que la tenia, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto ansí, antes quedarémos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona: lo que has de hacer, hija, es guardarla, y encomendarte á ella que pues ella fué testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que mas lastima una onza de deshonra pública, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto: la verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el deseo, y con la obra se ofende á Dios; y pues tú, ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal tendré, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazándola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla, ella gimió, y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo entanto, vuelto á su casa, echando menos la imágen del crucifijo, imaginó quien podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta dello, ni sus padres se la pidiéron cuando de allí á tres diás que él par-

tió á Ita [illegible] amarera
de su m [illegible] dejaba.
Muchos dias habia que [illegible] Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre que habia estado en ella se lo persuadia, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las agenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma, y Nápoles, y él con dos de sus camaradas se partió luego, goloso de lo que habia oido decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia, y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenian los Españoles. Sonábale bien aquel: *eco li buoni polastri*; *picioni*, *presuto é salcicie*, con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á estas, y pasan por la estrecheza é incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le habia sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entretanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se le habian de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada, suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volviéron á sus ojos, y los suspiros, y lamentos comenzáron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consolarla. Voló el tiempo y llegóse el punto del parto, y con tanto secreto

que aun no se osó fiar de la partera, usurpando este oficio la madre, dió á la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido; le lleváron á una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba si no muy rica, á lo menos muy virtuosamente. Era el niño (á quien pusiéron nombre Luis por llamarse asi su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado, y de tal manera su gracia, belleza, y discrecion enamoráron á sus abuelos, que viniéron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle, llovian sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido: estos el padre que le engendró, aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico, como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdicion los ladrones ni la que llaman fortuna. Sucedió pues que un dia que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros, púsose á mirar, y por mejorarse de puesto, pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fué posible detenerle en la furia de su carrera: pa-

só por [illegible] , ten-
dido en [illegible] sangre de la
cabeza. Apenas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas, ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen, y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase. Muchos caballeros le siguiéron, lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz, que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oidos de sus abuelos y de su encubierta madre: los cuales certificados bien del caso, como desatinados y locos salièron á buscar á su querido, y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le habia llevado, muchos de los que encontráron, les dijéron su casa, á la cual llegáron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano. El caballero y su muger, dueños de la casa, pidiéron á los que pensáron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le seria al niño de ningun provecho. El cirujano que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida, como él al principio habia temido. En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los cuales le preguntáron llorando, que como se sentia? Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le

dejasen reposar: hízose ansí, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino habia usado. A lo cual respondió el caballero que no tenia que agradecerle; porque le hacia saber que cuando vió al niño caido y atropellado, le pareció que habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien el queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos, y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su muger que era una noble señora, dijo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promesas. Admirados quedáron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó mas admirada, porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotado espíritu: miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra, y principio á su desventura, y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenia, conoció la disposicion della vió la ventana de la reja que caia al jardin, y por estar cerrada á causa del herido preguntó si aquella ventana respondia á algun jardin! Y fuéle respondido que sí; pero lo que mas conoció, fué que aquella era la misma cama que tenia por tumba de su sepultura, y mas que el propio escritorio sobre el cual estaba la imágen que habia traido. se estaba en el mismo lugar. Finalmente sacáron á luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que ella habia contado, cuando la sacáron del aposento tapados los ojos, digo los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa dejando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número: y confiriendo unas

señales por verdadera o por extenso [illegible] que [illegible] o discreta se informó si el caballero donde su nieto estaba habia tenido, ó tenia algun hijo; y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia, y tanteando el tiempo que le dijéron que habia faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenia. Dió aviso de todo esto á su marido; y entre los dos, y su hija acordáron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fué visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo, y algunas veces hablando con Leocadia D.ª Estefania, que asi se llamaba la muger del caballero, le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo delante. Destas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decirle, que fuéron estas ú otras semejantes: el dia, señora, que mis padres oyéron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyéron y pensáron que se les habia cerrado el cielo, y caido todo el mundo acuestas: imagináron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino á quien ellos quieren con amor de tal manera que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus hijos mas como decirse suele, que cuando Dios da la llaga, da la medicina, la halló el niño en esta casa y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las podré olvidar mientras la vida me durare: yo, señora, soy noble,

porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente, donde quiera que han vivido.

Admirada y suspensa estaba D.ª Estefania, escuchando las razones de Leocadia, y no podia crer aunque lo veia que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte poco mas á menos, y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fuéron aquellas que bastáron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla á aquel aposento, las señales en que habia conocido ser aquel mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imágen del crucifijo que le habia llevado, á quien dijo: tú, señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél que no la pretendo, sino para fogarte me dieses algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: permision fué del cielo el haberle atropellado, para que trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, sino el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo menos el medio con que pueda sobrellevarla. Diciendo esto, abrazada con el crucifijo cayó desmayada en los brazos de Estefania: la cual en fin, como muger y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apenas vió el desmayo de Leocadia,

de junto su rostro con el suyo, derrama
obre él tantas lágrimas, que no fué mene
sparcirle otra agua encima para que Leoc
n sí volviese. Estando las dos desta manera
tó á entrar el caballero, marido de Estefa
que traia á Luisico de la mano, y viendo
nto de Estefania, y el desmayo de Leoca-
preguntó á gran priesa le dijesen la causa de
rocedia. El niño abrazaba á su madre por
rima, y á su abuela por su bienhechora, y asi
no preguntaba, porque lloraban! Grandes
s, señor, hay que deciros, respondió Es-
nia á su marido, cuyo remate se acabará con
ros que hagais cuenta que esta desmayada es
vuestra, y este niño vuestro nieto. Esta ver-
que os digo me ha dicho esta niña, y la ha
irmado, y confirma el rostro de este niño en
cual entrambos habemos visto el de nuestro
. Si mas no os declarais, señora, yo no os
ndo replicó el caballero. En esto volvió en
eocadia, y abrazada del crucifijo, parecia
convertida en un mar de llanto. Todo lo
enia puesto en gran confusion al caballero,
cual salió contándole su muger todo
o que Leocadia le habia contado; y él lo
por divina permision del cielo, como si
uchos y verdaderos testigos se lo hubieran
o. Consoló y abrazó á Leocadia, besó á
, y aquel mismo dia despacháron un
á Nápoles, avisando á su hijo se viniese
orque le tenian concertado casamiento
muger hermosa sobremanera, y tal cual
onvenia. No consintiéron que Leocadia,
volviesen mas á la casa de sus padres,
contentisimos del buen suceso de su
n infinitas gracias á Dios por ello. Lle-
reo á Nápoles, y Rodolfo con la golo-

sina de gozar tan hermosa m r, como su padre le significaba, de allí á dos dias que recibió la carta, ofreciéndosele ocasion de cuatro galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aun no le habian dejado, y con próspero suceso en doce dias llegó á Barcelona, y de allí por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre tan galan y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarría estaban en él todos juntos. Alegráronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo. Suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba por no salir de la traza, y órden que D.ª Estefania le habia dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefania por haberlos menester para su designio. Estaba cerca la noche, cuando Rodolfo llegó, y entanto que se aderezaba la cena, Estefania llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo sin duda alguna que ellos debian de ser los dos de los tres que Leocadia habia dicho que iban con Rodolfo la noche que la robáron, y con grandes ruegos les pidió le dijesen si se acordaban que su hijo habia robado á una muger tal noche, tantos años habia; porque el saber la verdad de esto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes: y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les asegurar que de descubr [illegible] robo no les podia suceder daño alguno, [illegible] ellos tuviéron por bien de confesar ser verdad que una noche de verano yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robáron en la misma que ella señalaba, á una muchacha, y que Rodolfo se habia venido con ella mientras ellos detenian á la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que

dia les
ado á su
onder á lo
destos d
as que en tal caso se r ofrecer; y asi
erminó de llevar al cabo su pensamien-
que fué este. Poco antes que se sentasen á
ar, se entró en un aposento á solas su ma-
con Rodolfo y poniéndole un retrato en las
nos, le dijo: yo quiero, Rodolfo hijo, darte
gustosa cena con mostrarte á tu esposa: es-
s su verdadero retrato; pero quiérote adver-
que lo que le falta de belleza, le sobra de
ud: es noble, y discreta y medianamente ri-
y pues tu padre y yo te la hemos escogido,
gúrate que es la que te conviene. Atentamen-
niró Rodolfo el retrato, y dijo: si los pinto-
que ordinariamente suelen ser pródigos de la
mosura con los rostros que retratan, lo han
tambien con este, sin duda creo que el ori-
al debe ser la misma fealdad: á la fe, seño-
y madre mia, justo es y bueno que los hijos
dezcan á sus padres en cuanto les mandaren;
o tambien es conveniente y mejor que los
res den á sus hijos el estado de que mas gus-
en, y pues el del matrimonio es ñudo que no
lesata sino la muerte, bien será que sus lazos
n iguales, y de unos mismos hilos fabricados;
virtud, la nobleza, la discrecion, y los bie-
de la fortuna, bien pueden alegrar el en-
dimiento de aquel á quien le cupiéron en
rte con su esposa; pero que la fealdad della
gre los ojos del esposo, paréceme imposible:
zo soy, pero bien se me entiende que se com-
lece con el sacramento del matrimonio el
to y debido deleite que los casados gozan:
si él falta; cojea el matrimonio y desdice

de su segunda intencion; pues pen[illegible] que un rostro feo, que se ha de tener á toda[illegible] horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa, y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible: por vida de vuesa merced, madre mia, que me dé compañera que me entretenga, y no enfade; porque sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho Hevemos ambos á dos el yugo donde el cielo nos pusiere: si esta señora es noble, discreta, y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio: unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura, y yo soy destos últimos; porque nobleza, gracias al cielo, y á mis pasados, y á mis padres, que me la dejáron por herencia: discrecion, como una muger no sea necia, tonta, ó boba, bástale que ni por aguda despunte, ni por boba no aproveche: de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre: la hermosura busco, la belleza quiero no con otra dote, que con la de la honestidad y buenas costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto, y daré buena vejez á mis padres. Contentísima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio: respondióle que ella procuraria casarle conforme su deseo, que no tuviese pena alguna, que era fácil deshacerse los conciertos, que de casarle con aquella señora estaban hechos. Agradecióselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar, sentáron á la mesa; y habiéndose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo D.ª Estefania al descuido: pecadora de mí, y que bien que trato á mi huéspeda! andad vos, di-

un criado, decid á la señora D.ª Leocadia sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que á la estan todos son mis hijos y sus servidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que habia de hacer estaba avisada y advertida Leocadia. Pocó tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y mas hermosa muestra que pudo dar jamas compuesta y natural hermosura. Venia vestida por ser invierno de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes: sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rubios, le servian de adorno y tocas, cuya invencion de lazos y rizos, y vislumbres de diamantes que con ellos se entretejian, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brio: traia de la mano á su hijo, y delante de ella venian dos doncellas, alumbrándola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantáronse todos á hacerla reverencia, como si fuere alguna cosa del cielo, que allí milagrosamente se habia aparecido. Ningunos de los que allí estaban embebecidos mirándola, parece que de atónitos no acertáron á decirle palabra. Leocadia con airosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomándola de la mano Estefania, la sentó junto á sí frontero de Rodolfo. Al niño sentáron junto á su abuelo. Rodolfo que desde mas cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: si la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuviérame yo por el mas dichoso hombre del mundo. Válame Dios, que es esto que veo! es por ventura algun ángel humano el que estoy mirando? y en esto se le iba entrando por los ojos á tomar posesion de su

alma la hermosa imágen de Leocadia : la cual en tanto que la cena venia, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria mas que á la luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo habia pasado : comenzáron á enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le habia dado, temiendo que á la cortedad de su ventura, habian de corresponder las promesas de su madre : consideraba cuan cerca estaba de ser dichosa, ó sin dicha para siempre ; y fué la consideracion tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretáron el corazon de manera, que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniéndole un desmayo que le forzó á reclinar la cabeza en los brazos de D.ª Estefania, que como ansí la vió, con turbacion la recibió en ellos. Sobresaltáronse todos, y dejando la mesa, acudiéron á remediarla. Pero el que dió mas muestras de sentirlo fué Rodolfo, pues por llegar presto á ella tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla, ni echarla agua en el rostro volvia en sí, antes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte ; y las criadas y criados de casa, como menos considerados, diéron voces, y la publicáron por muerta. Estas amargas nuevas llegáron á los oidos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia D.ª Estefania escondidos. Los cuales con el cura de la parroquia que ansí mismo con ellos estaba ; rompiendo el órden de Estefania, saliéron á la sala. Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla de ellos ; y donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre

cho de Leocadia. Dióle su madre lugar de á ella llegase como á cosa que habia de ser ya; pero cuando vió que tambien estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan extremados extremos; pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentia, le dijo: no te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres, cuando sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta mas alegre coyuntura: has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa: llamo verdadera porque yo y tu padre te la teniamos escogida, que la del retrato es falsa. Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podian poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya. Pero cuando mas las lágrimas de todos por lástima crecian, y por dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia arrancados venian á menos, y los gritos de su hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento que de los pechos de los circunstantes se habia ausentado. Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse de ellos, pero él le dijo: no, señora, no ha de ser ansí, no es bien que pugneis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene el alma. A esta razon acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó D.ª Estefania,

de no llevar mas adelante su determinacion primera, diciendo al cura que luego desposase á su hijo con Leocadia: él lo hizo ansí, que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio. El cual hecho, déjese á otra pluma y á otro ingenio mas delicado que el mio el contar la alegría universal de todos los que en él se halláron: los abrazos que los padresde Leocadia diéron á Rodolfo: las gracias que diéron al cielo y á sus padres: los ofrecimientos de las partes: la admiracion de los camaradas de Rodolfo que tan impensadamente viéron la misma noche de su llegada tan hermoso desposorio, y mas cuando supiéron por contarlo delante de todos D.ª Estefania, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo habia robado; de que no menos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse mas de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrian bien averiguado. Ella respondió: cuando yo recordé y volví en mí de otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra; pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, ansí mismo me hallé en los brazos del de entonces, pero honrada: y si esta señal no basta, baste la de una imágen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar, sino yo: si es que por la mañana le echástes menos, y si es el mismo que tiene mi señora. Vos lo sois de mi alma, y lo seréis los años que Dios ordenare, bien mio; y abrazándola de nuevo, de nuevo volviéron las bendiciones y parabienes que les diéron.

o la cena, y viniéron músicos, que para esto es-
an prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en él
ejo del rostro de su hijo: lloráron sus cuatros
elos de gusto: no quedó rincon en toda la
a que no fuese visitado del júbilo, del contento,
e la alegría; y aunque la noche volaba con
ligeras y negras alas, le parecia á Rodolfo
iba y caminaba no con alas, sino con mule-
: tan grande era el deseo de verse á solas con
querida esposa. Llegóse en fin la hora dese-
, porque no hay fin que no le tenga. Fuéronse
costar todos, quedó toda la casa sepultada en
ncio, en el cual no quedará la verdad deste
nto, pues no le consentirán los muchos hijos
ilustre descendencia que en Toledo dejáron,
hora viven, estos dos venturosos desposados,
muchos y felices años gozáron de sí mismos,
sus hijos, y de sus nietos, permitido todo por
ielo y por la Fuerza de la Sangre, que vió
ramada en el suelo el valeroso, ilustre, y
tiano abuelo de Luisico.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOVELA

DEL

ZELOSO EXTREMEÑO.

No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual como un otro Pródigo por diversas partes de España, Italia y Flándes anduvo gastando asi los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconduto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en en el arte) añagaza general de mugeres libres, engaño comun de muchos, y remedio particular de pocos. En fin llegado el tiempo en que una flota se partia para Tierrafirme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotage, y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría diéron las velas al viento que blan-

do y próspero so[illegible], [illegible] en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas el mar Océano. ba nuestro pasagero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con mas recato que hasta allí con las mugeres. La flota estaba como en calma, cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó á nadie en sus asientos, y asi le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viage le ofrecia, el cual viage fué tan próspero, que sin recibir algun leves ni contraste llegáron al puerto de Cartagena: y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe cuando pasó á las indias, seria de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, despues puestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Pirú donde habia grangeado tanta hacienda, traydndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes se volvió á España: desembarcó en Sanlucar: llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas: sacó sus partidas sin zozobras: buscó sus

amigos, hallólos todos muertos: quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte: y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso, le iban combatiendo muchos pensamientos sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatian aunque, por diferente causa, que si entonces no dormia por pobre, no podia sosegar de rico: que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar della, como lo es la probeza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras mas parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras no por miserable, porque en algunos años que fué soldado, aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en ser, era cosa infrutuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y parecíale que conforme á los años que tenia, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo mas de lo que debia: por otra parte consideraba que la estrecheza de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, era ponerse por blanco de todas importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y mas cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias: quisiera tener á quien dejar sus bienes despues de sus dias, y con este deseo

tan gran miedo, que asi se le desbaratana y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el mas zeloso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los zelos, á fatigar las sospechas, y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que asi era el nombre de la hermosa doncella; y luego sin mas detenerse, comenzó á hacer un gran monton de discursos, y hablando consigo mismo decia: esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa no debe de ser rica, y ella es niña, sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarmehe con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion, que aquella que yo le enseñare: yo no soy tan viejo, que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden: de que tenga dote ó no, no hay paraque hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto pues, echada está la suerte, y esta es la que

el cielo quiere que yo tenga. Y asi hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo como aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por muger á su hija. Ellos le pidiéron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y halláron ser ansí lo que entrambos dijéron; y finalmente Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrazado el pecho del zeloso viejo. El cual apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos zelos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido: y la primera muestra que dió de su condicion zelosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y asi anduvo mirando cual otra muger tendria poco mas ó menos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fuéron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se viéron por mas que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto, no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tener la puesta casa á parte, la cual aderezó en

forma. Compró una casa en doce mil
n barrio principal de la ciudad, que
de pie y jardin con muchos naranjos: cer-
todas las ventanas que miraban á la calle, y
les vista al cielo, y lo mismo hizo de todas
otras de casa: en el portal de la calle; que en
villa llaman casapuerta, hizo una caballeriza
ra una mula, y encima de ella un pajar y apar-
miento, donde estuviese el que habia de curar
ella. que fué un negro viejo y eunuco: levan-
ó las paredes de las azoteas de tal manera, que
l que entraba en la casa, habia de mirar al cielo
por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa:
hizo torno que de la casapuerta respondia al pa-
tio: compró un rico menage para adornar la ca-
sa, de modo que por tapicerías, estrados y dose-
les ricos, mostraba ser de un gran señor: com-
pró asi mismo cuatro esclavas blancas, y herró-
las en el rostro, y otras dos negras bozales: con-
certóse con un despensero que le trujese y com-
prase de comer, con condicion que no durmie-
se en casa, ni entrase en ella sino hasta el torno,
por el cual habia de dar lo que trujese: hecho
esto. dió parte de su hacienda á censo, situada
en diversas y buenas partes: otra puso en el
Banco, y quedóse con alguna para lo que se le
ofreciese: hizo asi mismo llave maestra para to-
da la casa, y encerró en ella todo lo que suele
comprarse en junto y en sus sazones para la pro-
vision de todo el año; y teniéndolo todo asi ade-
rezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su muger, que se la entregaron
no con pocas lágrimas, porque les pareció que
la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora
aun no sabia lo que le habia acontecido, y asi
llorando con sus padres, les pidió su bendicion,
y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y

ver otra cosa :
ondia al pa-
ornar la ca-
ados y dose-
com-
herró-
con-
om-
nie-
rno,
o
a
l
e
le
o-
e-
ta
ba
ba
el
en
y
á
r
s
e
l
o

edad de Leonora, que paraqu
las de sus mismos años, asi r
do : prometióles que las trata
das de manera, que no sintie
to, y que los dias de fiesta t
guno irian á oir misa; pero
apenas tuviese la luz lugar
ronle las criadas y esclavas d
que les mandaba, sin pesad
voluntad, y buen ánimo : y
cogiendo los hombros, bajó
ella no tenia otra voluntad,
y señor, á quien estaba sier
cha esta prevencion, y reco
meñó en su casa, comenzó
los frutos del matrimonio, lo
como no tenia experiencia d
tosos ni desabridos ; y asi p
su dueña, doncellas y esclava
lo mejor diéron en ser golos
pasa ban sin hacer mil cosas
el azucar hacen sabrosas. Se
en grande abundancia lo que
y no menos sobraba en su
árselo, pareciéndole que co

tretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerias que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años; todo lo cual era de grandisima satisfacion para el zeloso marido, pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego: y asi solo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento, que de todos seria servida. Los dias que iba á misa que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrecheza en que vivia, la templaban con las muchas dávidas que Carrizales su liberal yerno les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche antes por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia, y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales las mas veces á pie, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle, y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasáron un año de noviciado, é hiciéron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y asi fue-

á misa que
venian sus
delante
livas,
la es-
les
que

negociaba en la calle, las fi
que sus salas, y cuadras ador
hembras, flores, boscages:
honestidad, recogimiento y r
las consejas que en las largas
no en la chimenea sus criada
tar él presente en ninguna ningu
se descubria: la plata de las c
ojos de Leonora parecian cabel
que el amor primero que las d
les imprime en el alma com
ra: su demasiada guarda le
recato: pensaba y creia que
pasaban todas las reciencasad
daban sus pensamientos á s
de su casa, ni su voluntad
mas de aquella que la de su r
los dias que iba á misa veia
era tan de mañana, que sino
iglesia, no habia luz para m
monasterio tan cerrado, ni n
das, ni manzanas de oro tan
indo esto, no pudo en ningu

treteni [illegible] y ocupadas, sin [illegible] nde ponerse a pe[illegible]ar en su encerr[illegible]ento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años; todo lo cual era de grandísima satisfacion para el zeloso marido, pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego: y asi solo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento, que de todos seria servida. Los dias que iba á misa que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrecheza en que vivia, la templaban con las muchas dávidas que Carrizales su liberal yerno les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche antes por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia; y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales, lás mas veces á pie, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle, y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasáron un año de noviciado, é hiciéron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y asi fue-

, si el sagaz perturbador del género humano
lo estorbara, como ahora oiréis.

Dígame ahora el que se tuviere por mas dis-
eto y recatado, que mas prevenciones para su
guridad podia haber hecho el anciano Felipe,
ies aun no consintió que dentro de su casa hu-
ese algun animal que fuese varon! á los ratón-
es della jamas los persiguió gato, ni en ella
oyó ladrido de perro, todos eran del género
menino: de dia pensaba, de noche no dormia:
l era la ronda y centinela de su casa, y el Ar-
os de lo que bien queria: jamas entró hombre
e la puerta adentro del patio: con sus amigos
egociaba en la calle, las figuras de los paños
ue sus salas, y cuadras adornaban, todas eran
embras, flores, boscages: toda su casa olia á
oncstidad, recogimiento y recato, aun hasta en
is consejas que en las largas noches del invier-
o en la chimenea sus criadas contaban, por es-
ir él presente en ninguna ningun género de lascivia
e descubria: la plata de las canas del viejo á los
jos de Leonora parecian cabellos de oro puro, por
ue el amor primero que las doncellas tienen se
s imprime en el alma como el sello en la ce-
a: su demasiada guarda le parecia advertido
ecato: pensaba y creia que lo que ella pasaba,
asaban todas las reciencasadas: no se desman-
aban sus pensamientos á salir de las paredes
e su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa
ias de aquella que la de su marido queria: solo
os dias que iba á misa veia las calles, y esto
a tan de mañana, que sino era al volver de la
glesia, no habia luz para mirarlas: no se vió
onasterio tan cerrado, ni monjas mas recogi-
as, ni manzanas de oro tan guardadas; y con
do esto, no pudo en ninguna manera preve-

i excusar de caer en lo que :.
:nos en pensar que habia caido.

y en Sevilla un género de gente ociosa y
azana, á quien comunmente suelen llamar
.e de barrio: estos son los hijos de vecino
:ada Colacion y de los mas ricos della, gen-
baldía, atildada y meliflua; de la cual, y de
trage y manera de vivir, de su condicion y de
leyes que guardan entre sí, habia mucho que
cir; pero por buenos respectos se deja. Uno
:stos galanes pues que entre ellos es llamado vi-
ote (*) mozo soltero (que á los recien casados
laman matones) acertó á mirar la casa del re-
:atado Carrizales; y viéndola siempre cerrada, le
tomó gana de saber quien vivia dentro, y con
tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia,
que de todo en todo vino á saber lo que desea-
ba: supo la condicion del viejo, la hermosura de
su esposa, y el modo que tenia en guardarla: to-
do lo cual le encendió el deseo de ver si seria
posible expugnar por fuerza, ó por industria for-
taleza tan guardada: y comunicándolo con dos
virotes y un maton, sus amigos acordáron que
se pusiese por obra, que nunca para tales obras
faltan consejeros y ayudadores. Dificultaban el
modo que se tendria para intentar tan dificulto-
sa hazaña: y habiendo entrado en bureo muchas
veces, conviniéron en esto: que fingiendo Loay-
sa, que asi se llamaba el virote, que iba fuera de

(*) Esta palabra, que entre los varios y decentes sentidos que tenia en nuestra lengua en tiempo de Cervantes, y suele todavía conservar en ella, significaba el mozo soltero, ocioso paseante y preciado de guapa en cuya acepcion se usa todas las veces que ocurre en esta Novela, ha degenerado hoy en significacion maliciosa y obscena no por culpa del autor, ino del pueblo que tanto imperio ejerce en las lenguas :ivas.

ose á dos muletas, se convirtió en un po-
llido, tal que el mas verdadero estropeado
le igualaba. Con este talle se ponia cada
á la oracion á la puerta de la casa de Car-
s, que ya estaba cerrada, quedando el ne-
que Luis se llamaba, cerrado entre las dos
as. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla,
grasienta y falta de algunas cuerdas, y co-
era algo músico, comenzaba á tañer algu-
metos alegres y regocijados, mudando la voz
o ser conocido. Con esto se daba priesa á
r romances de moros y moras á la loques-
on tanta gracia que cuantos pasaban por
le se ponian á escucharle, y siempre entan-
e cantaba, estaba rodeado de muchachos, y
el negro poniendo los oidos por entre las
as, estaba colgado de la música del virote,
a un brazo por poder abrir la puerta y es-
rle mas á su placer: tal es la inclinacion
os negros tienen á ser músicos. Y cu-

comenzó á templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, llegándose al quicio de la puerta, con voz baja dijo; será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed y no puedo cantar! No: dijo el negro, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde puedo dárosla. Pues quien tiene la llave! preguntó Loaysa. Mi amo, respondió el negro, que es el mas zeloso hombre del mundo, y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no seria mas mi vida; pero quien sois vos que me pedis el agua! Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto enseño á tañer á algunos morenos, y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclavos de tres veinticuatros, á quien he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en cualquier baile, y en calquier taberna, y me lo han pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagara yo, dijo Luis, á tener lugar de tomar licion; pero no es posible, á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas. Por Dios, Luis, replicó Loaysa (que ya sabia el nombre del negro) que si vos diésedes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion, en menos de quince dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y mas que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz que es atiplada debeis de cantar muy bien. No canto mal, respondió el negro; pero que aprovecha! pues no sé tonada alguna, sino es la de la estrella do Vénus, y la de:

Y aquella que al qu

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todas esas son aire, dijo Loaysa, para las que yo os podria enseñar; porque sé todas las del moro Abindarraez, con las de su dama Xarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos portugueses: y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa á aprender, apenas habréis comido tres ó cuatro moyos de sal, cuando ya os veais músico corriente y moliente en todo género de guitarra. A esto suspiró el negro, y dijo: que aprovecha todo eso, si no sé como meteros en casa! Buen remedio, dijo Loaysa, procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimiréis de manera, que queden señaladas las guardas en la cera, que por la aficion que os he tomado, yo haré que un cerragero amigo mio haga las llaves, y asi podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra faltándole el arrimo de la guitarra: que quiero que sepais, hermano Luis, que mejor voz del mundo pierde de sus quilates, cuando no se acompaña con el instrumento, ahora sea de guitarra, ó clavicímbano, de órganos, ó de harpa; pero el que mas á vuestra voz conviene, es el instrumento de la guitarra por el mas mañero y menos costoso de los ins-

amentos. Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamas entran las aves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia y de noche duermen debajo de su almohada. Pues haced otra cosa, Luis, dijo Loaysa, si es que teneis gana de ser músico consumado: que si no la teneis, no hay paraque cansarme en aconsejaros. Y como si tengo gana? replicó Luis y tanta, que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico. Pues ansí es dijo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podais de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volverémos á poner la chapa, de modo que no se eche ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó adonde dormis, me daré tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veais aun mas de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona, y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matalotage para entrambos y para mas de ocho dias, que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar. De la comida, replicó el negro, no habrá que temer, que con la racion que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos: venga ese martillo que decis y tenazas, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan lejos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye. Pues á la mano de Dios, dijo Loay

que de aquí á dos dias tendréis, Luis, todo necesario para poner en ejecucion nuestro virtuoso propósito : y advertid en no comer cosas ruinosas, por que no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por todas cuantas voces tiene el suelo. No digo tal, dijo Loaysa, ni Dios tal permita : beded, hijo Luis, beded, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida, jamas fué cosa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el negro, aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal, este me llenan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla que tambien cabe dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dijo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe, ni canta. Andad con Dios, dijo el negro; pero mirad, que no dejeis de venir á cantar aquí las noches que tardaredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y como si vendré, replicó Loaysa, y aun con tonadicas nuevas. Eso pido, dijo Luis, y ahora no me dejeis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto, y en lo de la paga entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico. No reparo en eso, dijo Loaysa, que segun yo os enseñaré, asi me pagaréis; y por ahora escuchad esta tonadilla, que cuando esté dentro veréis milagros. Sea enbuenora, respondió el negro : y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo al negro: con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veia la hora de abrir la puerta. Apenas se quitó Loaysa de la puerta.

ando con mas ligereza que el traer de su
tas prometia, se fué á dar cuenta á sus compa-
ros del buen comienzo, adivino del buen fin
ue por él esperaba: hallólos, y contó lo que con
l negro dejaba concertado, y otro dia halláron
os instrumentos tales, que rompian cualquier cla-
o como si fuera de palo. No se descuidó el vi-
ote de volver á dar música al negro, ni menos
tuvo descuido el negro en hacer el agujero por
donde cupiese lo que su maestro le diese, cubri-
éndolo de manera, que á no ser mirado con ma-
licia y sospechosamente, no se podia caer en el
agujero. La segunda noche le dió los instrumen-
tos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin
poner alguna se halló rompidos los clavos y con
la chapa de la cerradura en las manos, abrió la
puerta y recogió dentro á su Orfeo y maestro, y
cuando le vió con sus dos muletas, y tan andra-
joso, y tan sajada su pierna, quedó admirado.
No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no
ser necesario, y asi como entró, abrazó á su buen
discípulo, y le besó en el rostro, y luego le puso
una gran bota de vino en las manos, y una caja
de conserva, y otras cosas dulces, de que llevaba
unas alforjas bien proveidas; y dejando las mule-
tas, como sino tuviera mal alguno, comenzó á ha-
cer cabriolas; de lo cual se admiró mas el negro,
á quien Loaysa dijo: sabed, hermano Luis, que
mi cojera y estropeamiento no nace de enferme-
dad, sino, de industria, con la cual gano de co-
mer pidiendo por amor de Dios, y ayudándome
della y de mi música paso la mejor vida del mun-
do, en el cual todos aquellos que no fueren in-
dustriosos y tracistas morirán de hambre, y esto
lo veréis en el discurso de nuestra amistad. Ello
dirá, respondió el negro; pero demos órden de
volver esta chapa á su lugar, de modo que no se

su [illegible]: Enhuenhora bajó Loay-
ıdo clave de su [illegible] contáron
ra de su [illegible] que estaba tan bien
ıntes; de lo cual quedó contentísimo
y subiéndose Loaysa al aposento
pajar tenia el negro, se acomodó
ıue pudo. Encendió luego Luis un
era, y sin mas aguardar sacó su gui-
sa, y tocándola baja y suavemente
al pobre negro de manera, que estaba
í escuchándole. Habiendo tañido un
de nuevo colacion, y dióla á su dis-
ıunque con dulce, bebió con tan buen
la bota, que le dejó mas fuera de sen-
la música. Pasado esto, ordenó que
ase licion Luis, y como el pobre ne-
:uatro dedos de vino sobre los sesos,
a traste, y con todo eso le hizo creer
e ya sabia por lo menos dos tonadas,
ıeno que el negro se lo creia, y en toda
o hizo otra cosa que tañer con la gui-
mplada y sin las cuerdas necesarias.
lo poco que de la noche les quedaba:
le las seis de la mañana bajó Carriza-
ó la puerta de en medio, y tambien
le, y estuvo esperando al despensero,
ıo de allí á un poco, y dando por el
ımida, se volvió, á ir, y llamó al ne-
ıjase á tomar cebada para la mula y
y en tomándola se fué el viejo Carri-
ndo cerradas ambas puertas sin echar
ıue en la de la calle se habia hecho,
poco se alegráron maestro y discípulo.
lió el amo de casa, cuando el negro

gro, y suspenso el rebaño de las [illegible] escuchaban. Pues que diré de lo que ellas sintiéron, cuando le oyéron tocar el *pésame de ello*, acabar con el endemoniado son de la zarabanda, nuevo entonces en España! no quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la seguida, con que acabó de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidiéron al negro les dijese quien era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el mas galian y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quinze dias de casa, que ellas le regalarian muy bien, y darian cuanto hubiese menester. Preguntáron[illegible] que modo habia tenido para meterle en casa? esto no les respondió palabra: á lo demas di[illegible] que para poderle ver hiciesen un agujeró pequeño en el torno, qué despues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa que él lo procuraria.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echáron de ver que no salian de ingenio pobre mendigante: rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harian con su señora que bajase á escucharle á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus años, sino de sus muchos zelos. A lo cual dijo Loaysa que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que le echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiempo del ordinario. Jesus valme!

ıa de las doncellas; y si eso fuese verdad,
ıena ventura se nos habia entrado por las
s sin sentirlo y sin merecerlo! no serian
olvos de sueño para él, sino polvos de vida
ɔdas nosotras y para la pobre de mi señora
ra su muger, que no la deja á sol ni á
ı, ni la pierde de vista un solo momento:
ñor mio de mi alma! trayga esos polvos,
ɔs le dé todo el bien que desea: vaya, y
le, tráygalos, señor mio, que yo me ofrezco
:larlos en el vino y á ser la escanciadora;
iiese á Dios que durmiese el viejo tres dias
ɜ noches, que otros tantos tendríamos no-
le gloria. Pues yo los traeré, dijo Loaysa,
tales que no hacen otro mal ni daño á
ɔ's toma, sino es provocarle á sueño pesa-
Todas le rogáron que los trujese con bre-
y quedando de hacer otra noche con una
ı el agujero en el torno, y de traer á su
para que le viese y oyese, se despidiéron,
ɜro, aunque era casi el alba, quiso tomar
la cual le dió Loaysa y le hizo entender
habia mejor oido que el suyo en cuantos
los tenia, y no sabia el pobre negro ni
jamas hacer un cruzado. Tenian los ami-
Loaysa cuidado de venir de noche á escu-
r entre las puertas de la calle, y ver si
ɜo les decia algo ó si habia menester
cosa, y haciendo una señal que dejáron
ıda, conoció Loaysa que estaban á la
y por el agujero del quicio les dió breve
del buen término en que estaba su nego-
éndoles encarecidamente buscasen alguna
ɜ provocase á sueño para dárselo á Car-
que él habia oido decir que habia unos
ɔara este efecto: dijéronle que tenian un
ımigo que les daria el mejor remedio que

supiese, si es que le habia, y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidiéron. Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa, y temblando de que no despertase su marido, que aunque ella vencida deste temor no habia querido venir, tantas cosas le dijéron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposicion del músico pobre, que sin haberle visto se alababa y le subia sobre Absalon y sobre Orfeo, que la pobre señora convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamas en voluntad. Lo primero que hiciéron, fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marineresca, un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje, que de todo vino proveido en las alforjas, imaginando que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de trage. Era mozo, y de gentil disposicion, y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Ponía-se una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba á bajo con el torzal de cera encendido: y despues que todas le hubiéron visto hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, asi á la vieja como á las mozas, y todas rogáron á Luis que diese órden y

traza c[illegible] den-
tro, pa[illegible] y no tan
por brújula como [illegible], y sin el so-
bresalto de estar ta[illegible] as de su señor, que
podia cojerlas de sobresalto y con el hurto en las
manos, lo cual no sucederia ansí, si le tuviesen
escondido dentro. A esto contradijo su señora
con muchas verâs, diciendo que no se hiciese la
tal cosa, ni la tal entrada, porque le pesaria en
el alma, pues desde allí le podian ver, y oir á su
salvo, y sin peligro de su honra. Que honra? di-
jo la dueña: el Rey tiene harta: estése vuesa
merced encerrada con su Matusalen, y déjenos á
nosotras holgar como pudiéremos: cuanto mas,
que parece este señor tan honrado, que no quer-
rá otra cosa de nosotras mas de lo que nosotras
quisiéremos. Yo, señoras mias, dijo á esto Loay-
sa, no vine aquí sino con intencion de servir á
todas vuesas mercedes con el alma y con la vida,
condolido de su no vista clausura y de los ratos que
en este estrecho género de vida se pierden: hom-
bre soy yo por vida de mi padre, tan sencillo,
tan manso, y de tan buena condicion y tan obe-
diente, que no haré mas de aquello que se me
mandare; y si cualquiera de vuesas mercedes di-
jere: maestro, siéntese aquí, maestro páscse allí,
echaos acá, pasaos acullá; asi lo haré, como el
mas doméstico y enseñado perro que salta por el
Rey de Francia. Si eso ha de ser asi, dijo la
ignorante Leonora, que medio se dará para que
entre acá dentro el señor maeso! Bueno, dijo,
Loaysa: vuesa mercedes pugnen por sacar en
cera la llave desta puerta de en medio, que yo
haré que mañana en la noche venga hecha otra
tal que nos pueda servir. En sacar esa llave, di-
jo una doncella, se sacan las de toda la casa,
porque es llave maestra. No por eso será peor,

replicó Loaysa. Asi es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar este señor primero, que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandarán, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos. Si juro, dijo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besarla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia, y haciendo la cruz con dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dijo otra de las doncellas: mire señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuautem de todo. Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada que era tocar una trompa de Paris, Loaysa les habló, y les dió cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; díjoles asi mismo lo de la llave maestra. Ellos le dijéron que los polvos, ó un ungüento vendria la siguiente noche de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, sino era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado, y que se les diese la llave en cera, que asi mismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidiéron, y Loaysa y su discípulo durmiéron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera por ver si se le cumplia la palabra

tida de la llave. Y puesto que el tiempo
e tardío y perezoso á los que en él espe-
, en fin corre á las parejas con el mismo
samiento, y llega el término que quieren,
que nunca para ni sosiega.

Vino pues la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde viniéron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondiéron que estaba acostada con su velado, el cual tenia cerrada, la puerta del aposento donde dormia con llave, y despues de haber cerrado, se la ponia debajo de la almohada, y que su señora les habia dicho que en durmiéndose el viejo, haria por tomarle la llave maestra, y sacarla en cera que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera. Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo: y estando en esto oyó la trompa de Paris, acudió al puesto, halló á sus amigos que le diéron un botecico de ungüento de la propiedad que le habian significado: tomólo Loaysa y díjoles que esperasen un poco, que les daria la muestra de la llave: volvióse al torno, y dijo á la dueña que era la que con mas ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenia, y que procurase untar á su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que veria maravillas. Hízolo asi la dueña, y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en

replicó Loaysa. Asi es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar este señor primero, que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandarán, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos. Si juro, dijo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besarla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia, y haciendo la cruz con dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dijo otra de las doncellas: mire señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuautem de todo. Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada que era tocar una trompa de Paris, Loaysa les habló, y les dió cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; díjoles asi mismo lo de la llave maestra. Ellos le dijéron que los polvos, ó un ungüento vendria la siguiente noche de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, sino era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado, y que se les diese la llave en cera, que asi mismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidiéron, y Loaysa y su discípulo durmiéron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera por ver si se le cumplia la palabra

uesto que el tiempo
os que en él espe-
rejas con el mismo
mino que quieren,
a.

hora acostumbrada
niéron todas las cria-
s, negras y blancas,
as de ver dentro de
; pero no vino Leo-
por ella, le respon
con su velado, el
a del aposento don-
spues de haber cer-
le la almohada, y
o que en durmién-
narle la llave maes-
ya llevaba prepa-
á un poco habian
gatera. Maravillado
viejo; pero no por
eseo: y estando en
ris, acudió al pues-
e diéron un botecico
l que le habian signi-
ijoles que esperasen
nuestra de la llave:
dueña que era la que
esear su entrada, que
onora, diciéndole la
procurase untar á su
o lo sintiese, y que
la dueña, y llegán-
estaba Leonora espe-
largo á largo, pues-
legó la dueña, y ten-
ra, puso la boca en

güento obraba como él decia, con facilidad
rian la llave todas las veces que quisiesen,
no seria necesario sacarla en cera, dijo que
á decirlo luego, y volviese á ver lo que el un
to obraba, porque luego, luego le pensaba u
su velado. Bajóladueña á decirloal maestro L
sa, y él despidió á sus amigos que esperan
llave estaban. Temblando, y pasito, y casi si
despedir el aliento de la boca, llegó Leonora
tar los pulsos del zeloso marido, y asi mismo
tó las ventanas de las narices, y cuando á el
llegó, le parecia, que se estremecia y ella q
mortal, pareciéndole que la habia cogido
hurto. En Efecto como mejor pudo le acab
untar todos los lugares que le dijéron ser
sarios, que fué lo mismo que haberle emb
mado para la sepultura. Poco espacio tar
alopiado ungüento en dar manifiestas señal
su virtud, porque luego comenzó á dar el
tan grandes ronquidos, que se pudieran oir
calle, música á los oidos de su esposa mas
dada que la del maestro de su negro: y aun
segura de lo que veia, se llegó á él, y le
meció un poco, y luego mas, y luego otr
quito mas por ver si despertaba; y á tanto se
vió que le volvió de una parte á otra sin que
pertase: como vió esto, se fué á la gatera
puerta, y con voz tan baja como la primer
mó á la dueña que allí la estaba esperando

e dijo : dame albricias , hermana , que Carrizales duerme mas que un muerto. Pues á que aguardas á tomar la llave , señora ! dijo la dueña , mira que está el músico aguardándola mas ha de una hora. Espera , hermana , que ya voy por ella , respondió Leonora , y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones , y sacó la llave de enmedio dellos , sin que el viejo lo sintiese ; y tomándola en sus manos , comenzó á dar brincos de contento, y sin mas esperar abrió la puerta, y la presentó á la dueña que la recibió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico , y que le trujese á los corredores , porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podia suceder ; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho , de no hacer mas de lo que ellas le ordenasen , y que sino le quisiese confirmar y hacer de nuevo , en ninguna manera le abriesen. Asi será, dijo la dueña , y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura , y besa la cruz seis veces. No le pongas tasa , dijo Leonora , bésela él, y sean las veces que quisiere ; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere , porque con esto estarémos seguras , y nos hartarémos de oir cantar y tañer , que en mi ánima que lo hace delicadamente , y anda , no te detengas mas , porque no se nos pase la noche en pláticas. Alzóse las faldas la buena dueña y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de la casa esperando, y habiéndoles mostrado la llave que traia , fué tanto el contento de todas , que la alzáron en peso como á catedrático , diciendo : viva , viva : y mas cuando les dijo que no habia necesidad contrahacer la llave, porque segun el untado viejo dormia, bien

se podian aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen. Ea pues, amiga, dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta, y entre este señor, que ha mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya mas que ver. Mas ha de haber que ver replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno, dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno, el cual llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho le dijo: sabrá vuesa merced, señor mio, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas desta casa, somos doncellas como las madres que nos pariéron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos segun se les antoja: y siendo esto ansí, como lo es, no seria razon, que á trueco de oir dos, ó tres, ó cuatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra que se llama Guiomar, es doncella. Asi que, señor de mi corazon, vuesa merced nos ha de hacer primero que entre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer mas de lo que nosotras le ordenarémos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho mas lo que se aventura: y si es que vuesa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le due-

len prendas. Bien y rebien ha dicl
Marialonso, dijo una de las doncella
mo persona discreta y que está en
mo se debe, y si es que el señor no
no entre acá dentro. A esto dijo G
gra, que no era muy ladina : por mí,
ca jura, entre con todo diablo, qu
jura, si acá estás todo olvida. Oyó
siego Loaysa la harenga de la señ
so, y con grave reposo y autorida
por cierto, señoras hermanas y com
que nunca mi intento fué, es, ni
daros gusto y contento en cuanto n
canzaren; y asi no se me hará cue
juramento que me piden; pero qu
se fiara algo de mi palabra, porqu
persona como yo soy, era lo misi
una obligacion guarentigia, y qui
ber á vuesa merced que debajo del
y que debajo de mala capa suele
bebidor; mas para que todas est
mi buen deseo, determino de jura
lico y buen varon: y asi juro por
eficacia donde mas santa y largam
ne, y por las entradas y salidas d
no monte, y por todo aquello que
encierra la verdadera historia de
con la muerte del gigante Fierabra
ni pasar del juramento hecho, y de
to de la mas mínima y desechada
ras, so pena que si otra cosa hic
hacer, desde ahora para entonces
tonces para ahora lo doy por nul
ni valedero. Aquí llegaba con su
buen Loaysa, cuando una de las
que con atencion le habia estado
dió una gran voz, diciendo: este

ramento para enter cer las pied mal hay
yo, si mas quiero que jures, pues con solo
jurado podias entrar en la misma sima de Cabr
y asiéndole de los gregüescos le metió dentro
y luego todas las demas se le pusiéron á la r
donda. Luego fué una á dar las nuevas á su s
ñora la cual estaba haciendo centinela al sueñ
de su esposo, y cuando la mensagera le dijo q
ya subia el músico, se alegró y se turbó
un punto, y preguntó si habia jurado! Respo
dióle que sí, y con la mas nueva forma de jur
mento, que en su vida habia visto. Pues si haj
rado, dijo Leonora, asido le tenemos: ó q
avisada que anduvo en hacerle que jurase! E
esto llegó toda la caterva junta, y el músico
medio, alumbrándolos el negro y Guiomar
negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muc
tras de arrojársele á los pies para besarleslas m
nos. Ella callando y por señas le hizo levanta
y todas estaban como mudas sin osar hablar
temerosas que su señor las oyese: lo cual co
siderado por Loaysa, les dijo que bien podi
hablar alto, porque el ungüento con que esta
untado su señor, tenia tal virtud, que fuera
quitar la vida, ponia á un hombre como muert
Asi lo creo yo, dijo Leonora; que si asi no fu
ra, ya él hubiera despertado veinte veces seg
le hacen de sueño ligero sus muchas indispos
ciones; pero despues que le unté, ronca con
un animal. Pues eso es asi, dijo la dueña, vám
nos á aquella sala frontera, donde podremos
cantar aquí el señor, y regocijarnos un poc
Vamos, dijo Leonora; pero quédese aquí Gui
mar por guarda, que nos avise si Carrizales
pierta. A lo cual respondió Guiomar: yo neg
quedo, blancas van, Dios perdone á todas. Qu
dóse la negra, fuéronse á la sala, donde hab

rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentáron todas. Y tomando la buena Mariaonso una vela, comenzó á mirar de arriba á bao al bueno del músico, y una decia: ay, que copete que tiene tan lindo y tan rizado! otra: ay que blancura de dientes! mal año para piñones mondados, que mas blancos ni mas lindos sean! otra: ay que ojos tan grandes y tan rasgados! y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas. Esta alababa la boca, aquella los pies, y todas juntas hiciéron dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenia el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decian:

Madre la mi madre
Guardas me poneis.

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzáron á hacer pedazos bailando. Sabia la dueña las coplas, y cantólas con mas gusto que buena voz, y fuéron estas:

Madre la mi madre,
Guardas me poneis,
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.

Dicen que está escrito:
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito;
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor

Que no me enc
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán guardar
Miedo ó calidad:
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan
Y aunque mas propongan,
De hacer lo que haceis.
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la mas hermosa
La vuelve en quimera
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los pies.
Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.

Al fin llegaban de su canto y baile
de las mozas, guiado por la buena du
do llegó Guiomar la centinela, toda
hiriendo de pie y de mano como si
ferecía, y con voz entre ronca y baja

erto señor, señora; y señora, dispierto señor, levantas, y viene. Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo o que agenas manos sembráron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires: tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traido; y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cual por una, y cual por otra parte se fuéron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual dejando la guitarra y el canto, lleno de turbacion no sabia que hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos: abofeteábase el rostro, aunque blandamente la señora Marialonso. En fin todo era confusion, sobresalto, y miedo. Pero la dueña como mas astuta y reportada dió órden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarian en la sala, que no faltaria excusa que dar á su señor si allí las hallase. Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormia, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia, de gozar primero que todas, las gracias que ella se imaginaba que debia tener el músico; y asi diciéndole á Leonora que esperase en la sala entanto que iba á llamarle, la dejó, y se entró donde él estaba no menos con-

chas palabras amorosas [illegible] ...nonso le q
de las cuales coligió la [illegible] ...sencion suya
propuso en sí de ponerla por anzuelo para p
car á su señora. Y estando los dos en sus pl
cas, las demas criadas que estaban escondi
por diversas partes de la casa, una de aquí
de allí, volviéron á ver si era verdad que su a
habia despertado, y viendo que todo estaba
pultado en silencio, llegáron á la sala donde hab
dejado á su señora, de la cual supiéron el su
de su amo, y preguntándole por el músico y
la duena, les dijo donde estaban, y todas con
mismo silencio que habian traido, se llegáro
escuchar por entre las puertas lo que entra
bos trataban: no faltó de la junta Guiomar
negra; el negro sí, porque así como oyó que
amo habia despertado, se abrazó con su guita
y se fué á esconder en su pajar, y cubierto
la manta de su pobre cama sudaba y trasad
de miedo; y con todo eso no dejaba de ten
las cuerdas de la guitarra: tanta era (encom
dado él sea á Satanas) la aficion que tenia
música. Entreoyéron las mozas los requiebros
la vieja, y cada una le dijo el nombre de las
cuas: ninguna la llamó vieja que no fuese
su epiteto y adjetivo de hechicera, y de bar
da, de entojadiza, y de otros que por buen
pecto se callan; pero lo que mas risa causa
quien entonces las oyera, eran las razones

uiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efecto la conclusion de la plática de los dos fué, que él condecenderia con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedia; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del alma, de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse: dejóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con menos, ó con ningun sobresalto del músico, que ya aquella noche el alboroto les habia aguado el gusto. Bien entendiéron todas, que la vieja se queria quedar sola; pero no pudiéron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada harenga, que pareció que de muchos dias la tenia estudiada: encarecióle su gentileza, su valor, su donaire, y sus muchas gracias: pintóle de cuanto mas gusto le serian los abrazos del amante mozo, que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duracion del deleite, con otras cosas semejantes á estas, que el demonio le puso en la lengua; llenas de colores retóricos, tan demonstrativos y eficaces, que movieran no solo el corazon tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. O dueñas, nacidas y usadas en el mundo, para perdicion de mil recatadas y buenas intenciones! ó lenguas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales y cua n

al reves de lo que debiades, usais de vuestro oficio ! Enfin tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales que dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendicion con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir á esperàr su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazon preguntar á Carrizales, á no saber que dormia, que adonde estaban sus advertidos recatos ? sus rezelos ? sus advertimientos ? sus persuasiones ? los altos muros de su casa ? el no haber entrado en ella ni aun en sombra alguien que tuviese nombre de varon ? el torno estrecho ? las gruesas paredes ? las ventanas sin luz ? el encerramiento notable ? la gran dote en que á Leonora habia dotado ? los regalos continuos que le hacia ? el buen tratamiento de sus criadas y esclavas ? el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester, y que podian desear ? Pero ya queda dicho que no habia paraque preguntárselo, porque dormia mas de aquello que fuera menester : y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podia dar mejor respuestas que encoger los hombros, enarcar las cejas, y decir : todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia á lo que yo creo de un mozo holgazan y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida : libre Dios á cada uno

e tales enemigos, contra los cuales no l
cudo de prudencia que defienda, ni esp
recato que corte. Pero con todo esto el va
Leonora fué tal, que en el tiempo que n
convenia, le mostró contra las fuerzas vi
de su astuto engañador; pues no fuéron ba
tes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella
dó vencedora, y entrambos dormidos. Y en
ordenó el cielo que á pesar del ungüento,
rizales despertase, y como tenia de costum
tentó la cama por todas partes, y no halla
en ella á su querida esposa, saltó de la cama
pavorido y atónito, con mas ligereza y denu
que sus muchos años prometian, y cuando en
aposento no halló á su esposa, y le vió abiert
y que le faltaba la llave de entre los colchone
pensó perder el juicio; pero reportándose un p
co, salió al corredor, y de allí andando pie a
te pie por no ser sentido, llegó á la sala dond
la dueña, dormia y viéndola sola sin Leonora, fué
aposento de la dueña, y abriendo la puerta mu
quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto
vió lo que diera por bien empleado no tener
ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loay-
a, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos
brara la virtud del ungüento, y no en el zeloso
nciano. Sin pulsos quedó Carrizales con la
narga vista de lo que miraba, la voz se le pegó
la garganta, los brazos se le cayéron de des-
ayo, y quedó hecho una estatua de mármol
o; y aunque la cólera hizo su natural oficio,
vándole los casi muertos espíritus, pudo tan-
el dolor, que no lo dejó tomar aliento; y con
o eso tomara la venganza que aquella grande
dad requeria, si se hallara con armas para po-
tomarla: y asi determinó volverse á su apo-
o á tomar una daga, y volver á sacar las man-
de su honra con sangre de sus dos enemigos,

y aun con toda aquella de toda la [illegible] de su casa. Con esta determinacion honrosa y necesaria volvió con el mismo silencio y recato que habia venido á su estancia, donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el dia, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba, pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora, viendo tan entrado el dia, y maldijo su descuido, y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fuéron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que lo hallasen todavía roncando, y cuando le viéron encima de la cama callando, creyéron que todavía obraba la untura, pues dormia y con gran regocijo se abrazáron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba, sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre como decian era menester para que en sí volviese. Pero volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro con una voz lamentable y desmayada, dijo: desdichado de mí, y á que tristes términos me ha traido mi fortuna! No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo, mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del ungüento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo: que teneis, señor mio, que me parece que os estais quejando? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como

atónito y embelesado los puso en ella, y con gr
de ahinco, sin mover pestaña la estuvo mirar
una gran pieza, al cabo de la cual le dijo :
cedme placer, señora, que luego, luego envi
á llamar á vuestros padres de mi parte, porq
siento no sé que en el corazon que me da gra
disima fatiga, y temo que brevemente me ha
quitar la vida, y querrialos ver antes que me mu
riese. Sin duda creyó Leonora ser verdad lo qu
su marido le decia, pensando antes que la fo
taleza del ungüento, y no lo que habia visto, le
tenia en aquel trance, y respondiendo que haria
lo que la mandaba, mandó al negro que luego
al punto fuese á llamar á sus padres, y abrazán-
dose con su esposo, le hacia las mayores cari-
cias que jamas le habia hecho, preguntándole que
era lo que sentia, con tan tiernas y amorosas
palabras, como si fuera la cosa del mundo que
mas amaba. El la miraba con el embelesamiento
que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia
que le hacia, una lanzada que le atravesaba el al-
ma. Ya la dueña habia dicho á la gente de casa
y á Loaysa la enfermedad de su amo, encare-
ciéndoles que debia de ser de momento, pues se
le habia olvidado de mandar cerrar las puertas
de la calle, cuando el negro salió á llamar á los
padres de su señora : de la cual embajada asimis-
mo se admiráron, por no haber entrado ninguno
ellos en aquella casa despues que casáron á su
ija. En fin todos andaban callados y suspensos,
dando en la verdad de la causa de la indis-
sicion de su amo, el cual de rato en rato tan
profunda y dolorosamente suspiraba, que con ca-
suspiro parecia arrancársele el alma. Lloraba
mora por verle de aquella suerte, y reíase él,
una risa de persona que estaba fuera de sí,
siderando la falsedad de sus lágrimas. En es-

a los padres de Leonora, y
erta de la calle y la del patio
sepultada en silencio y sola, que
os y con no pequeño sobresalto. Fue
nto de su yerno, y halláronle como se
o, siempre clavados los ojos en su espo-
cual tenia asida de las manos, derramando
s muchas lágrimas: ella con no mas oca-
e verlas derramar á su esposo: él por ver
dingidamente ella las derramaba. Asi como
adres entráron habló Carrizales, y dijo:
ense aquí vuesas mercedes, y todos los de-
dejen desocupado el aposento, y solo que-
a señora Marialonso. Hiciéronlo asi, y que-
ido solos los cinco sin esperar que otro ha-
ise, con sosegada voz, limpiándose los ojos,
sta manera dijo Carri ales: bien seguro estoy,
adres y señores mios, que no será menester tra-
ros testigos para que me creais una verdad que
quiero deciros: bien se os debe acordar (que no
es posible se os haya caido de la memoria) co
cuanto amor, con cuan buenas entrañas hace ho
un año, un mes, cinco dias, y nueve horas, q
me entregastes á vuestra querida hija por legi
ma muger mia: tambien sabeis con cuanta li
ralidad la doté, pues fué tal la dote que ma
tres de su misma calidad pudieran casar con
nion de ricas: asi mismo se os debe acord
diligencia que puse en vestirla y adornarla
do aquello que ella se acertó á desear, y
cancé á saber que le convenia: ni mas r
nos habeis visto, señores, como llevado
natural condicion, y temeroso del mal
sin duda he de morir, y experimentado
mucha edad en los extraños y varios a
entos del mundo, quise guardar esta joy
escogí y vosotros me distes, con el ma

desta
[illegible]e, do-
las cerraduras [illegible] puse en torno
mo á monasterio, [illegible] perpetuamente de-
la todo aquello que [illegible]ura ó nombre de varon
uviese; díle criada[illegible] esclavas que la sirviesen.
ni les negué á ella[illegible] á ella cuanto quisiéron
pedirme; hícela [illegible]l, comuniquéle mis mas
secretos pensamien[illegible]treguéla toda mi hacien-
da: eran todas estas obras, para que si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurara no darme ocasion á que ningun género de temor zeloso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida; pero porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática, con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho, ha parado en que esta madrugada hallé á esta nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego, y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado. Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosi-

guiendo adelante Carrizales, dijo: la venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni na de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que asi como yo fuí extremado en lo que hice, asi sea la venganza que tomare, tomándola de mí mismo como del mas culpado en este delito, que debiera considerar que mal podian estar ni compadecerse en mas los quince años desta muchacha con los casi ochenta mios, y yo fuí el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese; y á tí no te culpo, ó niña mal aconsejada! (y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora) no te culpo digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio, que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida, quiero mostrarlo de modo, que quede en el mundo por ejemplo sino de bondad, á lo menos de simplicidad jamas oida ni vista: y asi quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo á quien nunca ofendiéron las canas deste lastimado viejo; y asi verá que si viviendo, jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demas hacienda mandaré á otras obras pias, y á vosotros, señores mios dejaré con que podais vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escribano sea luego, porque la pasion

que [illegible] an-
dar [illegible] va [illegible] Esto
dicho, le sobrevino u[illegible] yo, y se
dejó caer tan junto de L[illegible], que se juntáron
los rostros: extraño y triste espectáculo para
los padres que á su querida hija y á su amado
yerno miraban! No quiso la mala dueña espe-
rar á las reprehensiones que pensó le darian los
padres de su señora; y así se salió del aposento,
y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, acon-
sejándole que luego al punto se fuese de aquella
casa, que ella tendria cuidado de avisarle con el
negro lo que sucediese, pues ya no habia puer-
tas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa
con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió
á vestirse como pobre, y fuése á dar cuenta á sus
amigos del extraño y nunca visto suceso de sus
amores. Entanto pues que los dos estaban trans-
portados, el padre de Leonora envió á llamar
á un escribano amigo suyo, el cual vino á tiem-
po que ya habian vuelto hija y yerno en su acu-
erdo. Hizo Carrizales su testamento en la mane-
ra que habia dicho, sin declarar el yerro de
Leonora, mas de que por buenos respectos le
pedia y rogaba se casase, si á caso él muriese,
con aquel mancebo que él la habia dicho en se-
creto. Cuando esto oyó Leonora, se arrojó á los
pies de su marido, y saltándole el corazon en
el pecho, le dijo: vivid vos muchos años, mi se-
ñor y mi bien todo, que puesto caso que no es-
teis obligado á creerme ninguna cosa de las que
os dijere, sabed que no os he ofendido sino con
el pensamiento, y comenzando á disculparse y
á contar por extenso la verdad del caso, no pudo
mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abra-
zóla así desmayada el lastimado viejo, abraza-
ronla sus padres, lloráron todos tan amargamen-

lleváron á la sepultura. ló Leonor
llorosa y rica; y cuando Loaysà esp
cumpliese lo que ya él sabia que su n
su testamento dejaba mandado, vió q
de una semana se entró monja en uno
recogidos monasterios de la ciudad:
chado y casi corrido se pasó á las india
ron los padres de Leonora tristísimos
se consoláron con lo que su yerno les
jado, y mandado por su testamento. L
se consoláron con lo mismo, y las e
esclavo con la libertad; y la malvada
ña, pobre y defraudada de todos sus m
samientos: y yo quedé con el deseo d
fin de este suceso, ejemplo y espejo d
que hay que fiar de llaves, tornos, y
cuando queda la voluntad libre; y de
que hay que confiar de verdes y pocos
les andan al oido exhortaciones destas
mongil negro y tendido, y tocas blan
gas. Solo no sé que fué la causa que L
puso mas ahinco en disculparse, y dar
der á su zeloso marido cuan limpia y
habia quedado en aquel suceso; pero l
on le ató la lengua y la pri que se
rir su marido, no dió lugar á su disc

DE

A ILUSTRE FREGONA.

EN Burgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivian dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba Don Diego de Carriazo, y el otro Don Juan de Avendaño. El Don Diego tuvo un hijo á quien llamó de su mismo nombre, y el Don Juan otro á quien puso Don Tomas de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por excusar y borrar letras les llamarémos con solos los nombres de Carriazo, y de Avendaño. Trece años y poco mas tendria Carriazo, cuando llevado de su inclinacion picaresca, sin forzarle á ello al un mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y antojo se desgarró como dicen los muchachos, de casa de sus padres y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar á pie le cansaba, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera: tan bien dormia en parvas, como en colchones: con tanto gusto se soterraba en

un pajar de un meson, como si se ocul
entre dos sábanas de Holanda: finalmente él
lió tan bien con el asunto de pícaro, que p
era leer cátedra en la facultad al famoso de
farache. En tres años que tardó en parece
volver á su casa aprendió á jugar á la taba
Madrid, y al rentoy en las ventillas de Tole
y á presa y pinta en pie en las barbacanas de
villa; pero con serle anejo á este género de
la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo
un príncipe en sus obras: á tiro de escopeta
mil señales descubria ser bien nacido, por
era generoso y bien partido con sus camara
visitaba pocas veces las ermitas de Baco; y
que bebia vino, era tan poco, que nunca
do entrar en el número de los que llaman
graciados, que con alguna cosa que be
demasiada, luego se les pone el roztro co
si se le hubiesen jalbegado con bermello
almagre. En fin en Carriazo vió el mundo
pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y mas
medianamente discreto; pasó por todos los
dos de pícaro, hasta que se graduó de maestr
las almadrabas de Zahara donde es el finibust
de la picaresca. O pícaros de cocina, sucios,
dos y lucios: pobres fingidos, tullidos falsos,
cateruelos de Zocodover, de la plaza de Mad
vistosos oracioneros, esportilleros de Sevi
mandilejos de la hampa, con toda la caterva
numerable que se encierra debajo deste nom
pícaro! bajad el toldo, amainad el [illegible], n
llameis pícaros sino habeis cursado dos [illegible]
en la academia de la pesca de los atunes: a
allí, que está en su centro el trabajo junto
la poltronería: allí está la suciedad limpia,
gordura rolliza, la hambre pronta, la har
abundante, sin disfraz el vicio, el juego siem

[illegible]ncia
tos, las p[illegible]
bodas, la [illegible]pa,
romances [illegible] sin ac-
nes: aquí se canta, allí se reniega, acullá
riñe, acá se juega, y por todo se hurta:
campea la libertad y luce el trabajo, allí van
vian muchos padres principales á buscar á
hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos
aquella vida, como si los llevaran á dar la
erte. Pero toda esta dulzura que he pintado,
ie un amargo acibar que la amarga; y es no
er dormir sueño seguro sin el temor de que
in instante los trasladen de Zahara á Berbe-
: por esto las noches se recogen á unas torres
la marina, y tienen sus atajadores y centi-
as, en confianza de cuyos ojos cierran ellos
suyos; puesto que tal vez ha sucedido, que
tinelas y atajadores, pícaros, mayorales, bar-
y redes, con toda la turbamulta que allí se
pa, han anochecido en España, y amanecido
Tetuan. Pero no fué parte este temor para
nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres
inos á divirse buen tiempo: el último verano
lijo tan bien la suerte, que ganó á los naipes
ca de setecientos reales, con los cuales quiso
irse, y volverse á Burgos, y á los ojos de su
dre que habian derramado por él muchas lá-
mas: despidióse de sus amigos, que los tenia
chos y muy buenos: prometióles que el ve-
o siguiente seria con ellos, si enfermedad ó
ate no lo estorbase: dejó con ellos la mitad
u alma, y todos sus deseos entregó á aquellas
s arenas, que á él parecian mas frescas y
les, que los campos Eliseos: y por estar ya
stumbrado de caminar á pie, tomó el camino
a mano, y sobre dos alpargates se llegó desde
ara hasta Valladolid, cantando las tres ánu-

des,

mar la color [illegible] rostro, sacar [illegible] de [illegible]
flamenca, y para trastejarse y sacarse del borr
dor de pícaro, y ponerse en limpio de caballer
Toto esto hizo segun y como le diéron com
didad quinientos reales con que llegó á Vall
dolid, y aun dellos reservó ciento, con que
presentó á sus padres honrado y contento. Ell
le recibiéron con mucha alegría, y todos sus am
gos y parientes viniéron á darle el parabien de
buena venida del Señor Don Diego de Carria
su hijo. Es de advertir que en su peregrinaci
Don Diego mudó el nombre de Carriazo en el
Urdiales, y con este nombre se hizo llamar
los que el suyo no sabian.

Entre los que viniéron á ver el recien llega
fuéron Don Juan de Avendaño, y su hijo Don T
mas, con quien Carriazo por ser ambos de u
misma edad y vecinos, trabó y confirmó u
amistad estrechísima. Contó Carriazo á sus p
dres y á todos mil magníficas y luengas mentir
de cosas que le habian sucedido en los tres añ
de su ausencia; pero nunca tocó ni por pien
en las almadrabas, puesto que en ellas tenia
contino puesta la imaginacion, especialmen
cuando vió que se llegaba el tiempo donde hal
prometido á sus amigos la vuelta: ni le ent
tenia la caza en que su padre le ocupaba, ni l
muchos, honestos, y gustosos convites que
aquella ciudad se usan, le daban gusto; te
pasatiempo le cansaba, y á todos los mayo
que se le ofrecian, anteponia el que habia
bido en las almadrabas. Avendaño su an
viéndole muchas veces melancólico é imagi
tivo, fiado en su amistad se atrevió á pregunta
la causa, y se obligó á remediarla si pudiese
fuese menester, con su sangre misma. No qu
Carriazo tenérsela encubierta por no agravia

por pun
sus triste
que tenia ne
, que Avendaño, cu [illegible] ıs oir,
alabó que vituperó su gusto. En fin el de
tica fué disponer Carriazo la voluntad de
laño de manera, que determinó de irse con
ozar un verano de aquella felicísima vida
: habia descrito, de lo cual quedó sobre
contento Carriazo, por parecerle que habia
o un testigo de abono que calificase su baja
ninacion : trazáron ansimismo de juntar
l dinero que pudiesen, y el mejor modo
alláron fué que de allí á dos meses habia de
endaño á Salamanca, donde por su gusto
ños habia estado estudiando las lenguas
a y Latina, y su padre queria que pasase
te, y estudiase la facultad que él quisiese;
del dinero que le diese habria para lo que
an. En este tiempo propuso Carriazo á su
que tenia voluntad de irse con Avendaño
liar á Salamanca. Vino su padre con tanto
en ello, que hablando al de Avendaño, or-
n de ponerles juntos casa en Salamanca,
odos los requisitos que pedian ser hijos
Llegóse el tiempo de la partida : proveyé-
de dineros, y enviáron con ellos un ayo
s gobernase, que tenia mas de hombre de
ne de discreto. Los padres diéron docu-
s á sus hijos de lo que habian de hacer, y
o se habian de gobernar, para salir apro-
os en la virtud y en las ciencias, que es
o que todo estudiante debe pretender sacar
trabajos y vigilias, principalmente los
acidos. Mostráronse los hijos humildes y
ntes : lloráron las madres : recibiéron la

bendicion de todos : pusiéronse en camino con mulas propias, y con dos criados de casa, amen del ayo que se habia dejado crecer la barba, porque diese autoridad á su cargo. En llegando á la ciudad de Valladolid, dijéron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprehendiólos mucho el ayo severa y ásperamente la estada, diciéndoles que los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerías, cuanto mas dos dias, y que él formaria escrúpulo, si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y sino, que sobre eso morena.... Hasta aquí se extendia la habilidad del señor ayo, ó mayordomo como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos que tenian ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayor, dijéron que solo los dejase aquel dia, en el cual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos dias, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla, todo le sucedió al reves de lo que él quisiera. Los mancebos con solo un criado, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas saliéron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas á despecho del Caño dorado, y de la reverenda Priora; con paz sea dicho de Leganitos, y de la extremadísima fuente Castellana; en cuya competen-

den callar Corpa y la Pizarra de la Man-
egáron á Argales, y cuando creyó el criado
aba Avendaño de las bolsas del cojin al-
osa con que beber, vió que sacó una carta
a, diciéndole que luego al punto volviese
adad, y se la diese á su ayo, y que en dán-
es esperase en la puerta del Campo. Obe-
el criado, tomó la carta, volvió á la ciu-
ellos volviéron las riendas, y aquella no-
rmiéron en Mojados, y de allí á dos dias
drid, y en otros cuatro se vendiéron las
en pública plaza, y hubo quien les fiase
s escudos de prometido, y aun quien les
l dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse
yo, con capotillos de dos haldas, zahones,
güelles y medias de paño pardo. Ropero
que por la mañana les compró sus vestidos,
noche los habia mudado de manera, que
conociera la propia madre que los habia
. Puestos pues á la ligera y del modo que
año quiso y supo, se pusiéron en camino
ledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que
n el ropero, aunque no atañia á su me-
, se las habia comprado.
moslos ir por ahora, pues van contentos
es, y volvamos á contar lo que el ayo hizo
abrió la carta, que el criado le llevó, y
que decia de esta manera. Vuesa merced
rvido, señor Pedro Alonso, de tener pa-
y dar la vuelta á Burgos, donde dirá á
os padres que habiendo nosotros sus hijos
adura consideracion considerado cuan mas
s son de los caballeros las armas, que las
, habemos determinado de trocar á Sala-
por Bruselas, y á España por Flándes:
atrocientos escudos llevamos, las mulas
aos vender: nuestra hidalga intencion y el

o camino es bastante
que nadie le juzgará por ...
estra partida es ahora, la vuestra será cu
os fuere servido, el cual guarde á vuesa merced
mo puede, y estos sus menores discípulos de-
amos. De la fuente de Argales, puesto ya el pie
el estribo para caminar á Flándes. Carriazo,
Avendaño. Quedó Pedro Alonso suspenso en
yendo la epístola, y acudió presto á su balija;
el hallarla vacía le acabó de confirmar la ver-
lad de la carta, y luego al punto en la mula que
e habia quedado, se partió á Burgos á dar las
nuevas á sus amos con toda presteza, porque
con ella pusiesen remedio, y diesen traza de al-
canzar á sus hijos; pero destas cosas no dice nada
el autor desta novela, porque asi como dejó puesto
á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que
les sucedió á Avendaño y á Carriazo á la entrada
de Illescas, diciendo: que al entrar de la puerta
de la villa encontráron dos mozos de mulas, al
parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos,
jubones acuchillados de angeo, sus coletos de
ante, dagas de ganchos, y espadas sin tiros, al
parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á
ella: el que iba, estaba diciendo al otro: si no
fueran mis amos tan adelante, todavía me detu-
viera algo mas á preguntar mil cosas que deseo
saber, porque me has maravillado mucho con lo
que has contado de que el Conde ha ahorcado á
Alonso Genís y á Ribera, sin querer otorgarles
la apelacion. O pecador de mí! replicó el sevi-
llano, armóles el conde zancadilla, y cogiólos
debajo de su jurisdicion, que eran soldados, y
por contrabando se aprovechó dellos, sin que la
Audiencia se los pudiese quitar: sábete, amigo,
que tiene un bercebú en el cuerpo este conde
de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su

o en el alma : barrida está Sevilla y d
as á la redonda de jácaros : no para ladi
sus contornos : todos le temen como al fueg
nque ya se suena que dejará presto el cargo
asistente, porque no tiene condicion para ver
i cada paso en dimes ni diretes con los señor
le la Audiencia. Vivan ellos mil años, dijo
que iba á Sevilla, que son padres de los misera
bles y amparo de los desdichados: y cuantos po
bretes estan mascando barro, no mas de por l
cólera de un juez absoluto, de un corregidor d
mal informado, ó bien apasionado! mas ven mu-
chos ojos, que dos : no se apodera tan presto el
veneno de la injusticia de muchos corazones,
como se apodera de uno solo. Predicador te has
vuelto, dijo el de Sevilla, y segun llevas la reta-
hila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo
aguardar; y esta noche no vayas á posar donde
ueles, sino en la posada del Sevillano, porque
erás en ella la mas hermosa fregona que se sabe:
Marinilla la de la venta Tejada es asco en su
omparacion : no te digo mas sino que hay fama,
e el hijo del corregidor bebe los vientos por
la : uno desos mis amos que allá van, jura que
volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar
s meses en Toledo y en la misma posada solo
hartarse de mirarla : ya le dejo yo en señal
pellizco, y me llevo en contracambio un gran
iscon : es dura como un mármol, y zahareña
o villana de Sayago, y áspera como una hor-
; pero tiene una cara de pascua, y un rostro
uen año : en una mejilla tiene el sol, y en
ra la luna : la una es hecha de rosas, y la
de claveles, y en entrambas hay tambien
nas y jazmines : no te digo mas, sino que
s, y verás que no te he dicho nada, segun
te pudiera decir, acerca de su hermosura :

dos mulas rucias, que sabes que teng
la dotara de buena gana, si me la quisi
ir por muger; pero yo sé que no me
, que es joya para un arcipreste, ó pa
onde: y otra vez torno á decir que allá
, y á Dios que me mudo. Con esto se de
éron los dos mozos de mulas, cuya plátic
onversacion dejó mudos á los dos amigos q
rchado la habian, especialmente Avendaño
quien la simple relacion que el mozo de m
habia hecho de la hermosura de la fregons
spertó en él un intenso deseo de verla: tan
en le despertó en Carriazo; pero no de m
era, que no desease mas llegar á sus almadr
as, que detenerse á ver las pirámides de Egipt
á otra de las siete maravillas, ó todas juntas. E
repetir las palabras de los mozos, y en remed
y contrahacer el modo y los ademanes con q
las decian, entretuviéron el camino hasta T
ledo, y luego siendo la guia Carriazo que ya o
vez habia estado en aquella ciudad, bajando
la Sangre de Cristo, diéron con la posada
Sevillano; pero no se atreviéron á pedirla
porque su trage no lo pedia. Era ya anochec
y aunque Carriazo importunaba á Avendaño
fuesen á otra parte á buscar posada, no le
quitar de la puerta de la del Sevillano,
rando si acaso parecia la tan celebrada fr
Entrábase la noche, y la fregona no sali
esperábase Carriazo, y Avendaño se
quedo: el cual por salir con su intencio
excusa de preguntar por unos caballeros
gos que iban á la ciudad de Sevilla,
hasta el patio de la posada; y apenas
trado, cuando de una sala que en el pati
vió salir una moza al parecer de quince
mas ó menos, vestida como labradora

/ela en Aven-
daño lo [illegible] la moza,
sino en su rostro, [illegible] ver en él los
que suelen pintar de los ángeles: quedó suspenso
y atónito de su hermosura, y no acertó á pre-
guntarle nada: tal era su suspension y embele-
samiento. La moza viendo aquel hombre delante
de sí, le dijo: que busca, hermano! es por ven-
tura criado de alguno de los huéspedes de casa!
No soy criado de ninguno, sino vuestro, res-
pondió Avendaño, todo lleno de turbacion y so-
bresalto. La moza, que de aquel modo se vió
responder, dijo: vaya, hermano, norabuena,
que las que servimos no hemos menester criados;
y llamando á su señor le dijo: mire, señor, lo
que busca este mancebo. Salió su amo, y pre-
guntóle que buscaba! El respondió que á unos
caballeros de Burgos que iban á Sevilla, uno de
los cuales era su señor, el cual le habia enviado
delante por Alcala de Henares donde habia de
hacer un negocio que les importaba; y que junto
con esto le mandó, que se viniese á Toledo, y
le esperase en la posada del Sevillano, donde
vendria á apearse, y que pensaba que llegaria
aquella noche ú otro dia á mas tardar. Tan buen
color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta
del huésped pasó por verdad, pues le dijo: qué-
dese, amigo, en la posada, que aquí podrá es-
perar á su señor hasta que venga. Muchas mer-
cedes, señor huésped, respondió Avendaño, y
mande vuesa merced que se me dé un aposento
pera mí, y un compañero que viene conmigo que
está allí fuera, que dineros traemos para pagarlo
tan bien como otro. En buenora, respondió el
huésped, y volviéndose á la moza dijo: Costan-
cica, di á la Arguello, que lleve á estos galanes
al aposento del rincon, y que les eche sábanas

Sí haré, señor, respondió Costanza;
e llamaba la doncella, y haciendo una
ia á su amo, se les quitó delante, cuya
fué para Avendaño lo que suele ser al
nte ponerse el sol, y sobrevenir la noche
y escura: con todo esto salió á dar cuenta
iazo de lo que habia visto, y de lo que
negociado. El cual por mil señales cono-
omo su amigo venia herido de la amorosa
lencia; pero no le quiso decir nada por en-
es, hasta ver si lo merecia la causa de quien
an las extraordinarias alabanzas y grandes
èrboles, con que la belleza de Costanza sobre
mismos cielos levantaba. Entráron en fin en
posada, y la Arguello, que era una muger d
ista cuarenta y cinco años, superintendente d
s camas y aderezo de los aposentos, los llevó
no que ni era de caballeros, ni de criados, si
le gente que podia hacer medio entre los
extremos. Pidiéron de cenar, respondióles la
guello que en aquella posada no daban de co
á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo
los huéspedes traian de fuera comprado;
que bodegones y casas de estado habia c
donde sin escrúpulo de conciencia podian
cenar lo que quisiesen. Tomáron los dos
sejo de la Arguello, y diéron con sus cue
un bodegon, donde Carriazo cenó lo que
rou, y Avendaño lo que con él llevaba,
rou pensamientos é imaginaciones. Lo
nada que Avendaño comia, admiraba á
Por enterarse del todo de los pensamien
amigo, al volverse á la posada, le d
viene que mañana madruguemos, po
que entre la calor estemos ya en Org
toy en eso, respondió Avendaño, po
antes que desta ciudad me parta, ve

gra-
o, el de San
Agustin, la muerta [illegible] Norabuena, respondió Carriazo, eso en dos dias se podrá ver. En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante. Ta, ta, replicó Carriazo, á mí me maten, amigo, sino estais vos con mas deseo de quedaros en Toledo, que de seguir nuestra comenzada romería. Asi es la verdad, respondió Avendaño, y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras. Gallardo encarecimiento, dijo Carriazo, y determinacion digna de un tan generoso pecho como el vuestro! bien cuadra un Don Tomas de Avendaño, hijo de Don Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano! Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un Don Diego de Carriazo, hijo del mismo caballero, del hábito de Alcantara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo, que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, de quien si pensais! de la Reina Ginebra! no por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es mas fea á lo que creo, que un miedo de santo Anton. Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo, por los filos que te herí me has muerto, quédese aqui nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios, y medrarémos. Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza, en viéndola te doy licencia para que me digas todas las injurias, ó reprehensiones que quisieres. Ya sé yo en que

rar esto, dijo Carriazo. En que el rep
o. En que yo me iré con mi almadraba,
quedarás con tu fregona, dijo Carriazo.
yo tan venturoso, dijo Avendaño: ni yo
io, respondió Carriazo, que por seguir
gusto, deje de conseguir el bueno mio.
tas pláticas llegáron á la posada, y aun se
ásó en otras semejantes la mitad de la no-
y habiendo dormido á su parecer, poco
de una hora, los despertó el son de muchas
imias que en la calle sonaban. Sentáronse en
ama, y estuviéron atentos, y dijo Carriazo:
stará que es ya de dia, y que debe hacerse
una fiesta en un monasterio de Nuestra Señora
l Cármen que está aquí cerca, y por eso tocan
tas chirimías. No es eso, respondió Avendaño se
orque no ha tanto que dormimos que pueda se
ya de dia. Estando en esto, sintiéron llamar á
puerta de su aposento, y preguntando quien l
maba? Respondiéron de fuera, diciendo: m
cebos, si quereis oir una brava música, lev
taos, y asomaos á una reja, que sale á la ca
que está en aquella sala frontera, que no
nadie en ella. Levantáronse los dos, y cu
abriéron, no halláron persona, ni supiéron
les habia dado el aviso. mas porque oyé
son de una harpa, creyéron ser verdad la m
y asi en camisa como se halláron, se fu
la sala donde ya estaban otros tres ó cuat
pedes puestos á las rejas: halláron luga
alli á poco, al son de la harpa y de una
con maravillosa voz oyéron cantar este
que no se le pasó de la memoria á Aven

Raro humilde sugeto, que levanta
A tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella se excedió naturaleza
A sí misma, y al cielo la adelanta

Si mi [illegible] za,
(Efeto solo de tu [illegible] za)
Las potencias del a[illegible] nos encantas :

Para que pueda ser mas conocida
La sin par hermosura que contienes,
Y la alta honestidad de que blasonas,

Deja el servir, pues debes ser servida
De cuantos ven sus manos y sus sienes
Resplandecer por cetros y coronas.

No fué menester que nadie le dijese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oidos de Avendaño, que diera por bien empleado, por no haberle oido haber nacido sordo, y estarlo todos los dias de la vida que le quedaba, á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazon de la rigorosa lanza de los zelos, y era lo peor que no sabia de quien debia, ó podia tenerlos. Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo : que tan simple sea este hijo del corregidor, que le ande dando músicas á una fregona! verdad es que ella es de las mas hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad. A lo cual añadió otro de los de la reja; pues en verdad que he oido yo decir por cosa muy cierta, que asi hace ella cuenta dél, como si no fuese nadie : apostaré que se está ella ahora durmiendo á sueño suelto detras de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas, ni canciones. Asi es la verdad, replicó el otro, porque

nas hones

ia, que con e

, y donde hay cada una,

r todos los aposentos, no se

or desman del mundo. Con esto que oy

laño, tornó á revivir y á cobrar aliento para po-
der escuchar otras muchas cosas, que al son de
diversos instrumentos los músicos cantáron, to-
das encaminadas á Costanza, la cual, como dijo
el huésped, se estaba durmiendo sin ningun cui-
dado. Por venir el dia se fuéron los músicos, des-
pidiéndose con las chirimías. Avendaño y Car-
riazo se volviéron á su aposento, donde durmió
el que pudo hasta la mañana. La cual venida se
levantáron los dos, entrambos con deseo de ver
á Costanza; pero el deseo del uno era deseoso de
trambos se los cumplió Costanza, saliendo de
la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les
pareció que todas cuantas alabanzas le habia dado
el mozo de mulas, eran cortas y de ningun en-
carecimiento. Su vestido era una saya y corpiños
de paño verde, con unos ribetes del mismo paño
Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta
plegado el cuello con un cabezon labrado de se
negra, puesta una gargantilla de estrellas de a
bache sobre un pedazo de una coluna de ala
tro, que no era menos blanca su garganta
ñida con un cordon de S. Francisco, y d
cinta pendiente al lado derecho un gran
de llaves; no traia chinelas, sino zapatos
suelas colorados, con unas calzas que
parecian, sino cuanto por un perfil
tambien ser coloradas: traia trenzado
llos con unas cintas blancas de hila
ten largo el trenzado, que por la
de la cintura, el color sali

[illegible] rubio, pues al parecer era limpio, [illegible]l, y tan peinado, que ninguno, aunque e hebras de oro se le pudiera comparar : [illegible]le de las orejas dos calabacillas de vi-[illegible]ue parecian perlas : los mismos cabellos [illegible]au de garbin y de tocas. Cuando salió de [illegible], se persignó y santiguó, y con mucha [illegible]n y sosiego hizo una profunda reverencia [illegible]mágen de Nuestra Señora, que en una de [illegible]edes del patio estaba colgada, y alzando [illegible] vió á los dos que mirándola estaban, y [illegible] los hubo visto, cuando se retiró y volvió [illegible]r en la sala, desde la cual dió voces á la [illegible]o, que se levantase. Resta ahora por de-[illegible]e es lo que le pareció á Carriazo de la [illegible]ura de Costanza : que de lo que le pareció [illegible]daño, ya está dicho, cuando la vió la vez [illegible]. No digo mas, sino que á Carriazo le pa-[illegible]n bien como á su compañero; pero ena-[illegible] mucho menos, y tan menos, que qui-[illegible] anochecer en la posada, sino partirse [illegible]ara sus almadrabas. En esto á las voces de [illegible]za salió á los corredores la Arguello, con [illegible]os mocetonas, tambien criadas de casa, [illegible]nes se dice que eran gallegas, y el haber [illegible]o requeria la mucha gente que acude á la [illegible] del Sevillano, que es una de las mejores y [illegible] cuentadas que hay en Toledo. Acudiéron [illegible] los mozos de los huéspedes á pedir ce-[illegible]alió el huésped de casa á dársela, mal-[illegible]o á sus mozas, que por ellas se le habia [illegible] mozo que la solia dar con muy buena [illegible] y razon, sin que le hubiese echado me-[illegible]u parecer un solo grano. Avendaño que [illegible], dijo : no se fatigue, señor huésped, [illegible] libro de la cuenta, que los dias que hu-[illegible]e estar aquí, yo la tendré tan buena en

dar la cebada y paja que pidieren, que no ecs
menos al mozo que dice que se le ha ido. En
verdad que os lo agradezco, mancebo, respondió
el huésped, porque yo no puedo atender á esto,
porque tengo otras muchas cosas á que acudir
fuera de casa : bajad, daroshe el libro, y mirad
que estos mozos de mulas son el mismo diablo,
y hacen trampantojos un celemin de cebada con
menos conciencia, que si fuese de paja. Bajó al
patio Avendaño, y entregóse en el libro, y co-
menzó á despachar celemines como agua, y asen-
tarlos por tan buena órden, que el huésped que
lo estaba mirando, quedó contento, y tanto que
dijo : pluguiese á Dios, que vuestro amo no vi-
niese, y que á vos os diese gana de quedaros en
casa, que á fe que otro gallo os cantara, porque
el mozo que se me fué, vino á mi casa habrá
ocho meses roto y flaco, y ahora lleva dos pares
de vestidos muy buenos, y va gordo como una
nutria; porque quiero que sepais, hijo, que en
esta casa hay muchos provechos amen de los sa-
larios. Si yo me quedase, replicó Avendaño, no
repararia mucho en la ganancia, que con cual-
quiera cosa me contentaria á trueco de estar en
esta ciudad, que me dicen que es la mejor de
España. A lo menos, respondió el huésped, es
de las mejores y mas abundantes, que hay en
ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es bus-
car quien vaya por agua al rio, que tambien se
me fué otro mozo que con un asno que tengo
moso me tenia rebosando las tinajas, y hecho
lago de agua la casa; y una de las causas por
los mozos de mulas se huelgan de traer sus
á mi posada, es por la abundancia de agua
hallan siempre en ella, porque no llevan su
nado al rio, sino dentro de casa beben las
balgaduras en grandes barreños. Todo esto está

estaba ac
el queda
deró el gr
guia el humor, y así [illegible] venga
no, señor huésped, que [illegible] ré yo
arle y cargarle, como sabe mi compañero
ar en el libro su mercancía. Sí, dijo Aven-
, mi compañero Lope Asturiano servirá de
agua como un príncipe, y yo le fio. La Ar-
que estaba atenta desde el corredor á todas
pláticas, oyendo decir á Avendaño, que él
su compañero, dijo: dígame, gentilhombre,
en le ha de fiar á él! que en verdad que me
que mas necesidad tiene de ser fiado, que
fiador. Calla, Arguello, dijo el huésped,
metas donde no te llaman, yo los fio á en-
os, y por vida de vosotras, que no tengais
ni tomares con los mozos de casa, que por
as se me van todos. Pues que! dijo otra
; ya se quedan en casa estos mancebos!
ni santiguada, que si yo fuera camino con
que nunca les fiara la bota. Déjese de cho-
ías, señora gallega, respondió el huésped.
su hacienda, y no se entremeta con los
, que la moleré á palos. Por cierto sí, re-
a gallega, mirad que jovas para codiciarlas!
n verdad que no me ha hallado el señor
no tan juguetona con los mozos de casa
fuera para tenerme en la mala piñon que
ne: ellos son bellacos, y se van cuando
antoja, sin que nosotras les demos ocasion
: bonica gente es ella por cierto, para
necesidad de apetites que les inciten á dar
drugon á sus amos cuando menos se per
Mucho hablais, gallega hermana, respon-
amo: punto en boca, y atended á lo que

teneis á vuestro cargo. Ya en esto tenia Ca
enjaezado el asno, y subiendo en él de un bi
se encaminó al rio, dejando á Avendaño
alegre de haber visto su gallarda resolucion

He aquí tenemos ya (enbuenhora se cu
á Avendaño hecho mozo de meson con no
de Tomas Pedro, que asi dijo que se llam
y á Carriazo con el de Lope Asturiano l
aguador: transformaciones dignas de an
nerse á las del narigudo Poeta. A malas
acabó de entender la Arguello que los dos s
daban en casa, cuando hizo designio sol
Asturiano, y le marcó por suyo, determ
dose á regalarle de suerte, que aunque él
de condicion esquiva y retirada, le volvies
blando que un guante. El mismo discurso
la gallega melindrosa sobre Avendaño; y
las dos por trato, y conversacion, y por d
juntas fuesen grandes amigas, al punto d
la una á la otra su determinacion amoro
desde aquella noche determináron de dar
cipio á la conquista de sus dos desapasio
amantes; pero lo primero que advirtiéron
que les habian de pedir que no les hab
pedir zelos por cosas que las viesen hacer
personas; porque mal pueden regalar las
á los de dentro, sino hacen tributarios á
fuera de casa: callad, hermanos, decia
(como si los tuvieran presentes y fueran
verdaderos mancebos ó amancebados) ca
tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero á
sabe, y que guie la danza quien la entier
no habrá par de canónigos mas regalado
vosotros lo seréis destas tributarias vuestr
tas y otras razones desta sustancia y juez
la Gallega y la Arguello. Y entanto ca
nuestro buen Lope Asturiano la vuelta

por la en pensa-
mientos e la muta-
cion de su estado: o por esto, ó porque la suerte asi lo ordenase, en un paso estrecho al bajar de la cuesta encontró con un asno de un aguador que subia cargado, y como él descendia, y su asno era gallardo, bien dispuesto, y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros, se derramó tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de cólera arremetió al aguador moderno que aun se estaba caballero, y antes que se desenvolviese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supiéron bien al Asturiano. Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó que le habia muerto. Otros muchos aguadores que allí venian, como viéron á su compañero tan mal parado, arremetiéron á Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando: justicia, justicia, que este aguador ha muerto un hombre; y á vuelta destas razones y gritos le malian á mojicones y á palos. Otros acudiéron al caido, y viéron que tenia hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subiéron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Cármen diéron en los oidos de un alguacil, el cual con dos corchetes con mas ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores que no le dejaban ro-

teneis á vuestro cargo. Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al rio, dejando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolucion.

He aquí tenemos ya (enbuenhora se cuente) á Avendaño hecho mozo de meson con nombre de Tomas Pedro, que asi dijo que se llamaba: y á Carriazo con el de Lope Asturiano hecho aguador; transformaciones dignas de antepoenerse á las del narigudo Poeta. A malas penas acabó de entender la Arguello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el Asturiano, y le marcó por suyo, determinándose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condicion esquiva y retirada, le volviese mas blando que un guante. El mismo discurso hizo la gallega melindrosa sobre Avendaño; y como las dos por trato, y conversacion, y por dormir juntas fuesen grandes amigas, al punto declararon la una á la otra su determinacion amorosa, y desde aquella noche determináron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados amantes; pero lo primero que advirtiéron fué que les habian de pedir que no les habian de pedir zelos por cosas que las viesen hacer de sus personas; porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, sino hacen tributarios á los de fuera de casa: callad, hermanos, decian ellas (como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados) callad, tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero á quien sabe, y que guie la danza quien la entiende, no habrá par de canónigos mas regalados, y vosotros lo seréis destas tributarias vuestras. Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la Gallega y la Arguello. Y entanto caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del ri

por la el isa-
mientos e muta-
cion de su estado: o por esto, o porque la suerte asi lo ordenase, en un paso estrecho al bajar de la cuesta encontró con un asno de un aguador que subia cargado, y como él descendia, y su asno era gallardo, bien dispuesto, y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros, se derramó tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de cólera arremetió al aguador moderno que aun se estaba caballero, y antes que se desenvolviese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supiéron bien al Asturiano. Apcóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó que le habia muerto. Otros muchos aguadores que allí venian, como viéron á su compañero tan mal parado, arremetiéron á Lope, y tuviéroule asido fuertemente, gritando: justicia, justicia, que este aguador ha muerto un hombre; y á vuelta destas razones y gritos le molian á mojicones y á palos. Otros acudiéron al caido, y viéron que tenia hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subiéron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Cármen diéron en los oidos de un alguacil, el cual con dos corchetes con mas ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores que no le dejaban ro-

dear, antes le brumaban las costillas de manera, que mas se pudiera temer de su vida, que de la del herido segun menudeaban sobre él los puños, y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al Asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la carcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguian, que apénas podia hender por las calles. Al rumor de la gente salió Tomas Pedro y su amo á la puerta de casa á ver de que procedia tanta grita, y descubriéron á Lope entre los dos corchetes lleno de sangre el rostro y la boca: miró luego por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les habia juntado: preguntó la causa de aquellas prisiones, fuéle respondida la verdad del suceso, pesóle por su asno temiendo que le habia de perder, ó á lo menos de hacer mas costas por cobrarle, que él valia. Tomas Pedro siguió á su compañero, sin que le dejasen llegar á hablarle una palabra: tanta era la gente que le impedia, y el recato de los corchetes, y del alguacil que le llevaba. Finalmente no le dejó hasta verle poner en la cárcel, y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dijo el cirujano. El alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y mas cinco reales de á ocho, que los corchetes habian quitado á Lope. Volvióse á la posada llena de confusion y de tristeza, halló al que ya tenia por amo con no menos pesadumbre que él trataba á quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno: díjolo mas, que á su desgracia se le habia añadido otra de no

menor fa de su
señor le [illegible], y le
habia dicho que su [illegible] por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino de Madrid habia pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormia en Orgaz, y que le habia dado doce escudos que le diese, con órden de que se fuese á Sevilla donde le esperaba; pero no puede ser asi, añadió Tomas, pues no será razon que yo deje á mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora; cuanto mas que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere á trueco que no la haga á mi camarada: vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir á este negocio; y en tanto que esto se gasta, yo escribiré á mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de cualquier peligro. Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno: tomó el dinero, y consoló á Tomas, diciéndole que él tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pie, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenia una hija, que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja: la cual lavandera lavaba la ropa en casa, y como esta pida á su hija, que sí pedirá, hable á la hermana del fraile que hable á su hermano que hable al confesor, y el confesor á la monja, y la monja guste de dar un billete (que será cosa fácil) para el corregidor donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomas, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso: y

esto ha de ser con tal, que el aguado no muera, y con que no falte ungüento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no estan untados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayó á Tomas los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado; y aunque conoció que antes lo habia dicho de socarron, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaria muchos dias, segun él tenia la confianza en su señor como ya le habia dicho. La Arguello que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la cárcel á llevarle de comer; mas no se le dejáron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolucion dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano: y ya en este tiempo habia dado traza Tomas como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho. Por seis ducados se apartó de la querella el herido: en diez, y en el asno, y las costas sentenciáron al Astúriano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso la habia visitado la Arguello y requerídole de amores, causa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dejara ahorcar, que corresponder con el deseo de tan mala hembra: que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante

su propós
le aguad
que con [illegible] ,ingado ni
o por vagamundo, y que con sola una carga
gua se podia andar todo el dia por la ciudad
s anchuras mirando bobas. Antes mirarás
nosas que bobas en esta ciudad, que tiene
a de tener las mas discretas mugeres de Es-
a, y que andan á una su discrecion con su
mosura; y sino míralo por Costancica, de
as sobras de belleza puede enriquecer no solo
s hermosas desta ciudad, sino á las de todo
nundo. Paso, señor Tomas, replicó Lope,
nos poquito á poquito en esto de las alabanzas
la señora fregona, si no quiere que como le
go por loco, le tenga por herege. Fregona has
nado á Costanza, hermano Lope! respondió
mas: Dios te lo perdone, y te trayga á ver-
dero conocimiento de tu yerro. Pues no es fre-
na! replicó el Asturiano. Hasta ahora la tengo
r ver fregar el primer plato. No importa, dijo
pe, no haberle visto fregar el primer plato,
le has visto fregar el segundo, y aun el centé-
no. Yo te digo, hermano, replicó Tomas, que
a no friega, ni entiende en otra cosa que en
labor, y en ser guarda de la plata labrada que
y en casa, que es mucha. Pues como la llaman
r toda la ciudad, dijo Lope, la Fregona ilus-
, si es que no friega! mas sin duda debe de
que como friega plata, y no loza, le dan
mbre de ilustre. Pero dejando esto á parte,
me Tomas, en que estado estan tus esperanzas?
n el de perdicion, respondió Tomas: porque
todos estos dias que has estado preso, nunca
he podido hablar una palabra, y á muchas
e los huéspedes le dicen, con ninguna otra
sa responde, que con bajar los ojos, y no des-

plegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento, que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban, y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que [illegible] el corazon la dura saeta de los zelos. Pues que piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva, y desta nueva Penelope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda, y te desvanece! Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del mas hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva, ó Penelope: en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero que puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore! Mira, amigo, no sé como te diga prosiguió Tomas, de la manera con que amor el bajo sugeto desta fregona (que tú llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca: no es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si asi se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden á borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad, y recogimiento, y me dan á entender, que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina

gran valor
nte sea lo y
con aquel que-
), sino con se ex-
de á mas que á servir y procurar que ella
quiera, pagándome con honesta voluntad lo
á la mia tambien honesta, se debe. A esto
to dió una gran voz el Asturiano, y como
lamando, dijo: ó amor platónico! ó fregona
tre! ó felicísimos tiempos los nuestros! donde
nos que la belleza enamora sin malicia, la ho-
tidad enciende sin que abrase, el donaire da
to sin que incite, y la bajeza del estado hu-
de obliga y fuerza á que le suban sobre la
la de la que llaman Fortuna! ó pobres atunes
s, que os pasais este año, sin ser visitados
te tan enamorado y aficionado vuestro! pero
que viene, yo haré la enmienda de manera,
no se quejen de mí los mayorales de las mis
eadas almadrabas! A esto dijo Tomas: ya
, Asturiano, cuan al descubierto te burlas de
: lo que podias hacer, es irte norabuena á tu
quería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí
hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte con-
el dinero que te toca, luego te lo daré, y
n paz, y cada uno siga la senda por donde
destino le guiare. Por mas discreto te tenia,
licó Lope, y tú no ves que lo que digo es bur-
lo? pero ya que sé que tú hablas de veras, de
as te serviré en todo aquello que fuere de tu
to: una cosa sola te pido en recompensa de
muchas que pienso hacer en tu servicio, y es
no me pongas en ocasion de que la Arguello
requiebre ni solicite, porque antes romperé
tu amistad, que ponerme á peligro de tener
uva: vive Dios, amigo, que habla mas que
relator, y que le huele el aliento á rasuras

desde una legua : todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, despues que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y asi se jalbega el rostro, que no parece sino mascaron de yeso puro. Todo eso es verdad, replicó Tomas, y no es tan mala la Gallega que á mí me martiriza : lo que se podrá hacer, es que esta noche sola estes en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás donde estes, y así huirás los encuentros de la Arguello, y yo quedaré sujeto á los de la Gallega, y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se conviniéron los dos amigos, y se fuéron á la posada, adonde de la Arguello fué con muestra de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada de muchos mozos de mulas, que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fué el Asturiano : las bailadoras, amen de las dos gallegas y de la Arguello, fuéron otras tres mozas de otra posada : juntáronse muchos embozados con mas deseo de ver á Costanza, que el baile ; pero ella no pareció, ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con mas ahinco la Arguello, que cantase algun romance : él dijo, que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa. Habia entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni mas ni menos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diria, y como era

de pres felicí-
sima c , a cantar
desta manera.

Salga la he sa Arguello
Moza, una vez y no mas,
Y haciendo una reverencia
Dé dos pasos hácia atras.

De la mano la arrebate
El que llaman Barrabas,
Andaluz mozo de mulas,
Canónigo del compas.

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada estan,
Salga la mas carigorda
En cuerpo, y sin devantal.

Engarráfela Torote,
Y todos cuatro á la par
Con mudanzas y meneos
Den principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicié-ron al pie de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir, que diesen principio á un contra-pas, respondió Barrabas, que asi le llamaban por mal nombre al bailarin mozo de mulas: her-mano músico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de mal vestido, porque aquí no hay nai-de con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huésped que oyó la ignorancia del mo-zo, le dijo: hermano mozo, contrapas es un bai-le extrangero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es: replicó el mozo, no hay paraque nos me-tan en dibujos: toquen sus zarabandas, chaco-nas, y folias al uso, y escudillen como qui-sieren, que aquí hay personas que le sabrán lle-nar las medidas hasta el gollete. El Asturiano,

no, sin replicar palabra prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar:
Que el baile de la chacona
Es mas ancho que la mar.

Requieran las castañetas,
Y bájense á refregar
Las manos por esa arena,
O tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien,
No tengo que les retar:
Santiguense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa,
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la chacona
Nunca se suele apartar.

Cambio el son, divina Arguella,
Mas bella que un hospital,
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieras dar.

El baile de la chacona.
Entierra la vida bona.

Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.

Vierten azogue los pies,
Derrítese la persona,

D
Y con
Las m

El brio y la l reza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobre modo se entona.

El baile de la chacona
Encierra la vida bona.

¿Que de veces ha intentado
Aquesta noble señora
Con la alegre zarabanda,
El pésame, y perra mora.

Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!

Cuantas fué vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja.

Que *el baile de la chacona*
Encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada
De quien la fama pregona
Que ha hecho mas sacrilegios
E insultos, que hizo Aroba:

Esta, á quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pages,
Y de lacayos las tropas,

Dice, jura, y no revienta,
Que á pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla;

Y que sola la chacona.
Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas bailando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban á doce, y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras cosas de mas tomo, sustancia, y consideracion de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban, dijo sin quitarse el embozo: calla borracho, calla cuero, calla odrina, poeta de viejo, músico falso. Tras esto acudiéron otros diciéndole tantas injurias y mueces, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuviéron tan á mal, que si no fuera por el huésped que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y aun con todo eso no dejaran de menear las manos, si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apenas se habian retirado, cuando llegó á los oidos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la posada del Sevillano cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dejó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin. Pero el que mas atento estuvo fué Tomas Pedro, como aquel á quien mas le tocaba no solo el oir la música, sino entender la letra, que para él no fué oir canciones, sino cartas de excomunion que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó, fué este romance.

Donde estás, que no pareces,
Esfera de la hermosura,
Belleza á la vida humana
De divina compostura:

1
Ci
Tier
Primer mobile a
Tras sí todas las venturas :

Lugar cristalino, donde
Trasparentes aguas puras
Enfrian de amor las llamas
Las acrecientan y apuran :

Nuevo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas,
Sin tomar la luz prestada
Al cielo y al suelo alumbran:

Alegría, que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura :

Humildad, que se resiste
De la alteza con que encumbran
El gran Jove, á quien influye
Su benignidad, que es mucha :

Red invisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa :

Cuarto cielo, y sol segundo,
Que el primero deja á escuras
Cuando acaso deja verse,
Que el verle es caso y ventura :

Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura,
Que persuades callando
Aun mas de lo que procuras :

Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura,

esto ha de ser con tal, que el aguador no muera, y con que no falte ungüento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no estan untados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayó á Tomas los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado; y aunque conoció que antes lo habia dicho de socarron, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaria muchos dias, segun él tenia la confianza en su señor como ya le habia dicho. La Arguello que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la cárcel á llevarle de comer; mas no se le dejáron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolucion dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano: y ya en este tiempo habia dado traza Tomas como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula firmada de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho. Por seis ducados se apartó de la querella el herido: en diez, y en el asno, y las costas sentenciáron al Astúriano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso le habia visitado la Arguello y requerídole de amores, causa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra: que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante

con su p el ofi-
cio de a en Tole-
do, que con aquella sería juzgado ni preso por vagamundo, y que con sola una carga de agua se podia andar todo el dia por la ciudad á sus anchuras mirando bobas. Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mugeres de España, y que andan á una su discrecion con su hermosura; y sino míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no solo á las hermosas desta ciudad, sino á las de todo el mundo. Paso, señor Tomas, replicó Lope, vamos poquito á poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que como le tengo por loco, le tenga por herege. Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? respondió Tomas: Dios te lo perdone, y te trayga á verdadero conocimiento de tu yerro. Pues no es fregona? replicó el Asturiano. Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dijo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo. Yo te digo, hermano, replicó Tomas, que ella no friega, ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha. Pues como la llaman por toda la ciudad, dijo Lope, la Fregona ilustre, si es que no friega? mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan nombre de ilustre. Pero dejando esto á parte, dime Tomas, en que estado estan tus esperanzas? En el de perdicion, respondió Tomas: porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde, que con bajar los ojos, y no des-

plegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento, que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban, y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que [illegible] el corazon la dura saeta de los zelos. Pues que piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva, y desta nueva Penelope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda, y te desvanece! Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del mas hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva, ó Penelope: en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero que puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore! Mira, amigo, no sé como te diga prosiguió Tomas, de la manera con que amor el bajo sugeto desta fregona (que tú llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca: no es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si asi se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden á borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad, y recogimiento, y me dan á entender, que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina

de gran [illegible] : final-
mente [illegible] bien, y
no con aquel amor [illegible] otras he que-
rido, sino con amor tan limpio, que no se ex-
tiende á mas que á servir y á procurar que ella
me quiera, pagándome con honesta voluntad lo
que á la mia tambien honesta, se debe. A este
punto dió una gran voz el Asturiano, y como
exclamando, dijo: ó amor platónico! ó fregona
ilustre! ó felicísimos tiempos los nuestros! donde
vemos que la belleza enamora sin malicia, la ho-
nestidad enciende sin que abrase, el donaire da
gusto sin que incite, y la bajeza del estado hu-
milde obliga y fuerza á que le suban sobre la
rueda de la que llaman Fortuna! ó pobres atunes
mios, que os pasais este año, sin ser visitados
deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero
el que viene, yo haré la enmienda de manera,
que no se quejen de mí los mayorales de las mis
deseadas almadrabas! A esto dijo Tomas: ya
veo, Asturiano, cuan al descubierto te burlas de
mí: lo que podias hacer, es irte norabuena á tu
pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí
me hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte con-
tigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y
ve en paz, y cada uno siga la senda por donde
su destino le guiare. Por mas discreto te tenia,
replicó Lope, y tú no ves que lo que digo es bur-
lando? pero ya que sé que tú hablas de veras, de
veras te serviré en todo aquello que fuere de tu
gusto: una cosa sola te pido en recompensa de
las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es
que no me pongas en ocasion de que la Arguello
me requiebre ni solicite, porque antes romperé
con tu amistad, que ponerme á peligro de tener
la suya: vive Dios, amigo, que habla mas que
un relator, y que le huele el aliento á rasuras

plegar los labios; tal es su honestidad y s
cato, que no menos enamora con su recogimi
que con su hermosura : lo que me trae alcan
de paciencia, es saber que el hijo del correg
que es mozo brioso y algo atrevido, muer
ella y la solicita con músicas, que pocas no
se pasan sin dársela, y tan al descubierto,
en lo que cantan la nombran, la alaban, y l
lenizan; pero ella no las oye, ni desde que
chece hasta la mañana no sale del aposent
su ama, escudo que no deja que me pase e
razon la dura saeta de los zelos. Pues que
sas hacer con el imposible que se te ofrece
conquista desta Porcia, desta Minerva, y
nueva Penelope, que en figura de doncella
fregona te enamora, te acobarda, y te desvar
Haz la burla que de mí quisieres, amigo L
que yo sé que estoy enamorado del mas herr
rostro que pudo formar naturaleza, y de la
incomparable honestidad que ahora se puede
en el mundo. Costanza se llama, y no Po
Minerva, ó Penelope : en un meson sirve,
no lo puedo negar; pero que puedo yo hace
me parece que el destino con oculta fuerza m
clina, y la eleccion con claro discurso me mu
que la adore! Mira, amigo, no sé como te diga
siguió Tomas, de la manera con que amor el
sugeto desta fregona (que tú llamas) me le en
bra y levanta tan alto, que viéndole no le ve
conociéndole le desconozca : no es posible
aunque lo procuro, pueda un breve término
templar, si asi se puede decir, en la bajez

de gran : finalmente bien, y no con aquel amor a otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende á mas que á servir y á procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que á la mia tambien honesta, se debe. A este punto dió una gran voz el Asturiano, y como exclamando, dijo: ó amor platónico! ó fregona ilustre! ó felicísimos tiempos los nuestros! donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna! ó pobres atunes mios, que os pasais este año, sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene, yo haré la enmienda de manera, que no se quejen de mí los mayorales de las mis deseadas almadrabas! A esto dijo Tomas: ya veo, Asturiano, cuan al descubierto te burlas de mí: lo que podias hacer, es irte norabuena á tu pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí me hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicó Lope, y tú no ves que lo que digo es burlando? pero ya que sé que tú hablas de veras, de veras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto: una cosa sola te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasion de que la Arguello me requiebre ni solicite, porque antes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya: vive Dios, amigo, que habla mas que un relator, y que le huele el aliento á rasuras

desde una legua : todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, despues que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y asi se jalbega el rostro, que no parece sino mascaron de yeso puro. Todo eso es verdad, replicó Tomas, y no es tan mala la Gallega que á mí me martiriza : lo que se podrá hacer, es que esta noche sola estes en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás donde estes, y así huirás los encuentros de la Arguello, y yo quedaré sujeto á los de la Gallega, y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se conviniéron los dos amigos, y se fuéron á la posada, adonde de la Arguello fué con muestra de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada de muchos mozos de mulas, que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fué el Asturiano : las bailadoras, amen de las dos gallegas y de la Arguello, fuéron otras tres mozas de otra posada : juntáronse muchos embozados con mas deseo de ver á Costanza, que el baile ; pero ella no pareció, ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con mas ahinco la Arguello, que cantase algun romance : él dijo, que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa. Habia entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni mas ni menos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diria, y como era

de pres felici-
sima cc a cantar
desta manera.

Salga la hermosa Arguello
Moza, una vez y no mas,
Y haciendo una reverencia
Dé dos pasos hácia atras.

De la mano la arrebate
El que llaman Barrabas,
Andaluz mozo de mulas,
Canónigo del compas.

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada estan,
Salga la mas carigorda
En cuerpo, y sin devantal.

Engarráfela Torote,
Y todos cuatro á la par
Con mudanzas y meneos
Den principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir, que diesen principio á un contrapas, respondió Barrabas, que asi le llamaban por mal nombre al bailarin mozo de mulas: hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huésped que oyó la ignorancia del mozo, le dijo: hermano mozo, contrapas es un baile extrangero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es: replicó el mozo, no hay paraque nos metan en dibujos: toquen sus zarabandas, chaconas, y folias al uso, y escudillen como quisieren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El Asturiano,

no, sin replicar palabra prosiguió su canto, d ciendo:

Entren pues todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar:
Que el baile de la chacona
Es mas ancho que la mar.

Requieran las castañetas,
Y bájense á refregar
Las manos por esa arena,
O tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien,
No tengo que les retar:
Santiguense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa,
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la chacona
Nunca se suele apartar.

Cambio el son, divina Arguella,
Mas bella que un hospital,
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieras dar.

El baile de la chacona.
Encierra la vida bona.

Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.

Vierten azogue los pies,
Derrítese la persona;

D
Y coı
Las n

El brio y la liger
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobre modo se entona.

El baile de la chacona
Encierra la vida bona.

Que de veces ha intentado
Aquesta noble señora
Con la alegre zarabanda,
El pésame, y perra mora.

Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!

Cuantas fué vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja.

Que *el baile de la chacona*
Encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada
De quien la fama pregona
Que ha hecho mas sacrilegios
E insultos, que hizo Aroba:

Esta, á quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pages,
Y de lacayos las tropas,

Dice, jura, y no revienta,
Que á pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla;

Y que sola la chacona.
Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas bailando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban á doce, y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras cosas de mas tomo, sustancia, y consideracion de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban, dijo sin quitarse el embozo: calla borracho, calla cuero, calla odrina, poeta de viejo, músico falso. Tras esto acudiéron otros diciéndole tantas injurias y mueças, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuviéron tan á mal, que si no fuera por el huésped que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y aun con todo eso no dejaran de menear las manos, si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apenas se habian retirado, cuando llegó á los oidos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la posada del Sevillano cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dejó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin. Pero el que mas atento estuvo fué Tomas Pedro, como aquel á quien mas le tocaba no solo el oir la música, sino entender la letra, que para él no fué oir canciones, sino cartas de excomunion que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó, fué este romance.

Donde estás, que no pareces,
Esfera de la hermosura,
Belleza á la vida humana
De divina compostura:

T
Ci
Tien
Primer moble [illegible]
Tras sí todas las [illegible]uras :

Lugar cristalino, donde
Trasparentes aguas puras
Enfrian de amor las llamas
Las acrecientan y apuran :

Nuevo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas,
Sin tomar la luz prestada
Al cielo y al suelo alumbran:

Alegría, que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura :

Humildad, que se resiste
De la alteza con que encumbran
El gran Jove, á quien influye
Su benignidad, que es mucha :

Red invisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa :

Cuarto cielo, y sol segundo,
Que el primero deja á escuras
Cuando acaso deja verse,
Que el verle es caso y ventura :

Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura,
Que persuades callando
Aun mas de lo que procuras :

Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura,

Y del primero no mas
Que el resplandor de la luna :

Esta esfera sois, Constanza,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.

Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.

Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna,
Las soberbias por linage,
Las grandes por hermosura.

Si quereis ahorrar camino,
La mas rica y la mas pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como diéron junto á los pies del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomas Pedro, que admiró la voz y el romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna. Contrario deste parecer fué Barrabas el mozo de mulas que tambien estuvo

atento á [illegible] ó huir al
músico [illegible] to, trobador de
Judas, que pulgas te comas los ojos; y quien
diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas
de esferas y de cielos, llamándola lunes, martes,
y ruedas de fortuna? dijérasla noramala para tí
y para quien le huviere parecido bien tu troba,
que es tiesa como un espárrago, entonada como
un plumage, blanca como una leche, honesta
como un fraile novicio, melindrosa y zahareña
como una mula de alquiler, y mas dura que un
pedazo de argamasa, que como esto le dijeras,
ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla
embajador, y red, y moble, y alteza, y bajesa,
mas es para decirlo á un niño de la dotrina, que
á una fregona: verdaderamente que hay poetas
en el mundo, que escriben trobas que no hay
diablo que las entienda; yo á lo menos aunque
soy Barrabas, estas que ha cantado este músico,
de ninguna manera las entiendo: miren que ha-
rá Costancica! pero ella lo hace mejor, que se
está en su cama haciendo burla del mismo Pres-
te Juan de las Indias: este músico á lo menos no
es de los del hijo del corregidor, que aquellos
son muchos, y una vez que otra se dejan en-
tender; pero este, voto á tal, que me deja mohino.
Todos los que escucháron á Barrabas recibié-
ron gran gusto, y taviéron su censura y parecer
por muy acertado. Con esto se acostáron todos
y apenas estaba sosegada la gente, cuando sin-
tió Lope que llamaban á la puerta de su aposen-
to muy paso; y preguntando: quien llamaba?
Fuéle respondido con voz baja: la Arguello y
la Gallega somos, ábrannos, que nos morimos
de frio. Pues en verdad, respondió Lope, que es-
tamos en la mitad de los caniculares. Déjate de
gracias, Lope, replicó la Gallega, levántate y

Y del primero no mas
Que el resplandor de la luna :

Esta esfera sois, Constanza,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslúmbra.

Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.

Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna,
Las soberbias por linage,
Las grandes por hermosura.

Si quereis ahorrar camino,
La mas rica y la mas pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como diéron junto á los pies del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomas Pedro, que admiró la voz y el romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna. Contrario deste parecer fué Barrabas el mozo de mulas que tambien estave

atento á ió huir al
músico , robador de
Judas, que pulgas [illegible] os ojos; y quien
diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas
de esferas y de cielos, llamándola lunes, martes,
y ruedas de fortuna? dijérasla noramala para tí
y para quien le huviere parecido bien tu troba,
que es tiesa como un espárrago, entonada como
un plumage, blanca como una leche, honesta
como un fraile novicio, melindrosa y zahareña
como una mula de alquiler, y mas dura que un
pedazo de argamasa, que como esto le dijeras,
ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla
embajador, y red, y moble, y alteza, y bajesa,
mas es para decirlo á un niño de la dotrina, que
á una fregona: verdaderamente que hay poetas
en el mundo, que escriben trobas que no hay
diablo que las entienda; yo á lo menos aunque
soy Barrabas, estas que ha cantado este músico,
de ninguna manera las entiendo: miren que ha-
rá Costancica! pero ella lo hace mejor, que se
está en su cama haciendo burla del mismo Pres-
te Juan de las Indias: este músico á lo menos no
es de los del hijo del corregidor, que aquellos
son muchos, y una vez que otra se dejan en-
tender; pero este, voto á tal, que me deja mohino.
Todos los que escucháron á Barrabas recibié-
ron gran gusto, y tuviéron su censura y parecer
por muy acertado. Con esto se acostáron todos
y apenas estaba sosegada la gente, cuando sin-
tió Lope que llamaban á la puerta de su aposen-
to muy paso; y preguntando: quien llamaba?
Fuéle respondido con voz baja: la Arguello y
la Gallega somos, ábranos, que nos morimos
de frio. Pues en verdad, respondió Lope, que es-
tamos en la mitad de los caniculares. Déjate de
gracias, Lope, replicó la Gallega, levántate y

Y del primero no mas
Que el resplandor de la luna :

Esta esfera sois, Constanza,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslúmbra.

Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.

Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna,
Las soberbias por linage,
Las grandes por hermosura.

Si quereis ahorrar camino,
La mas rica y la mas pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como diéron junto á los pies del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomas Pedro, que admiró la voz y el romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna. Contrario deste parecer fué Barrabas el mozo de mulas que tambien estuvo

atento á ió huir al
músico . o, trobador de
Judas, que pulgas te coman los ojos; y quien diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lunes, martes, y ruedas de fortuna! dijérasla noramala para tí y para quien le huviere parecido bien tu troba, que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumage, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y mas dura que un pedazo de argamasa, que como esto le dijeras, ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y moble, y alteza, y bajesa, mas es para decirlo á un niño de la dotrina, que á una fregona: verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trobas que no hay diablo que las entienda; yo á lo menos aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo: miren que hará Costancica! pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias: este músico á lo menos no es de los del hijo del corregidor, que aquellos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero este, voto á tal, que me deja mohino. Todos los que escucháron á Barrabas recibiéron gran gusto, y tuviéron su censura y parecer por muy acertado. Con esto se acostáron todos y apenas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando: quien llamaba? Fuéle respondido con voz baja: la Arguello y la Gallega somos, ábrannos, que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondió Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Déjate de gracias, Lope, replicó la Gallega, levántate y

abre, que venimos hecnas unas archiduquesas. Archiduquesas, y á tal hora! respondió Lope: no creo en ellas, antes entiendo que sois brujas, ó unas grandísimas bellacas idos de ahí luego, sino por vida de... hago juramento, que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas. Ellas, que se viéron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imagináron, temiéron la furia del Asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios, se volviéron tristes y malaventuradas á sus lechos; aunque antes de apartarse de la puerta, dijo la Arguelló, poniendo los hocicos por el agujero de la llave: no es la miel para la boca del asno; y con esto como si hubieran dicho una gran sentencia, y tomado una justa venganza se volvió como se ha dicho á su triste cama. Lope que sintió que se habian vuelto, dijo á Tomas Pedro que estaba despierto: mirad, Tomas, ponedme vos á pelear con dos gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con mas facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad, que me tome á brazo partido con la Arguello, no lo consentiré si me asaetesen: mirad que doncellas de Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios, y medrarémos. Ya te he dicho, amigo, respondió Tomas, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu vomería, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el dia, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo. Durmiéronse, vino el dia, levantáronse, y acudió

Tomas [illegible] mercado de [illegible] a comprar un asno que fuese [illegible].

Sucedió pues que [illegible] llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos, y escrítolos en el mismo libro do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos á parte en limpio, y romper ó horrar aquellas hojas; pero antes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dejado el libro sobre el cajon de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver como estaba la cuenta, dió con los versos, que leidos le turbáron y sobresaltáron. Fuése con ellos á su muger, y antes que se los leyese llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomas Pedro el mozo de la cebada le habia dicho algun requiebro, ó alguna palabra descompuesta ó que diese indicio de tenerla aficion. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aun por hablarla, y que jamas ni aun con los ojos le habia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyéronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronle que se fuese de allí, y el huésped dijo á su muger: no sé que me diga desto: habréis de saber, señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica. Veamos las coplas, respondió la muger, que yo os diré lo que en eso debe de haber. Asi será sin duda alguna, replicó su marido, que como sois poeta, luego daréis en su sentido. No soy poeta, respondió la muger, pe-

ro ya sabeis vos que tengo buen ent[illegible]imiento, y que sé rezar en latin las cuatro oraciones. Mejor haríades de rezarlas en romance, que ya os dijo vuestro tio el clérigo que decíades mil gazafatones cuando rezábades en latin, y que no rezábades nada. Esa flecha de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las Horas de latin en la mano, é irme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisiéredes, respondió el huésped, estad atenta, que las coplas son estas.

Quien de amor venturas hall[illegible]
El que calla.

Quien triunfa de su aspereza?
La firmeza.

Quien da alcance á su alegría?
La porfia.

Dese modo bien podria
Esperar dichosa palma,

Si en esta empresa mi alma
Calla, está firme, y porfia.

Con quien se sustenta amor?
Con favor.

Y con que mengua su furia?
Con la injuria.

Antes con desdenes crece?
Desfallece.

Claro en esto se parece
Que mi amor será inmortal;
Pues la causa de mi mal
Ni injuria, ni favorece.

Quien desespera, que espera?
Muerte entera.

Luego bien se ?
Mejor sufrir,
Porque se suele decir,
(Y esta verdad se reciba) :
Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

Descubriré mi pasion ?
En ocasion.
Y si jamas me la da ?
Sí hará.
Llegará la muerte entanto.
Llegue á tanto
Tu limpia fe y esperanza,
Que en sabiéndolo Costanza
Convierta en risa tu llanto.

Hay mas? dijo la huéspeda. No, respondió el marido; pero que os parece destos versos? Lo primero, dijo ella, es menester averiguar si son de Tomas. En eso no hay que poner duda, replicó el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas, toda es una, sin que se pueda negar. Mirad, marido, dijo la huéspeda, á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Costancica, por donde se puede pensar que se hiciéron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir; cuanto mas, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que sea por esta, ahí no le dice nada que la deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos á la mira, y visemos á la muchacha, que si él está enamorado della, á buen seguro que él haga mas coplas que procure dárselas. No seria mejor, dijo el

marido, quitarnos de esos cuidados, y echarle de casa? Eso, respondió la huéspeda, en vuestra mano está; pero en verdad que segun vos decis, el mozo sirve de manera, que seria conciencia el despedirle por tan liviana ocasion. Ahora bien, dijo el marido, estarémos alerta, como vos decis, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer. Quedáron en eso, y tornó á poner el huésped el libro donde le habia hallado. Volvió Tomas ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasion que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de mirarla, cuanto mas de ponerse á pláticas con ella; y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba mas la dificultad de hablarle, de que se desesperaba el pobre enamorado. Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho á quien se lo preguntó porque se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas, Tomas, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que seria bueno que hiciese, y dijo: señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor. Norabuena, respondió Costanza, que yo la rezaré, porque sé leer. Ha de ser con condicion, dijo Tomas, que no la ha de mostrar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dijo Costanza, Tomas, que no la dé á nadie, y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladaré de la memoria, respondió To-

mas, [illegible] las primeras [illegible] Costanza, y Costanza á Tomas [illegible] po que habia que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y cuatro dias. Retiróse Tomas, y escribió la oracion, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y mas devocion se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia desta manera,

Señora de mi alma: yo soy un caballero natural de Burgos: si alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta: á la fama de vuestra hermosura que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el trage que me veis, vine á servir á vuestro dueño: si vos lo quisiéredes ser mio, por los medios que mas á vuestra honestidad convengan, mirad que pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo, y me tendré por el mas bien afortunado del mundo: solo por ahora os pido que no echeis tan enamorados y limpios pensamientos como los mios en la calle: que si vuestro dueño lo sabe, y no los cree, me condenará á destierro de vuestra presencia, que seria lo mismo que condenarme á muerte: dejadme, señora, que os vea, hasta que me creais, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros: con los ojos podréis responderme á hurto de los muchos que siempre os estan mirando, que ellos son tales que airados matan, y piadosos resucitan.

Entanto que Tomas entendio que Costanza se habia ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazon, temiendo y esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vi-

da, Salió en esto Costanza [illegible] hec[illegible] que rebozada, que si pudiera reci[illegible]ento su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomas otra cosa tan lejos de la que pensaba habia acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dijo á Tomas que apenas se podia tener en pie: hermano Tomas, esta tu oracion mas parece hechicería y embuste, que oracion santa, y asi yo no la quiero creer ni usar, por eso la he rasgado porque no la vea nadie, que sea tan crédula que yo: aprende otras oraciones mas fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho. En diciendo esto se entró con su ama, y Tomas quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa Parecióle que en el primer paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

Entanto que esto sucedió en la posada, anda ba el Asturiano comprando el asno donde le vendian; y aunque halló muchos, ninguno le s tisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solí to por encajarle uno que mas caminaba por azogue que le habia echado en los oidos, que ligereza suya; pero lo que contentaba con el so, desagradaba con el cuerpo, que era muy queño: y no del grandor y talle que Lope qu que le buscaba suficiente para llevarle á él añadidura, ora fuesen vacíos, ó llenos los c ros. Llegóse á él en esto un mozo, y dijo

6 : galan,
de aguad
prado, qu [illegible]
dad, y a [illegible] otia de
mos, porque aunque p[illegible] tan sanas y bue-
, todas son falsas y llenas de dolamas; si qui-
e comprar la que le conviene, véngase con-
go, y calle la boca. Crevóle el Asturiano, y
le que guiase adonde estaba el asno, que tan-
ncarecia. Fuéronse los dos mano á mano,
no dicen, hasta que llegáron á la huerta del
, dònde á la sombra de una azuda halláron
chos aguadores, cuyos asnos pacian en un pra-
que allí cercá estaba. Mostró el vendedor su
o, tal, que le hinchó el ojo al Asturiano, y
todos los que allí estaban, fué alabado el asno,
fuerte, de caminador, y comedor sobre ma-
a. Hiciéron su concierto, y sin otra seguri-
, ni informacion, siendo corredores y media-
os los demas aguadores, dió diez y seis duca-
por el asno, con todos los adherentes del ofi-
. Hizo la paga real en escudos de oro. Dié-
le el parabien de la compra y de la entrada
l oficio, y certificáronle que habia comprado
asno dichosísimo, porque el dueño que le
iba, sin que se le mancase, ni matase, habia
ado con él en menos tiempo de un año, des-
s de haberse sustentado á él y al asno honra-
iente, dos pares de vestidos, y mas aquellos
; y seis ducados, con que pensaba volver á
tierra donde le tenian concertado un casami-
o con una media parienta suya. Amen de los
redores del asno, estaban otros cuatro agua-
es jugando á la primera, tendidos en el suelo,
iéndoles de bufete la tierra, de sobremesa sus
as Púsose el Asturiano á mirarlos y vió que
ugaban como aguadores, sino como arcedia-

nos, porque tenia de resto cada uno mas de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto; y si uno no diera partido á otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente á los dos en aquel resto, se les acabó el dinero, y se levantáron. Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuatro, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano que era de propiedad del azúcar, que jamas gastó menestra como dice el Italiano, dijo que él haria cuarto. Sentáronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenia, y viéndose sin blanca, dijo que si le querian jugar el asno, que él le jugaria. Acetáron el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos queria jugarle. Díjole tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le habia vendido; y levantándose para volver á entregarse en él, dijo el Asturiano que advirtiesen que él solamente habia jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen, y se le llevasen norabuena. Causóles risa á todos la demanda de la cola; y hubo letrados que fuéron de parecer que no tenia razon en lo que pedia, diciendo que cuando se vende un carnero ú otra res alguna, no se saca ni quita la cola que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Barbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola; y cuando los tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo concedia; pero que la suya no fué vendida,

DE I
igada, y c
, y que a
lo á ella
la punta del celebro, [illegible] Osamen-
espinazo donde ella t[illegible]ba principio y
dia, hasta parar en los ultimos pelos della.
e vos, dijo uno, que ello sea asi como de-
que os la den como la pedis y sentaos
á lo que del asno queda. Pues asi es, re-
Lope, venga mi cola; sino por Dios que
e llevar el asno, si bien viniesen por él
os aguadores hay en el mundo; y no pien-
ie por ser tantos los que aquí estan, me
le hacer supercheria, porque soy yo un
re que me sabré llegar á otro hombre, y
le dos palmos de daga por las tripas, sin
epa de quien, por donde, ó como le vino;
s, que no quiero que me paguen la cola
por cantidad, sino que quiero que me la
n ser y la corten del asno, como tengo
. Al ganancioso, y á los demas les pare-
o ser bien llevar aquel negocio por fuerza
ue juzgáron ser de tal brio el Asturiano,
o consentiria que se le hiciesen; el cual
estaba hecho al trato de las almadrabas,
e se ejercita todo género de rumbo, y já-
y de extraordinarios juramentos, y boatos,
allí el capelo, y empuñó un puñal que
o del capotillo traia, y púsose en tal pos-
que infundió temor y respeto en toda aque-
guadosa compañia. Finalmente uno dellos,
parecia de mas razon y discurso, los con-
en que se echase la cola contra un cuarto
sno á una quinola, ó á dos y pasante. Fué-
ontentos, ganó la quinola Lope, picóse el
echó el otro cuarto, y á otras tres manos
ó sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria

ɔe; pero tanto le porfiáron todos, ɔo de hacer, con que hizo el viage del a o, dejándole sin un solo maravedí; y fue tan la pesadumbre que desto recibió el perdidoso, e se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de labazadas por la tierra. Lope como bien nacido, como liberal, y compasivo le levantó, y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis ducados del asno; y aun de los que él tenia, repartió con los circunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlan le alzaran por Rey de los aguadores. Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomas lo sucedido, y Tomas asi mismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegon, ni junta de pícaros, donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brio y la liberalidad del Asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita, y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brio, y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y asi apenas hubo andado dos dias por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo que decian: este es el aguador de la cola. Estuviéron los muchachos atentos, supiéron el caso, y no habia asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban quien de aquí, y quien de allí: Asturiano, daca la cola, daca la cola Asturiano, Lope que se vió asaetear de tantas lenguas, y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia: mas ni por esas, pues mientras mas callaba, mas los muchachos gritaban; y asi probó á mudar su paciencia en cólera y apeandose del

D
o, dió á
ıar el po [illegible] ıro
tar las cs [illegible] ıugar
una que quitaba, a [illegible] cha-
), nacian en el mismo instante [illegible] otras sie-
sino setecientas, que con mayor ahinco y
audeo le pedian la cola. Finalmente tuvo por
n de retirarse á una posada, que habia to-
do fuera de la de su compañero, por huir de
Arguello, y de estarse en ella hasta que la
uencia de aquel mal planeta pasase, y se
rase de la memoria de los muchachos aque-
demanda mala de la cola, que le pedian.
s dias se pasáron, sin que saliese de casa si-
era de noche que iba á ver á Tomas, y á
guntarle del estado en que se hallaba, el
l le contó que despues que habia dado el pa-
á Costanza, nunca mas habia podido ha-
rle una sola palabra, y que le parecia que an-
a mas recatada que solia, puesto que una
tuvo lugar de llegar á hablarle, y viéndolo
le habia dicho antes que llegase: Tomas,
me duele nada, y asi ni tengo necesidad de
palabras, ni de tus oraciones: conténtate,
no te acuso á la Inquisicion, y no te can-
; pero que estas razones las dijo sin mostrar
en los ojos, ni otro desabrimiento que pu-
a dar indicio de riguridad alguna. Lope le
tó á él la priesa que le daban los mucha-
s, pidiéndole la cola, porque él habia pedido
le su asno, con que hizo el famoso desquite.
onsejóle Tomas, que no saliese de casa, á lo
ıos sobre el asno, y que si saliese, fuese por
calles solas y apartadas, y que cuando es-
.o bastase, bastaria dejar el oficio, último re-
io de poner fin á tan poca honesta deman-
Preguntóle Lope, si habia acudido mas la

Gallega. Tomas dijo que no; pero no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina á los huéspedes. Retiróse con esto á su posada Lope con determinacion de no salir della en otros seis dias, á lo ménos con el asno.

Las once serian de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo viéron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo al Corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes; porque asi como los cometas cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios, ni mas ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el Corregidor en una sala, llamó al huésped de casa, el cual vino temblando á ver lo que el señor Corregidor queria. Y asi como le vió el Corregidor, le preguntó con mucha gravedad: sois vos el huésped? Sí, señor, respondió él, para lo que vuesa merced me quisiere mandar. Mandó el Corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo asi, y quedándose solos, dijo el Corregidor al huésped: huésped, que gente de servicio teneis en esta vuestra posada? Señor, respondió él, tengo dos mozas gallegas, y una ama, y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja. No mas? replicó el Corregidor. No, señor, respondió el huésped. Pues decidme, huésped, dijo el Corregidor, ¿donde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la ilustre Fregona, y aun mi han llegado á decir que mi hijo D. Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no la dé músicas? Señor respondió el huésped, esa

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] no ser v[illegible] ui-
bien, añadió el nue[illegible] rced
la licencia, le diré lo que ha[illegible] lo : lo
jamas he dicho á persona algu[illegible] ro
ro ver á la fregona, que saber otra cosa . ala-
la acá, dijo el Corregidor. Asomóse el hués-
á la puerta de la sala, y dijo : oíslo, señora?
d que entre aquí Costancica. Cuando la
peda oyó que el Corregidor llamaba á Cos-
a, turbóse, y comenzó á torcerse las manos, di-
do: ay desdichada de mi! el Corregidor á Cos-
a, y á solas, algun gran mal debe de haber
dido, que la hermosura desta muchacha trae
utados los hombres. Costanza que lo oia,
: señora, no se congoje, que yo iré á ver
que el señor Corregidor quiere, y si algun
hubiere sucedido, esté segura vuesa merced
no tendré yo la culpa; y en esto sin aguar-
que otra vez la llamasen, tomó una vela en-
lida sobre un candelero de plata, y con mas
ienza que temor, fué donde el Corregidor
ba. Así como el Corregidor la vió, mandó
uésped que cerrase la puerta de la sala : lo
hecho, el Corregidor se levantó y tomando el
lelero que Costanza traia, llegándole la luz al
ro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y
o Costanza estaba con sobresalto, habíase-
ucendido el color del rostro y estaba tan her-
a y tan honesta, que al Corregidor le pare-
que estaba mirando la hermosura de un an-
en la tierra, y despues de haberla bien mi-
, dijo : huésped, esta [illegible]o es joya para estar
l bajo engaste de un meson, desde aquí digo
mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien

ha sabido [illegible]
cella, que no [illegible]
mar ilustre, sino [illegible]; pero [illegible]
no habian de caer sobre el nombre de fregona, [illegible]
no sobre el de una duquesa. No es fregona, se-
ñor, dijo el huésped, que no sirve de otra cosa
en casa que de traer las llaves de la plata, que
por la bondad de Dios tengo alguna, con que se
sirven los huéspedes honrados que á esta posa-
da vienen. Con todo eso, dijo el Corregidor, di-
go, huésped, que ni es decente ni conviene que
esta doncella esté en un meson: es parienta
vuestra por ventura! Ni es mi parienta, ni es mi
criada; y si vuesa merced gustare de saber qui-
en es, como ella no esté delante, oirá vuesa mer-
ced cosas que juntamente con darle gusto le ad-
miren. Sí gustaré, dijo el Corregidor, y sálgase
Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que
de su mismo padre pudiera prometerse, que su
mucha honestidad y hermosura obligan á que
todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio.
No respondió palabra Costanza, sino con ma-
cha mesura hizo una profunda reverencia al Co-
regidor, y salióse de la sala, y halló á su am-
desalada esperándola para saber della qué era
que el Corregidor le queria. Ella le contó lo q
habia pasado, y como su señor quedaba con
para contarle no sé que cosas que no queria q
ella las oyese. No acabó de sosegarse la huéspe-
da, y siempre estuvo rezando hasta que se
el Corregidor, y vió salir libre á su mari
el cual entanto que estuvo con el Corregi
le dijo:

Hoy hacen, señor, segun mi cuenta, [illegible]
años, un mes, y cuatro dias, que llegó á
posada una señora en hábito de peregri
una litera, acompañada de cuatro criados

cab [illegible] doncella, que
en [illegible] ismo dos ace-
milas cubiertas [illegible] eposteros, y car-
gadas con una rica c [illegible], y con aderezos de co-
cina: finalmente el aparato era principal, y la
peregrina representaba ser una gran señora; y
aunque en la edad mostraba ser de cuarenta ó
pocos mas años, no por eso dejaba de parecer
hermosa en todo extremo: venia enferma y des-
colorida, y tan fatigada que mandó que luego,
luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala
se la hiciéron sus criados. Preguntáronme cual
era el médicó de mas fama desta ciudad. Díje-
les que el D.r de la fuente. Fuéron luego por él
y él vino luego: comunicó á solas con él su en-
fermedad; y lo que de su plática resultó fué que
mandó el médico que se le hiciese la cama en
otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun
ruido. Al momento la mudáron á otro aposento,
que está aquí arriba apartado y con la comodidad
que el Doctor pedia. Ninguno de los criados en-
traba donde su señora, y solas las dos dueñas
y la doncella la servian. Yo y mi muger pregun-
tábamos á los criados quien era la tal señora, y
como se llamaba, y de adonde venia, y donde
iba, si era casada, viuda ó doncella, y por que
causa se vestia aquel hábito de peregrina? A to-
das estas preguntas que le hicimos una y muchas
veces, no hubo alguno que nos respondiese otra
cosa, sino que aquella peregrina era una señora
principal y rica de Castilla la vieja, y que no te-
nia hijos que la heredasen; y que porque habia
algunos meses que estaba enferma de hidropesía,
habia ofrecido de ir á N. Señora de Guadalu-
pe en romería, por la cual promesa iba en aquel
hábito. En cuanto á decir su nombre traian ór-
denes de no llamarla sino la señora peregrina. Es-

to supímos por entonces; pero al cabo de tres dias, que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi muger de su parte: fuímos á ver lo que queria, y á puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos, nos dijo creo que estas mismas razones: señores mios, los cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el rigoroso trance que ahora os diré: yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando: ninguno de los criados que vienen conmigo, saben mi necesidad y desgracia: á estas mis mugeres ni he podido, ni he querido encubrírselo, por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á N. Señora de Guadalupe: ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto: á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto, que merece la que su honra pone en vuestras manos: la paga de la merced que me hiciéredes, que asi quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo menos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos ducientos escudos de oro que van en este bolsillo, y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde, se le puso en las manos de mi muger, la cual como simple y sin mirar lo que hacia, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento, ni de comedimiento alguno: yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello que no éramos personas que por interes mas que por caridad nos movíamos á hacer

cuando se ofrecia. Esta prosiguió diciendo:
enester, amigos, que busqueis donde
o que pariere luego luego, buscando ta
mentiras que decir á quien lo entregáred,
or ahora será en la ciudad, y despues qui-
que se lleve á una aldea: de lo que despues
biere de hacer, siendo Dios servido de alum-
ne y de llevarme á cumplir mi voto, cuando
adalupe vuelva, lo sabréis, porque el tiem-
e habrá dado lugar de que piense y escoja
ejor que me convenga: partera no la he me-
r, ni la quiero, que otros partos mas honra-
que he tenido, me aseguran que con sola la
a destas mis criadas facilitaré sus dificul-
, y ahorraré un testigo mas de mis sucesos.
dió fin á su razonamiento la lastimada pe-
na y principio á un copioso llanto, que en
fué consolado por las muchas, y buenas
nes que mi muger ya vuelta en mas acuerdo,
jo: finalmente yo salí luego á buscar don-
evar lo que pariese á cualquier hora que fue-
y entre las doce y la una de aquella misma
e, cuando toda la gente de casa estaba en-
da al sueño, la buena señora parió una ni-
mas hermosa que mis ojos hasta entonces
an visto, que es esta misma que vuesa mer-
acaba de ver ahora: ni la madre se quejó
parto, ni la hija nació llorando: en todos
a sosiego y silencio maravilloso, y tal cual
enia para el secreto de aquel extraño caso.
s seis dias estuvo en la cama, y en todos
venia el médico á visitarla; pero no por-
ella le hubiese declarado de que procedia
al; y las medicinas que ordenaba, nunca
uso en ejecucion, porque solo pretendió en-
r á sus criados con la vista del médico. To-
sto me dijo ella misma despues que se vió

fuera de peligro, y a los ocho dias se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado. Fué á su romería, y volvió de allí á veinte dias ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando del artificio con que despues de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió, estaba ya la niña dada á criar por mi órden con nombre de mi sobrina en una aldea dos leguas de aquí: en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que asi lo dejó ordenado su madre, la cual contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena do oro que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traeria la persona que por la niña viniese: tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como cuando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribiese alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y despues de apartadas las manos queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera, que se pueden leer continuamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, sino es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaria por su hija, encargáudome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no le dijese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nom-

bre, ni [illegible] a oca-
sion m[illegible]ion, dandome
otros cuatrocienta[illegible]oro y abrazando
á mi muger con tiernas [illegible]mas, se partió, dejándonos admirados de su discrecion, valor, y hermosura y recato. Costanza se crió en la aldea dos años, y luego la truje conmigo, y siempre la he traido en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes, y cuatro dias ha que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos, no vienen, tengo determinado de prohijarla, y darle toda mi hacienda, que vale mas de seis mil ducados, Dios sea bendito. Resta ahora, señor Corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decir las bondades y las virtudes de la Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotísima de N. Señora, confiesa y comulga cada mes: sabe escribir y leer: no hay mayor randera en Toledo: canta á la almohadilla como unos ángeles: en ser honesta no hay quien la iguale: pues en lo que toca á ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto. El S. D. Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida le ha hablado: bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, qne ella jamas escucha. Muchos señores, y de titulo, han posado en esta posada, y á posta por hartarse de verla han detenido su camino muchos dias; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra, sola ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la ilustre fregona, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto. Calló el huésped, y tardó un gran rato el Cor-

regidor en hablarle: mas suspenso le tenia el suceso que el huésped le habia contado: en fin le dijo que le trujese allí la cadena, y el pergamino, que queria verlo. Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era asi como le habia dicho: la cadena era de trozos curiosamente labrada: en el pergamino estaban escritas una debajo de otra en el espacio que habia de llenar el vacío de la otra mitad, estas letras: R. T. E. L. S. N. V. D. D. R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena habia dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar solo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quien era el que por ella venía, antes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué tan admirado del cuento y suceso de la ilustre fregona, como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el Corregidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamáron, estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el Corregidor se iba, y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu, volviéronle los pulsos que ya casi desamparado le tenian: no osó preguntar al huésped lo que el Corregidor queria, ni el huésped lo dijo á nadie, sino a su muger, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios que de tan grande sobresalto la habia librado.

El entráron
po ue á caballo d
cabal os de tantes presencias, h
biendo primero preguntado uno de dos moz
que á pie con ellos venian, si era aquella l
posada del Sevillano: y habiéndole respondid
que sí, se entráron todos en ella. Apeáronse lo
cuatro, y fuéron á apear los dos ancianos, seño
por do se cónoció, que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes: y apenas la húbo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro: yo creo, S. D. Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar. Tomas que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre, y al padre de Carriazo que eran los dos ancianos, á quien los demas respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no habria faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flándes los hallarian; pero no se atrevió á dejarse conocer en aquel trage, antes aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro pasó por delante dellos, y fué á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, á priesa y con lengua turbada, temeroso que si no le daria lugar para decirle nada, le dijo: Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora, es mi padre, y es aquel que oyeres llamar D. Juan de Avendaño, infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama D. Tomas de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en cuanto de mi

parte te tengo ofreci..., y quedate á ios, que hasta que ellos se vayan, no pienso volver á esta casa. No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cubierto como habia entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de como sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped, mas, que viniesen á dar cebada; pero como le pareció, dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó á parte una de las dos mozas gallegas, y preguntóle como se llamaba aquella muchacha hermosa que habian visto? y que si era hija ó parienta del huésped, ó huéspeda de casa? La gallega le respondió: la moza se llama Costanza, ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es: solo digo, que la doy á la mala landre, que no sé que tiene, que no deja hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa, pues en verdad que tenemos nuestras facciones como Dios nos las puso: no entra huésped que no pregunte luego, quien es la hermosa? y que no diga: bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las mas pintadas, nunca peor me lo depare la fortuna: y á nosotras no hay quien nos diga que teneis ahí, diablos, ó mugeres, ó lo que sois! Luego esta niña á esa cuenta, replicó el caballero, debe de dejarse manosear y requebrar de los huéspedes? Sí, respondió la gallega, tenedle el pie al herrar, bonita es la niña para eso: par Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro: es mas ápera que un herizo: es una traga avemarías; labrando está todo el dia y rezando: para el dia que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta: mi ama dice que trae un silencio pegado á las carnes; tome que? mi padre. Contentísimo el caballero de

ıe habia oido á la gallega, sin esperar á que
ıitasen las espuelas, llamó al huésped, y re-
dose con él á parte en una sala, le dijo:
eñor huésped, vengo á quitaros una prenda
que ha algunos años que teneis en vuestro
r; para quitárosla os traygo mil escudos de
y estos trozos de cadena, y este pergami-
Diciendo esto, sacó los seis de la señal de
ıdena que él tenia: asi mismo conoció el
ımino, y alegre sobre manera con el ofre-
ento de los mil escudos, respondió: señor,
enda que quereis quitar, está en casa; pero
stan en ella la cadena ni el pergamino con
se ha de hacer la prueba de la verdad, que
:reo que vuesa merced trata; y asi le supli-
enga paciencia, que yo vuelvo luego: y al
ıento fué á avisar al Corregidor de lo que
ba, y de como estaban dos caballeros en su
da que venian por Costanza. Acababa de co-
el Corregidor, y con el deseo que tenia de
:l fin da aquella historia, subió luego á ca-
ı y vino á la posada del Sevillano, llevando
igo el pergamino de la muestra; y apenas
ı visto á los dos caballeros, cuando abier-
os brazos fué á abrazar al uno, diciendo ¡vá-
: Dios, que buena venida es esta, S. D.
de Avendaño, primo y señor mio! El ca-
ro le abrazó asimismo, diciéndole: sin du-
señor primo, habrá sido buena mi venida,
os veo, y con la salud que siempre os
ɔ: abrazad, primo, á este caballero, que es
D. Diego de Carriazo, gran señor y amigo
Ya conozco al S. D. Diego, respondió el Cor-
lor, y le soy muy servidor: y abrazándose
los, despues de haberse recibido con gran-
mor y grandes cortesías, se entráron en
sala, donde se quedáron solos con el hués-

ped, el cual
ya el señor Cor
ced viene, S. D. Diego de Carrasco
ced saque los trozos que faltan á esta cadena,
el señor Corregidor sacará el pergamino que e
tá en su poder, y hagamos la prueba que ha ta
tos años que espero á que se haga. Desa manera
respondió D. Diego, no habrá necesidad de d
cuenta de nuevo al señor Corregidor de nuest
venida, pues bien se verá que ha sido á lo que
vos, señor huésped, habréis dicho! Algo me h
dicho, pero mucho me queda por saber: el pe
gamino hele aquí. Sacó D. Diego el otro, y ju
tando las dos partes, se hiciéron una; y á l
letras del que tenia el huésped, que como se h
dicho eran. E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. respo
dian en el otro pergamino estas: S. A. S. A. E. A
L. E. R. A. E. A. que todas juntas decian: es
es la señal verdadera. Cotejáronse luego los tr
zos de la cadena, y halláron ser las señas verd
deras. Esto está hecho, dijo el Corregidor: re
ahora saber, si es posible, quienes son los p
dres desta hermosísima prenda. El padre, r
pondió D. Diego, yo lo soy; la madre ya
vive, basta saber que fué tan principal, que
diera yo ser su criado, y porque como se e
bre su nombre, no se encubra su fama, n
culpe lo que en ella parece manifiesto erro
culpa conocida, se ha de saber que la m
desta prenda, siendo viuda de un gran cabe
se retiró á una aldea suya, y allí con pe
con honestidad grandísima pasaba con
dos y vasallos una vida sose a y q
denó la suerte que un dia y a, yo á la c
de su lugar, quise visitarla, y

[illegible] en hasta el
mismo [illegible] endo la
siesta sobre un est[illegible] : era por extremo
hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion despertáron en mí un deseo mas atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije : vuesa merced, señora mia, no grite, que las voces que diere, serán pregoneras de su deshonra : nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tenga bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan á vuestras voces, no podrán mas que quitarme la vida ; y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinion vuestra fama. Finalmente yo la goce contra su voluntad y á pura fuerza mia : ella cansada, rendida, y turbada ó no pudo, ó no quiso hablarme palabra, y yo dejándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamas la viese ni lo procurase, se pasáron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta ; y podrá haber veinte dias, que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un mayordomo desta señora : fuí á ver lo que me queria, bien lejos de pensar en lo que me dijo : halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves [illegible] dijo como al tiempo que murió su señora le [illegible] todo lo que conmigo le habia sucedido, y [illegible] no habia quedado preñada de aquella fuerza,

y que por encubrir [illegible] o en romería á N. S.a de Guadalupe, y como habia parido en esta casa una niña que se habia de llamar Costanza: dióme las señas con que la hallaria, que fueron las que habeis visto de la cadena y pergamino; y dióme asi mismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar á su hija: díjome asi mismo que el no habérmelos dado luego como su señora habia mandado, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por para codicia, y por poderse aprovechar de aquel dinero; porque ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me dabá el dinero, y me avisaba á donde y como habia de hallar á mi hija. Recibí el dinero, y las señales, y dando cuenta desto al S. D. Juan de Avendaño, nos pusímos en camino desta ciudad.

A estas razones llegaba D. Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decian á grandes voces: díganle á Tomas Pedro el mozo de la cebada, como llevan á su amigo el Asturiano preso, que acuda á la cárcel, que allí le espera. A la voz de cárcel y de preso, dijo el Corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijéron al alguacil que el Corregidor que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y asi lo hizo de hacer. Venia el Asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil; y asi como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, cum un paño [illegible] que se limpiaba la sangre se cubrió el rostro. Preguntó el Corregidor ¿que habia hecho aquel mozo que tan mal parado le llevaban? Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador, que le llamaban el Asturiano, á quien los muchachos

por las calles [illegible] la cola, Asturiano, dacu la cola; y luego en breves palabras contó la causa por que le pedian la tal cola, de que no riéron poco todos. Dijo mas, que saliendo por la puerta de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se habia apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno á quien dejaba medio muerto á palos, y que queriéndole prender, se habia resistido, y que por eso iba tan mal parado. Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el alguacil, y quitóle el pañuelo y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado: hijo D. Diego, como estás desta manera? que trage es este? aun no se te han olvidado tus picardías? Hincó las rodillas Carriazo, y fuése á poner á los pies de su padre que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio. D. Juan de Avendaño, como sabia que D. Diego habia venido con D. Tomas su hijo, preguntóle por él: á lo cual respondió que D. Tomas de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dijo, se acabó de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandó el Corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada. Yo creo que no está en casa, respondió el huésped, pero yo le buscaré, y así fué á buscarle. Preguntó D. Diego á Carriazo ¿que transformaciones eran aquellas, y que les habia movido á ser él aguador, y D. Tomas mozo de meson? A lo cual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en público, que él responderia á solas. Estaba Tomas Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí sin ser visto lo que hacian su padre, y el de Carriazo; teníale suspenso la venida del Corre

gidor, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped como estaba allí escondido; subió por él, y mas por fuerza que por grado le hizo bajar; y aun no bajara, si el mismo Corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le agueciden osos ni leones. Bajó Tomas, y con los ojos bajos y sumision grande, se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo, cuando le cobró desperdido. Ya en esto habia venido un coche del Corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre diciendo: recibid, S. D. Diego, esta prenda, y estimadla por la mas rica que acertárades á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado. Costanza que no sabia ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos se las comenzó á besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba. Entanto que esto pasaba, habia persuadido el Corregidor á su primo D. Juan que se viniesen todos con él á su casa; y aunque D. Juan lo rehusaba, fuéron tantas las persuasiones del Corregidor, que lo hubo de conceder; y asi entráron en el coche todos juntos; cuando dijo el Corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huéspeda se asiéron una á otra, y comenzáron á h[illegible] tan amargo llanto que quebraba

los con . Decia la
huéspe corazon,
que te vas y me ánimo de
dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado? Costanza lloraba, y le respondia con no menos tiernas palabras. Pero el Corregidor enternecido, mandó que asi mismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo. Asi la huéspeda y todos entráron en el coche, y fuéron á casa del Corregidor, donde fuéron bien recibidos de su muger que era una principal señora. Comiéron regalada y suntuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre como por amores de Costanza D. Tomas se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era, siendo su hija, la tomara por muger en el estado de fregona. Vistió luego la muger del Corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien le cuadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora, y usado los mejores trages que el uso trae consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste que fué D. Pedro el hijo del Corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y asi fué la verdad, porque entre el Corregidor, y D. Diego de Carriazo, y D. Juan de Avendaño se concertáron en que D. Tomas se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dejado, y el aguador D. Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y D. Pedro el hijo del Corregidor con una hija de

D. Juan de Avendano, que su [illegible] re se ofrecia á traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedáron todos contentos, alegres, y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudía infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Viéron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en D. Tomas de Avendaño y vestido como señor: notáron que Lope Asturiano era muy gentilhombre despues que habia mudado vestido, dejado el asno, y las guaderas; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle no le pidiese la cola. Un mes se estuviéron en Toledo, al cabo del cual se volviéron á Burgos D. Diego de Carriazo y su muger, su padre, y Costanza con su marido D. Tomas, y el hijo del Corregidor que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la fregona ilustre, á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solenizar, y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de meson; y Carriazo ni mas ni menos con tres hijos que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy estan todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas ve algun asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate, ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, Asturiano: Asturiano, daca la cola.

DE

LAS DOS DONCELLAS.

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso cuartago extrangero: no traia criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luego el huésped (que era hombre diligente y de recado) mas no fué tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras de que le habia pesado de que asi le hubiesen visto, volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que habia mas de uno en toda la casa, y que todos camas, y que era forzoso si algun huésped acudiese, acomodarle en la una. A lo cual respondió el caminante que él pagaria los dos pesos, viniese ó no huésped alguno; y sacando

un escudo de oro, [illegible] la huéspeda con condicion que á [illegible] el lecho vacío. No se descontentó la huéspeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el mismo deseo de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si quería cenar, y respondió que no; mas que solo quería que se tuviese gran cuidado con su cuartago: pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él, y cerró tras sí la puerta con llave, y aun á lo que despues pareció arrimó á ella dos sillas. Apenas se hubo encerrado, cuando se juntáron á concejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se halláron, y todos tratáron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huésped, concluyendo que jamas tal belleza habian visto: tantéaronle la edad, y se resolviéron que tendria de diez y seis á diez y siete años: fuéron y viniéron, y diéron y tomáron, como suele decirse, sobre que podia haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzáron, quedáronse con la admiracion de su gentileza. Fuéronse los vecinos á sus casas, y el huésped á pensar el cuartago, y la huéspeda á aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho cuando entró otro de poca mas edad que el primero, y no de menos gallardía; y apenas le hubo oido la huéspeda, cuando dijo: válame Dios¡ y que es esto! ¡vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa! Porque dice eso la señora huéspeda? dijo el caballero. No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera, solo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenia las ha tomado un caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas,

aunque no habia menester mas de la una sola, porque nadie le entre en aposento, y es que debe de gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo porque, que no tiene él cara ni disposicion para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga. Tan lindo es, señora huéspeda! replicó el caballero. Y como si es lindo? dijo ella, y aun mas que relindo. Ten aquí, mozo, dijo á esta razon el caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dando el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, é hizo que le dieren luego de cenar, y asi fué hecho. Y estando cenando, entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa) y sentóse á conversacion con el caballero entanto que cenaba, y no dejó entre razon y razon de echar abajo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero, y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la corte, y de las guerras de Flándes y bajada del Turco, no olvidándose de los sucesos del Transilvano, que nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas. Ya en esto habia acabado el mesonero de dar recado al cuartago, y sentóse á hacer tercio en la conversacion, y á probar de su mismo vino no menos tragos, que el alguacil, y á cada trago que embasada, volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atrevia á dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volviéron á las alabanzas del huésped encerrado, y contáron de su desmayo y encerramiento, y de que no habia querido cenar cosa alguna: ponderáron el

gidor, y el alboroto q[illegible] toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped como estaba allí escondido; subió por él, y mas por fuerza que por grado le hizo bajar; y aun no bajara, si el mismo Corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le agarrarán osos ni leones. Bajó Tomas, y con los ojos bajos y sumision grande, se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo, cuando le cobró desperdido. Ya en esto habia venido un coche del Corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre diciendo: recibid, S. D. Diego, esta prenda, y estimadla por la mas rica que acertárades á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la hajeza de vuestro estado. Costanza que no sabia ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos se las comenzó á besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba. Entanto que esto pasaba, habia persuadido el Corregidor á su primo D. Juan que se viniesen todos con él á su casa; y aunque D. Juan lo rehusaba, fuéron tantas las persuasiones del Corregidor, que lo hubo de conceder; y asi entráron en el coche todos, y cuando dijo el Corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huéspeda se asiéron una á otra, y comenzáron á h[illegible] tan amargo llanto que quebraba

los com Decia la
huéspe ... corazon,
que te ... ánimo de
dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado! Costanza lloraba, y le respondia con no menos tiernas palabras. Pero el Corregidor enternecido, mandó que asi mismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo. Asi la huéspeda y todos entráron en el coche, y fuéron á casa del Corregidor, donde fuéron bien recibidos de su muger que era una principal señora. Comiéron regalada y suntuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre como por amores de Costanza D. Tomas se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era, siendo su hija, la tomara por muger en el estado de fregona. Vistió luego la muger del Corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien le cuadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora, y usado los mejores trages que el uso trae consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste que fué D. Pedro el hijo del Corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y asi fué la verdad, porque entre el Corregidor, y D. Diego de Carriazo, y D. Juan de Avendaño se concertáron en que D. Tomas se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dejado, y el aguador D. Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y D. Pedro el hijo del Corregidor con una hija de

D. Juan de Avendaño, que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedáron todos contentos, alegres, y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudía infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Viéron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en D. Tomas de Avendaño y vestido como señor: notáron que Lope Asturiano era muy gentilhombre despues que habia mudado vestido, dejado el asno, y las guadérais; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle no le pidiese la cola. Un mes se estuviéron en Toledo, al cabo del cual se volviéron á Burgos D. Diego de Carriazo y su muger, su padre, y Costanza con su marido D. Tomas, y el hijo del Corregidor que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la fregona ilustre, á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solenizar, y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de mesón; y Carriazo ni mas ni menos con tres hijos que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy estan todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas ve algun asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y temo que cuando menos se cate, ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, Asturiano: Asturiano, daca la cola.

DE

LAS DOS DONCELLAS.

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso cuartago extrangero: no traia criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luego el huésped (que era hombre diligente y de recado) mas no fué tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras que le habia pesado de que asi le hubiesen visto, se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que no habia mas de uno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso si algun huésped acudiese, acomodarle en la una. A lo cual respondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huésped alguno; y sacando

un escudo de oro [illegible] la huéspeda con [illegible] condicion que á nadie [illegible]ese el lecho vacío. No se descontentó la huéspeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el mismo dean de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si queria cenar, y respondió que no; mas que solo queria que se tuviese gran cuidado con su cuartago: pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él, y cerró tras sí la puerta con llave, y aun á lo que despues pareció arrimó á ella dos sillas. Apenas se hubo encerrado, cuando se juntáron á concejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se halláron, y todos tratáron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huésped, concluyendo que jamas tal belleza habian visto: tanteáronle la edad, y se resolviéron que tendria de diez y seis á diez y siete años: fuéron y viniéron, y diéron y tomáron, como suele decirse, sobre que podia haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzáron, quedáronse con la admiracion de su gentileza. Fuéronse los vecinos á sus casas, y el huésped á pensar el cuartago, y la huéspeda á aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho cuando entró otro de poca mas edad que el primero, y no de menos gallardía; y apenas le hubo oido la huéspeda, cuando dijo: válame Dios¡ y que es esto! ¡vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa! Porque dice eso la señora huéspeda! dijo el caballero. No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera, solo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenia las ha tomado un caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas,

aunque sola,
porque y es que debe
de gustar de la so[illegible] y en mi ánimma que no sé yo porque, que él cara ni disposicion para esconderse, si[illegible] que todo el mundo le vea y le bendiga. T[illegible]do es, señora huéspeda! replicó el cab[illegible]o. Y como si es lindo! dijo ella, y aun mas que relindo. Ten aquí, mozo, dijo á esta razon el caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dando el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, é hizo que le diesen luego de cenar, y asi fué hecho. Y estando cenando, entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa) y sentóse á conversacion con el caballero entanto que cenaba, y no dejó entre razon y razon de echar abajo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero, y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la corte, y de las guerras de Flándes y bajada del Turco, no olvidándose de los sucesos del Transilvano, que nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas. Ya en esto habia acabado el mesonero de dar recado al cuartago, y sentóse á hacer tercio en la conversacion, y á probar de su mismo vino no menos tragos, que el alguacil, y á cada trago que embasada, volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atrevia á dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volviéron á las alabanzas del huésped encerrado, y contáron de su desmayo y encerramiento, y de que no habia querido cenar cosa alguna: ponderáron el apa-

rato de las bolsas, y la bondad del cuar
del vestido vistoso que de camino traia : t
cual requeria no venir sin mozo que le si
Todas estas exageraciones pusiéron nuevo
de verle, y rogó al mesonero hiciese de
como él entrase á dormir en la otra cam
daria un escudo de oro; y puesto que la
del dinero acabó con la voluntad del me
de dársela, halló ser imposible á causa
taba cerrado por de dentro y no se atrevia
pertar al que dentro dormia y que tan bie
pagados los dos lechos. Todo lo cual fac
alguacil, diciendo : lo que se podra hacer
yo llamaré á la puerta, diciendo que soy
ticia, que por mandado del señor alcalde
á aposentar á este caballero á este me
que no habiendo otra cama, se le man
aquella : á lo cual ha de replicar el huésp
se le hace agravio, porque ya está alquil
no es razon quitarla al que la tiene : c
quedará el mesonero disculpado, y vuesa
conseguirá su intento. A todos les parec
la traza del alguacil, y por ella le dió el
cuatro reales. Pósose luego por obra : y e
lucion, mostrando gran sentimiento el
huésped abrió á la Justicia, y el segundo
dole perdon del agravio que al parecer se l
hecho, se fué á acostar en el lecho desoc
pero ni el otro le respondió palabra, ni m
dejó ver el rostro, porque apenas hubo a
cuando se fué á su cama; y vuelta la ca
pared, por no responder, hizo que dor
otro se acostó, esperando cumplir por la
su deseo, cuando se levantasen. Eran las
de las perezosas y largas de Diciembre, y
y el casancio del camino forzaba á proc
sarlas con reposo : pero como no le tenia

ped pri noche
menzó , con ca
suspiro parecia de[illegible] el alma, y fué
tal manera, que aunque el segundo dormia, hu
de despertar al lastimero son del que se quejal
y admirado de los sollozos, con que acompaña
los suspiros, atentamente se puso á escuchar
que al parecer entre sí murmuraba. Estaba
sala escura, y las camas bien desviadas; pero
por esto dejó de oir entre otras razones, estas
con voz debilitada y flaca el lastimado huésp
primero decia: ay sin ventura! á donde me ll
la fuerza incontrastable de mis hados! que
mino es el mio, ó que salida espero tener
intricado laberinto donde me hallo! ay! poco
experimentados años, incapaces de toda bu
consideracion, y consejo! que fin ha de te
esta no sabida peregrinacion mia! ay! honra
nospreciada! ay! amor mal agradecido! ay!
petos de honrados padres y parientes atrope
dos! y ay de mí! una y mil veces, que tan á rie
suelta me dejé llevar de mis deseos! ó palab
fingidas, que tan de veras me obligástes á
con obras os respondiese! pero de quien me qu
cuitada! yo no soy la que quise engañarme!
soy yo la que tomé el cuchillo en sus mis
manos, con que corté y eché por tierra mi
dito, con el que de mi valor tenian mis ancia
padres? ó fementido Marco Antonio! com
posible que en las dulces palabras que me dec
vin iese mezclada la hiel de tus descortesía
desdenes! adonde estás, ingrato! adonde te fu
conocido! respóndeme, que te hablo: es
me, que te sigo: susténtame, que descaez
game lo que me debes: socórreme, pues
tas vias te tengo obligado. Calló en dicie
o, dando muestra en los ayes y suspiros

e derramar tiernas lá-
sosegado silencio estuvo escu-
huésped, coligiendo por las
pido, que sin duda alguna era
quejaba, cosa que le avivó mas
cerla, y estuvo muchas veces
se á la cama de la que creia
iéralo hecho, si en aquella sa-
levantar, y abriendo la puerta
oces al huésped de casa que le
ago, porque queria partirse. Alo
un buen rato que el mesonero se
espondió que se sosegase, porque
da la media noche, y que la es-
ta, que seria temeridad ponerse
etóse con esto y volviendo á cerrar
rrojó en la cama de golpe, dando
ro. Parecióle al que escuchaba que
blarle, y ofrecerle para su remedio
parte podia, por obligarle con esto
scubriese y su lastimera historia le
asi le dijo: por cierto, señor gen-
que si los suspiros que habeis dado y
s que habeis dicho, no me hubieran
ondolerme del mal de que os quejais,
que carecia de natural sentimiento,
ma era de piedra, y mi pecho de bronce
i esta compasion que os tengo, y el
to que en mí ha nacido de poner mi
vuestro remedio (si es que vuestro mal
merece alguna cortesía, en recompensa
que la useis conmigo, declarándome sin
rme cosa, la causa de vuestro dolor. Si
ne bubiera sacado de sentido, respondió
e quejaba, bien debiera yo de acordarme
estaba solo en este aposento, y asi hu-
puesto mas freno á mi lengua y mas tregua

á mis [illegible] ne faltado
la mem[illegible] importaba
tenerla, quiero na[illegible] me pedis, porque
renovando la amarga misto[illegible] de mis desgracias,
podria ser que el nuevo sentimiento me acabase;
mas si quereis que haga lo que que me pedis,
habeisme de prometer por la fe que me habeis
mostrado en el ofrecimiento que me habeis he-
cho, y por quien vos sois (que á lo que en vues-
tras palabras mostrais, prometeis mucho) que
por cosas que de mí oygais en lo que os dijere,
no os habeis de mover de vuestro lecho, ni venir
al [illegible]io, ni preguntarme mas de aquello que yo
quisiere deciros; porque si al contrario desto
hiciéredes, en el punto que os sienta mover,
con una espada que á la cabecera tengo, me pa-
saré el pecho. Esotro (que mil imposibles pro-
metiera por saber lo que tanto deseaba) le res-
pondió que no saldria un punto de lo que le habia
pedido, afirmándoselo con mil juramentos. Con
ese seguro pues, dijo el primero, yo haré lo que
hasta ahora no he hecho, que es dar cuenta de
mi vida á nadie, y asi escuchad.

Habeis de saber, señor, que yo que en esta
posada entré como sin duda os habrán dicho,
en trage de varon, soy una desdichada donce-
lla, á lo menos una que lo fué no ha ocho dias,
y lo dejó de ser por inadvertida y loca, y por
creerse de palabras compuestas y afeitadas de fe-
mentidos hombres: mi nombre es Teodosia,
mi patria un principal lugar desta Andalucía,
cuyo nombre callo (porque no os importa á vos
[illegible]uto el saberlo, como á mí el encubrirlo) mis
padres son nobles y mas que medianamente ri-
cos, los cuales tuviéron un hijo y una hija, él
para descanso y honra suya, y ella para todo
lo contrario: á él enviáron á estudiar en Sa-

lo dejaban los ojos [illegible]
Todo lo cual con sosegado silencio [illegible]
chando el segundo huésped, coligiendo por las
razones que habia oido, que sin duda alguna era
muger la que se quejaba, cosa que le avivó mas
el deseo de conocerla, y estuvo muchas veces
determinado de irse á la cama de la que creia
ser muger; y hubiéralo hecho, si en aquel [illegible]
zon no le sintiera levantar, y abriendo la puerta
de la sala, dió voces al huésped de casa que le
ensillase el cuartago, porque queria partirse. A lo
cual al cabo de un buen rato que el mesonero se
dejó llamar, le respondió que se sosegase, porque
aun no era pasada la media noche, y que la os-
curidad era tanta, que seria temeridad ponerse
en camino. Quietóse con esto y volviendo á cerrar
la puerta, se arrojó en la cama de golpe, dando
un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que
seria bien hablarle, y ofrecerle para su remedio
lo que de su parte podía, por obligarle con esto
á que se descubriese y su lastimera historia le
contase, y asi le dijo: por cierto, señor gen-
tilhombre, que si los suspiros que habeis dado, y
las palabras que habeis dicho, no me hubieran
movido á condolerme del mal de que os quejais
entendiera que carecia de natural sentimiento
ó que mi alma era de piedra, y mi pecho de bron-
duro; y si esta compasion que os tengo, y
presupuesto que en mí ha nacido de poner
vida por vuestro remedio (si es que vuestro
le tiene) merece alguna cortesía, en recompe
ruégoos que la useis conmigo, declarándome
encubrirme cosa, la causa de vuestro dolor
él no me hubiera sacado de sentido, respo
el que se quejaba, bien debiera yo de acord
que no estaba solo en este aposento, y asi
biera puesto mas freno á mi lengua y mas t

á mis [illegible] faltado
la mem[illegible] no importaba
tenerla, quiero no[illegible] le pedis, porque
renovando la amarga historia de mis desgracias, podria ser que el nuevo sentimiento me acabase; mas si quereis que haga lo que que me pedis, habeisme de prometer por la fe que me habeis mostrado en el ofrecimiento que me habeis hecho, y por quien vos sois (que á lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho) que por cosas que de mí oygais en lo que os dijere, no os habeis de mover de vuestro lecho, ni venir al rato, ni preguntarme mas de aquello que yo quisiere deciros; porque si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo, me pasaré el pecho. Esotro (que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba) le respondió que no saldria un punto de lo que le habia pedido, afirmándoselo con mil juramentos. Con ese seguro pues, dijo el primero, yo haré lo que hasta ahora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie, y asi escuchad.

Habeis de saber, señor, que yo que en esta posada entré como sin duda os habrán dicho, en trage de varon, soy una desdichada doncella, á lo menos una que lo fué no ha ocho dias, y lo dejó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres: mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar desta Andalucia, cuyo nombre callo (porque no os importa á vos tanto el saberlo, como á mí el encubrirlo) mis padres son nobles y mas que medianamente ricos, los cuales tuviéron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario: á él enviaron á estudiar en Sa-

lamanca : á mí m[illegible] en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato, que su virtud y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fui obediente, ajustando mi voluntad á la suya sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada ó mi mucha demasía me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro mas rico que mis padres, y tan noble como ellos : la primera vez que le miré, no sentí otra cosa que fuese mas de una complacencia de haberle visto, y no fué mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discrecion y cortesía ; pero de que me sirve alabar á mi enemigo ! ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mio, ó por mejor decir, el principio de mi locura ! digo en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontera de otra mia estaba ; desde allí, á lo que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los mios con otra manera de contento que el primero gustáron de mirarle, y aun me forzáron á que creyese que eran puras verdades cuanto en sus ademanes y en su rostro leia : fué la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio y de dar fe al suyo : llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador, para dar á entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí desdichada (que jamas en semejantes ocasiones y trances me habia visto) cada palabra era un tiro de artilleria que derribaba parte de la fortaleza de mi honra : cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad : cada suspiro un furioso vien-

lo que [illegible] uerte que
acabó d [illegible] entonces
aun no [illegible] nalmente con la
promesa de ser mi esposo á pesar de sus padres (que para otra le guardaban) dí con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber como, me entregué en su poder á hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino, que un page de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sosiego) y apenas hubo tomado de mí la posesion qué quiso, cuando de allí á dos dias desapareció del pueblo, sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar donde habia ido. Cual yo quedé, dígalo quien tuviere poder para decirlo, que yo no sé ni supe mas de sentirlo: castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro: martiricé mi rostro, por parecerme que él habia dado toda la ocasion á mi desventura: maldije mi suerte, acusé mi pronta determinacion: derramé muchas é infinitas lágrimas: víme casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salian: quejéme en silencio al cielo: discurrí con la imaginacion, por ver si descubria algun camino ó senda á mi remedio, y la que hallé fué vestirme en hábito de hombre, y ausentarme de la casa de mis padres, é irme á buscar á este segundo engañador Eneas, á este cruel y fementido Vireno, á este defraudador de mis buenos pensamientos, y legítimas y bien fundadas esperanzas; y asi sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciéndome la ocasion un vestido de ca mino de mi hermano, y un cuartago de mi padre que yo ensillé, una noche oscurísima salí de [illegible] sa con intencion de ir á Salamanca; donde [illegible] despues se dijo creian que Marco Antonio [illegible] haber venido; porque tambien es estudian- [illegible] camarada del hermano mio que os he di-

cho : no dejé asi n [illegible] r [illegible] d de di-
neros en oro, para todo aquello que en mi impensado viage pueda sucederme; lo que mas me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por la señas del vestido y del cuartago que traigo, y cuando esto no tema, temo á mi hermano que está en Salamanca, del cual si soy conocida, ya se puede entender del peligro en que está puesta mi vida; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á cuantas yo pudiere darle: con todo esto mi principal determinacion es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes con unas cifras que dicen: es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo sabré dél que halló en mí que tan presto le movió á dejarme; y en resolucion haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrándome tan presta á la vengánza, como fuí fácil al dejar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, va despertando en mí brios que me prometen ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la cual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertáron: lo que os ruego y suplico, es que ya que no podais darme remedio, á lo menos me deis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he menester.

Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que habia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que

ella pensó [illegible] una
cosa le ha [illegible] lo que
sospechaba, le dijo [illegible] señora; y no seria
malo que durmiésedes, porque el apasionado
que cuenta sus desdichas á quien no las siente,
bien es que causen en quien las escucha mas sueño que lástima. No duermo, respondió el caballero, antes estoy tan despierto y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mismo me aprieta y duele, que á vos misma; y por esta causa el consejo que me pedis, no solo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren; que puesto que en el modo que habeis tenido en contarme vuestro suceso, se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que conforme á esto os debió de engañar mas vuestra voluntad rendida, que las persuasiones de Marco Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los cuales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres; sosegad, señora, y dormid si podeis, lo poco que debe de quedar de la noche; que en viniendo el dia nos aconsejarémos los dos y verémos que salida se podrá dar á vuestro remedio. Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato por dar lugar á que el caballero durmiese, él cual no fué posible sosegara un punto, antes comenzó á volcarse por la cama, y á suspirar de manera, que le fué forzoso á Teodosia preguntarle que era lo que sentia, que si era alguna pasion á quien ella pudiese remediar, lo haria con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. A esto respondió el caballero: puesto que sois vos, señora, la que causa el desasosiego que en mi habeis sentido, no sois vos la que podeis remediarle, que á ser

, no tuviera yo p

r Teodosia adonde se encaminaban aquellas
onfusas razones; pero todavía sospechó que al-
una pasion amorosa le fatigaba, y aun pensó
er ella la causa, y era de sospechar y de pensar,
ues la comodidad del aposento, la soledad, y
a oscuridad, y el saber que era muger, no fue
ra mucho haber despertado en él algun mal pen-
samiento, y temerosa desto se vistió con grande
priesa, y con mucho silencio, y se ciñó su es-
pada y daga, y de aquella manera, sentada so-
bre la cama estuvo esperando el dia, que de allí
á poco espacio dió señal de su venida con la luz
que entraba por los muchos lugares y entradas
que tienen los aposentos de los mesones y ven-
tas: y lo mismo que Teodosia, habia hecho el
caballero, y apenas vió estrellado el aposento
con la luz del dia, cuando se levantó de la cama,
diciendo: levantaos, señora Teodosia, que yo
quiero acompañaros en esta jornada, y no de-
jaros de mi lado hasta que como legítimo esposo
tengais en el vuestro á Marco Antonio, ó que él
ó yo perdamos las vidas, y aquí veréis la obli-
gacion y voluntad en que me ha puesto vuestra
desgracia; y diciendo esto abrió las ventanas y
puertas del aposento. Estaba Teodosia deseando
ver la claridad, para ver con la luz que tal
parecer tenia aquel con quien habia estado ha-
blando toda la noche; mas cuando le miró y
conoció, quisiera que jamas hubiera amanecido
sino que allí en perpetua noche se le hubie
cerrado los ojos; porque apenas hubo el cabal-
ero vuelto los ojos á mirarla (que tambien de-
ba verla) cuando ella conoció que era su her-
no, de quien tanto se temia, á cuya vista
perdió la de sus ojos, y quedó suspensa, y
da, y sin color en el rostro; pero sacando

temor [illegible] crecion, echando mano [illegible] por la punta, y se fué á hincar de rodilla [illegible] ante de su hermano, diciendo con voz turbada y temerosa: toma, señor y querido hermano mio, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mia, no es bien que ninguna misericordia me valga: yo confieso mi pecado, y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento: solo te suplico que la pena sea de suerte, que se extienda á quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavia quedará en opinion, si el castigo que me dieres fuere secreto. Mirábala su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza, las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa, le ablandáron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico, la levantó del suelo, y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciéndole entre otras razones, que por no hallar castigo igual á su locura, le suspendia por entonces; y asi por esto, como por parecerle que aun no habia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas ó su remedio, queria antes procurársele por todas las vias posibles, que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los perdidos espíritus, tornó el color á su rostro, y reviviéron sus casi muertas esperanzas.

No quiso mas D. Rafael (que asi se llamaba su hermano) tratarle de su suceso: solo le dijo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos á buscar á Marco Antonio, puesto que él

imaginaba que no [illegible], p[illegible] siendo su camarada, le hubiera nabiado, aunque podia ser que el agravio que le habia hecho, le enmudeciese, y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en ésto el huésped, al cual ordenáron que les diese algo de almorzar, porque querian partirse luego.

Entretanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venia, entró en el meson un hidalgo que venia de camino, que de D. Rafael fué conocido luego. Conocíale tambien Teodoro, y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó D. Rafael al recien venido que nuevas habia en su lugar. A lo cual respondió que él venia del puerto de Santa María, adonde dejaba cuatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas habia visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de D. Leonardo Adorno. Con las cuales nuevas se holgó Don Rafael, pareciéndole que pues tan sin pensar habia sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendria buen fin su suceso: rogóle á su amigo que trocase con el cuartago de su padre (que él muy bien conocia) la mula que el traia, no diciéndole que venia, sino que iba à Salamanca, y que no queria llevar tan buen cuartago en tan largo camino. El otro que era comedido y amigo suyo, se contentó del trueco, y se encargó de dar el cuartago á su padre. Almorzáron juntos, y Teodoro solo; y llegado el punto de partirse el amigo, tomó el camino de Cazalla, donde tenia una rica heredad. No partió D. Rafael con él, que por hurtarle el cuerpo, le dijo que le convenia volver aquel dia á Sevilla; y asi como le vió ido, estando en órden las cabalgaduras, hecha la cuenta y paga-

do al hu [illegible] on de la posada, [illegible] a que-daban de su hermosu[illegible], que no tenia para hombre [illegible] compostura D. Rafael, que su hermana [illegible] y donaire. Luego en saliendo, contó D. [illegible] á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algunos dias las galeras que pasan á Italia, ó vienen á España, y que si no hubiesen llegado, podian esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dijo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dijo D. Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurándole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo que era de los alegres del oficio, y que conocia que D. Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviria. Preguntó D. Rafael á su hermana, que dineros llevaba? Respondió que no los tenia contados, y que no sabia mas de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ú ocho veces, y sacádola llena de escudos de oro; y segun aquello imaginó D. Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros docientos que él tenia, y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir mal y desacomodado; y mas persuadiéndose que ha Dia de hallar en Barcelona á Marco Antonio. Con esto se diéron priesa á caminar sin perder o[illegible]da, y sin acaecerles desman ó impedimen-[illegible] alguno llegáron á dos leguas de un lugar que [illegible] nueve de Barcelona, que se llama Igualada.

abian sabido en e[illegible] camino com[illegible]
ue pasaba por Embajador á Roma, estaba [illegible]
arcelona esperando las galeras que aun no habia
legado : nueva que les dió mucho contento. Co
ste gusto caminaron hasta entrar en un bosque
cillo que en el camino estaba, del cual vieron
salir un hombre corriendo y mirando atr[illegible]
espantado. Púsosele D. Rafael delante, [illegible]
dole : porque huis, buen hombre, ó que cosa e
ha acontecido, que con muestras de tanto mied
os hace parecer tan ligero! ¿No quereis que co
ra apriesa y con miedo, respondió el hombre
si por milagro me he escapado de una compañí
de bandoleros que queda en ese bosque! Malo
dijo el mozo de mulas, malo, vive Dios: han
doleritos á estas horas! para mi santiguada qu
ellos nos pongan como nuevos. No os congojeis
hermano, replicó el del bosque, que ya los han
doleros se han ido, y han dejado atados á los ár
boles deste bosque mas de treinta pasageros, d
jándolos en camisa: á solo un hombre dejáro
libre para que desatase á los demas despues q
ellos hubiesen traspuesto una montañuela, q
le diéron por señal. Si eso es, dijo Calvete (
asi se llamaba el mozo de mulas) seguros
demos pasar, á causa que al lugar donde los h
doleros hacen el salto, no vuelven por algu
dias, y puedo asegurar esto como aquel que
dado dos veces en sus manos, y sabe de mold
usanza y costumbres. Asi, es, dijo el hombr
cual oido por D. Rafael, determinó pasar adel
y no anduviéron mucho, cuando diéron c
atados que pasaban de cuarenta, que los c
desatando el que dejáron suelto. Era extra
pectáculo el verlos: unos desnudos del
otros vestidos con los vestidos astrosos de l
doleros: unos llorando de verse robados

riendo [illegible] los otros: este co[illegible] llevaban: aquel decia que le pesaba [illegible] una caja de agnus que de Roma traia, que de otras infinitas cosas que llevaba. En fin todo cuanto allí pasaba eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo cual miraban no sin mucho dolor los dos hermanos, dando gracias al cielo que de tan grande y tan cercano peligro los habia librado. Pero lo que mas compasion les puso, especialmente á Teodoro, fué ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad al parecer de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo; pero tan hermoso de rostro, que forzaba y movia á todos que le mirasen. Apeóse Teodoro á desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio; y por hacérsele mayor, pidió á Calvete el mozo de mulas le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra, para aquel gentil mancebo. Dióla Calvete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntándole de donde era, de donde venia, y adonde caminaba. A todo esto estaba presente D Rafael, y el mozo respondió que era de la Andalucía, y de un lugar, que en nombrándole, viéron que no distaba del suyo sino dos leguas: dijo que venia de Sevilla, y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban; pero que la suerte suya habia salido azar con el mal encuentro de los bandoleros, que le llevaban una buena cantidad de dineros, y tales vestidos, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venia de casta, que se le habia de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo.

Las buenas razones del mozo (junto con haber oido que era tan cerca de su lugar, y mas con la carta de recomendacion que en su hermosura traia) pusiéron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en cuanto pudiesen, y repartiendo entre los que mas necesidad á su parecer tenian algunos dineros, especialmente entre frailes y clérigos, que habia mas de ocho, hiciéron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse mas, en poco espacio se pusiéron en Igualada, donde supiéron que las galeras el dia antes habian llegado á Barcelona, y que de allí á dos dias se partirian, si antes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hiciéron que la mañana siguiente madrugasen antes que el sol, puesto que aquella noche no la durmiéron toda, sino con mas sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensáron, cansado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habian desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenia las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenia, sospechó que debia de ser muger, y deseaba acabar de conocer para certificarse á solas de su sospecha; y estando la cena le preguntó D. Rafael ¿cuyo hijo era? porque él conocia toda la gente principal de aquel lugar, si era aquel que habia dicho. A lo cual respondió el mancebo que era hijo de D. Enrique de Cardenas, caballero bien conocido. A esto dijo D. Rafael que él conocia bien á D. Enrique de Cardenas; pero que sabia y tenia por cierto que no tenia hijo alguno; mas que si lo habia dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es replicó el mozo, que D. Enrique no tiene hijos; pero tiénelos un hermano suyo que

se llam ndió D. Rafael , y aun dicen que es de la s doncellas que hay en la Andalucía , y esto no lo sé mas de por fama : que aunque muchas veces he estado en su lugar jamas la he visto. Todo lo que, señor, decis es verdad , respondió el mancebo, que D. Sancho no tiene mas de una hija , pero no tan hermosa como su fama dice ; y si yo dije que era hijo de D. Enrique , fué porque me tuviésedes, señores, en algo , pues no lo soy , sino de un mayordomo de D. Sancho , que ha muchos años que le sirve , y yo nací en su casa , y por cierto enojo que dí á mi padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia , como os he dicho , y seguir el camino de la guerra , por quien vienen segun he visto á hacerse ilustres aun los de oscuro linage. Todas estas razones y el modo con que las decia , notaba atentamente Teodoro , y siempre se iba confirmando en su sospecha. Acabóse la cena , alzáronse los manteles , y entanto que D. Rafael se desnudaba , habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba , con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salia, y en él puestos los dos de pechos , Teodoro asi comenzó á hablar con el mozo.

Quisiera, señor Francisco (que asi habia dicho él que se llamaba) haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pediros ; pero el poco tiempo que ha que os conozco , no ha dado lugar á ello : podria ser que en el que está por venir , conociésedes lo que merece mi deseo ; y si el que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor , como

soy tambien antes que [illegible]
e aunque tengo tan pocos años como [illegible]
os, tengo mas experiencia de las cosas del mun-
o que ellos prometen, pues con ella he venido á
sospechar que vos no sois varon como vuestro
rage lo muestra, sino muger, y tan bien parida,
como vuestra hermosura publica, y que [illegible]
desdichada como lo da á entender la m[illegible]
del trage; pues jamas tales mudanzas son [illegible]
bien de quien las hace: si es verdad lo que sos-
pecho, decidmelo, que os juro por la fe de ca-
ballero que profeso, de ayudaros y serviros en
todo aquello que pudiere. De que no seais muger,
no me lo podeis negar, pues por la ventanas de
vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y
habeis andado descuidada en no cerrar y disimu-
lar esos agujeros con alguna cera encarnada, que
pudiera ser que otro tan curioso como yo y no
tan honrado, sacara á luz lo que vos tan mal ha-
beis sabido encubrir: digo que no dudeis de de-
cirme quien sois, con presupuesto que os ofrez-
co mi ayuda, y os aseguro el secreto que quis-
siéredes que tenga. Con grande atencion estaba
el mancebo escuchando lo que Teodoro le decia,
y viendo, que ya callaba, antes que le respondiese
palabra, le tomó las manos, y llegándoselas á
la boca, se las besó por fuerza, y aun se las bañó
con gran cantidad de lágrimas que de sus her-
mosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento
le causó en Teodoro de manera, que no pud
dejar de acompañarle en ellas (propia y natur
condicion de mugeres principales enternecer
de los sentimientos y trabajos agenos) pero de
pues que con dificultad retiró sus manos de
boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que
respondia: el cual dando un profundo gemi
acompañado de muchos suspiros, dijo: no qui

ni pué stra sospecha
no hay ;er soy, y la mas
desdichada que echáro mundo las mugeres;
y pues las obras que me habeis hecho y los ofrecimientos que me haceis, me obligan á obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad, que yo os diré quien soy (si ya no os cansa oir agenas desventuras). En ellas viva yo siempre, replicó Teodoro, si no llega el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mias, y tornándole á abrazar, y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo algo mas sosegado comenzó á decir estas razones.

En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho, en lo que toca á mis padres, no la dije; porque D. Enrique no lo es, sino mi tio, y su hermano D. Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que D. Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo: mi nombre es Leocadia: la ocasion de la mundaza de mi trage oiréis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los mas ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero que trae su orígen de los nobles y antiguos Adornos de Génova: este tiene un hijo, que si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mias, es de los gentiles hombres que desearse puede. Este pues, asi por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza como mi padre, algunas veces venia á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y aun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo: de esta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fué bastante para derri-

barme de la alteza [illegible] mientos á la bajeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado mas de aquello que fuera lícito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerando la calidad de su linage y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna que su padre tenia; me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo: con ese pensamiento le comencé á mirar con mas cuidado, y debió de ser sin duda con mas descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fué menester al traidor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para que me pongo á contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud grangeó conmigo, que fué que habiéndome dado su fe y palabra debajo de grandes á mi parecer firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecí á que hiciese de mí todo lo que quisiese; pero aun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una cédula que él me dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerza escritas, que me satisfizo. Recibida la cédula, dí traza como una noche viniese de su lugar al mio, y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento, donde sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para él solo estaba destinado. Llegóse en fin la noche por mi tan deseada... Hasta este punto habia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Locadia, que con cada una dellas le traspasaba el alma, especialmente cuando oyó

[illegible] que
lo [illegible] [illegible]
. Mas cuando llegó [illegible] la noche
mí tan deseada, estu vo por perd[illegible] la pacien-
y sin poder hacer otra cosa, le salteó la
n, diciendo: y bien! asi como llegó esa
tima noche, que hizo! entró por dicha!
stele! confirmó de nuevo la cédula! quedó
ento en haber alcanzado de vos lo que decis
eça suyo! súpolo vuestro padre? ó en que
ron tan honestos y sabios principios! Pará-
, dijo Leocadia, en ponerme de la manera
veis, porque no le gocé, ni me gozó, ni vino
oncierto señalado. Respiró con estas razones
dosia, detuvo los espíritus que poco á poco
an dejando, estimulados y apretados de la
osa pestilencia de los zelos, que á mas andar
iban entrando por los huesos y médulas,
tomar entera posesion de su paciencia; mas
a dejó tan libre, que no volviese á escuchar
sobresalto lo que Leocadia prosiguió, di-
do: no solamente no vino, pero de allí á
dias supe por nueva cierta que se habia
ntado de su pueblo y llevado de casa de sus
es á una doncella de su lugar, hija de un
cipal caballero, llamada Teodosia, doncella
xtremada hermosura y de rara discrecion;
r ser de tan nobles padres, se supo en mi
lo el robo, y luego llegó á mis oidos, y con
fria y temida lanza de los zelos que me
el corazon, y me abrasó el alma en fuego
que en él se hizo ceniza mi honra, y se
umió mi crédito, se secó mi paciencia, y
abó mi cordura. Ay de mí desdichada! que
se me figuró en la imaginacion Teodosia

las hermosa que
iscrecion misma ; y [illegible]
que yo sin ventura. Leí luego [illegible] de la
cédula, vílas firmes y valederas, y que no podian
faltar en la fe que publicaban; y aunque á ellas
como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza,
en cayendo en la cuenta de la sospechosa [illegible]
pañía que Marco Antonio llevaba consigo [illegible]
con todas ellas en el suelo : maltraté mi [illegible]
arranqué mis cabellos, maldije mi suerte [illegible]
que mas sentia era no poder hacer estos sacrificios
á todas horas por la forzosa presencia de mi padre : en fin por acabar de quejarme sin impedimento, ó por acabar la vida, que es lo mas cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento, parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un page de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros; y una noche cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pie caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen : allí compré otros vestidos, y una mula y con unos caballeros que venian á Barcelona en priesa por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los ladroneros que me quitáron cuanto traia, y en otras cosas la joya que sustentaba mi salud y viaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba comunicarla por á Italia, y hallando á Marco Antonio presente sela por testigo de su poca fe, y á mí por testigo de mi mucha firmeza, y hacer de suerte, que

cumpl con esto
he cor ra las pa-
labras ritas, el que niega
las obligaciones que estar grabadas en el
alma : que claro está, que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia; aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista les turbe su sosiego : no piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio : yo la buscaré, yo la hallaré, y yo la quitaré la vida, si puedo. ¡ Pues que culpa tiene Teodosia, dijo Teodoro, si ella quizá tambien fué engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido? Puede ser eso asi, dijo Leocadia, si se la llevó consigo? y estando juntos los que bien se quieren, que engaño puede haber? Ninguno por cierto : ellos estan contentos, pues estan juntos, ora esten, como suele decirse en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Scitia : ella le goza sin duda sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle. Podia ser, que os engañásedes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decis, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoos, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teniades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dijo Leocadia, no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como cuantas con ellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido : de que él la llevase, no hay

duda; y de que ella [illegible] lo, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los zelos, me la representa en la memoria bien asi como espada que atrevesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos: cuanto mas, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal, y aquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decis, señora Leocadia, respondió Teodosia, que asi como veo que la pasion que sentis, no os deja hacer mas acertados discursos, veo que no estais en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere; y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dejarán hacer otra cosa: nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco mas ó menos sabeis el trato de nuestra compañía; lo que os ruego es, me deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respecto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon: junto con esto me parece, no ser bien que mudeis de trage; y si en este pueblo hay comodidad de vestidos, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que mas os convengan, y en lo demas de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos mas desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese: suplicándole que no

la dejar [illegible] cuantos peligros estaba puesta, si por [illegible] dese conocida.

Con ésto se despi[illegible] on, y se fuéron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se habia aun dormido D. Rafael, esperando á su hermana por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser muger; en entrando, antes que se acostase, se lo preguntó: la cual punto por punto le contó todo cuanto Leocadia le habia dicho, cuya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio, y la intencion que llevaba. Admiróse D. Rafael y dijo á su hermana: si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las mas principales de su lugar, y una de las mas nobles señoras de toda la Andalucía: su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa, corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece es que debemos andar con recato de manera que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegaos, y acostaos, hermana, que para todo se buscará remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano le mandaba, en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegarse no fué en su mano, que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los zelos. ¡O cuanto mas de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! ¡o cuantas veces leia ó fingia leer la cédula que la habia dado! ¡que de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efecto! ¡cuantas veces no creyó que se le habia perdido! ¡y cuantas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse

de lo que á ella estaba obligado! pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con mas descanso D. Rafael su hermano, porque asi como oyó decir quien era Leocadia, asi se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efecto la hubiera comunicado: que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce; y cuando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien asi del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al árbol, ni vestida en el roto trage de varon, sino en el suyo de muger, y en casa de sus padres ricos, y de tan principal y rico linage como ellos eran: no detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traido á que la conociese; deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada, y buscar á Marco Antonio no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia, y ya le tenian el amor y el zelo de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia: la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion. Con esto que él á sí mismo se prometia, se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dejó venir el dia, y ellos dejáron las camas, y llamando D. Rafael al huésped le preguntó, si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un page

á quier lado ? El
huéspe razonable
que vender : trujole de bien á Leocadia.
Pagóle D. Rafael : y se le vistió, y se ciñó
una espada, y una d con tanto donaire y brio,
que en aquel mismo rage suspendió los sentidos,
de Don Rafael, y dobló los zelos en Teodosia.
Ensilló Calvete, y á las ocho del dia partiéron
para Barcelona, si querer subir por entonces al
famoso monasterio de Monserrate, dejándolo
para cuando Dios fuese servido de volverlos con
mas sosiego á su patria. No se podrá contar bue-
namente los pensamientos que los dos hermanos
llevaban, ni con cuan diferentes ánimos los dos
iban mirando á Leocadia, deséandola Teodosia
la muerte, D. Rafael la vida, entrambos zelosos
y apasionados : Teodosia buscando tachas que
ponerla, por no desmayar en su esperanza : D.
Rafael halláudole perfecciones, que de punto en
punto le obligaban mas á amarla. Con todo esto
no se descuidáron de darse priesa de modo que
llegáron á Barcelona poco antes que el sol se pu-
siese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad,
y la estimáron por flor de las bellas ciudades del
mundo, honra de España, temor y espanto de
los circunvecinos y apartados enemigos, regalo
y delicia de sus moradores, amparo de los ex-
trangeros, escuela de la caballería, ejemplo de
lealtad, y satisfaccion de todo aquello que de una
grande, famosa, rica, y bien fundada ciudad
puede pedir un discreto y curioso deseo. En en-
trando en ella, oyéron grandísimo ruido, y viéron
correr gran tropel de gente con grande alboroto,
y preguntando la causa de aquel ruido y
movimiento, les respondiéron que la gente de las
galeras que estaban en la playa, se habia revuel-
to y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo cual

D. Rafael, quiso ir [illegible] nque Calvete le dijo que no lo hiciese, por [illegible] ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro, que él sabia bien cuan mal libraban los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad, cuando á ella llegaban galeras. No fué bastante el buen consejo de Calvete, para estorbar á D. Rafael la ida, y asi le siguiéron todos: y en allegando á la marina, viéron muchas espadas fuera de las vainas, y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna: con todo esto sin apearse llegáron tan cerca, que distintamente veian los rostros de los que peleaban, porque aun no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad acudia, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traia á cargo, que era un caballero Valenciano llamado D. Pedro Vique, desde la popa de la galera Capitana amenazaba á los que se habian embarcado en los esquifes, para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de las galeras á la ciudad, y disparar una pieza sin bala, señal, de que si no se apartasen, otra no iria sin ella. En esto estaba D. Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que mas se señalaban de las galeras, lo hacia gallardamente un mancebo de hasta veintidos ó pocos mas años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color, adornado con un rico trencillo al parecer de diamantes: la destreza con que el mozo se combatia, y la bizarría del vestido hacia que volviesen á mirarle todos cuantos la pendencia miraban; y de tal manera le miráron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un [illegible]ismo punto y tiempo dijéron: válal[illegible] Dios! yo no tengo ojos, ó aquel de lo verde [illegible] arco

Antonio : y en diciendo esto, con gran ligereza saltáron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entráron por mitad de la turba, y se pusiéron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde, que se ha dicho). No temais, dijo asi como llegó Leocadia, señor Marco Antonio, que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. Quien lo duda, replicó Teodosia, estando yo aqui! D. Rafael que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asi mismo, y se puso de su parte. Marco Antonio ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijéron : antes cebado en la pelea, hacia cosas al parecer increibles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecia, fuéles forzoso á los de las galeras, retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compas se iban retirando á sus lados las dos valientes, y nuevas Eralamante y Marfisa, ó Hipólita y Pentesilea. En esto vino un caballero catalan de la famosa familia de los Cardonas sobre un poderoso caballo, poniéndose en medio de las dos partes, hacia tirar á los de la ciudad, los cuales le tuviéron respeto en conociéndole. Pero algunos desde lejos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua; y quiso la mala suerte que una acertó en la sien á Marco Antonio con tanta furia, que dió con él en el agua que ya le daba á la rodilla : y apenas Leocadia le vió caido, cuando le abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba D. Rafael un poco apartado, defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovian; y queriendo acudir al rescate de su alma, y al de su hermana y cuña-

ciéndose : sosegad [illegible]
buen soldado, y haceme merced [illegible] poneros
mi lado, que yo os libraré de la insolencia y
demasía, deste desmandado vulgo. Ah señor! res-
pondió D. Rafael, dejadme pasar, que veo en
gran peligro puestas las cosas que en esta vida
mas quiero. Dejóle pasar el caballero, y mas
llegó tan á tiempo, que ya no hubieses recogido
en el esquife de la galera Capitana á Marco An-
tonio, y á Leocadia que jamas le dejó de los
brazos; y queriéndose embarcar con ellos Teo-
dosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la
pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó
por ver que se iba con él su mayor enemiga, no
tuvo fuerza para subir en el esquife, y sin duda
cayera desmayada en el agua, si su hermano no
llegara á tiempo de socorrerla, el cual no sintió
menor pena de ver que con Marco Antonio se
iba Leocadia, que su hermana habia sentido
(que ya tambien él habia conocido á Marco An-
tonio). El caballero catalan, aficionado de la
gentil presencia de D. Rafael y de su hermana
(que por hombre tenia) los llamó desde la ori-
lla, y les rogó que con él se viniesen; y ellos for-
zados de la necesidad, y temerosos de que la
gente que aun no estaba pacífica, les hiciese al-
gun agravio, hubiéron de aceptar la oferta que
se les hacia. El caballero se apeó, y tomándo-
los á su lado, con la espada desnuda pasó por
medio de la turba alborotada, rogándoles que se
retirasen, y asi lo hiciéron. Miró D. Rafael á
todas partes por ver si veria á Calvete con las
mulas, y no le vió á causa que él asi como ellos
se apeáron, las antecogió y se fué á un mesón
donde solia posar otras veces. Llegó el caballero
á su casa que era una de las principales de la

ciudad, galera
venia! pues habia
llegado a la ciudad. mo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que lleváron herido de la pedrada en el esquife, se habia puesto en aquel peligro, y que le suplicase diese órden como sacasen á tierra al herido, que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena gana, dijo el caballero, y sé que me le dará seguramente el General, que es principal caballero y pariente mio: y sin detenerse mas, volvió á la galera, y halló que estaban curando á Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro: alcanzó con el General se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacáron, sin quererle dejar Leocadia que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra, hizo el caballero traer de su casa una silla de manos, donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, habia enviado D. Rafael á buscar á Calvete que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos, y cuando supo que estaban buenos, se alegró en extremo, y vino adonde D. Rafael estaba.

En esto llegáron el señor de la casa, Marco Antonio, y Leocadia, y á todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia: ordenó luego como se llamase un cirujano famoso de la ciudad para que de nuevo curase á Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las

manos, y asi no con[illegible] s cu[illegible] ha[illegible] otro dia: lo que ordenó fué le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras, y dió cuenta al de la ciudad de la herida, y de como le habia curado, y del peligro que de la vida á su parecer tenia el herido: con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad, que estaba bien curado; y asi mismo (segun la relacion que se le habia hecho) exageró el peligro de Marco Antonio. Oyéron esto Leocadia y Teodosiacon aquel sentimiento, que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimiéron y calláron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfaccion de su honra: y fué que asi como se fuéron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de D. Rafael, Teodosia, y de otras personas se llegó á la cabecera del herido, y asiéndole de la mano le dijo estas razones: no estais en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras, y asi solo querria que me oyésedes algunas que convienen, sino para la salud de vuestro cuerpo, á lo menos para la de vuestra alma; y para decíroslas es menester que me deis licencia, y me advirtais si estais con sugeto de escucharme: que no seria razon, que habiendo yo procurado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre. A estas razones abrió Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en Leocadia y habiéndola casi conocido mas por el órgano de la voz, que por la vista, con voz debilitada y doliente le dijo: decid, señor, lo que quisiéredes, que no estoy tan al cabo, que no pueda escu-

charos, le, que
me cau estaba á
todo est , y cada palabra que
Leocadia decia, er aguda saeta que le atravesaba el corazon, y aun el alma de D. Rafael que así mismo la escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia dijo: si el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imágen de aquella, que poco tiempo ha que vos deciades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quien fué Leocadia, y cual fué la palabra que le distes firmada en una cédula de vuestra mano y letra: ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estais, por haber acudido á vuestro gusto en todo lo que quisistes: si esto no se os ha olvidado, aunque me veais en este trage tan diferente, conoceréis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes, y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mio, asi como supe que de vuestro lugar os habíades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros: de lo cual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta donde llegan las fuerzas de un amor verdadero, y la rabia de una muger engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traido de veros, que puesto que esteis de la manera que estais, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien sois, antes de la partida, me juzgaré por mas que dichosa, pro-

metiéndoos como os pr[illegible]o, de da[illegible] tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase, sin que os siga en esta última y forzosa jornada: y asi os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos é intentos van enca[illegible] y luego por vos, que debeis mucho á ser [illegible] últimamente por mí, á quien debeis mas [illegible] persona del mundo, que aquí luego me r[illegible] vuestra legítima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razon os persuade. No dijo mas Leocadia, y todos los que en la sala estaban, guardáron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Mário Antonio que fué esta: no puedo negar, señora, el conoceros, y que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue: tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo, ni os tendré en menos por lo que habeis hecho, en venirme á buscar en trage tan diferente del vuestro; antes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero pues mi corta suerte me ha traido á término, como vos decis, que creo que será el postrero de mi vida, y en los semejantes trances los apuradores de las verdades, quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podria ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien, y me quisísteis, y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice, fué mas por cumplir con vuestro deseo, que con el mio; porque antes que la firmase, con muchos dias, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conoceis, llamada Teodosia, hija de tan nobles

padres cédula
firmada no firmada y autorizada [illegible] sobras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve, fuéron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las cuales no os ofendiéron, ni pueden ofender en cosa alguna: lo que con Teodosia me pasó, fué alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella, y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hícelo con poco discurso, y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podia hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entonces me viniéron y solicitáron lo que queria hacer que fué venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas dohéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada, y libre para hacer lo que mejor os pareciere; y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que estan presentes, como en la muerte le cumplí la palabra que le dí en la vida; y si en el poco tiempo que de ella me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decidmelo, que como no sea recibiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio [illegible] es, tenia la cabeza sobre el codo, y en [illegible] olas, dejó caer el brazo, dando muestras que se esmayaba. Acudió luego D. Rafael, y al[illegible]zándole estrechamente le dijo: volved en vos, señor mio, y abrazad á vuestro amigo y hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á D. Rafael vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á D. Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo: ahora digo, hermano y señor mio, que la suma alegría que he recibido en veros, no puede traer menos descuento, que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hacer mas cumplido, replicó D. Rafael, con presentaros esta joya que es vuestra amada esposa; y buscando á Teodosia la halló llorando detras de toda la gente, suspensa, y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veia, y por lo que habia oido decir. Asióla su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dejó llevar donde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas. Admirados quedáron cuantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento: mirábanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en que habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de D. Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con

esto burla esperan-
zas, se h[illegible] atentos
estaban mirando lo q[illegible] enfermo hacia con el
page que abrazado tenia) y se salió de la sala ó
aposento, y en un instante se puso en la calle
con intencion de irse desesperada por el mundo
ó adonde gentes no la viesen; mas apenas habia
llegado á la calle, cuando D. Rafael la echó me-
nos, y como si le faltara el alma, preguntó por
ella, y nadie le supo dar razon donde se habia
ido; y asi sin esperar mas, desesperado salió á
buscarla, y acudió adonde le dijéron que posaba
Calvete, por si habia ido allá á procurar alguna
cabalgadura en que irse; y no hallándola allí an-
daba como loco por las calles, buscándola de unas
partes á otras; y pensando si por ventura se habia
vuelto á las galeras, llegó á la marina, y un poco
antes que llegase, oyó que á grandes voces lla-
maban desde tierra el esquife de la Capitana, y
conoció que quien las daba, era la hermosa
Leocadia, la cual rezelosa de algun desman, sin-
tiendo pasos á sus espaldas empuñó la espada,
y esperó apercebida que llegase D. Rafael, á
quien ella luego conoció, y le pesó de que la
hubiese hallado y mas en parte tan sola, que ya
ella habia entendido por mas de una muestra,
que D. Rafael le habia dado, que no la queria
mal, sino tan bien, que tomara por buen par-
tido, que Marco Antonio la quisiera otro tanto.
¿Con que razones podré yo decir ahora las que
D. Rafael dijo á Leocadia, declarándole su alma
que fuéron tantas y tales, que no me atrevo á es-
cribirlas? mas pues es forzoso decir algunas, las
que entre otras le dijo, fuéron estas: si con la
ventura que me falta, me faltase ahora, ó her-
mosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros
los secretos de mi alma, quedaria enterrada en

los senos del perpetuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad, que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido: mi linage es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y mas si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de hermana, y el mismo cielo que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida, que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas del malo, que hasta ahora habeis tenido; y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciérades, si nunca le hubiérades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndoos por perpetua señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo cuanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traido á vos al estado en que estais, y asi no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno. Callando estuvo Leocadia á

do . de cua
en os suspiros, sa
s de de anas : tuvo atrev
iente, Rafael de lo rle una mano , y ell
tuvo esfuerzo para estornárselo , y allí besán
selá muchas veces le decia : acabad, señora d
i alma, de serlo del todo á vista destos estre-
ıdos cielos que nos cubren , y deste sosegado
ar que nos escucha , y destas bañadas arenas
e nos sustentan : dadme ya el sí, que sin duda
ıuviene tanto á vuestra honra como á mi con-
nto : vuélvoos á decir que soy caballero, como
ıs sabeis y rico , y que os quiero bien, que es
que mas habeis de estimar, y que en cambio
: hallaros sola y en trage que desdice mucho
el de vuestra honra, lejos de la casa de vuestros
ıdres y parientes, sin persona que os acuda á
que menester hubiéredes , y sin esperanza
alcanzar lo que buscábades, podeis volver á
estra patria en vuestro propio, honrado y ver-
lero trage, acompañada de tan buen esposo
no el que vos supisteis escogeros, rica, conten-
estimada, y servida, y aun loada de todos
ellos á cuya noticia llegaren los sucesos de
tra historia : si esto es asi , como lo es, no
que estais dudando : acabad , que otra vez
digo , de levantarme del suelo de mi mise-
cielo del mereceros, que en ello haréis por
isma, y cumpliréis con las leyes de la cor-
y del buen conocimiento , mostrándoos
mismo punto agradecida y discreta. Ea
lijo á esta sazon la dudosa Leocadia , pues
ıa ordenado el cielo , y no es en mi mano
de viviente alguno oponerse á lo que él
nado tiene, hágase lo que él quiere, y
eis , señor mio ; y sabe el mismo cielo
ergüenza que vengo á condescender con

vuestra vo [illegible]
cho que en obedecerlos gano, sino porque [illegible]
que en cumpliendo vuestro gusto, me h[illegible]
de mirar con otros ojos de los que quizá [illegible]
ahora mirándome, os han engañado; [illegible]
como fuere, que en fin el nombre [illegible] es [illegible]
legítima de D. Rafael de Villavicen[illegible] no [illegible]
drá perder; y con este título solo [illegible]tré co[illegible]
ta: y si las costumbres que en mí viéredes
pues de ser vuestra, fueren parte para que
estimeis en algo, daré al cielo las gracias de
berme traido por tan extraños rodeos y por
tos males á los bienes de ser vuestra: dad
señor D. Rafael, la mano de ser mio, y veis
os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigo
que vos decis, el cielo, la mar, las arenas
este silencio, solo interrumpido de mis suspi[illegible]
de vuestros ruegos. Diciendo esto se dejó abr[illegible]
y le dió la mano, y D. Rafael le dió la s[illegible]
celebrando el nocturno y nuevo desposorio [illegible]
las lágrimas, que el contento á pesar de la
sada tristeza sacaba de sus ojos. Luego se
viéron á casa del caballero que estaba con gr[illegible]
sima pena de su falta; la misma tenian M[illegible]
Antonio y Teodosia: los cuales ya por man[illegible]
clérigo estaban desposados, que á persuasio[illegible]
Teodosia (temerosa que algun contrario a[illegible]
dente no le turbase el bien que habia hallad[illegible]
caballero envió luego por quien los desposase[illegible]
modo que cuando D. Rafael y Leocadia en[illegible]
ron, y D. Rafael contó lo que con Leocadi[illegible]
habia sucedido, asi les aumentó el gozo, e[illegible]
si ellos fueran sus cercanos parientes: qu[illegible]
condicion natural y propia de la nobleza. C[illegible]
lana saber ser amigos y favorecer á los ext[illegible]
geros que dellos tienen necesidad alguna. El
cerdote que presente estaba, ordenó que Le[illegible]

ıudase el hábito, y se vistiese en el suyo;
aballero acudió á ello con presteza, vis-
ɔ á las dos de dos ricos vestidos de su mu-
que era una principal señora, del linage de
anollaques, famoso y antiguo en aquel rei-
rsó al cirujano, quien por caridad se dolia
rido como hablaba mucho, y no le dejaba
el cual vino y ordenó lo primero que le
n en silencio. Pero Dios, que asi lo tenia
ado, tomando por medio é instrumento de
ɔras (cuando á nuestros ojos quiere hacer
a maravilla) lo que la misma naturaleza no
ıa, ordenó que la alegría, y poco silencio
larco Antonio habia guardado, fuese parte
mejorarle, de manera que otro dia cuando
áron le halláron fuera de peligro, y de allí
ɔrce se levantó tan sano, que sin temor al-
se pudo poner en camino.
de saber que en el tiempo que Marco An-
estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le
ɔ, de ir en romería á pie á Santiago de Ga-
en cuya promesa le acompañáron D. Ra-
Leocadia, y Teodosia, y aun Calvete el
de mulas (obra pocas veces usada de los
cios semejantes); pero la bondad y lla-
que habia conocido en D. Rafael, le obligó
dejarle hasta que volviese á su tierra: y
ɔ que habian de ir á pie como peregrinos,
las mulas á Salamanca con la que era de
afael, que no faltó con quien enviarlas.
se pues el dia de la partida, y acomodados
ɔ esclavinas y de todo lo necesario, se des-
on del liberal caballero, que tanto les ha-
vorecido y agasajado, cuyo nombre era D.
ıo de Cardona, ilustrísimo por sangre, y
o por su persona: ofreciéronle todos de
ır perpetuamente ellos y sus descendientes,

las merce[illegible]
agradecérselas siquiera, ya que no pudies
virle. D. Sancho los abrazó á todos, dic
les que de su natural condicion nacia
aquellas obras, ú otras que fuesen [illegible]
dos los que conocia, ó imaginaba, ser la
Castellanos. Reiteráronse dos veces [illegible]
y con alegría mezclada con algun [illegible]
triste se despidiéron, y caminando con la
didad que permitia la delicadeza de las d
vas peregrinas, en tres dias llegáron á M
rate, y estando allí otros tantos, hacie
que buenos y católicos cristianos debian,
mismo espacio volviéron á su camino, y
cederles reves ni desman alguno, llegáron
tiago. Y despues de cumplir su voto con
yor devocion que pudiéron, no quisiéron
el hábito de peregrinos hasta entrar en
sas, á las cuales llegáron poco á poco,
sados y contentos; mas antes que llegas
tando á vista del lugar de Leocadia (que
se ha dicho, era á una legua del de Teodos
de encima de un recuesto los descubriér
trambos, sin poder encubrir las lágrim
el contento de verlos les trujo á los ojo
menos á las dos desposadas, que con
renováron la memoria de los pasados suc

Descubríase desde la parte donde est
ancho valle, que los dos pueblos dividia
cual viéron á la sombra de un olivo un di
caballero, sobre un poderoso caballo,
blanquísima adarga en el brázo izquierd
gruesa y larga lanza terciada en el dere
mirándole con atencion, viéron que así
por entre unos olivares venian otros de
lleros con las mismas armas y con el mi

ron todo
o espacio
i lo últim
estaba pri olivo; los cuales
endo las espuelas á los caballos arreme-
n el uno al otro, con muestras de ser mor-
enemigos, comenzando á tirarse bravos y
ros botes de lanza, ya hurtando los golpes,
cogiéndolos con tanta destreza, que daban
á entender ser maestros en aquel ejercicio:
rcero los estaba mirando, sin moverse de
igar; mas no pudiendo D. Rafael sufrir es-
an lejos, mirando aquella tan reñida y sin-
r batalla, á todo correr bajó del recuesto,
éndole su hermana y su esposa, y en poco
cio se puso junto á los dos combatientes, á
po que ya los dos caballeros andaban algo
los; y habiéndosele caido al uno el sombre-
y con él un casco de acero, al volver el ros-
conoció D. Rafael ser su padre, y Marco
nio conoció que el otro era el suyo. Leocadia
con atencion habia mirado al que no se com-
, conoció que era el padre que la habia en-
trado, de cuya vista todos cuatro suspensos,
itos, y fuera de sí quedáron; pero dando el so-
alto lugar al discurso de la razon, los dos cuña-
sin detenerse se pusiéron en medio de los que
aban, diciendo á voces: no mas caballeros, no
que los que esto os piden y suplican, son vues-
propios hijos: yo soy Marco Antonio, padre y
r mio, decia Marco Antonio: yo soy aquel
quien á lo que imagino estan vuestras canas
rables puestas en este rigeroso trance:
olad la furia, y arrojad la lanza, ó volvedla
ra otro enemigo; que el que teneis delante,
e hoy mas ha de ser vuestro hermano. Casi

estas mismas razones decia D.R[illegible] á su padre, á las cuales se detuviéron los caballeros, y atentamente se pusiéron á mirar á los que se las decian, y volviendo la cabeza, viéron que D. Enrique, el padre de Leocadia se habia apeado, y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino: y era que Leocadia se habia llegado á él, y dándosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatian, contándole en breves razones, como D. Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenia abrazada, como se ha dicho; pero dejándola, acudió á ponerlos en paz aunque no fué menester, pues ya los dos habian conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos y volviéron á mirar á sus hijos, y no sabian que decirse: atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba; pero desengañados algun tanto, volviéron á las lágrimas, y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de á pie y de á caballo, los cuales venian á defender al caballero de su lugar, pero como llegáron, y los viéron abrazados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lágrimas, se apeáron y admiráron estando suspensos, hasta tanto que D. Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia su hija les habia contado. Todos fuéron á abrazar á los peregrinos con muestras de contento, tales, que no se pueden encarecer. D. Rafael de nuevo contó á todos con la brevedad que el tiempo requeria, todo el suceso de sus amores, y de como venia casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio: nuevas, que de nuevo can-

[illegible]náron n [illegible] [illegible]allos
de la ge [illegible] [illegible]n los que
hubiéron menester [illegible] [illegible] peregrinos, y
acordáron de irse al [illegible] de [illegible]rco Antonio, ofreciéndose su padre de [illegible]er an las bodas de todos, y con [illegible] parecer se p[illegible]iéron; y algunos de los que se habian hallado presentes, se adelantáron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supiéron D. Rafael, y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fué que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos y hallándole solo, no quisiéron combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno como caballeros, cuya pendencia parara en la muerte de uno, ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado. Diéron gracias á Dios los cuatro peregrinos del suceso feliz. Y otro dia despues que llegáron con real y espléndida magnificencia y sumptuoso gasto hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de D. Rafael y Leocadia. Los cuales luengos y felices años viviéron en compañía de sus esposas, dejando de si ilustre generacion y decendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran, es por guardar el decoro de las doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes, ó neciamente escrupulosas les harán cargo á la ligereza de sus deseos y del súbito mudar de trages: á los cuales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efecto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el

apetito á la razon. Calvete el mozo de mulas se quedó con la que de D. Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le diéron: y los poetas de aquel tiempo tuviéron ocasion donde emp[illegible] plumas, exagerando la hermosura y lo[illegible] de las dos tan atrevidas cuanto honest[illegible], sugeto principal deste extraño suceso.

L

DE LA

SEÑORA CORNELIA.

Don Antonio de Isunza, y D. Juan de Gamboa, aballeros principales, de una edad misma, muy liscretos y grandes amigos, siendo estudiantes n Salamanca determináron de dejar sus estudios or irse á Flándes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de er mundo, y por parecerles que el ejercicio de as armas, aunque arma y dice bien á todos, rincipalmente asienta y dice mejor en los bien acidos y de ilustre sangre. Llegáron pues á Flándes á tiempo que estaban las cosas en paz, en conciertos, y tratos de tenerla presto. Recibiéron en Ambéres cartas de sus padres, donde es escribiéron el grande enojo que habian recibido, por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente conociendo la pesadumbre de sus padres, acordáron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flándes; pero antes de volverse quisiéron ver todas las mas famosas ciudades de Italia; habiéndolas visto todas, paráron en Bolonia, admirados de los estudios de aquella insigne niversidad quisiéron en ella proseguir los suyos. Diéron noticia de su intento á sus padres, de ue se holgáron infinito, y lo mostráron con pro-

veerles magníficamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quienes eran, y que padres tenian: y desde el primer dia que salliéron á las escuelas, fuéron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendria D. Antonio hasta veinte y cuatro años, y D. Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, músicos, poetas, diestros y valientes; partes que los hacian amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuviéron luego muchos amigos asi estudiantes Españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad, y de los extrangeros: mostrábanse con todos liberales, y comedidos, y muy agenos de la arrogancia, que dicen que suelen tener los Españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque habia muchas señoras doncellas, y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fuéron señores de Bolonia. Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradisimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre: que aunque los dejáron solos, los dejáron ricos y la riqueza es grande alivio de horfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentia que la viesen. Esta fama traia deseosos á D. Juan, y á D. Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusiéron, fué en balde: y el deseo, por la imposibilidad, cuchillo de la esperanza, fué menguando;

[illegible] sol [illegible]
enimiento
iban una vida [illegible] ta; po-
veces salian de noc [illegible], y si [illegible] lan, iban jun-
y bien armados.

ucedió pues que habiendo de salir una noche,
D. Antonio á D. Juan, que el se queria
lar á rezar ciertas devociones, que se fuese,
luego le seguiria. No hay paraque, dijo D.
n, que yo os aguardaré, y sino saliéremos
noche, importa poco. No por vida vuestra,
icó D. Antonio, salid á coger el aire, que
eré luego con vos, si es que vais por donde
mos ir. Haced vuestro gusto, dijo D. Juan,
laos en buenhora, y si saliéredes, las mis-
estaciones andaré esta noche que las pa-
is. Fuése D. Juan, y quedóse D. Antonio.
la noche entre oscura, y la hora las once;
abiendo andado dos ó tres calles, y vién-
e solo, y que no tenia con quien hablar,
rminó volverse á casa, y poniéndolo en
to, al pasar por una calle que tenia portales
entados en mármoles, oyó que de una puerta
eccaban. La oscuridad de la noche, y la
causaban los portales, no le dejaban atinar
ceeo. Detúvose un poco, estuvo atento,
ó entreabrir una puerta: llegóse á ella, y
una voz baja que dijo: sois por ventura
io? D. Juan, por si ó por no respondió: sí.
; tomad, respondiéron de dentro, y ponedlo
obro, y volved luego, que importa. Alargó
iano D. Juan, y topó un bulto, y querién-
tomar, vió que era menester las dos manos,
i le hubo de asir con entrambas, y apenas
e dejáron en ellas, cuando le cerráron la
ta, y él se halló cargado en la calle, y sin
r de que. Pero casi luego comenzó á llorar

la criatura, al parecer recien nac...
oro quedó D. Juan confuso y suspenso, sin
er que hacerse, ni que corte dar en aquel caso;
porque en volver á llamar á la puerta, le pareció
que podia correr peligro aquella cuya era la cria-
tura, y en dejarla allí, la criatura mas; pues el
llevarla á su casa, no tenia en ella quien le re-
mediase, ni él conocia en toda la ciudad persona
adonde poder llevarla: pero viendo que le habian
dicho que la pusiese en cobro, y que volviese
luego, determinó de traerla á su casa, y dejarla
en poder de una ama que les servia, y volver luego
á ver si era menester su favor en alguna cosa,
puesto que bien habia visto que le habian tenido
por otro, y que habia sido error darle á él la
criatura. Finalmente sin hacer mas discursos se
vino á casa con ella á tiempo que ya D. Antonio
no estaba en ella: entróse en un aposento, y
llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que
era la mas hermosa, que jamas hubiese visto: los
paños en que venia envuelta, mostraban ser de
ricos padres nacida, desenvolvióla el ama, y ha-
lláron que era varon. Menester es dijo, D. Juan,
dar de mamar á este niño, y ha de ser desta tal
nera: que vos, ama, le habeis de quitar estas
ricas mantillas, y ponerle otras mas humildes,
y sin decir que yo le he traido, le habeis de lle-
var en casa de una partera, que las tales siempre
suelen dar recado y remedio á semejantes necesi-
dades: llevaréis dineros con que la dejeis satis-
fecha, y daréisle los padres que quisiéredes, pero
encubrir la verdad de haberle yo traido. Respon-
dió el ama que asi lo haria; y D. Juan con la
priesa que pudo, volvió á ver si le occurria
otra vez; pero un poco antes que llegase á la
casa adonde le habian llamado, oyó gran ruido
de espadas, como de mucha gente que se ac

llaba. Est[illegible] ai-
ıa : la herr[illegible] ıe las
ıtellas, que [illegible] ıdas
antaban, casi pudo ver que eran muchos los
: á uno solo acometian, confirmóse en esta
dad oyendo decir : ah traidores, que sois mu-
ɔs, y yo solo; pero con todo eso no os ha de
er vuestra superchería. Oyendo y viendo lo
l D. Juan, llevado de su valeroso corazon, en
brincos se puso al lado, y metiendo mano á
espada, y á un broquel que llevaba, dijo al
se defendia, en lengua italiana, por no ser co-
ɔido por Español : no temais, que socorro os
venido que no os faltará hasta perder la vida,
nead los puños, que traidores pueden poco,
que sean muchos. A estas razones respondió
ı de los contrarios : mientes, que aquí no hay
gun traidor, que el querer cobrar la honra
dida á toda demasía da licencia. No le habló
s palabras, porque no les daba lugar á ello la
ɔsa que se daban á herirse los enemigos, que
arecer de D. Juan debian de ser seis. Apre-
ɔn tanto á su compañero, que de dos estoca-
que le diéron á un tiempo en los pechos,
on con él en tierra. D. Juan creyó que le ha-
ı muerto, y con ligereza y valor extraño se
ı delante de todos, y los hizo arredrar á
za de una lluvia de cuchilladas, y estocadas;
ɔ no fuera bastante su diligencia para ofender
fender, sino le ayudara la buena suerte, con
er que los vecinos de la calle sacasen lumbres
s ventanas, y á grandes voces llamasen á la
icia, lo cual visto por los contrarios, dejá-
la calle y á espaldas vueltas se ausentáron.
n esto se habia levantado el caido, porque
estocadas halláron un peto como de diamante
que topáron. Habíascle caido á D. Juan el

sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caido se llegó á él y le dijo: señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio: hacedme merced de decirme quien sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quien tengo de mostrarme agradecido. A lo cual respondió D. Juan: no quiero ser descortes, ya que soy desinteresado: por hacer, señor, lo que me pedis y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero Español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importara saberlo, os le dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo D. Juan de Gamboa. Mucha merced me habeis hecho, respondió el caido; pero yo, señor D. Juan de Gamboa, no quiero deciros quien soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho, de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello. Habíale preguntado primero D. Juan, si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas; y habíale respondido, que un famoso peto que traia puesto, despues de Dios le habia defendido; pero que con todo esto sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á su lado. En esto viéron venir hácia ellos un bulto de gente, y D. Juan dijo: si estos son los enemigos que vuelven, apercebios, señor, y haced como quien sois. A lo que yo creo no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen; y asi fué la verdad, porque los que llegáron que fuéron ocho hombres, rodeáron al caido, y habláron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que D. Juan no las pudo oir. Volvió luego el defendido á D. Juan y díjole:

á no ha [illegible] iguna manera, [illegible] hasta que acabárades de ponerme [illegible] o; pero ahora os suplico con todo encarecimiento que, os vais, y me dejeis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caido el suyo. Apenas lo hubo dicho, cuando D. Juan le puso el que habia hallado en la calle. Tentóle el caido, y volviéndosele á D. Juan, dijo: este sombrero no es mio, por vida del señor D. Juan, que se le lleve por trofeo dèsta refriega, y guárdele, que creo que es conocido. Diéronle otro sombrero al defendido: y D. Juan por cumplir lo que le habia pedido, pasando algunos aunque breves comedimientos, le dejó, sin saber quien era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con D. Antonio de Isunza su camarada, y conociéndose, dijo D. Antonio: volved conmigo, D. Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habréis oido tal en toda vuestra vida. Como estos cuentos os podré contar yo, respondió D. Juan, pero vamos donde querréis, y contadme el vuestro. Guió D. Antonio, y dijo: habeis de saber, que poco mas de una hora despues que salísteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí ví venir, casi á encontrarme, un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser muger en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de sus-

piros me dijo : por ventura, señor, sois extrangero, ó de la ciudad! Extrangero soy, y Español, respondí yo. Y ella : gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos. Venis herida, señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte? Podria ser que el que traygo lo fuese, si presto no se me da remedio : por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nacion, os suplico, señor Español, que me saqueis destas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá, si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo, y quien soy, aunque sea á costa de mi crédito. Oyendo lo cual, pareciéndome que tenia necesidad de lo que pedia, sin replicarle mas, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada. Abrióme Santisteban el page, hice que se retirase, y sin que el la viese; la llevé á mi estancia, y ella en entrando se arrojó encima de mi lecho desmayada. Lleguéme á ella, y descubríle el rostro que con el manto traia cubierto, y descubrí en él la mayor belleza, que humanos ojos han visto : seria á mi parecer de edad de diez y ocho años, antes menos, que mas : quedé suspenso de ver tal extremo de belleza : acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dijo, fué : conoceisme, señor! No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura. Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo, para mayor desgracia suya! pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas : por quien [illegible], que me dejeis aquí encerrada, y no perm[illegible]is que ningúno me vea, y volved luego al [illegible] lugar que me topastes, y mirad si riñe [illegible] gente,

y no favo ren,
sino pone az. partes
ha de resultar en ac ntar el mio. Dejola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. Teneis mas que decir D. Antonio? preguntó D. Juan. ¡Pues no os parece que he dicho harto, respondió D. Antonio, pues he dicho, que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza, que humanos ojos han visto! El caso es extraño sin duda, dijo D. Juan; pero oid el mio: y luego le contó todo lo que le habia sucedido. y como la criatura que le habian dado, estaba en casa en poder de su ama, y la órden que le habia dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de llevarla adonde la criasen, ó á lo menos socorriesen la presente necesidad; y dijo mas, que la pendencia que él venia á buscar, ya era acabada y puesta en paz, que él se habia hallado en ella, y que á lo que él imaginaba, todos los de la riña debian de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedáron entrambos admirados del suceso de cada uno, y con priesa se volviéron á la posada por ver lo que habia menester la encerrada. En el camino dijo D. Antonio á D. Juan, que él habia prometido á aquella señora que no la dejaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento, sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada, respondió D. Juan, que no faltará órden para verla, que ya lo deseo en extremo segun me la habeis alabado de hermosa. Llegáron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pages que tenian, alzó los ojos D. Antonio al sombrero que D. Juan traia, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salian de muchos que en un cintillo riquisimo traia. Miráronle entrambos, y concluyéron que

si todos eran finos como parecian, valia
doce mil ducados. Aquí acabáron de conoc
gente principal la de la pendencia; especi
te el socorrido de D. Juan, de quien se
haberle dicho, que trujese el sombrero y l
dase porque era conocido. Mandáron reti
pages, y D. Antonio abrió su aposento,
á la señora sentada en la cama, con la m
la mejilla, derramando tiernas lágrimas. D
con el deseo que tenia de verla, se asomó á l
ta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza
punto la lumbre de los diamantes dió en l
de la que lloraba, y alzándolos, dijo: e
señor Duque, entrad; paraque me quer
con tanta escaseza el bien de vuestra vis
esto dijo D. Antonio: aquí, señora, n
ningun Duque, que se excuse de veros.
no! replicó ella el que allí se asomó abor
Duque de Ferrara, que mal le puede encul
riqueza de su sombrero. En verdad, se
que el sombrero que vistes, no le trae
Duque; y si quereis desengañaros con ver
le trae, dadle licencia que entre. Entre
buena, dijo ella, aunque sino fuese el D
mis desdichas serian mayores. Todas estas
nes habia oido D. Juan, y viendo que te
cencia para entrar, con el sombrero en la
entró en el aposento, y asi como se le pu
lante, y ella conoció no ser quien decia
rico sombrero, con voz turbada y lengua
rosa, dijo: ay desdichada de mí! señor
decidme luego, sin tenerme mas suspensa
noceis al dueño dese sombrero! donde le
tes, ó como vino á vuestro poder! es vi
ventura, ó son esas las nuevas que me en
su muerte! ay bien mio! que sucesos son
aquí veo tus prendas! aquí me veo sin tí en

da, y en poder que á no saber que es de gentiles hombres Españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida. Sosegaos, señora, dijo D. Juan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos: que no es bien, que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los Españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia) estad segura que se os guardará el decoro, que vuestra presencia merece. Asi lo creo yo, respondió ella; pero con todo eso, decidme, señor ¿como vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adonde está su dueño, que por lo menos es Alfonso de Este, Duque de Ferrara? Entonces D. Juan, por no tenerla mas suspensa, le contó como le habia hallado en una pendencia, y en ella habia favorecido y ayudado á un caballero, que por lo que ella decia, sin duda debia de ser el Duque de Ferrara, y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le habia dicho, que le guardase, que era conocido, y que la refriega se habia concluido sin quedar herido el caballero ni él tampoco, y que despues de acabada habia llegado gente, que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el Duque, el cual le habia pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le habia dado: de manera, señora mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el Duque como vos decis, no ha una hora que le dejé bueno, sano, y salvo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendréis

con saber del b[illegible] estado [illegible]. Paraque sepais, señores, si tengo razon y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la, no sé si diga, mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera, como D. Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la estancia donde estaba la que queria comenzar su historia, lloró la criatura de modo, que lo sintió la señora, y levantándose en pie, púsose atentamente á escuchar, y oyó mas distintamente el llanto de la criatura, y dijo: señores mios, que criatura es aquella, que parece recien nacida! D. Juan respondió: es un niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Tráiganmele aquí por amor de Dios, dijo la señora, que yo haré esa caridad á los hijos agenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamó D. Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedia, y púsosele en los brazos, diciendo: veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan, que no hallamos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente asi el rostro, como los pobres aunque limpios paños en que venia envuelto, y luego sin poder tener las lágrimas se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas [illegible] bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin l[illegible]antar el

suyo tan [illegible] dejar el pecho. [illegible] a todos cuatro silencio: el niño par[illegible] da; pero no era asi, porque las rec[illegible] parientes no pueden dar el pecho, y asi cayendo [illegible] la cuenta la que se lo daba, se le volvió á D. Ju[illegible] diciendo: en balde me he mostrado caritativ[illegible] bien parezco nueva en estos casos: haced, s[illegible]r. que á este niño le paladeen con un poco de [illegible]l, y no consintais que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el dia, y antes que le lleven, vuélvanmele á traer, que me consuelo en verle. Volvió el niño D. Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el dia, y que le pusiese las ricas mantillas con que le habia traido, y que no le llevase sin primero decírselo. Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo: si quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasion para ello. Acudió prestamente D. Antonio á un escritorio, y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada dijo: sentaos, señores, y escuchadme. Hiciéronlo asi, y ella recogiéndose encima del lecho, y abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por las espaldas un velo, que en la cabeza traia, dejando el rostro exento y descubierto, mostrando en él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol cuando mas hermoso y mas claro se muestra: lloviánle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaselas con un lienzo blanquisimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente despues de haber dado muchos suspiros, y despues de haber procurado sosegar algun

tanto el pecho, (voz ango dol s y turbada dijo.

Yo, señores, soy aquella que muchas veces habréis sin duda alguna oido nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy en efecto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza: la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que mas confiaba de mi honrada condicion, que de la solicitud que ponia en guardarme. Finalmente entre paredes y entre soledades, acompañada no mas que de mis criadas, fuí creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados, y de aquellos que en secreto me trataban; y de un retrato, que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor, para que como él decia, no quedase sin mi el mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion, si no sucediera venir el Duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mia, donde me llevó mi hermano con sana intencion y por honra de mi parienta: allí miré, y fuí vista: allí segun creo, rendí corazones, avasallé voluntades: allí sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas: allí finalmente ví al Duque, y él me vió á mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo. No os quiero decir, señores, porque seria proceder en infinito, los términos, las trazas, y los modos por donde el Duque y yo venimos á conseguir al cabo de dos años los des s que en

aquellas [illegible] ardas, ni recatos, ni [illegible] ciones, ni otra humana diligencia [illegible] bastante para estorbar el juntarnos, que en [illegible] hubo de ser debajo de la palabra, que el me [illegible] ió de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa y honrada presuncion mia: mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no habia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentia en nada la nobleza del linage Bentibolli á la suya Estense. A esto me respondió con excusas, que yo las tuve por bastantes y necesarias y confiada como rendida, creí como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesion de una criada mia, mas blanda á las dádivas y promesas del Duque, que lo que debia á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacia. En resolucion al cabo de pocos dias me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre) me fingí enferma y melancólica, é hice con mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima, de quien habia sido padrino el Duque: allí le hice saber en el término en que estaba, y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenia de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura: quedó de acuerdo entre los dos, que en entrando en el mes mayor se lo avisase, que él vendria por mí con otros amigos suyos y me llevaria á Ferrara, donde en la sazon que eperaba, se casaria públicamente conmigo: esta noche en que estamos fué la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros

que ella dijo, á un criado del Duque. Yo
allí á un poco, acomodándome lo mejor que
(segun la presente necesidad) salí de la c
creyendo que estaba en la calle el Duque,
lo debiera hacer hasta que él llegara á la pu
mas el miedo que me habia puesto la cuac
armada de mi hermano, creyendo que ya e
mia su espada sobre mi cuello, no me dejó
cer otro mejor discurso, y asi desatentada y
salí donde me sucedió lo que habeis vist
aunque me veo sin hijo, y sin esposo, y co
mor de peores sucesos, doy gracias al cielo
me ha traido á vuestro poder, de quien me
metó todo aquello que de la cortesía Esp
puedo prometerme, y mas de la vuestra, q
sabréis realzar por ser tan nobles como par
Diciendo esto, se dejó caer del todo encim
lecho, y acudiendo los dos á ver si se desm
ba, viéron que no, sino que amargamente
raba, y díjole D. Juan: si hasta aquí, hay

fin, que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren : acostaos, señora, y curad de vuestra persona que lo habeis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podeis hacer la misma confianza que de nuestras personas : tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades. Tal es la que tengo, que á cosas mas dificultosas me obliga, respondió ella; entre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en la que menester hubiere ; pero con todo eso os suplico, que no me vean mas que vuestra criada. Asi será, respondió D. Antonio, y dejándola sola, se saliéron; y D. Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los habia puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que el la habia traido. Entró el ama advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria allí dentro, le preguntase. En viéndola Cornelia le dijo : vengais en buen hora amiga mia, dadme esa criatura, y llegadme aquí esta vela. Hízolo asi el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama : decidme, señora, este niño, y el que me trajistes, ó me trajéron poco ha, es todo uno! Sí, señora, respondió el ama Pues como trae tan trocadas las mantillas! replicó Cornelia : en verdad amiga, que me parece, ó que estas son otras mantillas, ó que esta no es la misma criatura. Todo podria ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dijo Cornelia, como todo podria ser! como es esto, ama mia! que el corazon me revienta en el pecho hasta saber este

trueco: decídmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis, digo, que me digais de donde habeis habido estas tan ricas mantillas? porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente, ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ú otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: quien se las quitó? ay desdichada! y quien las trajo aquí? ay sin ventura! D. Juan y D. Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisiéron que mas adelante pasase en ellas ni permitiéron que el engaño de las trocadas mantillas mas la tuviese en pena; y asi entráron, y D. Juan le dijo: esas mantillas, y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia; y luego le contó punto por punto como él habia sido la persona á quien su doncella habia dado el niño, y de como le habia traido á casa con el órden que habia dado al ama del trueco de las mantillas, y la ocasion por que lo habia hecho; aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo; y que si no se lo habia dicho, habia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido. Allí fuéron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndole en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser muger sabia mas de aquel menester, que no ellos. Con esto se fuéron á reposar lo que faltaba de la noche, con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, si no

fuese ó [illegible] ad precisa. Vi[illegible]nio á quien secretamente y á oscura[illegible] mar al niño, y ellos preguntáron p[illegible] Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas y pasáron por la calle de la pendencia, y por la casa de donde habia salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacian corrillos della; pero en ningun modo sintiéron ni oyéron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto oidas sus lecciones se volviéron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondiéron que tenian determinado de no poner los pies en su aposento, para que con mas decoro se guardase el que á su honestidad se debia; pero ella replicó con lágrimas, y con ruegos, que entrasen á verla, que aquel era el decoro mas conveniente, si no para su remedio, á lo menos para su consuelo. Hiciéronlo asi, y ella los recibió con rostro alegre, y con mucha cortesía: pidióles le hiciesen merced de salir por la ciudad, y ver si oian algunas nuevas de su atrevimiento: respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decia nada.

En esto llegó un page de tres que tenian, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo: á la puerta está un caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi señor D. Juan de Gamboa. A este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo: mi hermano, señores, mi hermano es ese, sin duda debe haber sabido que estoy aqui, y viene á quitarme la vida: socorro, señores, y amparo. Sosegaos, señora, le dijo D. Antonio, que en parte estais y en poder de quien no

os dejará hacer el menor servicio del mundo. Acudid vos, señor D. Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender si menester fuere á Cornelia. D. Juan sin mudar semblante, bajó abajo, y luego D. Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pages que tomasen sus espadas, y estuviesen apercebidos. El ama viendo aquellas prevenciones, temblaba: Cornelia temerosa de algun mal suceso, temia: solos D. Antonio y D. Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habian de hacer. En la puerta de la calle halló D. Juan á D. Lorenzo, el cual en viendo á D. Juan, le dijo: suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontera, que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me va la vida y la honra. De muy buena gana, respondió D. Juan: vamos, señor, donde quisiéredes. Dicho esto, mano á mano se fuéron á la iglesia, sentándose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oidos. Lorenzo habló primero, y dijo: yo, señor Español, soy Lorenzo Bentibolli, sino de los mas ricos, de los mas principales desta ciudad; ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio: quedé huérfano algunos años ha, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos por no poder ninguno corresponder del todo á su belleza: ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacian andar solícito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre: finalmente por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo,

digo que el Duque de Ferrara Alfonso de Este con ojos de Lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen que recien parida: anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fué socorrido de algun ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio: hame dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el Duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recibirla por muger; esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia: lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respectos no se desposaba luego: mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta ahora por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera: que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que mas quiere, y cada una tendrá sus valedores. Finalmente yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo Duque la satisfaccion de mi ofensa, y si la negare, desafiarle sobre el caso; y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar

ni sustentar, sino de persona á [illegible]ia; para lo cual querria el ayuda de la vuestra, y que me acompañásedes en este camino, confiado en que lo haréis por ser Español y caballero como ya estoy informado; y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio, de quien no espero sino consejos y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier peligro: vos, señor, me habeis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un Español á mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jérces: mucho os pido, pero á mas obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nacion pregona. No mas, señor Lorenzo, dijo á esta sazon D. Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando) no mas, que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero; y tomo á mi cargo la satisfaccion ó venganza de vuestro agravio; y esto no solo por ser Español, sino por ser caballero, y serlo vos tan principal como habeis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe: mirad cuando quereis que sea nuestra partida, y seria mejor que fuese luego, porque el hierro se ha de labrar mientras estuviere encendido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza. Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á D. Juan, y dijo: á tan generoso pecho como el vuestro, señor D. Juan, no es menester moverle con ponerle otro interes delante que el de la honra que ha de gánar en este hecho, la cual desde aquí os la doy, si salimos felizmente deste caso, y por añadidura os ofrezco cuanto tengo, puedo, y valgo: la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella. Bien

m[illegible] lice
sei[illegible] ta
hecho á [illegible] nada mio, de
valor y silenc[illegible] pod[illegible] prometer harto
que del mio. Pues vos, se[illegible]r D. Juan, s
decis, habeis tomado mi honra á vuestro ca
disponed della como quisiéredes y decid del
que quisiéredes y á quien quisiéredes; cu
mas, que camarada vuestro, quien puede
que muy bueno no sea! con esto se abrazá
y despidiéron, quedando que otro dia por
mañana le enviaria á llámar para que fuera
la ciudad se pusiesen á caballo, y siguiesen d
frazados su jornada.

Volvió D. Juan, y dió cuenta á D. Antoni
y á Cornelia de lo que con Lorenzo habia pasa
do, y el concierto que quedaba hecho. Válam
Dios! dijo Cornelia, grande es, señor, vuestr
cortesía, y grande vuestra confianza: como! y
¿tan presto os habeis arrojado á emprender una
hazaña llena de inconvenientes? y ¿que sabeis
vos, señor, si os lleva mi hermano á Ferrara,
ó á otra parte? pero donde quiera que os llevare;
bien podeis hacer cuenta que van con voz la fi-
delidad misma, aunque yo como desdichada en
os átomos del sol tropiezo, de cualquier som-
ra temo; y ¿no quereis que tema, si está puesta
n la respuesta del Duque mi vida ó mi muerte!
¿que sé yo, si responderá tan atentamente,
e la cólera de mi hermano se contenga en los
ites de su discrecion? y cuando salga, paré-
s que tiene flaco enemigo! y ¿no os parece
los dias que tardáredes, he de quedar col-
a, temerosa, y suspensa, esperando las dul-
ó amargas nuevas del suceso? ¿quiero yo tan
al Duque, ó á mi hermano, que de cual-
a de los dos no tema las desgracias y las

sienta en el alma! [illegible] discurris, y mucho temeis, señora Cornelia, dijo D. Juan; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza, y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habeis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la ida de Ferrara no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vuestro hermano tampoco: hasta ahora no sabemos la intencion del Duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo eso se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo: y entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano, y el del Duque llevo puestos en las niñas de mis ojos: yo miraré por ellos como por ellas. Si asi os da el cielo, señor D. Juan, respondió Cornelia, poder para remediar, como gracia para consolar, en medio destos mis trabajos me cuento por bien afortunada; ya querria veros ir y volver, por mas que el temor me aflija en vuestra ausencia ó la esperanza me suspenda. D. Antonio aprobó la determinacion de D. Juan y le alabó la buena correspondencia que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli: díjole mas, que él querria ir á acompañarlos por lo que podia suceder. Eso no, dijo D. Juan, asi porque no será bien, que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos agenos. El mio es el vuestro mismo, replicó D. Antonio, y asi, aunque sea desconocido y desde lejos, os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola, que le falte quien le sirva, la guarde, y acompañe. A lo cual Cornelia dijo: gran consuelo será para mi, señores, si sé que vais juntos, ó á lo menos de modo, que os favorezcais el uno á otro, si el caso lo pidiere; y pues al que vais á mi se me semeja

ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros, y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un agnus de oro tan rico como la cruz. Miráron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aun mas que lo que habian apreciado el cintillo; pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarian reliquias consigo, sino tan bien adornadas, á lo menos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenia gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le diéron cuenta, pero no á lo que iban ni adonde iban, se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aun no sabia) de manera, que sus mercedes no hiciesen falta. Otro dia bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y D. Juan de camino con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidióse de Cornelia, la cual imaginando que tenia á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidiéron. Salió primero D. Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada halláron dos muy buenos caballos con dos mozos, que del diestro los tenian. Subiéron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desusados caminaron á Ferrara: D. Antonio sobre un cuartago suyo, y otro vestido, y disimulado, los seguia; pero parecióle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y asi acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraria.

Apenas hubiéron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de como aquel niño era suyo, y del Duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado, tocantes á su historia, no encubriéndole como el viage que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al Duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intrigar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia) dijo: ay señora de mi alma! y todas esas cosas han pasado por vos, y ¡estais aquí descuidada y á pierna tendida! ó no teneis alma, ó teneísla tan desmazalada, que no siente: como! y ¡pensais vos por ventura, que vuestro hermano va á Ferrara! no lo penseis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí, y ausentarlos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer, como quien bebe un jarro de agua: mirade bajo de que guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pages, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que estan llenos, que en meterse en dibujos: á lo menos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso, y ruina que á esta casa amenaza: el señor Lorenzo, Italiano, y que se fie de Españoles, y les pida favor, y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daria tal, que os luciese. Pasmada, atónita, y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decia con tanto ahinco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decia, y quizá estaban muertos D. Juan, y D. Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosia á puñaladas; y asi le dijo: y ¡que c[illegible]ejo me da-

riádes vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura? Y como que le daré tal, y tan bueno que no pueda mejorarse, dijo el ama: yo, señora, he servido á un piovano, á un cura digo de una aldea, que está dos millas de Ferrara: es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion mas que de amo: vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene á dar de mamar al niño es muger pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo, y ya, señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes mozos y Españoles, que los tales como soy yo buen testigo, no desechan ripio; y ahora, señora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas, y convaleces en su poder, Dio lo podrá remediar; porque en verdad, cuasi á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, y hubieran dado conmigo y con mi honra al traste, porque no s todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y tro piensan; pero hanlo habido conmigo, que y taimada, y sé do me aprieta el zapato, y bre todo soy bien nacida, que soy de los Crilos de Milan, y tengo el punto de la honra z millas mas allá de las nubes; y en esto se trá echar de ver, señora mia las calamidades, por mí han pasado, pues con ser quien soy, venido á ser masara de Españoles, á quien s llaman ama; aunque á la verdad no tengo ue quejarme de mis amos, porque son unos litos, como no esten enojados, y en esto pa- vizcainos, como ellos dicen que lo son; quizá para consigo serán gallegos que es nacion, segun es fama, algo menos puntual

y bien mira[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]cto, tanta y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y asi en menos de cuatro horas, dispoñiendolo el ama, y consintiéndolo ella, se viéron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pages se pusiéron en camino para la aldea del cura, y todo esto se hizo á persuasion de ama, y con sus dineros, porque le habian pagado sus señores un año de su sueldo, y asi no fué menester empeñar una joya que Cornelia le daba, y como habian oido decir á D. Juan que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas quisiéron ellas seguir el derecho y poco á poco por no encontrarse con ellos; y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad de ellas porque le pagáron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos que les sucedió á D Juan de Gamboa, y al señor Lorenzo Bentibolli: de los cuales se dice que en el camino supiéron que el [illegible]e no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y [illegible] dejando el rodeo que llevaban, se viniéron al camino real, ó á la estrada maestra como allá se dice, considerando que aquella habia de traer el duque, cuando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por el alguno venia, viéron un tropel de gente de á caballo, y entonces dijo D. Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el Duque, le queria hablar allí antes que se encerrase en Ferrara que estaba poco distante. Hízolo asi Lorenzo! y aprobó el parecer de D. Juan. Asi como se apartó Lorenzo, quitó D.

la toquilla que encubria el rico cintillo, to no sin falta de discreto discurso, como espues lo dijo. En esto llegó la tropa de los inantes, y entre ellos venia una muger so- una pia, vestida de camino, y el rostro cu- to con una mascarilla, ó por mejor encu- se, ó por guardarse del sol y del aire. Paró iballo D. Juan en medio del camino, y es- con el rostro descubierto, á que llegasen caminantes; y en llegando cerca, el talle, rio, el poderoso caballo la bizarría del ves- , y las luces de los diamantes lleváron tras s ojos de cuantos allí venian, especialmente lel Duque de Ferrara, que era uno dellos, ıal como puso los ojos en el cintillo, luego ió á entender que el que le traia era D. Juan Gamboa, el que le habia librado en la pen- ia, y tan de veras aprehendió esta verdad, sin hacer otro discurso, arremetió su caba- ıácia D. Juan, diciendo: no creo que me en- ué en nada, señor caballero, si os llamo D. ı de Gamboa, que vuestra gallarda disposi- y el adorno dese capelo me lo estan dicien- Así es la verdad, respondió D. Juan, porque ıs supe, ni quise encubrir mi nombre; pero dme, señor, quien sois, porque yo no cayga lguna descortesía. Eso sera imposible, res- lió el Duque, que para mí tengo, que no eis ser descortes en ningun caso: con todo os digo, señor D. Juan, que yo soy el Du- de Ferrara, y el que está obligado á servi- odos los dias de su vida, pues no ha cuatro ıes, que vos se la dístes. No acabó de de- esto el Duque, cuando D. Juan con extraña eza saltó del caballo, y acudió á besar los del Duque, pero por presto que llegó, ya uque estaba fuera de la silla, de modo que

le acabó de apear en brazos D. Juan. El señor Lorenzo que desde algo lejos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesia, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al Duque y á D. Juan que ya habia conocido al Duque. El Duque por cima de los hombros de D. Juan miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó á D. Juan, si Lorenzo Bentibolli que allí estaba, venia con él ó no? A lo cual D. Juan respondió: apartémonos algo de aquí, y contaréle á V. Excelencia grandes cosas. Hízolo asi el Duque, y D. Juan le dijo: señor, Lorenzo Bentibolli que allí veis, tiene una queja de vos no pequeña: dice que habrá cuatro noches que sacástes á su hermana la señora Cornelia de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonrado, y quiere saber de vos, que satisfaccion le pensais hacer para que él vea lo que le conviene: pidióme que fuese su valedor y medianero: yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño de este cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisístes que fuese mio; y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: querria yo ahora, señor, me dijésedes lo que sabeis acerca de este caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. Ay amigo! respondió el Duque, es tan verdad, que no me atreveria á negarla, aunque quisiese: yo no he engañado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa: no la he sacado, porque no sé della: si públi-

mente no celebré mis desposorios, fué porque
uardaba que mi madre (que está ya en lo úl-
no) pasase desta á mejor vida, que tiene de-
o que sea mi esposa la señora Livia, hija del
ique de Mantua; y por otros inconvenientes
izá mas eficaces, que los dichos, y no con-
ne que ahora se digan: lo que pasa es, que
noche que me socorrístes, la habia de traer á
rrara, porque estaba ya en el mes de dar á
á la prenda que ordenó el cielo que en ella de-
sitase; y ya fuese por la riña, ó ya por mi
scuido, cuando llegué á su casa hallé que sa-
la secretaria de nuestros conciertos: pregun-
e por Cornelia: dijome que ya habia salido,
que aquella noche habia parido un niño, el
as bello del mundo, y que se le habia dado á
Fabio mi criado: la doncella es aquella que
í viene: el Fabio está aquí, y el niño ni Cor-
lia no parecen: y yo he estado estos dos dias
Bolonia, esperando y escudriñando oir al-
nas nuevas de Cornelia, pero no he sentido
da. De modo, señor, dijo D. Juan: cuando
ornelia y vuestro hijo pareciesen, no negaréis
r vuestra esposa, y él vuestro hijo? No por
erto, porque aunque me precio de caballero,
as me precio de cristiano; y mas que Corne-
es tal, que merece ser señora de un reino:
reciese ella, y viva ó muera mi madre, que el
undo sabrá que si supe ser amante, supe la
que dí en secreto guardarla en público. Luego
en diréis, dijo D. Juan, lo que á mí me ha-
is dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo?
ntes me pesa, respondió el Duque, de que
rde tanto en saberlo. Al instante hizo D. Juan
señas á Lorenzo, que se apease, y viniese
de ellos estaban, como lo hizo, bien ageno
pensar la buena nueva que le esperaba. Ade-

lantó[illegible]
tos, y primera [illegible] ro ; [illegible]
marle hermano. Apenas supo Lorenzo respond[illegible]
á salutacion tan amorosa, ni á tan cortes rec[illegible]
bimiento; y estando asi suspenso, antes q[illegible]
hablase palabra, D. Juan le dijo: el [illegible]
señor Lorenzo, confiesa la conversaci[illegible]
que ha tenido con vuestra hermana [illegible]
Cornelia: confiesa asimismo que es su legítim[illegible]
esposa, y que como lo dice aquí, lo dirá pú[illegible]
camente cuando se ofreciere: concede asimism[illegible]
que fué ha cuatro noches á sacarla de casa [illegible]
su prima para traerla á Ferrara, y aguardar c[illegible]
yuntura de celebrar sus bodas que [illegible] ha dilat[illegible]
por justísimas causas que me ha dicho: dice a[illegible]
mismo la pendencia, que con vos tuvo, y q[illegible]
cuando fué por Cornelia, encontró con Sulpic[illegible]
su doncella, que es aquella muger que allí vie[illegible]
de quien supo que Cornelia no habia una ho[illegible]
que habia parido, y que ella dió la criatura á [illegible]
criado del Duque, y que luego Cornelia, c[illegible]
yendo que estaba allí el Duque, habia salido [illegible]
casa miedrosa, porque imaginaba que ya vo[illegible]
señor Lorenzo, sabiades sus tratos: Sulpicia [illegible]
dió el niño al criado del Duque, sino á otro [illegible]
su cambio: Cornelia no parece, él se culpa [illegible]
todo, y dice que cada y cuando que la seño[illegible]
Cornelia parezca, la recibirá como á su vere[illegible]
dera esposa: mirad, señor Lorenzo, si h[illegible]
mas que decir, ni mas que de[illegible], sino es [illegible]
hallazgo de las dos tan ricas, c[illegible] no desgrac[illegible]
das prendas. A esto respondió el [illegible]ñor Loren[illegible]
arrojándose á los pies del Du[illegible] que porfia[illegible]

larla con [illegible] número
de vuestro [illegible] los ojos
de lágrimas, y [illegible] lo mismo, enterneci-
dos; el uno con la [illegible] nida de su esposa, y el
otro con el hallazgo [illegible] tan buen cuñado; pero
considerando que pa[illegible] flaqueza dar muestras
con lágrimas de tanto [illegible] nimiento, las reprimié-
ron, y volviéron á e[illegible] en los ojos; y los
de D. Juan alegres casi [illegible] lian las albricias
de haber parecido Cor[illegible] y [illegible] hijo, pues los
dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió D. Antonio de Isunza, que fué conocido de D. Juan en el cuartago desde algo lejos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de D. Juan, y de Lorenzo, que los mozos tenian del diestro acá y acullá desviados: conoció á D. Juan, y á Lorenzo, pero no al Duque, y no sabia que hacerse, si llegaria ó no adonde D. Juan estaba: llegándose á los criados del Duque, les preguntó si conocian á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al Duque. Fuéle respondido, ser el Duque de Ferrara: con que quedó mas confuso, y menos sin saber que hacerse; pero sacóle de su perplejidad D. Juan llamándole por su nombre. Apeóse D. Antonio, viendo que todos estaban á pie, y llegóse á ellos: recibióle el Duque con mucha cortesía, porque D. Juan le dijo, que era su camarada. Finalmente D. Juan contó á D. Antonio todo lo que con el Duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo D. Antonio, y dijo D. Juan; no acabais de poner la alegría y el contento destos señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y su hijo? Si vos no llegárades, señor D. Antonio, yo las pidiera, pero pedidlas vos, que yo

aro que os las den [illegible]
el Duque y Lorenzo oy [illegible]
de Cornelia, y de albricias, preguntáron [illegible]
aquello? Que ha de ser, respondió D. Anto-
o, sino que yo quiero hacer un personage en
ta trágica comedia, y ha de ser el [illegible] pide
s albricias del hallazgo de la señora [illegible]
de su hijo que quedan en mi casa; y [illegible]
ontó punto por punto todo lo que ha[illegible]
ia dicho: de lo cual el Duque y el señor Lo[illegible]
recibiéron tanto placer y gusto, que D. Lorenzo
abrazó con D. Juan, y el Duque con D. Antonio
Duque prometiendo todo su estado en albricias, y
señor Lorenzo su hacienda, su vida, y su al[illegible]
Llamáron á la doncella que entregó á D. Juan
criatura, la cual habiendo conocido á Lorenzo
taba temblando: preguntáronle si conoceria al h[illegible]
bre á quien habia dado el niño: dijo que no;
no que ella le habia preguntado si era Fal[illegible]
él habia respondido que sí y con esta buena
le habia entregado. Asi es la verdad, resp[illegible]
D. Juan; y vos, señora, cerrástes la puerta
go, y me dijístes que la pusiese en cob[illegible]
diese luego la vuelta. Asi es, señor, [illegible]
la doncella llorando. Y el Duque dijo: [illegible]
son menester lágrimas aquí, sino júbilos [illegible]
tas: el caso es, que yo no tengo de [illegible]
Ferrara, sino dar la vuelta luego á Bolonia, y
que todos estos contentos son en sombra, h[illegible]
que los haga verdaderos la visita de Cornelia
sin mas decir, de comun consentimiento di
la vuelta á Bolonia.

Adelantóse D. Antonio para apercebir á
nelia, por no sobresaltarla con la improvi
gada del Duque y de su hermano; pero co
la halló, ni los pages le supiéron decir
della, quedó el mas triste y confuso hom

; y como vió que faltaba el ama, ima-
ie por su industria faltaba Cornelia. Los
e dijéron que faltó el ama el mismo dia
os habian faltado, y que la Cornelia por
preguntaba, nunca ellos la viéron. Fuera
uedó D. Antonio con el no pensado caso,
do que quizá el Duque los tendria por men-
, ó embusteros, ó quizá imaginaria otras
cosas, que redundasen en perjuicio de su
y del buen crédito de Cornelia. En esta
acion estaba, cuando entráron el Duque,
uan y Lorenzo, que por calles desusadas
biertas, dejando la demas gente fuera de
ad, llegáron á la casa de D. Juan, y ha-
á D. Antonio sentado en una silla, con
o en la mejilla, y con una color de muer-
guntóle D. Juan, que mal tenia, y adonde
Cornelia. Respondió D. Antonio: que mal
que no tenga! pues Cornelia no parece,
n el ama que le dejámos para su compa-
mismo dia que de aquí faltámos, faltó
oco le faltó al Duque para espirar, y á Lo-
para desesperarse, oyendo tales nuevas.
ente todos quedáron turbados, suspensos,
inativos. En esto se llegó un page á D.
o, y al oido le dijo: señor, Santisteban
del señor D. Juan desde el dia que vue-
cedes se fuéron tiene una muger muy bo-
cerrada en su aposento, y yo creo que se
Cornelia, que asi la he oido llamar. Albo-
de nuevo D. Antonio, y mas quisiera que
iera parecido Cornelia, que sin duda pen-
era la que el page tenia escondida, que
la hallaran en tal lugar. Con todo eso no
da, sino callando se fué al aposento del
halló cerrada la puerta, y que el page
ba en casa: llegóse á la puerta, y dijo

n vos baja :
cibir á vuestro m
sposo que vienen a buscaros. spor
entro : hacen burla de mí! pues en verdad que
io soy tan fea ni tan desechada, que no me dian
buscarme Duques y condes, y eso se merece la
persona que trata con pages. Por las cuales pala-
bras entendió D. Antonio que no era Cornelia
la que respondia. Estando en esto vino Santis-
teban el page, y acudió luego á su aposento, y
hallando allí á D. Antonio, que pedia que le
trajesen las llaves que habia en casa, por ver si
alguna hacia á la puerta, el page hincado de ro-
dillas, y con la llave en la mano le dijo: el au-
sencia de vuesas mercedes, y mi bellaquería por
mejor decir, me hizo traer á una muger estas tres
noches á estar conmigo; suplico á vuesa merced,
señor D. Antonio de Isunza, asi oyga buenas
nuevas de España, que sino lo sabe mi señor D.
Juan de Gamboa, que no se lo diga, que yo la
echaré al momento. Y como se llama la tal mu-
ger! preguntó D. Antonio. Llámase Cornelia:
respondió el page. El page que habia descubierto
la celada, que no era muy amigo de Santiste-
ban, ni se sabe si simplemente, ó con malicia
bajó donde estaban el Duque, D. Juan y Lo
renzo, diciendo : tómame el page, por Dios, q
le han hecho gormar á la señora Cornelia : esco
didita la tenia : á buen seguro que no quisiera
que hubieran venido los señores, para alar
mas el gaudeamus tres, ó cuatro dias mas. C
esto Lorenzo, y preguntóle : que es lo que
cis gentilhombre, donde está Cornelia? arr
respondió el page. Apenas oyó esto el Du
cuando como un rayo subió la escalera arr
ver á Cornelia, que imaginó que habia par
y dió luego en el aposento de e estaba I

y entrando dijo : donde está Cornelia, está la vida de la vida mia! Aqui está Correspondió una muger, que estaba envuelta a sábana de la cama y cubierto el rostro, siguió diciendo : válanos Dios! es este alney de hurto! es cosa nueva dormir una con un page, para hacer tantos milagro-
orenzo que estaba presente, con despecho ra, tiró de un cabo de la sábana, y descu-
na muger moza, y no de mal parecer, la le vergüenza se puso las manos delante del , y acudió á tomar sus vestidos que le servian
ohada, porque la cama no la tenia, y en iéron que debia de ser alguna pícara de las as del mundo. Preguntóle el Duque, que verdad que se llamaba Cornelia? respondió y que tenia muy honrados parientes en dad, y nadie dijese desta agua no beberé. ó tan corrido el Duque, que casi estuvo ensar si hacian los Españoles burla dél; por no dar lugar á tan mala sospecha, vol-
espaldas, y sin hablar palabra siguiéndole zo, subiéron en sus caballos, y se fuéron, lo á D. Juan y á D. Antonio harto mas os que ellos iban, y determináron de hacer ligencias posibles, y aun imposibles en r á Cornelia, y satisfacer al Duque de su l y buen deseo. Despidiéron á Santisteban
revido, y echáron á la pícara Cornelia, y uel punto se les vino á la memoria, que se bia olvidado de decir al Duque las joyas nus, y la cruz de diamantes, que Cornelia bia ofrecido, pues con estas señas creeria ornelia habia estado en su poder, y que aba, no habia estado en su mano. Saliéron irle esto, pero no le halláron en casa de zo, donde creyéron que estaria; á Lo-

zo sí, el cual les dijo que s[illegible] m
ito se habia vuelto á Ferrara, dejando[illegible] en
buscar á su hermana. Dijéronle lo que [illegible] á
cirle; pero Lorenzo les dijo que el Duque iba
uy satifecho de su buen proceder, y que entrám-
os habian echado la falta de Cornelia á su mucho
iedo, y que Dios seria servido de que pareciese,
ues no habia de haber tragado la tierra al niño, y al
ma, y á ella. Con esto se consoláron todos, y no qui-
siéron hacer la inquisicion de buscarla por bandos
públicos, sino por diligencias secretas, pues de na-
die, sino de su prima se sabia su falta; y entre los que
no sabian la intencion del Duque, correria riesgo
el crédito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran
trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospe-
chas, que una vehemente presuncion les infunde.

Siguió su viage el Duque, y la buena suerte
que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase
á la aldea del cura, donde ya estaban Cornelia,
el niño, y su ama la consejera; y ellas le ha-
bian dado cuenta de su vida, y pedídole consejo
de lo que harian. Era el Cura grande amigo del
Duque, en cuya casa acomodada á lo de clérigo
rico y curioso solia el Duque venirse desde Fer-
rara muchas veces, y desde allí salia á caza,
porque gustaba mucho asi de la curiosidad del
Cura, como de su donaire que le tenia en cuan-
to decia y hacia. No se alborotó por ver al Du-
que en su casa, porque como se ha dicho, n[illegible]
era la vez primera; pero descontentóle verle v[illegible]
nir triste, porque luego echó de ver que con a[illegible]
guna pasion traia ocupado el ánimo. Entre[illegible]
Cornelia que el duque de Ferrara estaba allí
turbóse en extremo por no saber con que int[illegible]
cion venia, torcíase las manos, y andaba de [illegible]
parte á otra, como persona fuera de sentid[illegible]
quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba

treteniendo al Duque, y no tenia lugar de hablarle. El Duque le dijo: yo vengo, padre mio, tristísimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid á los que vienen conmigo, que pasen á Ferrara, y que solo se quede Fabio. Hízolo asi el buen Cura, y luego fué á dar órden como regalar y servir al Duque, y con esta ocasion le pudo hablar Cornelia, la cual tomándole de las manos le dijo: ay padre y señor mio! y que es lo que quiere el Duque! por amor de Dios, señor, que le dé algun toque en mi negocio, y procure descubrir y tomar algun indicio de su intencion; en efecto guíelo como mejor le pareciere y su mucha discrecion le aconsejare. A esto le respondió el Cura: el Duque viene triste, hasta ahora no me ha dicho la causa: lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el Duque, y dejadme hacer, que yo espero en el cielo, que hemos de tener hoy un buen dia. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer al niño. El Cura salió á entretener al Duque entanto que se hacia hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el Cura al Duque, si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se echaba de ver, que estaba triste. Padre, respondió el Duque, claro está que las tristezas del corazon salen al rostro; en los ojos se lee la relacion de lo que está en el alma, y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondió el Cura, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara y grande. Simple seria, respondió el Duque, aquel que ofre-

ciéndole è [illegible] su [illegible], no [illegible] sies recibirle: por vida [illegible]s, padre, que me mostreis eso que decis, que debe de ser alguna de vuestras curiosidades que para mí son todas de grandísimo gusto. Levantóse el Cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenia adornado á su hijo, y puéstole las ricas joyas de la cruz y del agnus, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del Duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió á donde el Duque estaba, y diciendo que se levantase, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del Duque, el cual, cuando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atónito, y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato; y lleno de admiracion preguntó al Cura, cuya era aquella criatura, que en su adorno y aderezo parecia hijo de algun príncipe? No sé respondió el Cura, solo sé que habrá no sé cuantas noches, que aquí me le trajo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosísima madre: tambien vino con el caballero una muger para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe de ser la mas hermosa muger de Italia. No la veríamos? preguntó el Duque. Sí por cierto, respondió el Cura; venios, señor, conmigo que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura como creo que os ha suspendido, el mismo efecto entiendo que ha de hacer la vista de su ama. Quísole tomar la criatura el cura al Duque, pero él no la quiso dejar, antes la apretó

n sus brazos, y le dió muchos besos. Adelan-
óse el Cura un poco, y dijo á Cornelia que sa-
iese sin turbacion alguna á recibir al Duque.
Hizolo asi Cornelia, y con el sobresalto le saliéron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermoseáron. Pasmóse el Duque cuando la vió, y ella arrojándose á sus pies, se los quiso besar. El Duque sin hablar palabra dió el niño al Cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo cual visto por Cornelia, volviéndose al Cura, dijo: ay señor mio! si se ha espantado el Duque de verme? si me tiene aborrecida? si le he parecido fea? si se he han olvidado las obligaciones que me tiene? no me hablará siquiera una palabra? tanto le cansaba ya su hijo, que asi le arrojó de sus brazos? A todo lo cual no respondia palabra el Cura, admirado de la huida del Duque, que asi le pareció que fuese huida, antes que otra cosa, y no fué sino que salió á llamar á Fabio, y decirle: corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y di que al momento Lorenzo Bentibolli, y los dos caballeros Españoles D. Juan de Gamboa, y D. Antonio de Isunza sin poner excusa alguna vengan luego á esta aldea: mira, amigo, que vuelvas, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fué perezoso Fabio, que luego puso en efecto el mandamiento de su señor. El Duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas lágrimas: cogióla el Duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas á lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el concento atadas las lenguas; y asi en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño, y la Criyela por lo menos como ella decia, que

por entre las pu[illegible] de otro aposento habian estado mirando lo que entre el Duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban calabazadas por las paredes, que no parecia sino que habian perdido el juicio. El Cura daba mil besos al niño que tenia en sus brazos, y con la mano derecha que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados señores. El ama del Cura, que no se habia hallado presente al grave caso, por estar ocupada aderezando la comida, cuando la tuvo en su punto, entró á llamarlos se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el Duque desembarazó al Cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazonada, mas que sumptuosa comida: y en tanto que comian, dió cuenta Cornelia de todo lo que le habia sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros Españoles, que la habian servido, amparado, y guardado con el mas honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El Duque le contó asi mismo á ella todo lo que por él habia pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y halláron en el Duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y solo esperaban á colmarle y á ponerle en estado mejor que acertara á desearse con la venida de Lorenzo, de D. Juan, y D. Antonio, los cuales de allí á tres dias viniéron desalados, y deseosos por saber si alguna nueva sabia el Duque de Cornelia, que Fabio que los fué á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabia.

Saliólos á recibir el Duque á una sala antes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristeciéron. Hízolos sentar el Duque, y el se

tó con ellos, y encaminando su plática á Lo-
ızo, le dijo: bien sabeis, señor Lorenzo Ben-
ılli, que yo jamas engañé á vuestra hermana,
o que es buen testigo el cielo y mi concien-
: sabeis asi mismo la diligencia con que la
ıuscado, y el deseo que he tenido de hallarla
a casarme con ella como se lo tengo prome-
ı: ella no parece, y mi palabra no ha de ser
na: yo soy mozo, y no tan experto en las co-
del mundo, que no me deje llevar de las que
ofrece el deleite á cada paso: la misma afi-
ı que me hizo prometer ser esposo de Cornelia
llevó tambien á dar antes que á ella palabra
matrimonio á una labradora desta aldea, á
en pensaba dejar burlada por acudir al valor
Cornelia, aunque no acudiera á lo que la con-
ıcia me pedia, que no fuera pequeña muestra
amor; pero pues nadie se casa con muger que
parece, ni es cosa puesta en razon, que na-
busque la muger que le deja, por no hallar
prenda que le aborrece; digo que veais, se-
Lorenzo, que satisfaccion puedo daros del
avio que no os hice. pues jamas tuve inten-
ı de hacérosle, y luego quiero que me deis
ncia para cumplir mi primera palabra, y des-
arme con la labradora que ya está dentro
ta casa. En tanto que el Duque esto decia, el
ro de Lorenzo se iba mudando de mil colores,
o acertaba á estar sentado de una manera en
illa, señales claras, que la cólera le iba to-
ıdo posesion de todos sus sentidos. Lo mismo
aba por D. Juan, y por D. Antonio, que
ço propusiéron de no dejar salir al Duque
su intencion, aunque le quitasen la vida.
endo pues el Duque en sus rostros sus inten-
ıes, dijo: sosegaos, señor Lorenzo, que an-
que me respondais palabra, quiero que la

hermosura que v[illegible] en la [illegible] ibir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pedí; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho, se levantó, y entró donde Cornelia estaba riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenia, y muchas mas. Cuando el Duque volvió las espaldas, se levantó D. Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oido le dijo: por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo, que asi deje yo salir con su intencion al Duque como volverme moro: aquí, aquí, y en mis manos ha de dejar la vida, ó ha de cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ó á lo menos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada D. Antonio, replicó D. Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del Cura y del Duque, que la traia de la mano, detras de los cuales venian Sulpicia la doncella de Cornelia, que el Duque habia enviado por ella á Ferrara, y las dos amas del niño, y la de los caballeros. Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos pies, fué á arrojarse á los del Duque, que le levantó, y le puso en los brazos de su hermana, quiero decir que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. D. Juan, y D. Antonio dijéron al Duque, que habia sido la mas discreta y mas sabrosa burla del mundo. El Duque tomó al niño, que Sulpicia traia, y

lándosele á Lorenzo le dijo: recibid, señor hermano, á vuestro sobrino, y mi hijo, y ved si quereis darme licencia, que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Seria nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó D. Juan, lo que sintió D. Antonio, el regocijo del Cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, y júbilo del ama, la admiracion de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el Cura los desposó, siendo su padrino D. Juan de Gamboa; y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en que paraba la enfermedad que tenia muy al cabo á la Duquesa su madre, y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo asi: la Duquesa murió, Cornelia entró en Farrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volviéron en galas, las amas quedáron r.cas, Sulpicia por muger de Fabio, D. Antonio, y D. Juan contentísimos de haber servido en algo al Duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mugeres con riquísima dote. Ellos dijéron que los caballeros de la nacion vizcaina por la mayor parte se casaban en su patria, y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres que ya los debian de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El Duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas les envió muchos presentes á Bolonia; y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazon y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recibian paga, el tiempo en que llegaban, lo facilitaba todo: especialmente los que les envió al tiempo de su partida para

España; y los q[illegible] no [illegible] o fué [illegible] Ferrara á despedirse dél; ya hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al Duque mas enamorado que nunca. La Duquesa dió la cruz de diamantes á D. Juan, y el agnus á D. Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recibiéron. Llegáron á España y á su tierra, adonde se casáron con ricas, principales, y hermosas mugeres, y siempre tuviéron correspondencia con el Duque, y la Duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.

NOVELA

DEL

CAMAMIENTO ENGAÑOSO.

Salia del hospital de la Resurreccion que está en Valladolid fuera de la puerta del campo, un soldado que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas, y amarillez de su rostro mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granteó en una hora: iba haciendo pinitos, y dando aspíes como convaleciente; y al entrar por la puerta de la ciudad vió que hácia él venia un su amigo á quien no habia visto en mas de seis meses, el cual santiguándose como si viera alguna mala vision, llegándose á él le dijo: que es lo, señor alferez Campuzano! es posible que vuesa merced en esta tierra? como quien soy, le hacia en Flándes, antes terciando allá la ..., que arrastrando aquí la espada? que color, que ...eza es esa! A lo cual respondió Campuzano: si estoy en esta tierra, ó no, señor Licen... Peralta, el verme en ella, le responde: á mas preguntas no tengo que decir, sino que de aquel hospital de sudar catorce carga dia ...s de

bubas, que me hecho a cu[illegible]s [illegible]ger que escogí por mia, que no demera. Luego casóse vuesa merced? replicó Peralta. Si señor, respondió Campuzano. Seria por amores, dijo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecucion del arrepentimiento. No sabré decir si fué por amores, respondió el Alferez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento saqué tantos en el cuerpo, y en el alma; que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesá merced me perdone, que otro dia con mas comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los mas nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida. No ha de ser asi, dijo el Licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí harémos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo; y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que la ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere. Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fuéron á S. Llorente, oyéron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofreciósele de nuevo, y pidiole en acabando de comer le contase los sucesos, que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, antes comenzó á decir desta manera.

Bien se acordará vuesa merced, señor Licen[illegible] Peralta, como yo hacia en [illegible]lad ca[illegible]la con el capitan Pedro de [illegible], que

ahora está en Flándes. Bien me acuerdo, respondió Peralta. Pues un dia, prosiguió Campuzano, que acabámos de comer en aquella posada de la Solana donde vivíamos, entráron dos mugeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitan en pie, arrimados á una ventana: y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro mas de aquello que concedia la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella, cosa que me encendió mas el deseo de verla; y para acrecentarle mas, ó ya fuese de industria, o acaso sacó la señora una muy blanca mano, con muy buenas sortijas: estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el aire: con todo esto le rogué que se descubriese. A lo que ella me respondió: no seais importuno, casa tengo, haced á un page que me siga, que aunque soy mas honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía á trueco de ver si responde vuestra discrecion á vuestra gallardía, holgaré de que me veais. Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitan su plática. Ellas se fuéron: siguiólas un criado mio. Dijo el capitan que lo que la dama le queria, era que le llevase unas cartas á Flándes á otro capitan que decia ser su primo, aunque él sabia que no era, sino su galan. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y asi otro dia

iándome mi criado, [illegible]
a casa muy bien aderez[illegible], y una [illegible]
ista treinta años, á quien [illegible] por las manos:
o era hermosa en extremo, [illegible]o éralo de suerte,
ue podia enamorar comunicada, porque tenia
n tono de habla tan suave, que se entraba por
os oidos en el alma. Pasé con ella luengos y
amorosos coloquios: blasoné, hendí, rogué,
ofrecí, prometí, y hice todas las demonstraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oir semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oido, antes que crédito alguno. Finalmente nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitarla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba: en el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza mas taimada, que simple: finalmente tratando mis amores como soldado que está víspera de mudar, apuré á mi señora D.ª Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que asi me tiene) y respondióme: señor alferez Campuzano, simplicidad seria, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa pecadora he sido y aun ahora lo soy; pero n[illegible] de manera; que los vecinos me murmuren, [illegible] los apartados me noten: ni de mis padres, [illegible] de otro pariende heredé hacienda alguna, y c[illegible] todo esto vale el menage de mi casa bien valid[illegible] dos mil y quinientos escudos; y estos en cosas, [illegible] puestas en almoneda, lo que se tardare en [illegible]nerlas se tardará en convertirse en dineros: [illegible] esta hacienda busco marido á quien entregar[illegible] y á quien tener obediencia: á quien juntam[illegible] con la enmienda de mi vida, le entregaré

increible solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene principe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho mas, cuando se gasta por mi órden: la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros, estos pulgares y los de mis criadas la hiláron; y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mias, porque no acarrean vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare: me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere: si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sugeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo que tenia entonces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañares haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenia echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo casi por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad, y de mi hacienda que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traia al cuello,

y con otras joyuelas que ia en ca , y con deshacerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenia algunas raices, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada: en resolucion, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos ormacion de solteros y en los tres dias de fiesta que viniéron luego juntos en una pascua, se hiciéron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposámos, hallándose presentes al desposorio dos amigos mios, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entonces á mi nueva esposa habia dado con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no pueden dejar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi muger: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro sino tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hícele patentes mis galas, y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenia. Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comia á las doce y á las dos sesteaba en el estrado, bailábanme D.ª Estefanía y la moza el agua adelante, mi mozo

que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo, el rato que D.ª Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito, mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años que estan debajo de la jurisdicion del tiempo; en los cuales dias por verme tan regalado y tan bien servido iba mudando en buena la mala intencion, con que aquel negocio habia comenzado: al cabo de los cuales, una mañana (que aun estaba con Doña Estefanía en la cama) llamáron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitánlose al momento, dijo: o que sea ella la bien venida! han visto, y como ha venido mas presto de lo que escribió el otro dia? Quien es la que ha venido, moza? le pregunté. Quien? respondió ella, es mi señora Doña Clementa Bueso, viene con ella el señor D. Lope Melendez de Ramendarez, con otros dos criados, y Hortigosa dueña que llevó consigo. Corre moza, bien ha yo, y ábreles, dijo á este punto Doña Estefanía; y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa, contra mí oyéredes. Pues quien ha de decir, que os ofenda, y mas estando yo delante? Dime que gente es esta, que me parece que alborotado su venida. No tengo lugar de responderos, dijo Doña Estefanía, solo sabed todo lo que aqui pasare es fingido, y que cierto designio y efecto que despues sa Y aunque quisiera replicarle á esto, no

me dió l[illegible] Bueso, que se [illegible] sala vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo, y con la misma guarnicion, sombrero con plumas verdes, blancas, y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor D. Lope Melendez de Almendarez no menos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo: Jesus, qué es esto! ocupado el lecho de mi señora Doña Clementa, y mas con ocupacion de hombre! milagros veo hoy en esta casa: á fe que se ha ido bien del pie á la mano la señora Doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó Doña Clementa; pero yo me tengo la culpa: que jamas escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser, sino es cuando les viene á cuento! A todo lo cual respondió Doña Estefanía: no reciba vuesa merced pesadumbre mi señora Doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y vuesa merced sin ninguna queja. En ésto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon; y tomándome Doña Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel Don Lope que venia con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella, era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote, y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el Don Lope la tenia, y luego se me volverá lo que es mio, y no se le [illegible] á mal á

ella ni á otra muger alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello; porque despues podria ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á Doña Clementa aun en cosas de mas importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de Doña Estefanía; asegurándome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego entrándose á despedir de la señora Doña Clementa Bueso, y del señor Don Lope Melendez de Almendarez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.

Paró Doña Estefanía en casa de una amiga suya, y antes que entrásemos dentro, [illegible]uvo un buen espacio hablando con ella, al ca[illegible] cual salió una moza y dijo: que entrásem[illegible] i criado. Llevónos á un aposento est[illegible] el cual habia dos camas tan juntas, [illegible]cian una, á causa que no habia espaci[illegible] dividiese, y las sábanas de entramb[illegible]ban. En efecto allí estuvimos [illegible] todos ellos no se pasó hora [illegible] pendencia, diciéndole la ne[illegible]cho en haber dejado su casa [illegible] que fuera á su misma madre. [illegible] venia por momentos tanto, qu[illegible] casa un dia que Doña Estefan[illegible] ver en que término estaba su ne[illegible]

ber de mí que era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y que cosa habia hecho, que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria mas que amistad perfeta! Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me habia casado con Doña Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que habia hecho en dejar su casa, y hacienda á Doña Clementa, aunque fuese con tan sana intencion, como era alcanzar tan principal marido como Don Lope, se comenzó á santiguar y á hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto Jesus, Jesus, de la mala hembra, que me puso en gran turbacion, y al fin me dijo: señor Alferez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que Doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa, y de la hacienda de que os hiciéron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho Doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que Doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entretanto dejó en su casa á Doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido grangear á una tal persona, como la del señor Alferez por marido. Aquí dió fin á su plática, y yo dí principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era cris-

o, y que
e la d.se
. Esta c ...
confortó ... de
ar mi capa, y co[illegible] ua, y s[illegible] á
a Estefanía, con presupuesto de hacer en
un ejemplar castigo; pero la suerte, que no
é decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba,
nó que en ninguna parte donde pensé hallar
oña Estefanía, la hallase: fuíme á San Llo-
e, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme
re un escaño, y con la pesadumbre me tomó
sueño tan pesado, que no despertara tan
to sino me despertaran: fuí lleno de pensa-
ntos y congojas á casa de Doña Clementa, y
éla con tanto reposo como señora de su casa; no
sé decir nada, porque estaba el señor Don
e delante: volví en casa de mi huéspeda,
me dijo haber contado á Doña Estefanía,
o yo sabia toda su maraña y embuste, y
ella le preguntó que semblante habia yo mos-
lo con tal nueva? y que le habia respondido,
muy malo, y que á su parecer habia salido
con mala intencion y con peor determina-
á buscarla: díjome finalmente que Doña
efanía se habia llevado cuanto en el baul te-
, sin dejarme en él sino un solo vestido de
nino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo
s de su mano: fuí á ver mi baul, y halléle
erto, y como sepultura que esperaba cuerpo
nto, y á buena razon habia de ser el mio,
o tuviera entendimiento para saber sentir y
derar tamaña desgracia. Bien grande fué,
á esta sazon el Licenciado Peralta, haberse
ado Doña Estefanía tanta cadena, y tanto
illo, que como suele decirse, todos los due-
etc. Ninguna pena me dió esa falta, res-

pondió el Al [illegible] pues [illegible] pe [illegible] cir: pensóse D. Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrecho soy de un lado. No sé á que propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El próposito es, respondió el Alferez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos, y brincos podia valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el Licenciado, porque la que el señor Alferez traia al cuello, mostraba pesar mas de docientos ducados. Asi fuera, respondió el Alferez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos con solo ser de alquimia se contentáron, pero estaban tan bien hechas, que solo el toque ó el fuego podia descubrir su malicia. Desa manera, dijo el Licenciado, entre vuesa merced y la señora D.ª Estefanía, pata es la traviesa. Y tan pata, respondió el Alferez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor Licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efecto, mal que me pese es prenda mia. Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dijo Peralta, que fué prenda con pies, y que se os ha ido, y que no estais obligado á buscarla. Asi es, respondió el Alferez; pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy, tengo mi afrenta presente. No sé que responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos del Petrarca que dicen:

Che chi prende dileto di far frode,
Non s' ha di lamentar s' altro l' inganna.

Que responden en nuestro Castellano: que el

que ti[illegible] á otro, no se [illegible] uo. Yo no me quejo, respon[illegible] z, sino lastímome: que el culp[illegible] no por conocer su culpa deja de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fuí engañado, porque me hiriéron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente por venir á lo que hace mas al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos) digo que supe que se habia llevado á D.ª Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias, porque comenzáron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejáron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre mas claro la pelarela: halléme verdaderamente hecho pelon, porque ni tenia barbas que peinar, ni dineros que gastar: fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él donde he tomado cuarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofreciósele de nuevo el Licenciado,

admirándose de las cosas que le habia contado. Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el Alferez, que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginacion, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber mas, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde ví lo que ahora diré, que es lo que ahora, ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos preámbulos y encarecimientos, que el Alferez hacia antes de contar lo que habia visto, encendian el deseo de Peralta de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

Ya vuesa merced habrá visto, dijo el Alferez, dos perros que con dos lanternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna! Sí he visto, respondió Peralta. Tambien habrá visto ú oido vuesa merced, dijo el Alferez, lo que dellos se cuenta que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir allí con tanta mansedumbre, que mas parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia! Yo he oido decir, dijo Peralta, que todo es asi, pero eso no me puede ni debe causar maravilla. Pues lo que ahora diré dellos, es razon que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles, ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo: y es que yo oí y casi ví con mis ojos á estos

dos p[illegible] Cipion, el otro [illegible], que fué la penúltima que [illegible], echados detras de mi cama en unas [illegible] viejas, y á la mitad de aquella noche [illegible] á escuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oido escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipion, y Berganza. Apenas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el Licenciado, dijo: vuesa merced quede mucho enbuenora, Sr. Campuzano, que hasta aquí estaba en duda, si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado, y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creerle ninguna cosa: por amor de Dios, señor Alferez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que si no es por milagro no pueden hablar los animales: que bien se que si los tordos, picazas, y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden, y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar, y responder con discurso concertado como estos perros hablaban; y así muchas veces despues que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos tal es cuales nuestro Señor fué servido de [illegible] escuché, noté, y finalmente escri-

tar palabra por su concierto, de e se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad, que digo: las cosas de que tratáron fuéron grandes, y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios, que para ser dichas de bocas de perros: asi que, pues yo no las puedo inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban. Cuerpo de mi, replicó el Licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Isopo, cuando departia el gallo con la zorra, y unos animales con otros! Uno dellos seria yo y el mayor, replicó el Alferez, si creyese que ese tiempo ha vuelto; y aun tambien lo seria, si dejase de creer lo que oí, y lo que ví, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad; pero puesto caso que me haya engañado, y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate ¿no se holgara vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, habláron? Como vuesa merced, replicó el Licenciado, no se canse mas en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor Alferez, ya le juzgo por bueno. Pues hay en esto otra cosa, dijo el Alferez, que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio, delicada, sotil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido) todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oido, lo escribí otro dia, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la

tica, que fuéron dos consecutivamente, aun-
yo no tengo escritas mas de una, que es
rida de Berganza, la del compañero Cipion
nso escribir (que fué la que se contó la no-
segunda) cuando viere ó que esta se crea,
lo menos no se desprecie: el coloquio tray-
en el seno; púselo en forma de coloquio, por
rrar de *dijo Cipion*, *respondió Berganza*, que
le alargar la escritura. Y en diciendo esto,
ó del pecho un cartapacio, y le puso en las
nos del Licenciado, el cual le tomó riéndose,
:omo haciendo burla de todo lo que habia
o, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto,
) el Alferez, en esta silla entanto que vuesa
rced lee, si quiere, esos sueños ó disparates
no tienen otra cosa de bueno, sino es el
lerlos dejar, cuando enfaden. Haga vuesa
rced su gusto, dijo Peralta, que yo con bre-
ad me despediré desta lectura. Recostóse el
erez, abrió el Licenciado el cartapacio, y en
rincipio vió que estaba puesto este título.

COLOQUIO

QUE PASÓ ENTRE

IPION Y BERGANZA,

PERROS

DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

está en la ciudad de Valladolid, fuera de puerta del Campo, á quien comunmente ıman los perros de Mahudes.

---

ion. BERGANZA amigo, dejemos esta noche ospital en guarda de la confianza, y retiré-os á esta soledad y entre estas esteras, ie podrémos gozar sin ser sentidos desta no ı merced, que el cielo en un mismo punto s dos nos ha hecho. *Berganza.* Cipion her-o, óygote hablar, y sé que te hablo, y no o creerlo, por parecerme que el hablar no-os pasa de los términos de naturaleza. *Cip.* os la verdad, Berganza, y viene á ser mayor milagro en que no solamente hablamos, en que hablamos con discurso como si fué-capaces de razon, estando tan sin ella.

que la diferencia que hay [illegible] ruto, al hombre, es ser el hombre animal, y el bruto irracional. *Berg.* Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú, y entenderlo yo me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras; tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé que de entendimiento, capaz de discurso. *Cip.* Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento, y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y asi habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí estan enterrados, cuando son marido y muger, ponen entre los dos á los pies una figura de perro en señal que se guardáron en la vida amistad y fidelidad inviolable. *Berg.* Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura, otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la jimia. *Cip.* Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamas que haya hablado ningun elefante, perro, caballo, ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del [illegible] de aque-

llas c[illegible] cuales cuand[illegible] averiguado la experiencia que [illegible] e amenaza á las gentes. [illegible] Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henares. *Cip.* Que le oiste decir? *Berg.* Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oian medicina. *Cip.* Pues que vienes á inferir deso? *Berg.* Infiero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que seria harta plaga y mala ventura) ó ellos se han de morir de hambre. *Cip.* Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y asi no hay paraque ponernos á disputar nosotros, como ó porque hablamos: mejor será, que este buen dia, ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuanto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado. *Berg.* Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso go[illegible]zarle y aprovecharme dél lo mas que pudiere, [illegible]ndome priesa á decir todo aquello que se me [illegible]ordare, aunque sea atropellada y confusa[illegible]ente, porque no sé cuando me volverán á [illegible]edir este bien, que por prestado tengo. *Cip.*

Sea esta la manera, [illegible]rganza amigo: [illegible] esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas, y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las agenas vidas. *Berg.* Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los mios, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestarlos; pero advierte primero, si nos oye alguno. *Cip.* Ninguno á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado, tomando sudores; pero en esta sazon mas estará para dormir, que para ponerse á escuchar á nadie. *Berg.* Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprehende, ó manda que calle. *Cip.* Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana sin impedirte, sino cuando viere ser necesario. *Berg.* Paréceme que la primera vez que ví al sol, fué en Sevilla, y en su matadero que está fuera de la puerta de la carne; por donde imaginara (sino fuera por lo que despues diré) que mis padres debiéron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolas el romo, mozo robusto, doblado y colérico como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolas me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en e[illegible]. *Cip.* No me maravillo, Berganza, que como [illegible] hacer

ıal: viene se
prende el , ...pion
ermano, de lo q... aque: nero, y de
ıs cosas exorbitantes que en él pasan? prime-
o has de presuponer, que todos cuantos en él
rabajan desde el menor hasta el mayor, es
ente ancha de conciencia, desalmada, sin te-
ıer al Rey, ni á su justicia: los mas amance-
ados son aves de rapiña carniceras: mantié-
ense ellos y sus amigas de lo que hurtan: to-
as las mañanas que son dias de carne, antes
ue amanezca estan en el matadero gran can-
idad de mugercillas y muchachos, todos
on talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas
e pedazos de carne, y las criadas con criadillas,
lomos medio enteros: no hay res alguna que se
ıate, de quien no lleve esta gente diezmos y
rimicias de lo mas sabroso y bien parado; y
omo en Sevilla no hay obligado de la carne,
ada una puede traer la que quisiere, y la que
rimero se mata ó es la mejor, ó la de mas baja
ostura; y con este concierto hay siempre mu-
ha abundancia: los dueños se encomiendan á
sta buena gente que he dicho, no para que no
s hurten (que esto es imposible) sino para
ue se moderen en las tajadas y socaliñas que
acen en las reses muertas, que las escamondan
podan, como si fuesen sauces ó parras; pero
inguna cosa me admiraba mas ni me parecia
or, que el ver que estos jiferos con la misma
ilidad matan á un hombre, que á una vaca,
quítame allá esa paja, á dos por tres meten
cuchillo de cachas amarillas por la barriga
una persona, como si acogotasen un toro:
r maravilla se pasa dia sin pendencias y sin
ıid as, y á veces sin muertes: todos se pican
valientes, y aun tienen sus puntos de rufia-

nes : no hay ninguno que [illegible] te su ángel
guarda en la plaza de S. Francisco, grange
con lomos y lenguas de vaca : finalmente oí
cir á un hombre discreto, que tres cosas teni
Rey por ganar en Sevilla : la calle de la [illegible]
la costanilla, y el matadero. *Cip.* Si en [illegible]
las condiciones de los amos que has tenido [illegible]
faltas de sus oficios, te has de estar, [illegible]
ganza, tanto como esta vez, menester [illegible]
dir al cielo nos conceda la habla siquiera [illegible]
año, y aun temo que al paso que llevas, [illegible]
garás á la mitad de tu historia : y quiérote [illegible]
tir de una cosa, de la cual verás la experie
cuando te cuente los sucesos de mi vida y [illegible]
los cuentos unos encierran y tienen la gran
ellos mismos; otros en el modo de [illegible]
quiero decir, que algunos hay; que [illegible]
cuenten sin preámbulos y ornamentos de palab
dan contento; otros hay, que es menester ves
los de palabras, y con demostraciones de ros
y de las manos, y con mudar la voz se hacen
de nonada, y de flojos y desmayados se vuel
agudos y gustosos, y no se te olvide este adve
miento para aprovecharte dél en lo que te qu
por decir. *Berg.* Yo lo haré asi, si pudiere
si me da lugar la grande tentacion que te
de hablar, aunque me parece que con grandís
dificultad me podré ir á la mano. *Cip.* Vé
la lengua, que en [illegible] consisten los may
daños de la humana [illegible] *Berg.* Digo pues,
mi amo me enseñó á [illegible]evar una espuerta e
boca, y á defenderla [illegible] quien quitármela
siese : enseñóme tambien la casa de su ami
y con esto se excusó la venida de su criad
matadero, porque yo le llevaba las madrug
lo que él habia hurtado las n[illegible]s : y un
que entre dos luces iba yo dili[illegible] á llevar

porcion, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana, alcé los ojos, y ví una moza hermosa en extremo, detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar: lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me queria, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entonces dije entre mí, la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza, en habiéndome quitado la carne: andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolas el romo, vuestro amo que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas. *Cip.* Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto. *Berg.* Asi lo hice yo, y asi me volví á mi amo sin la porcion, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos, que pienso contarte. Puse pies en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies por detras de S. Bernardo, me fuí por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí á cielo abierto, y otro dia me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros: asi como le ví: creí que habia hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se incierra una virtud grande, como amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el

ganado guardaban, c[illegible] o [illegible] ieuzo, to[illegible], me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola: trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta, con lanza y adarga; que mas parecia atajador de la costa, que señor de ganado: preguntó al pastor: que perro es este? que tiene señales de ser bueno. Bien lo puede vuesa merced creer, respondió el pastor: que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él, que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: ahora se llegó aqui, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues asi es, respondió el señor, ponle luego el collar de Leoncillo el perro que se murió, y dénle la racion que á los demas, y acaricíalo todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy por delante en él. En diciendo esto se [illegible] y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche: y asi mismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Víme harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio: mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun árbol, ó de algun ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la márgen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian: y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la

da que habia tenido en el matadero, y en la
e tenia mi amo, y todos los que como él estan
getos á cumplir los gustos impertinentes de sus
nigas: ó que de cosas te pudiera decir ahora,
las que aprendí en la escuela de aquella jifera
ma de mi amo! pero habrélas de callar, porque
me tengas por largo y por murmurador. *Cip.*
or haber oido decir que dijo un gran poeta de
s antiguos, que era dificil cosa el no escribir
tiras, consentiré que murmures un poco de
z, y no de sangre, quiero decir que señales,
no hieras, ni des mate á ninguno en cosa se-
lada: que no es buena la murmuracion, aun-
e haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes
radar sin ella, te tendré por muy discreto. *Berg.*
o tomaré tu consejo, y esperaré con gran de-
o que llegue el tiempo en que me cuentes tus
cesos: que de quien tan bien sabe conocer y
mendar los defectos que tengo en contar los
ios, bien se puede esperar que contará los suyos
manera, que enseñen y deleiten á un mismo
nto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento,
go que en aquel silencio y soledad de mis sies-
s entre otras cosas consideraba, que no debia
ser verdad lo que habia oido contar de la vi-
de los pastores, á lo menos de aquellos que la
ma de mi amo leia en unos libros cuando yo
a á su casa. que todos trataban de pastores y
storas, diciendo que se les pasaba toda la vida
ntando y tañendo con gaitas, zampoñas, ra-
les, y chirumbelas, y con otros instrumen-
s extraordinarios: deteniame á oirla leer, y
a como el pastor de Anfriso cantaba extrema-
y divinamente, alabando á la sin par Beli-
rda, sin haber en todos los montes de Arcadia
o, en cuyo tronco no se hubiese sentado á
ar desde que salia el sol en los brazos del

pintor de un retrato, habia dicho que
que dichoso: de los desmayos de Sirena,
pentimiento de Diana decia que daba gracias
Dios y á la sabia Felicia, que con su agua
cantada deshizo aquella máquina de enredos
adoró aquel laberinto de dificultades: acordá
me de otros muchos libros, que de este jae
habia oido leer, pero no eran dignos de trae
á la memoria. *Cip.* Aprovechándote vas, Berg
za, de mi aviso, murmura, pica, y pasa, y
tu intencion limpia, aunque la lengua no lo
rezca. *Berg.* En estas materias nunca tropiez
lengua, si no que primero la intencion; per
acaso por descuido ó por malicia murmura
responderé á quien me reprehendiere, lo
respondió Mauleon, poeta tonto, y acs
mico de burla de la academia de los i
tadores, á uno que le preguntó que queria
cir Deum de Deo, y respondió que: dé do
diere. *Cip.* Esta fué respuesta de un simple; p

eran canciones acordadas y bien compuestas, o un *cata el lobo : dó va Juanica*, y otras sas semejantes, y esto no al son de churumbe-, rabeles, ó gaitas, sino al que hacia el dar un yado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas tre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras admirables, sino con voces roncas, que solas ó itas parecia no que cantaban, sino que gritaban gruñian : lo mas del dia se les pasaba espul-ndose, ó remendándose sus abarcas, ni entre los se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas, Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos, Riselos, todos eran Antones, Domingos, Pa-os, ó Llorentes; por donde vine á entender lo ie pienso que deben de creer todos, que todos uellos libros son cosas soñadas y bien escritas ira entretenimiento de los ociosos, y no ver-id alguna : que á serlo, entre mis pastores ubiera alguna reliquia de aquella felicísima vi-a, y de aquellos amenos prados, espaciosas sel-as, sagrados montes, hermosos jardines, ar-oyos claros, y cristalinas fuentes, y de aquellos n honestos cuanto bien declarados requiebros, de aquel desmayarse aquí el pastor, all astora, acullá resonar la zampoña del uno, l caramillo del otro. *Cip.* Basta, Berganza, vu e á tu senda, y camina. *Berg.* Agradezcóte lipion amigo, porque si no me avisaras, de m era se me iba calentando la boca, que no p ra hasta pintarte un libro entero destos que m nian engañado; pero tiempo vendrá en que lo ga todo con mejores razones, y con mejor dis-urso que ahora. *Cip.* Mirate á lo de-iarás la rueda, Berganza : quier *rires* que eres un animal que care *si* ahora muestras tener alguna, y ado entre los dos ser cosa sobre

mas vista. *Berg.* Eso fuera asi, si yo estuviera e
mi primera ignorancia; mas ahora que me h
venido á la memoria lo que te habia de hab
dicho al principio de nuestra plática, no sol
no me maravillo de lo que hablo, pero espánto
me de lo que dejo de hablar. *Cip.* Pues ahora n
puedes decir lo que ahora se te acuerda? *Berg*
Es una cierta historia, que me pasó con una gra
de hechicera, discípula de la Camacha de Mo
tilla. *Cip.* Digo que me la cuentes antes que pase
mas adelante en el cuento de tu vida. *Berg.* Es
no haré yo por cierto hasta su tiempo, ten pa
ciencia, y escucha por su órden mis sucesos, qu
asi te darán mas gusto, si ya no te fatiga quere
saber los medios antes de los principios. *Cip.* S
breve, y cuenta lo que quisieres, y como quisie
res. *Berg.* Digo pues, que yo me hallaba bien co
el oficio de guardar ganado, por parecerme qu
comia el pan de mi sudor y trabajo, y que l
ociosidad, raiz y madre de todos los vicios, n
tenia que ver conmigo, á causa que si los dia
holgaba, las noches no dormia, dándonos asal
tos ámenudo, y tocándonos á arma los lobos; y
apenas me habian dicho los pastores, al lobo
Barcino, cuando acudia primero que los otro
perros, á la parte que me señalaban que estaba e
lobo: corria los valles, escudriñaba los montes
desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cru
zaba caminos, y á la mañana volvia al hato,
sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando,
cansado, hecho pedazos, y los pies abiertos de
les garranchos, y hallaba en el hato ó ya una ove
ja muerta, ó un carnero degollado, y medio
comido del lobo: desesperábame de ver de cuan
poco servia mi mucho cuidado y diligencia:
venia el señor del ganado, salian los pastores á
recibirle con las pieles de la res muerta: culpa-

ba á l[illegible] ndaba
castiga[illegible] llovian sobre nosotros paios [illegible] reprehensiones; y asi viéndome [illegible] cas[illegible]ado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y bravera no eran de provecho para coger el lobo determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle como tenia de costumbre lejos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo allí venia, allí seria mas cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detras de una mata, pasáron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y ví que dos pastores asiéron de un carnero de los mejores del aprisco, y le matáron de manera, que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo: pasméme, quedé suspenso, cuando ví que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo, y parte de la carne, y comíanse ellos lo mas, y lo mejor: volvia á reñirles el señor, y volvia tambien el castigo de los perros: no habia lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubrirlo, hallábame mudo: todo lo cual me traia lleno de admiracion y de congoja: *Válame* Dios! decia entre mí, quien podrá remediar esta maldad! quien será poderoso á dar á entender, que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y el que guarda os mata! *Cip.* Y decias muy bien, [illegible]za; porque no hay mayor ni mas sutil ladrón que el doméstico, y asi mueren muchos mas confiados, que de los recatados; pero el [illegible] está en que es imposible que puedan pasar

bien las gentes en el mundo, se fia y se confia; mas quédese aqui esto, que no quiero que parezcamos predicadores: pasa adelante. *Berg.* Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado: volvime á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico. *Cip.* que modo tenias para entrar con amo! porque segun lo que se usa, con gran dificultad el dia de hoy halla un hombre de bien señor, á quien servir: muy diferentes son los señores de la tierra, del señor del cielo: aquellos para recibir un criado primero le espulgan el linage, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el mas pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linage, y con solo que se disponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gages, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apenas pueden caber en su deseo. *Berg.* Todo eso es predicar, Cipion amigo. *Cip.* Asi me lo parece á mí, y asi callo. *Berg.* A lo que me preguntaste del órden que tenia para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce, de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados, y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia, y hermana de la templanza: en fin con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho, los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despun-

a las flechas de los pecados : desta pues me
rovechaba yo, cuando queria entrar á servir
alguna casa, habiendo primero considerado
mirado muy bien ser casa, que pudiese man-
ner, y donde pudiese entrar un perro grande :
ego arrimábame á la puerta, y cuando á mi
recer entraba algun forastero, le ladraba, y
ando venia el señor, bajaba la cabeza, y mo-
endo la cola me iba á él y con la lengua le
npiada los zapatos: si me echaban á palos,
frialos, y con la misma mansedumbre volvia
nacer halagos al que me apaleaba, que ninguno
undaba, viendo mi porfia y mi noble término:
ta manera á dos porfias me quedaba en casa :
ia bien, queríanme luego bien, y nadie me
idió, sino era que yo me despidiese, ó por
or decir, me fuese : y tal vez hallé amo, que
fuera el dia que yo estuviera en su casa, si
ontraria suerte no me hubiera perseguido.
De la misma manera que has contado, en-
yo con los amos que tuve, y parece que
eimos los pensamientos. *Berg.* Como en
osas nos hemos encontrado, sino me engaño,
e las diré á su tiempo como tengo prome-
y ahora escucha lo que me sucedió des-
ue dejé el ganado en poder de aquellos
s. Volvime á Sevilla como dije, que
de pobres y refugio

diesen [illegible]
tasen ó arro[illegible]
la cocina, á [illegible]
dando infinitos saltos, [illegible] de [illegible]
especialmente cuando venía de [illegible] dana, y
tantas las muestras de regocijo que daba, y
tos los saltos, que mi amo ordenó que me des-
tasen, y me dejásen andar suelto de dia y de no-
che: como me vi suelto, corrí á él, rodeéle todo,
sin osar llegarle con las manos, acordándome
de la fábula de Isopo cuando aquel asno, tan as-
no que quiso hacer á su señor las mismas cari-
cias que le hacia una perrilla regalada suya, que
le grangeáron ser molido á palos: parecióme qu
en esta fábula se nos dió á entender, que las gr
cias, y donaires de algunos, no estan bien
otros: apode el truhan, juegue de manos
voltee el istrion, rebuzne el pícaro, imite el c
to de los pájaros, y los diversos gestos y ac
nes de los animales y los hombres el hon
bajo, que se hubiere dado á ello, y no lo qu
hacer el hombre principal, á quien niu
habilidad destas le puede dar crédito ni no
[illegible] Cip. Basta, a[illegible]te Berganza
[illegible]jalá, que
[illegible]seu aquell

dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que asi llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader pues tenia dos hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban Gramática en el estudio de la Compañía de JESUS: iban con autoridad, con ayo, y con pages que les llevaban los libros, y aquel que llaman vademecum: el verlos ir con tanto aparato. en sillas si hacia sol, en coche si llovia, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la Lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado, que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo, aun no bien aderezado. *Cip.* Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los mercaderes de Sevilla y aun de las otras ciudades mostrar su autoridad y riqueza no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra, que en sí mismos; y como ellos por maravilla atienden á otra cosa, que á sus tratos y contratos trátanse modestamente; y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, revienta por [illegible]s hijos, y asi los tratan y autorizan como si [illegible]esen hijos de algun príncipe; y algunos hay que [illegible] procuran títulos, y ponerles en el pecho la [illegible]ca, que tanto distingue la gente principal de [illegible]plebeya. *Berg.* Ambicion es, pero ambicion [illegible]sa, la de aquel que pretende mejorar su [illegible] sin perjuicio de tercero. *Cip.* Pocas, o [illegible]a vez se cumple con la ambicion, que no [illegible] daño de tercero. *Berg.* Ya hemos dicho, [illegible]emos de murmurar. *Cip.* Sí, que yo no

murmuro de nadie. *Berg.* [illegible] de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linages, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprehende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar no lo dijera: á la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes: por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche: véese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende; y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama, ó á su madre. *Cip.* Asi es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos) y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de JESUS. *Berg.* A él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oi decir que usaba un gran jurador, el cual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el

zo ó besaba la tierra en pena de su culpa,
o con todo esto juraba : asi yo cada vez que
re contra el precepto que me has dado de que
murmure, y contra la intencion que tengo
no murmurar, me morderé el pico de la len-
; de modo que me duela, y me acuerde de
culpa para no volver á ella. *Cip.* Tal es ese
iedio, que si usas dél, espero que te le has
morder tantas veces, que has de quedar
lengua, y asi quedarás imposibilitado de
murar. *Berg.* A lo menos yo haré de mi
e mis diligencias, y supla las faltas el cielo.
i digo que los hijos de mi amo se dejáron
ia un cartapacio en el patio, donde yo á la
ı estaba; y como estaba enseñado á llevar
ortilla del jifero, mi amo, asi del vademe-
y fuime tras ellos con intencion de no
le hasta el estudio: sucedióme todo como
eaba, que mis amos que me viéron venir
vademecum en la boca, asido sutilmente
intas, mandáron á un page me le quitase:
no lo consentí, ni le solté hasta que en-
el aula, cosa que causó risa á todos los
ites: lleguéme al mayor de mis amos, y
recer con mucha crianza se le puse en
os, y quedéme sentado en cuclillas á la
el aula, mirando de hito en hito al m
n la cátedra leia. N

dita gente, que para repúblicos del mundo n
hay tan prudentes en todo él, y para guia
y adalides del camino del cielo, pocos les
gan: son espejos donde se mira la honestida
católica dotrina, la singular prudencia, y
mente la humildad profunda, basa sobre
se levanta todo el edificio de la bienaventur
Berg. Todo es asi como lo dices. Y siguiend
historia, digo que mis amos gustáron de qu
llevase siempre el vademecum, lo que hice de
buena voluntad, con lo cual tenia una vi
Rey, y aun mejor, porque era descansad
causa que los estudiantes diéron en burlarse
migo, y domestiquéme con ellos de tal ma
que me metian la mano en la boca, y los
chiquillos subian sobre mí: arrojaban los bo
ó sombreros, y yo se los volvia á, la mano
piamente, y con muestras de grande regoc
diéron en darme de comer cuanto ellos poc
y gustaban de ver que cuando me daban n
ó avellanas, las partia como mona, deiand

o pasaba una vida de estudiante sin hambre y
in sarna, que es lo mas que se puede encare-
er para decir que era buena, porque si la sarna
la hambre no fuesen tan unas con los estu-
iantes, en las vidas no habria otra de mas gus-
o y pasatiempo, porque corren parejas en ella
a virtud y el gusto, y se pasa la mocedad apren-
iendo y holgándose: desta gloria y desta quie-
ud me vino á quitar una señora, que á mi pa-
ecer llaman por ahí razon de estado, que cuan-
o con ella se cumple, se ha de descubrir con
tras razones muchas. Es el caso, que á aquellos
eñores maestros les pareció que la media hora
ue hay de licion á licion la ocupaban los es-
udiantes no en repasar las liciones, sino en hol-
arse conmigo; y asi ordenáron á mis amos
ue no me llevasen mas al estudio. Obedeciéron:
olviéronme á casa, y á la antigua guarda de la
uerta, y sin acordarse señor el viejo de la mer-
ed que me habia hecho, de que de dia y de
oche anduviese suelto, volví á entregar el cuello
la cadena, y el cuerpo á una esterilla que de-
as de la puerta me pusiéron. Ay amigo Cipion,
supieses cuan dura cosa es de sufrir el pasar
e un estado felice á un desdichado! mira, cuan-
o las miserias y desdichas tienen larga la con-
ente y son continuas, ó se acaban presto con
a muerte, ó la continuacion dellas hace un ha-
ito y costumbre en padecerlas, que suele en su
ayor rigor servir de alivio; mas cuando de la
uerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y
e improviso se sale á gozar de otra suerte
Gspera, venturosa y alegre, y de allí á poco
vuelve á padecer la suerte primera y á los
mismos trabajos y desdichas, es un dolor tan
ruesso, que sino acaba la vida, es por atormen-
ar mas viviendo. Digo enfin que volví á mi

en este instante me han venido á la memo
aquellas que entonces me ocurriéron, me
que no seria mi historia cabal, ni de frutc
no. *Cip.* Advierte, Berganza, no sea ten
del demonio esa gana de filosofar, que di
ha venido; porque no tiene la murmuracio
jor velo para paliar y encubrir su maldad
lnta, que darse á entender el murmurado
todo cuanto dice son sentencias de filóso
que el decir mal es reprehension, y el des
los defectos agenos buen zelo, y no hay v
ningun murmurante, que si la consideras
cudriñas, no halles llena de vicios y de in
cias: y debajo de saber esto, filosofea
cuanto quisieres. *Berg.* Seguro puedes
Cipion, de que mas murmure, porque
tengo propuesto. Es pues el caso, que co
estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad se
dre de los pensamientos, dí en repasar
memoria algunos latines que me quedáron

ntender á los que no lo entienden, que son
ndes latinos, y apenas saben declinar un nom-
e, ni conjugar un verbo. *Cip.* Por menor daño
igo ese, que el que hacen los que verdadera-
nte saben latin, de los cuales hay algunos tan
prudentes, que hablando con un zapatero ó
n un sastre, arrojan latines como agua. *Berg.*
so podrémos inferir que tanto peca el que
e latines delante de quien los ignora, cómo
que los dice ignorándolos. *Cip.* Pues otra cosa
edes advertir, y es que hay algunos que no los
cusa el ser latinos de ser asnos. *Berg.* Pues
ien lo duda! la razon está clara, pues cuando
tiempo de los Romanos hablaban todos latin
mo lengua materna suya, algun majadero ha-
ia entre ellos, á quien no excusaria el hablar
in dejar de ser necio. *Cip.* Para saber callar
romance, y hablar en latin, discrecion es
enester, hermano Berganza. *Berg.* Asi es, por-
e tambien se puede decir una necedad en latin,
mo en romance, y yo he visto letrados tontos
gramáticos pesados, y romancistas vareteados
n sus listas de latin, que con mucha facilidad
eden enfadar al mundo no una, sino muchas
ces. *Cip.* Dejemos esto, y comienza á decir
s filosofías. *Berg.* Ya las he dicho: estas son
e acabo de decir. *Cip.* Cuales? *Berg.* Estas de
s latines y romances, que yo comencé, y tu
abaste. *Cip.* ¿Al murmurar llamas filosofar? asi
ello: canoniza, canoniza, Berganza, á la
aldita plaga de la murmuracion, y dale el nom-
e que quisieres, que ella dará á nosotros el de
nicos, que quiere decir perros murmuradores;
por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.
rg. ¿Como la tengo de seguir, si callo? *Cip.*
iero decir, que la sigas de golpe, sin que la
s que parezca pulpo segun la vas añadiendo

colas. *Berg.* Habla con propi[illegible], que no se llaman colas las del pulpo. *Cip.* [illegible]e es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad, ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como sino fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circuloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres; las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe. *Berg.* Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia: mira, Cipion, ten por cierto y averiguado como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra: dígolo, porque la negra de casa estaba enamorada de un negro asi mismo esclavo de casa, el cual negro dormia en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detras de la cual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves; y asi las mas de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba: algunos dias me estragáron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las hijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gages y

su pan, como lo deben nacer no solo los
honrados, á quienes se les da renombre
radecidos, sino todos aquellos que sirven.
Esto sí, Berganza, quiero que pase por fi-
, porque son razones que consisten en
verdad, y en buen entendimiento: y ade-
y no hagas soga por no decir cola de tu
ia. *Berg.* Primero te quiero rogar me digas,
ue lo sabes, que quiere decir filosofía? que
e yo la nombro, no sé lo que es, solo me
entender que es cosa buena. *Cip.* Con bre-
te lo diré. Este nombre se compone de
ombres Griegos, que son, filos y sofía:
uiere decir amor, y sofía la ciencia: asi
osofía significa amor de la ciencia, y filósofo,
or de la ciencia. *Berg.* Mucho sabes, Ci-
quien diablos te enseñó á tí nombres Grie-
Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres
, pues desto haces caso, porque estas son
que las saben los niños de la escuela, y
en hay quien presuma saber la lengua
a sin saberla, como la Latina ignorándola.
Eso es lo que yo digo, y quisiera que á
tales los pusieran en una prensa, y á fuerza
eltas les sacaran el jugo de lo que saben,
e no anduviesen engañando el mundo con
opel de sus greguescos rotos y sus latines
, como hacen los Portugueses con los ne-
le Guinea *Cip.* Ahora sí, Berganza, que
edes morder la lengua, y tarazármela yo,
e todo cuanto decimos es murmurar. *Berg.*
ue no estoy obligado á hacer lo que he
decir, que hizo un llamado Corondas,
, el cual puso ley que ninguno entrase en
ntamiento de su ciudad con armas, so pena
vida: descuidóse desto, y otro dia entró
cabildo ceñida la espáda: advirtiéronselo,

y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso, y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me morderia la lengua, cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que asi sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella, y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detras de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion. *Cip.* Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen! *Berg.* No sé lo que entonces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé como ni cuando podré acabarlas, y mas estando temeroso, que al salir del sol nos hemos de quedar á oscuras, faltándonos el habla. *Cip.* Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y asi por larga que sea, la acabarás presto. *Berg.* Digo pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio, y deshonestidad de los negros, determiné como buen criado estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de

carne, pan ó queso que me arrojaba : mucho pueden las dádivas, Cipion. *Cip.* Mucho : no te diviertas, pasa adelante. *Berg.* Acuérdome, que cuando estudiaba, oí decir al Preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia : *habet bovem in lingua.* *Cip.* O ¡que enhoramala hayais encajado vuestro latin! ¡tan presto se te ha olvidado lo que poco ha dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances! *Berg.* Este latin viene aquí de molde: que has de saber que los Atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algun juez dejaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia por estar cohechado, decian : este tiene el buey en la lengua. *Cip.* La aplicacion falta. *Berg.* ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria, ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir pueden mucho las dádivas. *Cip.* Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar, y habla para contarte mi vida. *Berg.* Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente mi buena intencion rompió por las malas dádivas de la negra; á la cual bajando una noche muy oscura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo : burla que fué bastante á tenerla de veras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé que enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con mi perra, y sin morderla la arañé

todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta : nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud, alzóseme con la racion y los besos, y los mios poco á poco iban señalando los nudos del espinazo : con todo esto, aunque me quitáron el comer, no me pudiéron quitar el ladrar. Pero la negra por acabarme de una vez me trajo una esponja frita con manteca : conocí la maldad y que era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida : y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos : halléme un dia suelto, y sin decir á Dios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolas el romo, el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre : tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias : asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos : este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijéron que si era de ayuda, á todos seria de provecho : quisiéron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme, que yo me iria, porque le conocia. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, [illegible] en [illegible] daba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tacho-

ıado todo de laton morisco. Considera, Cipion, hora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer ne ví estudiante, y hoy me ves corchete. *Cip.* ısi va el mundo, y no hay para que te pongas hora á exagerar los vaivenes de fortuna, como i hubiera mucha diferencia de ser mozo de un ifero á serlo de un corchete: no puedo sufrir ni levar en paciencia oir las quejas que dan de la ortuna algunos hombres que la mayor que tuvié- on, fué tener premisas y esperanzas de llegar ı ser escuderos: ¡con que maldiciones la maldi- ;en! ¡con cuantos improperios la deshonran! y ıo por mas de que porque piense el que los oye, ue de alta, próspera, y buena ventura han ve- ıido á la desdichada y baja en que los miran. *Berg.* Tienes razon; y has de saber que este al- guacil tenia amistad con un escribano con quien e acompañaba: estaban los dos amancebados on dos mugercillas, no de poco mas ó menos, ino de menos en todo: verdad es que tenian ılgo de buenas caras, pero mucho de desenfado, ı de taimería putesca: estas les servian de red ı de anzuelo para pescar en seco en esta forma: estianse de suerte, que por la pinta descubrian a figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser da- nas de la vida libre: andaban siempre á caza le extrangeros, y cuando llegaba la Vendeja á Cadiz y á Sevilla llegaba la huella de su ganancia, ıo quedando Breton con quien no envisticsen: ı en cayendo el grasiento con alguna destas lim- ıias, avisaban al alguacil y al escribano adonde ı á que posada iban, y en estando juntos les laban asalto, y los prendian por amancebados; ıero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que os extrangeros siempre redemian la vexacion on dineros. Sucedió pues, que la Colindres, que asi se llamaba la amiga del alguacil, pescó

a Breton, unto y v[illegible]nto s[illegible]
noche en su posada: dió el [illegible]
o, y apenas se habian desnudado, cu[illegible]do el
alguacil, el escribano, dos corchetes, y yo fimos
con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el
alguacil los delitos, mandólos vestir á toda priesa
para llevarlos á la cárcel, afligióse el Breton,
terció movido de caridad el escribano, y á puros
ruegos redujo la pena á solos cien reales. Pidió el
Breton unos follados de camuza, que habia pues-
to en una silla á los pies de la cama, donde te-
nia dineros para pagar su libertad, y no pare-
ciéron los follados, ni pod[illegible] parecer; porque asi
como yo entré en el aposento, llegó á mis na-
rices un olor de tocino que me consoló todo,
descubríle con el olfato, y halléle en una fal-
driquera de los follados: digo que hallé en ella
un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y po-
derle sacar sin rumor, saqué los follados á la
calle, y allí me entregué en el jamon á toda mi
voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que
el Breton daba voces, diciendo en lenguage adúl-
tero y bastardo aunque se entendia, que le vol-
viesen sus calzas, que ellas tenia cincuenta
escuti de oro in oro: imaginó el escribano
que la Colíndres, ó los corchetes se los habia
robado: el alguacil pensó lo mismo: llamóle
á parte, no confesó ninguno, y diéronse al di-
blo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á
calle donde habia dejado los follados, para v[illegible]
verlos, pues á mí no me aprovechaba nada
dinero, no los hallé, porque ya algun ventur[illegible]
que pasó, se los habia llevado. Como el algu[illegible]
vió que el Breton no tenia dinero para el co[illegible]
cho, se desesperaba, y pensó sacar de la h[illegible]
peda de casa lo que e[illegible]ton no tenia: llam[illegible]
y vino medio desnudo, y como oyó las v[illegible]

quejas del Breton, y á la Colindres desnuda
rando, al alguacil en cólera, y al escribano
ojado, y á los corchetes despabilando lo que
llaban en el aposento, no le plugo mucho:
ndó el alguacil que se cubriese, y se viniese
a él á la cárcel, porque consentia en su casa
mbres y mugeres de mal vivir. Aquí fué ello:
ní sí que fué cuando se aumentáron las voces,
reció la confusion, porque dijo la huéspeda:
ior alguacil, y señor escribano, no conmigo
tas, que entreveo toda costura: no conmigo
es ni poleos, callen la boca, y váyanse con
os; sino por mi santiguada que arroje el bo-
gon por la ventana, y que saque á plaza
la la chirinola desta historia, que bien conoz-
á la señora Colindres, y sé que ha muchos
ses que es su cobertor el señor alguacil, y
hagan que me aclare mas, sino vuélvase el
iero á este señor, y quedemos todos por bue-
s; porque yo soy muger honrada, y tengo un
rido con su carta de ejecutoria, y con á per-
ian rei de memoria, con sus colgaderos de
omo, Dios sea loado, y hago este oficio muy
piamente, y sin daños de barras: el aran-
tengo clavado donde todo el mundo le vea,
o conmigo cuentos que por Dios que sé des-
vorearme: bonita soy yo, para que por mi
len entren mugeres con los huéspedes: ellos
nen las llaves de sus aposentos, y yo no soy
ce, que tengo de ver tras siete paredes. Pas-
dos quedáron mis amos de haber oido la ha-
ga de la huéspeda, y de ver como les leia la
toria de sus vidas; pero como viéron que no
an de quien sacar dinero: si della no, por-
ban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al
lo de la sinrazon y justicia que le hacian,
ando su marido ausente, y siendo tan prin-

cipal hidalgo. El Breton bramaba por sus cincuenta escuti. Los corchetes porfiaban, que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese lo tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase las vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta escuti, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el Breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efecto todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaba, si al instante no entrara en el aposento el Teniente de Asistente, que viniendo à visitar aquella posada, las voces le lleváron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quien era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamas habia entrado en su casa muger de mala sospecha: canonizóse por santa, y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta de ejecutoria de su marido, para que la viese el señor Teniente, diciéndole que por ella echaria de ver, que muger de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder mas, que Dios sabia lo que le pesaba, y asi quisiera ella mas tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El Teniente enfadado de su mucho hablar, y presumir de ejecutoria, le dijo: hermana camarera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguia, con

ıe vos me confeseis que es hidalgo mesonero.
con mucha honra, respondió la huéspeda, ¡ y
ıc linage hay en el mundo, por bueno que sea,
ıe no tenga algun dime y direte! Lo que yo
digo, hermana, es que os cubrais, que habeis
ɔ venir à la cárcel : la cual nueva dió con ella
el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito;
ro con todo eso el Teniente demasiadamente
vero los llevó á todos á la cárcel : conviene á
ber al Breton, á la Colindres, y á la huéspe-
ı. Despues supe que el Breton perdió sus cin-
ıenta escuti, y mas dicen, que le condenáron
ı las costas : la huéspeda pagó otro tanto : y
Colindres salió libre por la puerta afuera; y
mismo dia que la soltáron, pescó á un ma-
nero que pagó por el Breton con el mismo em-
ıste del soplo; porque veas, Cipion, cuantos
cuan grandes inconvenientes naciéron de mi
ılosina. *Cip.* Mejor dijeras de la bellaquería de
amo. *Berg.* Pues escucha, que aun mas ade-
ıte tiraba la barra, puesto que me pesa de
ɔcir mal de alguaciles y de escribanos. *Cip.*
ı, que decir mal de uno, no es decirlo de to-
ɔs : sí, que muchos y muy muchos escribanos
ıy buenos, fieles, y legales, y amigos de hacer,
ıacer, sin daño de tercero : sí, que no todos
ıtretienen los pleitos, ni avisan á las partes,
ı todos llevan mas de sus derechos, ni todos
ın buscando é inquiriendo las vidas agenas para
ɔnerlas en tela de juicio, ni todos se aunan
ɔn el juez para hacerme la barba, y hacerte he
copete, ni todos los alguaciles se conciertan
ɔn los vagamundos y fulleros, ni tienen todos
s amigas como la de tu amo para sus embus-
s : muchos y muy muchos hay hidalgos por
ıturaleza, y de hidalgas condiciones : muchos
ɔ son arrojados, insolentes, ni mal criados.

rateros como los que andan por los mesone
diendo las espadas á los extrangeros, y ha
ndolas un pelo mas de la marca, destruyen
s dueños: sí, que no todos como prende
eltan, y son jueces y abogados cuando quieren
lerg. Mas alto picaba mi amo, otro camino er
l suyo: presunnia de valiente y de hacer prisio
nes famosas, sustentaba la valentía sin peligr
le su persona, pero á costa de su bolsa: u
dia acometió en la puerta de Jerez él solo á sei
famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayuda
en nada, porque llevaba con un freno de corde
impedida la boca (que asi me traia de dia, y
de noche me le quitaba): quedé maravillad
de ver su atrevimiento, su brio, y su denuedo
así se entraba y salia por las seis espadas de lo
rufos, como si fueran varas de mimbre: era cos
maravillosa ver la ligereza con que acometia
las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta
el ojo alerta porque no le tomasen las espalda
Finalmente él quedó en mi opinion y en la
todos cuantos la pendencia miráron y supiéro
por un nuevo Radamonte, habiendo llevad
sus enemigos desde la puerta de Jerez ha
los mármoles del colegio de Maese Rodri
que hay mas de cien pasos: dejólos encerra
y volvió á coger los trofeos de la batalla,
fuéron tres vainas, y luego se las fué á mo
al Asistente, que si mal no me acuerdo lo
entonces el Licenciado Sarmiento de Vallad
famoso por la destruicion de la Sauceda. I
ban á mi amo por las calles do pasaba,
lándole con el dedo, como si dijeran: aq
el valiente que se atrevió á reñir solo con
de los bravos de la Andalucía. En dar vue
la ciudad para dejarse ver, se pasó lo qu
daba del dia; y la noche nos halló en

en una c[illegible] a; y habiendo n[illegible] la jácara se dice) si alguien [illegible] vela, se entró en una casa, y yo tras él [illegible] hallamos en un patio á todos los jayanes de [illegible] endencia sin capas, ni espadas, y todos u[illegible] rochados; y uno que debia de ser el huésped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, tal cual colmándola de vino generoso y espumante brindaba á toda la compañía: apénas hubiéron visto á mi amo, cuando todos se fuéron á él con los brazos abiertos, y todos le brindáron, y él hizo la razon á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenáron, las peleas que se contáron, los hurtos que se refiriéron, las damas que de su trato se calificáron y las que se reprobáron, las alabanzas que los unos á los otros se diéron, los bravos ausentes que se nombráron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en prática las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos, los vocablos tan exquisitos de que usaban; y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, seria meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la [illegible]an pendencia de mi amo, habia sido primero [illegible]ncertada con ellos, con las circunstancias del [illegible]irarse y de dejar las vainas, las cuales pagó [illegible] amo allí luego de contado, con todo cuanto

Monipodio dijo que [illegible] do la [illegible], que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos; y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y flamante habia llegado á la ciudad; debia de ser mas valiente que ellos, y de envidia le sopláron: prendióle mi amo la siguiente noche desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo ví en su talle, que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prision que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo mas que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus intelligencias grangeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la vardad una tilde. Dos ladrones hurtáron en Antequera un caballo muy bueno, trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usáron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posar á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una peticion que Pedro de Losada le debia cuatrocientos reales prestados, como parecia por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacia presentacion. Mandó el Teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la execucion el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo, y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los términos de la ley,

l caballo se puso en venta, y se remató en
nientos reales en un tercero que mi amo echó
manga, para que se le comprase: valia el
allo tanto y medio mas de lo que diéron por
pero como el bien del vendedor estaba en
brevedad de la venta, á la primera postura
ató su mercaduría. Cobró el un ladron la
da que no le debian, y el otro la carta de
o que no habia menester, y mi amo se quedó
el caballo, que para él fué peor que el
ano lo fué para sus dueños. Mandáron luego
aza los ladrones, y de allí á dos dias, des-
s de haber trastejado mi amo las guarnicio-
, y otras faltas del caballo, pareció sobre él
la plaza de San Francisco, mas hueco y
nposo, que aldeano vestido de fiesta: diéle mil parabienes de la buena compra, afirndole que valia mas de ciento y cincuenta
ados, como un huevo un maravedí, y él volndo y revolviendo el caballo, representaba
tragedia en el teatro de la referida plaza. Y
ando en sus caracoles y rodeos, llegáron dos
nbres de buen talle y de mejor ropage, y el
dijo: ¡vive Dios, que este es Piedehierro
caballo, que ha pocos dias que me le hurron en Antequera! Todos los que venian con
que eran cuatro criados, diiéron que así era
verdad, que aquel era Piedehierro el caballo
le habian hurtado. Pasmóse mi amo, quelóse el dueño, hubo pruebas, y fuéron las
hizo el dueño tan buenas, que salió la sencia en su favor, y mi amo fué desposeido
caballo. Súpose la burla, y la industria de
adrones, que por manos é intervencion de
isma justicia vendiéron lo que habian hur-
, y casi todos se holgaban de que la codi-
mi amo le hubiese rompido el saco: y

nian cansado las maldades de mi amo, p
plir lo que el señor Asistente me mand
discrepar en nada, arremetí con mi prop
y sin que pudiese valerse, dí con él en e
y si no me le quitaran, yo hiciera á m
cuatro vengados: quitáronme con mucl
dumbre de entrambos. Quisieran los c
castigarme, y aun matarme á palos, y
cieran, si el Asistente no les dijera: no
nadie, que el perro hizo lo que yo le man
tendióse la malicia, y yo sin despedi
nadie, por un agujero de la muralla
campo, y antes que amaneciese me
Mayrena, que es un lugar que está cuatr
de Sevilla. Quiso mi buena suerte, qu
allí una compañía de soldados, que segu
cir se iban á embarcar á Cartagena:
en ella cuatro rufianes de los amigos de
y el atambor era uno, que habia sido c
y gran chocarrero, como lo suelen ser
atambores: conociéronme todos, y to
hablaron, y asi me preguntaban por u
como si les hubiera de responder; pero
mas aficion me mostró, fué el atambor, y
terminé de acomodarme con él, si él qui
seguir aquella jornada, aunque me llevase
ó á Flándes; porque me parece á mí, y au
debe parecer lo mismo, que puesto que
refran: quien necio es en su villa, neci

Castil[illegible] ar con diversas [illegible] es discretos.

Cip. Es eso tan vera[illegible] que me acuerdo haber oido decir á un amo[illegible] tuve de bonísimo ingenio, que al famoso [illegible]riego llamado Ulises le diéron renombre de prudente, por solo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes, y varias naciones; y asi alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el atambor, por tener con que mostrar mas sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al son del atambor, y hacer otras monerías tan agenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga: por acabarse el distrito de la comision se marchaba poco á poco: no habia comisario que nos limitase: el capitan era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano: el alferez no habia muchos meses que habia dejado la corte y el tinelo: el sargento era mohatrero, y sagaz, y grande arriero de compañías desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la compañía llena de rufianes churulleros, los cuales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia: [illegible] felicidad del buen príncipe! ser culpado de [illegible]s súbditos por la culpa de sus súbditos, á cau[illegible] que los unos son verdugos de los otros sin [illegible]lpa del señor, pues aunque quiera y lo pro[illegible], no puede remediar estos daños, porque [illegible]s ó las mas cosas de la guerra traen consi[illegible] spereza, riguridad, y desconveniencia. Enfin [illegible]menos de quince dias, con mi buen ingenio [illegible]on la diligencia que puso el que habia es[illegible]ido por patron, supe saltar por el Rey de [illegible]a, y á no saltar por la mala tabernera:

sabio, y no habiamos llegado al alojam
cuando tocando su atambor, andaba po
el lugar, pregonando que todas las person
quisiesen venir á ver las maravillosas gr
habilidades del perro sabio, en tal casa
tal hospital las mostraban á ocho ó á
maravedís, segun era el pueblo grande ó
Con estos encarecimientos no quedaba p
en todo el lugar, que no me fuese á ver,
guno habia que no saliese admirado, y co
de haberme visto. Triunfaba mi amo
mucha ganancia, y sustentaba seis can
como unos Reyes. La codicia y la envid
pertó en los rufianes voluntad de hurta
andaban buscando ocasion para ello, qu
del ganar de comer holgando, tiene much
cionados, y golosos: por esto hay tanto
reros en España, tantos que muestran re
tantos que venden alfileres y coplas, que
caudal, aunque lo vendiesen todo, no l
poderse sustentar un dia; y con esto los
los otros no salen de los bodegones y ta
en todo el año, por do me doy á entend
de otra parte, que de la de sus oficios
corriente de sus borracheras: toda esta g
vagamunda, inútil, y sin provecho, e
del vino, y gorgojos del pan. *Cip.* N
Berganza, no volvamos á lo pasado, sig
se va la noche, y no querria que al salir
quedásemos á la sombra del silencio. *Ber*
le, y escucha. Como sea cosa fácil aña

...o cuan bien sal
... Napolitano, hízome unas cubi
guadamací, y una silla pequeña, que n
dó en las espaldas, y sobre ella puso un
liviana de un hombre con una lancilla o
sortija, y enseñóme á correr derechament
sortija que entre dos palos ponia; y e
e habia de correrla, pregonaba que aque.
rria sortija el perro sabio, y hacia otras
y nunca vistas galanterías, las cuales de
ıtiscario como dicen, las hacia, por no
nentiroso á mi amo. Llegámos pues por
as jornadas contadas á Montilla, villa del
) y gran cristiano marques de Priego, se-
: la casa de Aguilar, y de Montilla. Alo-
á mi amo, porque el lo procuró, en un
al: echó luego el ordinario bando, y co-
la fama se habia adelantado á llevar las
; de las habilidades y gracias del perro sa-
n menos de una hora se llenó el patio de
Alegróse mi amo, viendo que la cosecha
guilla, y mostróse aquel dia chocarrero
asia. Lo primero en que comenzaba la
era en los saltos que yo daba por un
edazo que parecia de cuba: conjurába-
las ordinarias preguntas, y cuando él
ua varilla de mimbre que en la mano
ra señal del salto, y cuando la tenia
ue me estuviese quedo. El primer con-
dia (memorable entre todos los de mi
decirme: ea, Gavilan amigo, salta
viejo verde que tú conoces, que se es-
ıs barbas, y sino quieres, salta por
aparato de Doña Pimpinela de Pla-
ıe fué compañera de la moza gallega
n Valdeastillas. ¡No te cuadra el con-
Gavilan? pues salta por el Bachiller

Pasillas, que se firma Licenciado sin [illegible]ner grado alguno. O! perezoso estás; ¿porque no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerias: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad real, san Martin, y Ribadavia. Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malás entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta, dijo: no piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilan, quiero decir, que por ver la menor se pueden caminar treinta leguas: sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese una azumbre de vino sin dejar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristan: todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los dias que estuviere aquí la compañia; y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entrarémos en lo grueso. Con esto suspendió al auditorio, que habia llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabia. Volvióse á mí mi amo, y dijo: volved, hijo Gavilan, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apenas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja al parecer de mas de sesenta años, diciendo: bellaco, charlatan, envaidor, é hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna: si lo decis por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe: si lo decis por mí, chocarrero, ni yo soy, ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo si[illegible], merced á los testigos falsos, y á la ley d[illegible]ncaje,

y al juez arrojadizo y mal informado : ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, ú otros que como pecadora he cometido : asi que, socarron, tamborilero, salid del hospital; sino, por vida de mi santiguada que os haga salir mas que de paso : y con esto comenzó á dar tantos gritos, y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusion y sobresalto : finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningun modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuése la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto nos quedámos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo : ¿eres tú, hijo, Montiel? ¿eres tú por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio : lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí. *Cip.* Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento el besar, ni dejar besarse de una vieja. *Berg.* Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y asi excusáramos la admiracion, que nos causó el vernos con habla; porque has de saber, que la vieja me dijo : hijo montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Bajé yo la cabeza en señal de obedecerle, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro

Montiel que buscaba, segun despues me l
Quedé atónito y confuso, esperando la r
por ver en lo que paraba aquel misterio
digio de haberme hablado la vieja; y co
bia oido llamarla de hechicera, esperab
vista y habla grandes cosas. Llegóse enfin
to de verme con ella en su aposento, c
oscuro, estrecho y bajo, y solamente cla
la débil luz de un candil de barro, que er
taba: atizóle la vieja; y sentóse sobre u
quilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar
bra me volvió á abrazar, y yo volví á tene
ta con que no me besase. Lo primero q
dijo, fué: bien esperaba yo en el cielo q
tes que estos mis ojos se cerrasen con el
sueño, te habia de ver, hijo mio; ya
he visto, venga la muerte, y lléveme des
sada vida: has de saber, hijo, que en es
vivió la mas famosa hechicera que hubo
mundo, á quien llamáron la Camacha de
tilla: fué tan única en su oficio que las l
las Circes, las Medeas, de quien he oido
que estan las historias llenas, no la igua
ella congelaba las nubes cuando queria
briendo con ellas la faz del sol; y cuand
antojaba, volvia sereno el mas turbado
traia los hombres en un instante de lejas t
remediaba maravillosamente las doncell
habian tenido algun descuido en guardar
tereza: cubria á las viudas de modo, q
honestidad fuesen deshonestas: descasa
casadas, y casaba las que ella queria: por D
bre tenia rosas frescas en su jardin, y po
segaba trigo: esto de hacer nacer berros
artesa, era lo menos que ella hacia, ni
cer ver en un espejo, ó en la uña de una
ra los vivos, ó los muertos que le pedi

mostra hombres
en ani ue un sa-
cristan seis años e real y verda-
deramente, lo que y a be podido alcanzar
como se haga; porqué lo que se dice de aque-
llas antiguas magas, que convertian á los hombres
en bestias, dicen los que mas saben que no era
otra cosa, sino que ellas con su mucha hermo-
sura y con sus halagos atraian á los hombres de
manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban
de suerte sirviéndose dellos en todo cuanto que-
rian, que parecian bestias; pero en tí, hijo mio,
la experiencia me muestra lo contrario, que sé
que eres persona racional, y te veo en semejanza
de perro, si ya no es que esto se hace con aque-
lla ciencia, que llaman tropelía, que hace pare-
cer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que
me pesa es que yo, ni tu madre que fuímos discí-
pulas de la buena Camacha, nunca llegámos á
saber tanto como ella, y no por falta de inge-
nio, ni de habilidad, ni de ánimo, que antes nos
sobraba que faltaba, sino por sobra de su mali-
cia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayo-
res, porque las reservaba para ella. Tu madre,
hijo, se llamó la Montiela, que despues de la
Camacha, fué famosa: yo me llamo la Cañiza-
res, si ya no tan sabia como las dos á lo menos
e tan buenos deseos como cualquiera dellas:
erdad es, que al ánimo que tu madre tenia de
acer entrar en un cerco, y encerrarse en él
on una legion de demonios, no le hacia ven-
aja la misma Camacha: yo fuí siempre algo
rosilla, con conjurar media legion me con-
taba; pero con paz sea dicho de entrambas,
esto de conficionar las unturas con que las
jas nos untamos, á ninguna de las dos diera
taja, ni la daré á cuantas hoy siguen y guar-

dan nuestras reglas : que nas de er, ijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo, se acaba, he querido dejar todos les vicios de la hechicería en que estaba engolfada muchos años habia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar : tu madre hizo lo mismo, de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que le tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de zelos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y asi como los vió dijo : aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiela, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio, no te de pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que sino es con Rodriguez el ganapan, tu amigo, dias ha que no tratas con otro; asi que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene. Admiradas quedamos tu madre, y yo que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros : yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la cual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha : estando en la última hora de su vida lla[illegible] tu madre y le dijo como ella habia conv[illegible] á [illegible] en perros por cierto enojo que con ella [illegible], pero que

tuviese p[illegible] u ser,
ado men[illegible] podia
primero que ellos p[illegible] ojos viesen
iguiente :

Volverán en su forma verdadera,
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacerlo.

sto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de
nuerte como ya te he dicho : tomólo tu ma-
por escrito y de memoria, y yo lo fije en la
para si sucediese tiempo de poderlo decir á
no de vosotros; y para poder conoceros, á
os los perros que veo de tu color, los llamo
el nombre de tu madre no por pensar que
perros han de saber el nombre, sino por ver
espondian á ser llamados tan diferentemente
o se llaman los otros perros, y esta tarde
o te vi hacer tantas cosas, y que te llaman
erro sabio, tambien como alzaste la cabeza
irarme cuando te llamé en el corral, he crei-
que tu eres hijo de la Montiela, á quien
grandísimo gusto doy noticia de tus suce-
y del modo con que has de cobrar tu forma
iera, el cual modo quisiera yo que fuera tan
l como el que se dice de Apuleyo en el As-
le oro, que consistia en solo comer una ro-
ero este tuyo va fundado en acciones age-
y no en tu diligencia. Lo que has de hacer,
es encomendarte á Dios allá en tu corazon.
pera que estas, que no quiero llamarlas
ecías sino adivinanzas, han de suceder pres-
prósperamente: que pues la buena de la Ca-
a las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú,
h ermano, si es vivo, os veréis como de-

seais : de lo que á mí me pesa, es que
cerca de mi acabamiento, que no ter
de verlo : muchas veces he querido pr
mi cabron que fin tendrá vuestro suc
no me he atrevido, porque nunca á
preguntamos responde á derechas, sin
zones torcidas y de muchos sentidos :
este nuestro amo y señor no hay que
tarle nada; porque con una verdad m
mentiras, y á lo que he colegido de su
tas, él no sabe nada de lo por venir c
te, sino por conjeturas : con todo esto
tan engañadas á las que somos brujas
hacernos mil burlas, no le podemos c
mos á verle muy lejos de aquí á un gra
donde nos juntamos infinidad de gente,
brujas, y allí nos da de comer desabri
y pasan otras cosas, que en verdad y
y en mi ánima, que nome atrevo á con
gun son sucias y asquerosas, y no qui
der tus castas orejas : hay opinion que
á estos convites sino con la fantasía, e
nos representa el demonio las imágene
aquellas cosas, que despues contamos
han sucedido : otros dicen que no,
verdaderamente vamos en cuerpo y en
entrambas opiniones tengo para mí que
daderas, puesto que nosotras no saber
do vamos de una ó de otra manera; po
lo que nos pasa en la fantasía, es tan
mente, que no hay diferenciarlo de c
mos real y verdaderamente : algunas ex
desto han hecho los señores Inquisidor
gunas de nosotras que han tenido presas
que han hallado ser verdad lo que digo
yo, hijo, apartarme deste pecado, y
he hecho mis diligencias : heme acog

hospitalen nos se
mueren qu que me
mandan, [illegible] pu re los re-
miendos, por el cuid o que yo tengo de espul-
garles los vestidos: r poco y en público, mur-
muro mucho y en secreto: vame mejor con ser
hipócrita, que con ser pecadora declarada: las
apariencias de mis buenas obras presentes van
borrando en la memoria de los que me conocen,
las malas obras pasadas. En efecto la santidad
fingida no hace daño á ningun tercero, sino al que
la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy
que seas bueno en todo cuanto pudieres, y si
has de ser malo, procura no parecerlo en todo
cuanto pudieres: bruja soy, no te lo niego, bruja
y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo
puedo negar; pero las buenas apariencias de las
dos podian acreditarnos en todo el mundo: tres
dias antes que muriese habíamos estado las dos
en un valle de los montes Pirineos en una gran gira;
y con todo eso cuando murió fué con tal sosie-
go y reposo, que si no fuéron algunos visages,
que hizo un cuarto de hora antes que rindiese el
alma, no parecia sino que estaba en aquella ca-
ma como en un tálamo de flores: llevaba atra-
vesados en el corazon sus dos hijos, y nunca
quiso aun en el artículo de la muerte perdonar á la
Camacha: tal era ella de entera y firme en sus
cosas: yo le cerré los ojos, y fui con ella hasta
la sepultura: allí la dejé para no verla mas,
aunque no tengo perdida la esperanza de verla,
antes que muera; porque se ha dicho por el lugar,
que la han visto algunas personas andar por los
cimenterios, y encrucijadas en diferentes figuras,
quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré
si manda que haga alguna cosa en descargo de
su conciencia. Cada cosa destas, que la vieja me

ı en alabanza de la que decia ser mi madre,
una lanzada que me atravesaba el corazon,
uisiera arremeter á ella, y hacerla pedazos
e los dientes; y si lo dejé de hacer, fué
que no le tomase la muerte en tal mal estado.
almente me dijo que aquella noche pensaba
tarse pâra ir á uno de sus usados convites, y
e cuando allá estuviese, pensaba preguntar á
dueño algo de lo que estaba por sucederme.
uisiérale yo preguntar, ¡que unturas eran aque-
as que decia! y parece que me leyó el deseo,
ues respondió á mi intencion como si se lo hu-
iera preguntado, pues dijo: este unguento con
que las brujas nos untamos, es compuesto de
ugos de yerbas en todo extremo frios, y no es
como dice el vulgo, hecho con la sangre de los
niños que ahogamos. Aquí pudieras tambien pre-
guntarme, ¡que gusto ó provecho saca el demo-
nio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues
sabe que estando bautizadas, como inocentes y
sin pecado se van al cielo, y él recibe pena par-
ticular con cada alma cristiana que se le escapa!
á lo que no te sabré responder otra cosa, sino
lo que dice el refran: que tal hay que se quiebra
dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno; y
por la pesadumbre que da á sus padres, matán
doles los hijos, que es la mayor que se pued
imaginar; y lo que mas le importa, es hacer qu
nosotras cometamos á cada paso tan cruel y pe
verso pecado: y todo esto lo permite Dios p
nuestros pecados, que sin su permision yo
visto por experiencia que no puede ofender
diablo á una hormiga; y es tan verdad es
que rogándole yo una vez que destruyese
viña de un mi enemigo, me respondió qu
aun tocar á una hoja della no podia, porque l
no queria; por lo cual podrás venir á ente

ndo seas icias
e vienen cin-
les y á los pueblos repentinas,
naufragios, las cai : todos los ma-
que llaman de daño, vienen de la mano del
ísimo, y de su voluntad permitente : y los
ios y males, que llaman de culpa, vienen y
causan por nosotros mismos. Dios es impeca-
, de do se infiere que nosotros somos autores
pecado, formándole en la intencion, en la
abra, y en la obra : todo permitiéndolo Dios
nuestros pecados como ya he dicho. Dirás
ahora, hijo, si es que acaso me entiendes,
quien me hizo á mí teóloga? y aun quizá
re tí : cuerpo de tal con la puta vieja, ¿por-
no deja de ser bruja, pues sabe tanto; y se
lve á Dios, pues sabe que está mas pronto á
donar pecados, que á permitirlos? A esto te
pondo como si me los preguntaras, que la
tumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y
o de ser brujas, se convierte en sangre y
ne, y en medio de su ardor, que es mucho,
un frio que pone en el alma, tal que la resfria
ntorpece aun en la Fe, de donde nace un ol-
o de sí misma, y ni se acuerda de los temo-
con que Dios le amenaza, ni de la gloria con
la convida, y en efecto como es pecado de
ne y de deleites, es fuerza que amortigüe to-
los sentidos, y los embelese, y absorte,
dejarles usar sus oficios como deben, y así
dando el alma inútil, floja, y desmazalada,
puede levantar la consideracion siquiera á
er algun buen pensamiento; y así dejándose
r sumida en la profunda sima de su mi-
a, no quiere alzar la mano á la de Dios,
se la está dando por sola su misericordia,
a que se levante : yo tengo una destas almas

que te he pintado, como lo veo, y [illegible] lo lo entiendo; y como el deleite me tiene ecnados grillos á la voluntad, simpre he sido y seré mala. Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas: verdad es, que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen, no dos dedos del oido, el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados, hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja, que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar [illegible] rque soy

[illegible] porque muy amiga
gurar, y para haberlo de hacer es forzo
lo primero; así que siempre mis pens
tos han de ser malos: con todo esto, se q
es bueno y misericordioso, y que él sal
e ha de ser de mí, y basta, y quédese aq
plática, que verdaderamente me entristece
hijo, y verásme untar, que todos los du
on pan son buenos: el buen dia meterle e
, pues mientras se rie, no se llora: quie
, que aunque los gustos que nos da el d
o son aparentes y falsos, todavía nos par
ustos, y el deleite mucho mayor es imag
, que gozado, aunque en los verdader
s debe de ser al contrario. Levantóse en d
lo está larga arenga, y tomando el candil
trró en otro aposentillo mas estrecho: s
, combatido de mil varios pensamientos,
rado de lo que habia oido, y de lo que e
a ver. Colgó la Cañizares el candil de
l, y con mucha priesa se desnudó hasta
sa, y sacando de un rincon una olla vidria
ó en ella la mano, y murmurando entre die
se untó desde los pies á la cabeza que ten
oca: antes que se acabase de untar me dij
ora se quedase su cuerpo en aquel aposen
entido, ora desapareciese del, que no me e
ase, ni dejase de aguardar allí hasta la m
, porque sabria las nuevas de lo que n
aba por pasar hasta ser hombre. Díiele b

de todos los [illegible]
y quedamos tendidas y [illegible]
entonces dicen que en la fantasía p[illegible]
aquello que nos parece pasar verdaderame[illegible]
Otras veces acabadas de untar, á nuestro p[illegible]
cer mudamos forma, y convertidas en gal[illegible]
lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde n[illegible]
tro dueño nos espera, y allí cobramos nu[illegible]
primera forma, y gozamos de los deleites,
te dejo de decir por ser tales, que la memor[illegible]
escandaliza en acordarse dellos, y asi la le[illegible]
huye de contarlos; y con todo esto soy b[illegible]
y cubro con la capa de la hipocresía todas
muchas faltas: verdad es, que si algunos
estiman y honran por buena, no faltan mu[illegible]
que me dicen, no dos dedos del oido, el non[illegible]
de las fiestas, que es el que nos imprimi[illegible]
furia de un juez colérico, que en los tien[illegible]
pasados tuvo que ver conmigo y con tu ma[illegible]
depositando su ira en las manos de un verd[illegible]
que por no estar sobornado usó de toda su p[illegible]
potestad y rigor con nuestras espaldas;
esto ya pasó, y todas las cosas se pasan
memorias se acaban, las vidas no vuelven
lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen
dar los pasados, hospitalera soy, buenas mu[illegible]
doy de mi proceder, buenos ratos me d[illegible]
unturas, no soy tan vieja, que no pued[illegible]
un año, puesto que tengo setenta y ci[illegible]
va que no puedo ayunar por la edad, [illegible]
[illegible]guidos, ni andar romerías po[illegible]

ni pensar en bien porque soy amiga de
ar, y para haberlo de hacer es forzoso
primero; así que siempre mis pensa-
han de ser malos: con todo esto, se que
bueno y misericordioso, y que él sabe
ha de ser de mí, y basta, y quédese aqu
ática, que verdaderamente me entristece
ijo, y verásme untar, que todos los due
n pan son buenos: el buen dia meterle e
pues mientras se ríe, no se llora: quie
, que aunque los gustos que nos da el d
o son aparentes y falsos, todavía nos p
ustos, y el deleite mucho mayor es
, que gozado, aunque en los ve
os debe de ser al contrario. Levant
do esta larga arenga, y tomando
utro en otro aposentillo mas es
a, combatido de mil varios pen
nirado de lo que habia oido, y
dba ver. Colgó la Cañizares
red, y con mucha priesa se d
misa, y sacando de un rincon
etio en ella la mano, y murmu
s, se untó desde los pies á la
n toca: antes que se acabase
ue ora se quedase su cuerpo
in sentido, ora desapareciese
: dejase de aguard

ejor supiere. Ella era larga de más a sup
es, toda era notomía de huesos, cubi tos co
na piel negra, vellosa y curtida, con la barr
a que era de badana; se cubria las partes de
onestas, y aun le colgaba hasta la mitad d
os muslos: las tetas semejaban dos vejigas d
raca secas y arrugadas, denegridos los labio
traspillados los dientes, la nariz corva y enti
blada, desencajados los ojos, la cabeza desgr
ñada, las mejillas chupadas, angosta la ga
ganta, y los pechos sumidos: finalmente tod
era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mi
rarla, y á priesa comenzó á apoderase de m
el miedo, considerando la mala vision de s
cuerpo y la peor ocupacion de su alma: quis
morderla por ver si volvia en sí, y no hall
parte en toda ella, que el asco no me lo estor
base; pero con todo eso la así de un carcaño
y la saqué arrastrando al patio; mas ni po
esto dió muestras de tener sentido. Allí con m
rar el cielo y verme en parte ancha, se m
quitó el temor, á lo menos se templó de manei
que tuve ánimo de esperar á ver en lo que p
raba la ida y vuelta de aquella mala hembr
y lo que me contaba de mis sucesos. En esto
preguntaba yo á mí mismo, ¿quien hizo á
mala vieja tan discreta y tan mala? de do
sabe ella cuales son males de daño, y cuale
culpa? como entiende y habla tanto de Dio
obra tanto del diablo? como peca tan de mali
no excusándose con ignorancia? En estas
sideraciones se pasó la noche, y se vino e
que nos halló á los dos en mitad del p
ella no vúelta en si, y á mi junto á ella e
clillas, atento mirando su espantosa y fea
dura. Acudió la gente del hospital, y viendo
retablo, unos decian: ya la bendita Ca

muerta, mirad cuan desfigurada y flaca la
nia la penitencia: otros mas considerados le
máron el pulso, y viéron que le tenia, y que
era muerta, por do se diéron á entender que
taba en éxtasis y arrobada de puro buena:
ros hubo que dijéron: esta puta vieja sin du-
debe de ser bruja, y debe de estar untada,
e nunca los santos hacen tan deshonestos ar-
bos, y hasta ahora, entre los que la conocemos,
as fama tiene de bruja, que de santa: curiosos
bo, que se llegáron á hincarle alfileres por
s carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por
o recordaba la dormilona, ni volvió en sí has-
las siete del dia, y como se sintió acribada
los alfileres, y mordida de los carcañares, y
agullada del arrastramiento fuera de su apo-
nto, y á vista de tantos ojos que la estaban
irando, creyó, y creyó la verdad, que yo ha-
a sido el autor de su deshonra: y asi arreme-
á mí, y echándome ambas manos á la gar-
nta, procuraba ahogarme, diciendo: ó bella-
, desagradecido, ignorante, y malicioso, y
este es el pago que merecen las buenas obras
e á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer
tí? Yo que me vi en peligro de perder la vi-
entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudí-
e, y asiéndola de las luengas faldas de su vien-
, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y
a daba voces, que la librasen de los dientes
aquel maligno espíritu. Con estas razones de
mala vieja, creyéron los mas que yo debia de
algun demonio de los que tienen ojeriza con-
tua con los buenos cristianos, y unos acudiéron
echarme agua bendita, otros no osaban llegar
quitarme, otros daban voces que me conjura-
: la vieja gruñia, yo apretaba los dientes,
cia la confusion, y mi amo que ya habia lle-

apartense, que rabia el perro sabio. Otro
cian: no rabia, sino que es demonio en l
de perro Con este molimiento á campana h
sali del pueblo, siguiéndome muchos que
bitablemente creyéron que era demonio, as
las cosas que me habian visto hacer, com
las palabras que la vieja dijo cuando desper
su maldito sueño: díme tanta priesa á hui
quitarme delante de sus ojos, que creyéron
me habia desaparecido como demonio: en
horas anduve doce leguas, y l egué á un ra
de gitanos, que estaba en un campo junto á
nada: allí me reparé un poco, porque alg
de los gitanos me conociéron por el perr
bio, y con no pequeño gozo me acogiér
escondiéron en una cueva, porque no me h
sen si fuese buscado, con intencion, á lo
despues entendí de ganar conmigo, como l
cia el atambor mi amo. Veinte dias estuve
ellos, en los cuales supe y noté su vida y
tumbres, que por ser notables es forzoso q

las semejantes son embelecos, men-
riencias del demonio; y si á noso-
ece ahora que tenemos algun enten-
razon, pues hablamos siendo verda-
erros, ó estando en su figura, ya
que este es caso portentoso y jamas
aunque le tocamos con las manos,
ios de dar crédito hasta tanto que
l nos muestre lo que conviene que
uiéreslo ver mas claro! considera en
osas, y en cuan tontos puntos dijo
que consistia nuestra restauracion,
ue á tí te deben parecer profecías,
palabras de consejas ó cuentos de
aquellos del caballo sin cabeza,
illa de virtudes con que se entre-
go las dilatadas noches del invier-
ser otra cosa ya estaban cumplidas;
sus palabras se han de tomar en un
he oido decir se llama alegórico,
ido no quiere decir lo que la letra
otra cosa, que aunque diferente, le
nza, y asi, decir:

rán en su forma verdadera,
vieren con presta diligencia
r los soberbios levantados,
á los humildes abatidos
lerosa mano para hacerlo:

o en el sentido que he dicho, paré-
iere decir que cobrarémos nuestra
ndo viéremos que los que ayer esta-
umbre de la rueda de fortuna, hoy
os y abatidos á los pies de la des-
nidos en poco de aquellos que mas
u: y asimismo cuando viéremos que
ha dos horas que no tenian deste

perdemos en ...
pequeños y escogidos, ...
alcanzar por grandes y levantados ...
consistiera volver nosotros á la form
ya lo hemos visto y lo vemos á ca
do me doy á entender que no en el
górico, sino en el literal se han
versos de la Camacha; ni tampoco
siste nuestro remedio, pues muchas
visto lo que dicen, y nos estamos
como ves: asi que la Camacha f
falsa, y la Cañizares embustera, y
tonta, maliciosa, y bellaca, co
dicho, si acaso es nuestra madre d
ó tuya, que yo no la quiero ten
Digo pues, que el verdadero senti
de bolos, donde con presta dilig
los que estan en pie, y vuelven
dos, y esto por la mano de qui
cer. Mira pues, si en el discurso
habrémos visto jugar á los bolos,
por esto haber vuelto á ser ho
lo somos. *Berg*. Digo que tien
hermano, y que eres mas disc
de lo que has dicho

) te cuente, si el cielo fuere servido, los
s de mi vida. *Berg.* La que tuve con los
s, fué considerar en aquel tiempo sus
s malicias, sus embaimientos, y embus-
os hurtos en que se ejercitan asi gitanas
gitanos desde el punto casi que salen de
ntillas, y saben andar: ¡ves la multitud
y dellos esparcida por España! pues todos
iocen, y tienen noticia los unos de los
y trasiegan y trasponen los hurtos destos
ellos, y los de aquellos en estos: dan la
ncia, mejor que á su Rey, á uno que lla-
conde, el cual y todos los que dél suce-
tienen el sobrenombre de Maldonado, y
que vengan del apellido deste noble linage,
orque un page de un caballero deste nom-
enamoró de una gitana, la cual no le
conceder su amor, si no se hacia gitano
omaba por muger: hízolo asi el page, y
tanto á los demas gitanos, que le alzáron
eñor y le diéron la obediencia; y como en
de vasallage le acuden con parte de los
s que hacen, como sean de importancia.
ense por dar color á su ociosidad en labrar
de hierro, haciendo instrumentos con que
an sus hurtos; y asi los verás siempre traer á
r por las calles tenazas, barrenas, martillos,
s trébedes y badiles: todas ellas son par-
, y en esto llevan ventaja á las nuestras,
c sin costa ni aderentes sacan sus partos
, y lavan las criaturas con agua fria en na-
o; y desde que nacen hasta que mueren, se
n y muestran á sufrir las inclemencias y
es del cielo; y asi verás que todos son alen-
, volteadores, corredores y bailadores:
se siempre entre ellos, porque no salgan sus
costumbres á ser conocidas de otros: ellas

pensamientos imaginar como han de engaí
donde han de hurtar : confieren sus hurtos
modo que tuviéron en hacerlos; y asi un dia
un gitano delante de mi á otros un engaño y
que un dia habia hecho á un labrador : y fu
el gitano tenia un asno rabon, y en el ped
la cola que tenia sin cerdas, le ingirió otra p
que parecia ser suya natural : sacóle al me
compróse le un labrador por diez ducados
habiéndosele vendido y cobrado el dinero,
que si queria comprarle otro asno herma
mismo, y tan bueno como el que llevaba,
le venderia por mas buen precio. Respond
labrador que fuese por él, y le trajese, qu
le compraria, y que en tanto que volvies
varia el comprado á su posada. Fúese el
dor, siguióle el gitano, y sea como sea,
tano tuvo maña de hurtar al labrador el
que le habia vendido, y al mismo insta
quitó la cola postiza, y quedó con la su

s, y trajo á los que habian cobrado la
la del primer jumento, y juráron que el
habia vendido al labrador un asno con
la muy larga, y muy diferente del asno
o que vendia. A todo esto se halló pre-
n alguacil, que hizo las partes del gitano
ıtas veras, que el labrador hubo de pagar
dos veces. Otros muchos hurtos contáron, y
ó los mas de bestias, en quien son ellos
dos, y en lo que mas se ejercitan. Final-
ella es mala gente, y aunque muchos y
rudentes jueces han salido contra ellos,
eso se enmiendan. A cabo de veinte dias
siéron llevar á Murcia: pasé por Grana-
nde ya estaba el capitan, cuyo atambor
amo: como los gitanos lo supiéron, me
ron en un aposento del meson donde vi-
oíles decir la causa, no me parecio bien
e que llevaban, y asi determiné soltarme
o hice, y saliéndome de Granada, dí en
erta de un morisco que me acogió de
voluntad, y yo quedé con mejor, pare-
ne que no me queria para mas de para
le la huerta, oficio á mi cuenta de me-
bajo, que el de guardar ganado y como
ia allí altercar sobre tanto mas, cuanto
io, fué cosa fácil hallar el morisco cria-
ien mandar, y yo amo á quien servir.
con él mas de un mes no por el gusto
da que tenia, sino por el que me daba
de mi amo, y por ella la de todos cuan-
riscos viven en España ¡O cuantas, y
osas te pudiera decir, Cipion amigo,
lorisca canalla, sino temiera no poder-
fin en dos semanas! y si las hubiera de
arizar, no acabara en dos meses; mas
o habré de decir algo, y asi oye en ge-

neral lo que yo ví, y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan, y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpetua y á escuridad eterna: de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero, que hay en España: ellos son su hucha, su polilla, sus picazas, y sus comadrejas: todo lo llegan, todo lo esconden, y todo lo tragan: considérese que ellos son muchos, y que cada dia ganan, y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida, como la de un tabardillo, y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra los: entre el no hay castidad, ni entran en Religion ellos, ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivír sobriamente aumenta las causas de la generacion: no los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje: róbannos á pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden, se hacen ricos: no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos: no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos: de los doce hijos de Jacob que he oido decir que entráron en Egipto, cuando los sacó Moises de aquel cautiverio, saliéron seiscientos mil varones sin niños y mugeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicaráu las destos, que sin comparacion son en mayor número. *Cip.* Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé

on mas y mayores los que callas, que los
uentas, y hasta ahora no se ha dado con
e conviene; pero zeladores prudentísimos
nuestra República, que considerando que
ña cria y tiene en su seno tantas vívoras
moriscos, ayudados de Dios hallarán á
daño cierta, presta, y segura salida: di
nte. *Berg.* Como mi amo era mezquino,
lo son todos los de su casta, sustentábaon pan de mijo, y con algunas sobras de
as, comun sustento suyo; pero esta miseie ayudó á llevar el cielo por un modo tan
ño, como el que ahora oirás. Cada mañaintamente con el alba amanecia sentado al
le un granado de muchos que en la huerta
a, un mancebo al parecer estudiante, vesde bayeta, no tan negra, ni tan peluda,
no pareciese parda y fundida: ocupábase
scribir en un cartapacio, y de cuando en
do se daba palmadas en la frente, y se morras uñas, estando mirando al cielo: y otras
s se ponia tan imaginativo, que no movia
ni mano, ni aun las pestañas, tal era su
elesamiento. Una vez me llegué junto á él
que me echase de ver: oíle murmurar entre
tes, y al cabo de un buen espacio dió una
voz, diciendo: vive el señor, que es la
r octava que he hecho en todos los dias de
ida, y escribiendo á priesa en su cartapadaba muestras de gran contento: todo lo
me dió á entender que el desdichado era
a: hícele mis acostumbradas caricias, por
rarle de mi mansedumbre: echéme á sus
, y él con esta seguridad prosiguió en sus
amientos, y tornó á rascarse la cabeza, y
arrobos, y á volver á escribir lo que habia
ado. Estando en esto entró en la huerta otro

pregunto el [illegible]
mero. Sale su Santidad de [illegible]
tifical con doce Cardenales, todos vestidos [illegible]
morado, porque cuando sucedió el caso q
cuenta la historia de mi comedia, era tiem
de *mutatio caparum*, en el cual los Cardenal
no se visten de rojo, sino de morado; y asi
todas maneras conviene para guardar la propi
dad, que estos mis Cardenales salgan de mor
do; y este es un punto que hace mucho al ca
para la comedia, y á buen seguro no dieran en
y asi hacen á cada paso mil impertinencias
disparates: yo no he podido errar en esto, po
que he leido todo el Ceremonial Romano p
solo acertar en estos vestidos. ¿Pues de donc
quereis vos, replicó el otro, que tenga mi aut
vestidos morados para doce Cardenales? Pues
me quita uno tan solo, respondió el poeta, s
le daré yo mi comedia, como volar: ¡cuer
de tal, esta apariencia tan grandiosa se ha
perder! imaginad vos desde aquí lo que parec
en un teatro un Sumo Pontífice con doce gra
Cardenales, y con otros ministros de acom
ñamiento que forzosamente han de traer co
go: ¡vive el cielo, que sea uno de los may
y mas altos espectáculos, que se haya vist
comedia, aunque sea la del Ramillete de I
ja! Aquí acabé de entender que el uno era p
y el otro comediante. El comediante acons
poeta, que cercenase algo de los Carde
si no queria imposibilitar al autor el ha

comedia. A lo que dijo el poeta, que le agrad
ciesen que no habia puesto todo el concla
que se halló junto al acto memorable, que pr
tendia traer á la memoria de las gentes en
felicísima comedia. Rióse el recitante, y dejó
en su ocupacion, por irse á la suya que era e
tudiar un papel de una comedia nueva. El poet
despues de haber escrito algunas coplas de
magnífica comedia, con mucho sosiego y esp
cio sacó de la faltriquera algunos mendrugos
pan, y obra de veinte pasas, que á mi parec
entiendo que se las conté, y aun estoy en du
si eran tantas, porque juntamente con ellas h
cian bulto ciertas migajas de pan, que las acom
pañaban: sopló y apartó las migajas, y una
una se comió las pasas y los palillos, porq
no le ví arrojar ninguno, ayudándolas con l
mendrugos, que morados con la borra de
faltriquera, parecian mohosos, y eran tan du
de condicion, que aunque el procuro ablan
cerlos, paseándolos por la boca una y muchas
veces, no fué posible moverlos de su terquedad:
todo lo cual redundó en mi provecho, porq
me los arrojó, diciendo: [illegible]
buen provecho te haga. Mirad, [illegible]
que nectar, [illegible]
que ellos dicen que es [illegible]
su Apolo [illegible]
parte gracias [illegible]
mayor [illegible]
mer lo que [illegible]
compos[illegible]
la huerta, [illegible]
porque los [illegible]
ridad, y [illegible]
de [illegible]
[illegible] todo el poet

y sobró en mi la hambre tanto, que determiné dejar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar de la ciudad ví que salia del famoso monasterio de San Gerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fui á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado; luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan mas tiernos de los que solia llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos: merced, que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusiéron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa, que la caridad cuyas liberales manos jamas estan pobres; y asi no estoy bien con aquel refran, que dice: mas da el duro que el desnudo; como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efecto da el buen deseo, cuando mas no tiene. De lance en lance parámos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor sino representante, el mas gracioso, que entonces tuviéron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fuéron saliendo todos, excepto el autor y yo que serviamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me

:ció que la habia compuesto el mismo Sata-
para total ruina y perdicion del mismo poe-
que ya iba tragando saliva, viendo la sole-
en que el auditorio le habia dejado, y no
mucho, si el alma présaga le decia allá den-
la desgracia que le estaba amenazando, que
volver todos los recitantes que pasaban de
e, y sin hablar palabra asiéron de mi poeta,
i no fuera porque la autoridad del autor llena
ruegos y voces se puso de por medio, sin du-
le mantearan. Quedé yo del caso pasmado,
autor desabrido, los farsantes alegres, y el
ta mohino, el cual con mucha paciencia,
que algo torcido el rostro, tomó su comedia,
ncerrándosela en el seno, medio murmurando
: no es bien echar las margaritas á los puer-
; y con esto se fué con mucho sosiego: yo
corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo,
ausa que el autor me hizo tantas caricias,
me obligáron á que con él me quedase, y
menos de un mes salí grande entremesista y
a farsante de figuras mudas: pusiéronme un
o de orillos, y enseñáronme á que arreme-
e en el teatro á quien ellos querian, de modo,
como los entremeses solian acabar por la ma-
parte en palos, en la compañía de mi amo
baban en zuzarme, y yo derribaba y atrope-
a á todos, con que daba que reir á los igno-
tes, y mucha ganancia á mi dueño. O Cipion¡
en te pudiera contar la que vi en esta y en
is dos compañías de comediantes, en que an-
e! mas por no ser posible reducirlo á narracion
inta y breve, lo habré de dejar para otro dia,
s que ha de haber otro dia en que nos co-
niquemos. ¿Ves cuan larga ha sido mi plática?
mis muchos y diversos sucesos? consideras
caminos y mis amos tantos? pues todo lo

en figuras ingratas, y en bellezas de artificio
de transformacion. *Cip.* Bien se me traslu
Berganza, el largo campo que se te descub
para dilatar tu plática, y soy de parecer que
dejes para cuento particular, y para sosiego
sobresaltado. *Berg.* Sea asi, y escucha. Con
compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, d
de en un entremes me diéron una herida que
llegó casi al fin de la vida, no pude vengar
por estar enfrenado entonces, y despues á san
fria no quise, que la venganza pensada argu
crueldad y mal ánimo: cansóme aquel exer
cio no por ser trabajo, sino porque veia en
cosas que juntamente pedian enmienda y, c
tigo, y como á mí estaba mas el sentirlo, c
el remediarlo, acordé de no verlo, y asi
acogí á sagrado, como hacen aquellos que de
los vicios cuando no pueden ejercitarlos, aun
mas vale tarde que nunca. Digo pues, que vi
dote una noche llevar la lanterna con el br
cristiano Mahudes, te consideré contento, y j

...o breve, y no sufre dilacion, y viene ac
molde. *Cip.* Si perdono: concluye; que á l
ereo, no debe de estar lejos el dia. *Berg.*
que en las cuatro camas, que estan al cal
esta enfermería, en la una estaba un alquim
en la otra un poeta, en la otra un matemát
y en la otra uno de los que llaman arbitri
Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena
Berg. Digo pues que una siesta de las del
no pasado, estando cerradas las ventanas,
cogiendo el aire debajo de la cama del u
llos, el poeta se comenzó á quejar lastimo
nte de su fortuna: y preguntándole el mat
tico ¿de que se quejaba? respondió que de s
ta suerte. Como¡ y no será razon que me queje
iguió, que habiendo yo guardado lo que Ho
manda en su Poética, que no salga á luz
ra que despues de compuesta no hayan pa-
diez años por ella, y que tenga yo una de
e años de ocupacion, y doce de pasante,
e en el sujeto, admirable y nueva en la
ion, grave en el verso, entretenida en los
ios, maravillosa en la division; porque el
io responde al medio y á la fin, de mane-
constituyen el poema alto, sonoro, heroi-
eitable, y sustancioso, y que con todo
hallo un príncipe á quien dirigirle? prín-
o, que sea inteligente, liberal, y mag-
¡ misera edad y depravado siglo nuestro!
trata el libro? preguntó el alquimista.
ó el poeta: trata de lo que dejó de escri-
zobispo Turpin del Rey Artus de in-
on otro suplemento de la historia de
a del santo Grial, y todo en verso he-
e en octavas, y parte en verso suelto;

[illegible]

á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sisifo. Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió, diciendo: cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Magestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo, y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños: pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que este tambien ha de parar en el carnero: mas porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir que es este. Hase de pedir en cortes, que todos los vasallos de su Magestad desde edad de catorce á sesenta años sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne, y pescado, vino, huevos, y legumbres que se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Magestad si defraudarle un ardite so cargo de juramento, y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta como yo tengo hecha, bien hay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, mas viejos ó mas muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que no sea mas de un real, que no puede ser menos, aunque coma

pero todo esdrújulamente, digo en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno. A mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y asi no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja; puesto que aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento, ó un príncipe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con mas riquezas, que los Mídas, que los Crasos, y Cresos. ¿Ha hecho vuesa merced, dijo á esta sazon el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exagerado vuesas mercedes sus desgracias, dijo á esta sazon el matemático; pero al fin el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal; mas que diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene donde arrimarse! veinte y dos años ha que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato, me hallo tan lejos dél, que me admiro: lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla que no sé, ni puedo pensar como no la tengo ya en la faldriquera; y asi es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre, y propincuo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lejos de ella, que vuelvo

á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sisifo. Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió, diciendo: cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Magestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo, y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños: pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que este tambien ha de parar en el carnero: mas porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir que es este. Hase de pedir en cortes, que todos los vasallos de su Magestad desde edad de catorce á sesenta años sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne, y pescado, vino, huevos, y legumbres que se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Magestad si defraudarle un ardite so cargo de juramento, y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta como yo tengo hecha, bien hay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, mas viejos ó mas muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que no sea mas de un real, que no puede ser menos, aunque coma

THE UNIVERSITY OF MICHIGA
GRADUATE LIBRARY

DATE DUE

APR 21 1988
DEC 04 1980
APR 27 1988
JAN 14 1984
NOV 21 1983
DEC 21 1984
DEC 10 1984